

Invítame
a SOÑAR
de nuevo

Noah Evans



Martina

Quizás la abuela Lola había puesto al tanto a sus padres, porque ellos no se sorprendieron cuando Martina regresó de París con el anillo de compromiso. Desconocía si en su lecho de muerte les hubiese dado una charla de aquellas que le gustaban tanto a doña Lola, y el resultado fue bueno, porque la abrazaron y le desearon lo mejor. Incluso abrazaron a Héctor, que la había acompañado para darles la noticia. Martina entonces entendió que cuando Héctor estuvo en el entierro de la abuela Lola para presentar sus condolencias, ellos ya sabían que Héctor sería el próximo miembro de la familia.

La sensación era realmente extraña. Martina estaba en el aparcamiento del trabajo, eran las ocho menos veinte y casi no se atrevía a bajar.

Era una mañana fría y comenzaba a amanecer. Le envió un mensaje a Héctor que ya se encontraba dentro. Era lunes, el primer día de su regreso y todo el mundo se había enterado de la noticia. Héctor se había encargado de ello con una nueva foto en las redes. Una foto de sus manos, de fondo la típica foto parisina con la torre alumbrada y un “Y ella dijo que sí”.

Llovieron las felicitaciones, más y menos sinceras. Temía la reacción de Carmen y de las arpias. Y más aún temía a la reacción de Erica, mujer que no conocía en persona, pero que ya sabía cómo se las gastaba.

A pesar de encontrarse feliz, Martina aún lloraba a menudo la reciente pérdida. A veces cogía el teléfono, por costumbre, para llamar a la abuela. Otras veces soñaba con ella y cuando abría los ojos al amanecer recordaba que ella ya no estaba.

La necesitaba, más aún con lo que se le venía encima. Y la menor de sus preocupaciones eran un traje de novia o los preparativos de la boda. Lo que se le avecinaba era aún peor.

Héctor poco a poco iba a darle más responsabilidad en el trabajo, era lo que había acordado. Él no podía llevar tanta carga solo y sabía que Martina podría liberarlo. No quería ni pensar cuando llegara el momento en el que ella ocupara el gran despacho central.

Se puso la mano en la frente, estaba nerviosa, como si fuera su primer día de trabajo. Sus últimas palabras con Carmen y el resto no es que fueran muy cordiales precisamente. Iba a ser incómodo a morir reencontrarse con ellas.

Se dispuso a salir del coche y se miró el anillo antes de enfundarse la mano en un grueso guante. Fuera hacía solo cinco grados. Se apresuró para entrar en la nave y subió las escaleras ante la atenta mirada de los de almacén.

Diana no estaba en recepción, algo que agradecía, las mesas estaban desocupadas. Miró la hora, el reloj apenas marcaban menos cuarto.

Dejó el grueso abrigo en el perchero y se dirigió hacia el despacho de Rogelio, pasó por la puerta de Héctor, se asomó y le guiñó un ojo. No se detuvo, fue recoger su trabajo del día.

Rogelio la felicitó y le entregó el trabajo que tendría que hacer en el día. Un nuevo centro abría, así que las nuevas altas de empleados y los contratos le ocuparían toda la mañana.

Con la pila de papeles se dirigió hacia su mesa y encendió el ordenador. Vio a Carmen en el pasillo y el estómago de Martina reaccionó.

Qué violento.

Carmen la miró de reojo, se dieron los buenos días a la vez, escueto, rápido, carente de cordialidad. Martina resopló en cuanto Carmen se perdió de su vista al entrar en su despacho.

Su mirada se dirigió de nuevo al pasillo y vio entrar a Eli junto a Luisa y Luna. Les sonrió ampliamente y vio cómo Eli y las demás le correspondían.

Se acercaron a ella para abrazarla, Eli lo hizo durante varios segundos apretándola con fuerza.

—Enhorabuena —le decía Eli⁹. No sabes lo que me alegra.

Luisa le cogió la mano a Martina para ver el anillo, este tenía brillantes por todo el contorno y un diamante en el centro en forma de corazón, todos brillaban con los focos de la oficina.

—¡Qué pasada! —decía Luisa observándolo.

Luna miró de reojo hacia el despacho de Carmen.

—¿Se atreverá ahora con la prometida del jefe? —susurró Luna sin dejar de observar la puerta de Carmen.

—Soberbia tiene desde luego —le respondió Luisa.

Martina miró a Eli, la chica aún lo desconocía, pero en unos meses Eli sería su secretaria. Algo que le haría más fácil el tener que enfrentarse a aquella responsabilidad que le esperaba cuando ocupara el sitio de Héctor en la central. Él se encargaría de los viajes, las tiendas y los proveedores. Lo tenían todo organizado.

Diana pasó por delante del grupo, Martina ya se sentaba.

Tampoco me felicita esta hija puta.

Pudo ver con el rabillo del ojo a Diana pasar por su lado, la mirada de la recepcionista se dirigía hacia la mano izquierda de Martina.

No sé lo que habrá pagado Héctor por este anillo, pero esa cara no tiene precio.

Colocó los papeles y se dispuso a trabajar. Algunos empleados se acercaron a ella, la mayoría de ellos del clan de Carmen, para felicitarla. Y le sorprendió que una de ellas fuera Coral. Una vez que su grupo estaba rodeando a Martina, Carmen al fin se dignó a acercarse a Martina.

—Enhorabuena —le dijo haciendo algo parecido a una sonrisa, tan falsa y forzada que Martina dudó si sonreírle también.

Optó por solo darle las gracias. Lo había hablado con Héctor, a pesar de sus diferencias con ella, en ningún momento el trabajo de Carmen peligraba. Héctor le habló más de ella, la conocía desde la infancia, y tal y como Martina deducía, se había convertido en una solitaria amargada. Estaba segura que sus roces con ella continuarían, pero nunca sería partícipe de un despido sino era por algo realmente grave.

Martina suspiró ya sentada de nuevo. En menos de una semana había recibido decenas de condolencias por la muerte de su abuela y decenas de felicitaciones por su compromiso. No había digerido ni lo uno ni lo otro.

Se miró la mano, apenas iba a cumplir los veinticuatro años y estaba a puto de iniciar una vida en común con Héctor. Jamás pensó que haría algo así tan pronto. Tan solo un año atrás, sus preferencias en la vida eran muy diferentes.

Cuando la pila de trabajo bajó de forma considerable, notó el conocido olor a Héctor. Levantó los ojos hacia él.

—Es la hora, ¿no? —él no solo se dirigía a Martina, sino también a Luisa y Luna. Eli estaba junto a él.

Héctor le hizo un gesto en la cara y Martina enrojeció. En el trabajo no solían tener ningún tipo de acercamientos. Martina se colocó el abrigo y salieron a desayunar.

En la cafetería el clan de Carmen estaban ya en la otra mesa, Héctor los saludó con la mano mientras se sentaba junto a Martina.

—¿Y cuándo va a ser? —preguntó Eli con curiosidad.

—A finales de junio —respondió Héctor con rapidez.

—¿En cuatro meses? —se sorprendió Luisa.

Martina se apoyó en la mesa.

—Sí, tengo cuatro meses para organizar una boda y encontrar el traje de mi vida⁹respondió ella con ironía. Miró a Héctor de reojo, que reía.

—Quiero que coincida con las vacaciones —se excusó él.

Martina frunció el ceño. No había conseguido negociar con él otra fecha. Pronto le entregarían la casa y también tendrían que prepararla, porque Héctor insistía en que iniciaran su vida familiar en la nueva casa y no en el ático. Le había enseñado a Martina las obras muchas veces, pero aquel montón de ladrillos aún distaba mucho de un hogar. No sabía si se la tendrían a tiempo.

—¿En junio? —oyó la voz de Carmen y la risa de Diana.

Héctor la miró y asintió.

—Además estáis invitados —les dijo y se oyeron exclamaciones.

Qué coño pintan las arpías estas en mi boda.

Martina le lanzó una mirada de reproche. El móvil de Héctor sonó y tuvo que salir fuera para responder a la llamada.

—Trabajar juntos y convivir juntos —dijo Carmen sentándose en la mesa con su desayuno. Coral y Diana la acompañaron. Martina les hizo sitio⁹. Complicado, ¿no?

Martina arqueó las cejas.

Siempre positiva, Carmen.

—Yo no lo veo así —le respondió Martina untando la mantequilla a su tostada.

—Al final lo conseguiste —añadió Carmen.

No piensa darme ni un día de margen. Directa a matar.

—Sí, es el sueño de mi vida —le dijo Martina con ironía⁹. Desde niña no tenía otra cosa en la cabeza.

Dirigió su mirada hacia Carmen.

—Voy a ser directa contigo, Carmen —le dijo soltando la tostada en el plato⁹. No te voy a proponer llevarnos bien, sería difícil. Pero al menos vamos a intentar no montar una más de tantas como llevamos, ¿vale?

Te acabo de coger en bragas, guapa.

Carmen tardó unos segundos en responder.

—Por mí no va a haber problemas —le dijo conteniendo la soberbia.

—Entonces deja los puñales en casa cuando vengas a trabajar —le replicó Martina⁹. Porque cada vez que lances uno contra mí o contra alguien, voy a recogerlos —la miraba a los ojos⁹, y a devolvértelos.

Eli abrió los ojos como platos. Luisa mantuvo la mirada baja, incómoda.

Héctor no te ha parado nunca los pies pero para eso ahora estoy yo. Y yo no voy a consentir

el desprecio a ningún empleado.

A falta de la abuela Lola, su padre había tenido una conversación con ella sobre el ambiente en la oficina y el problema con Carmen. Cortarla de inmediato era una necesidad si quería no empeorar su relación con ella.

—Hablaré con Héctor —le respondió Carmen al fin con tono altivo.

Claro, porque por encima de ti está solo él. Ya me lo has dejado claro.

Martina miró a sus compañeras.

—Es lo mejor —añadió Martina⁹. Todos queremos que cesen los gritos, los insultos y los reproches cuanto antes.

Ahí lo llevas.

Héctor regresó y Martina tuvo que hacerle sitio también.

—En cuanto tengamos fecha os lo diremos —continuó él con la conversación que había dejado antes de salir a hablar por teléfono.

Héctor

Vio a Carmen en la puerta del despacho y la invitó a entrar. Ella en seguida le contó su escueta conversación con Martina en el desayuno.

—Respeto a lo que hayas decidido en tu vida personal junto a ella no pienso meterme⁹le dijo Carmen con firmeza⁹. Pero que no venga con aires de jefa. Así que, por favor, si hay algo que haya que reprocharme en el trabajo prefiero que lo hagas tú.

Héctor levantó la cabeza hacia Carmen.

—Carmen —comenzó él⁹. De momento Martina seguirá con su trabajo hasta que encontremos a alguien que la supla.

Carmen arqueó las cejas.

—Pero poco a poco quiero que Martina vaya aprendiendo otras áreas de la empresa...⁹continuó⁹. Ella se encargará de dirigir la central.

Carmen abrió la boca.

—¿Ella? —se sorprendió⁹. No tiene experiencia, ni siquiera lleva un año aquí.

Carmen frunció el ceño hacia Héctor.

—Está capacitada —replicó él.

—Tiene veinticuatro años —rebató ella.

—Lo va a hacer mejor de lo que esperas.

Carmen negó con la cabeza.

—Una más de tantas locuras que vas a hacer —le seguía reprochando ella.

Héctor se levantó de la mesa.

—¿Qué te pasa con ella? —le preguntó él.

—Eres mi jefe y mi amigo —se explicaba Carmen alterada⁹. Y me veo obligada a decirte lo que pienso. Has caído, como un imbécil⁹lo miró a los ojos⁹, en las manos de una niña caprichosa. Mírate.

Héctor no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Ha conseguido todo lo que quería en...¿ocho meses?. Entró aquí con cara de mosquita muerta y ahora es tu prometida y la futura directora de la oficina.

—¿Qué me quieres decir con eso? —Héctor estaba perdiendo la paciencia.

—Que te estás precipitando, en lo personal y en lo profesional.

Héctor miró hacia un lado.

—Carmen —Héctor tomó aire, estaba seguro que de no haber mejorado notablemente desde el sábado en su problema de ansiedad, hubiese comenzado a padecer una crisis⁹. No tengo dudas sobre ella en ninguna de las decisiones que he tomado, ni dentro, ni fuera de aquí. Pues estar de acuerdo, o puedes no estar de acuerdo, pero a partir de ahora considera que Martina soy yo.

La miró a los ojos. Carmen levantó las manos.

—Que sepas que yo tampoco voy a permitir que me avasalle —le advirtió⁹. Aunque me cueste el empleo.

Carmen se dirigió hacia la puerta.

—Y espero no llevar razón —le dijo agarrando la puerta. La cerró después de salir.

Martina

No hacía tanto que visitó la obra por última vez pero el edificio había cambiado mucho. Ya podían apreciarse al completo las tres plantas y la distribución de las habitaciones. Héctor la llevaba por la casa, esquivando montañas de materiales de construcción, enseñándole sus planes para cada rincón.

—Mira —le explicaba—. Por aquí se baja al sótano. Todavía no he pensado qué hacer con él.

Héctor le explicaba las estancias. Quería hacerse un despacho con vistas al jardín. La piscina también estaba muy avanzada, tenía una formaba curva, medio ovalada. El salón era muy amplio con la cocina integrada y dos paredes de cristal que también daban al jardín. La segunda planta era toda de habitaciones y la tercera era un ático diáfano.

Al no estar cubiertas las paredes, a Martina le dio algo de vértigo estar tan alta.

—Si hay algo que quieras cambiar —le dijo él⁹. Aún estás a tiempo.

Martina negó con la cabeza.

—Es tu casa, la que tú querías —le respondió ella.

Él negó con la cabeza.

—Ahora es tuya también —dijo él abrazándola⁹. Solo dime qué necesitas.

Martina le rodeó el cuello.

—A ti —respondió ella, algo que a Héctor pareció gustarle demasiado. Desde el sábado, que se prometieron, él estaba aún más atento con ella que antes, si eso era posible.

—Estas dos semanas...⁹le decía él sin dejar de abrazarla⁹. Han sido un horror —resopló⁹. Así que me notarás más plasta durante un tiempo.

Martina rió.

—Me encantará —le respondió ella entre besos.

Martina

Héctor tenía demasiado trabajo y ni siquiera había podido salir a desayunar. Estaba deseando de poder descargar trabajo en Martina, pero aún tenía que provisionar de personal suficiente el departamento de Rogelio. La cuenta atrás para la boda había comenzado.

Martina abrió la puerta, traía una bolsa de papel con el desayuno de Héctor. Le dio un beso antes de ponérselo frente a él.

—No te acostumbres —le dijo ella con ironía y él rió.

Abrió la puerta para salir y se encontró con Rogelio, este parecía que se disponía a llamar antes de entrar. Desde que regresaron de París, nadie solía molestar cuando Martina estaba en el despacho con Héctor.

Tras Rogelio había una joven. Martina se retiró para que pudieran entrar. La joven entró tras Rogelio mirando a su alrededor con interés. Apenas se detuvo en Martina y dirigió su mirada rápidamente hacia Héctor.

Martina la miró con interés, la chica llevaba un vestido beige similar al que ella llevaba en su primer día, unos zapatos de salón con fino y alto tacón, y pelo a ondas demasiado similar al suyo. Estuvo a punto de abrir la boca sorprendida.

—Os presento a nuestra nueva compañera —la presentó Rogelio⁹. Cayetana, él es nuestro director y ella es Martina, que también dirigirá el centro en cuanto te adaptes al trabajo.

Martina pudo ver la cara de la chica, no disimulaba que estaba perpleja con el jefe.

Como lo estaría yo en mi primer día

Le observó mejor el rostro, tenía los ojos grandes, los labios gruesos y la nariz corta. No es que se pareciera realmente a ella, sin embargo se sintió reflejada de alguna forma, quizás por el estilo, por la edad, o por llegar allí sin tener ni idea de lo que le esperaba.

Martina le sonrió y salió del despacho. Carmen estaba junto a Coral cuchicheando en el pasillo.

Lo que les gusta un chisme a estas dos.

Observaron a Martina con interés mientras ella se sentaba en su mesa. La puerta del despacho estaba entre abierta. Vio salir primero a Rogelio con unos papeles en la mano, luego salió Cayetana. La vio girarse hacia el interior antes de cerrar la puerta. Con el rabillo del ojo podía observar a Carmen y a Coral, seguían con los susurros. Rogelio ya estaba frente a Martina y no pudo observar qué más gestos hacían.

—Prepara el contrato de Cayetana —le dijo Rogelio⁹. Empieza mañana.

Martina cogió los papeles. Cayetana le dijo un suave “hasta mañana” al pasar junto a ella.

Martina en seguida dirigió la mirada de nuevo a Carmen y a Coral, en cuanto Rogelio hubo regresado a su despacho.

Luego Carmen echa la bronca a todo el que ve parado sin trabajar. Pero ella no para de charlar con las arpías.

Martina rellenó los datos de Cayetana en el contrato, era unos meses más joven que ella. Tenía buen currículum como pudo comprobar y ya tenía experiencia en un puesto similar. Cuando acabó lo imprimió y se dirigió al despacho de Héctor para que lo firmara. Pasó por el lado de Carmen.

—Ya no vas a ser lo más bonito que anda por aquí —oyó decir a Carmen⁹. ¿Lo llevarás bien?

Martina se giró hacia ella.

—Solo espero que no vuelques en ella tus frustraciones como lo sueles hacer conmigo —le respondió dejando a Carmen sin palabras⁹. Así que os agradecería a todos que mañana la recibáis lo mejor que sepáis.

Pedazo de capulla.

Martina siguió su camino negando con la cabeza. Desconocía si cuando ocupara definitivamente el lugar de Héctor, Carmen comenzaría a respetarla. De momento su compromiso no la hizo retroceder en absoluto, y según le había dicho Luisa, la razón era porque pensaba que aquella boda no llegaría a celebrarse.

Entró en el despacho de Héctor y cerró la puerta resoplando.

—¿Carmen? —preguntó él y Martina arqueó las cejas.

No le respondió, le puso el contrato delante para que lo firmara.

—Fírmalo tú —le dijo él⁹. Ya legalmente puedes.

Héctor sonrió.

Hacia unos días que habían estado en el notario, habían firmado el contrato prematrimonial y un poder para Martina, desde aquel momento su firma tenía el mismo valor que la de Héctor.

—Vamos —la animó él.

Pero una cosa era tener el papel del notario y otra hacerlo en la vida real. Volvió a recordar a su padre, él le había insistido en que por mucho que Héctor la hiciese partícipe y le cediera su imperio, aquella empresa no le pertenecía y su mérito era más por lo personal que por lo profesional. Era buena trabajadora, pero de no ser la prometida de Héctor él nunca le hubiese dado tal poder notarial.

—Hazlo tú —le respondió ella girando el contrato hacia él⁹. Deja mi firma para cuando no estés.

Héctor frunció el ceño.

—Da tiempo a que los empleados se acostumbren... ⁹añadió ella⁹, a que yo me acostumbre. Hazlo tú.

Se mordió el labio. Héctor no insistió. Firmó el contrato.

—Otra cosa —recodó Martina cuando recogió el contrato ya firmado. Levantó el dedo índice hacia Héctor⁹. Si tuvieses a una amiga maravillosa, una gran mujer que realmente mereciera la pena y que estuviese soltera, sin compromiso —volvió a morderse el labio con gesto malicioso⁹ ¿Se la presentarías a alguno de tus amigos?

Héctor arqueó las cejas.

—Quiero decir...⁹Martina desvió la vista⁹. ¿Son de tu total confianza?

Héctor arqueó aún más las cejas.

—Que si merecen la pena o no —le dijo al fin seria y Héctor se echó a reír.

—¿Para quién lo quieres? —preguntó él divertido.

Martina sonrió con dulzura.

—Para mi Eli —le respondió.

Héctor negó con la cabeza sin dejar de reír.

—Ahora también de Celestina —añadió él.

Martinaladeó la cabeza.

—¿Merecen la pena o busco por otro lado? —insistió ella.

—¿En serio? —se extrañó él.

Martina lo fulminó con la mirada.

—Ninguno de ellos, en su vida, encontrarán a una mujer más maravillosa.

—No lo dudo —respondió él.

Héctor meditó un instante.

—Ilde ⁹respondió y Martina asintió.

—Dile que mañana lo invitamos a cenar, reserva donde quieras —le guiñó un ojo y él rompió a carcajadas.

Cayetana

Martina le preparó la mesa a la nueva empleada frente a la suya, era solo provisional, Cayetana ocuparía su propia mesa cuando ella pasara al despacho. Héctor había mandado reformar el mobiliario, para cuando no estuviese de viaje pudieran trabajar los dos cómodamente. Ella no vio tan buena idea compartir despacho con Héctor, pero con las nuevas incorporaciones no había ya más sitio en la oficina.

Vio salir a Cayetana del despacho de Rogelio, supuso que ya habría firmado el contrato. Martina la esperó para explicarle el trabajo. La joven le dio los buenos días. En seguida Carmen, Coral y Diana llegaron hasta ellas.

—Bienvenida —Martina bajó la cabeza simulando ordenar la mesa, tanta falsedad le removía las tripas.

Las oyó presentarse más simpáticas que de costumbre.

No te fíes un pelo de las tipas estas, a saber.

Y para su sorpresa, quedaron con ella en avisarla cuando salieran a desayunar.

Quieren ficharla para su equipo, fantástico.

Cayetana volvió a mirar a Martina. Ella le explicaba el programa y cómo trabajaban en el departamento. Héctor pasó junto a ellas camino al departamento de Marketing pero cuando las vio se detuvo junto a la mesa. Le dio la bienvenida a Cayetana y le dijo unas palabras de cortesía para suavizar los nervios del primer día de trabajo. Luego se alejó de ellas. Martina observó cómo Cayetana lo miró alejarse con el rabillo del ojo.

Yo sé que impresiona, pero no te emociones mucho que está cogido.

Retuvo la sonrisa. Seguramente la abuela Lola le hubiese dado más consejos sobre cómo afrontar aquellas situaciones, pero desde unos meses atrás ella ya no estaba, así que tendría que enfrentarlas sola.

Faltaba solo un mes para darle el tan deseado “Sí” oficial a Héctor. Para Martina, faltaban solo tres semanas de trabajo, la última la había cogido libre para ultimar detalles y no volvería hasta un mes y medio tras la boda. Ventajas de ser la mujer del jefe que la hacían abochornarse, pero Héctor había insistido en un viaje de novios excesivamente largo, y él sí merecía tan largas vacaciones más que nadie.

Vio a Eli buscándola contrariada, no había visto a Martina en su mesa y no la divisó junto a Cayetana. Así que dejó a Cayetana que parecía saber apañarse sola y fue hasta Eli. Eli estaba atascada en un trabajo que le había encargado Héctor y Martina era un salvavidas para todo. Estuvo con ella hasta la hora del desayuno.

Buscaron a Luna y Luisa y emprendieron la marcha hacia la cafetería. Allí estaban, como no, Coral, Diana y Carmen, esta vez con Cayetana.

Ya la estarán poniendo al día con los chismes.

Y no erró en sus pensamientos porque cuando ellas se acercaron, las cuatro callaron. Martina le hizo una mueca a Eli y esta se echó a reír.

—No me dejes tirada mañana —le dijo a Eli y ella negó con la cabeza.

No le había dicho nada de la compañía, simplemente la había invitado a cenar. Martina le hizo un gesto a Eli en la cara. Cada vez le encantaba más aquel ser angelical y de dulce sonrisa. Desconocía los gustos de Ilde, ni si él fuera del gusto de Eli, pero cuando Héctor lo propuso, no le pareció mal. Por lo que lo conocía, Ilde era divertido y Eli necesitaba reír. No solía salir, siempre andaba en casa con sus padres, sumida en bucles de problemas económicos y a veces de salud, demasiado joven para tanta carga. Martina sabía que Eli necesitaba divertirse, cambiar de aire, relacionarse con personas de su edad fuera del trabajo.

En la oficina era su protegida, lograba mantener a Carmen a raya. Eli era intocable y Carmen lo sabía.

Miró a las cuatro de reojo mientras se sentaba, pero ellas no observaban a Martina. El jefe acababa de entrar en la cafetería y cuando él lo hacía se hacía el silencio. No solo por los empleados de su propia empresa, también lo hacían los trabajadores del resto de naves que coincidían con ellos a esa hora. Héctor era admirado y respetado por su éxito, y como no, por el efecto en las féminas. Martina lo comprobaba cada día dentro y fuera del trabajo, cuando salían, cuando comían en algún restaurante, las tardes de cine, de gimnasio o cuando iban de tiendas. Aquella misma mañana lo había visto en Cayetana. No le quedaba más que acostumbrarse, supuso que hasta que Héctor envejeciera no cesarían de salir candidatas a ocupar su lugar. Y tenía dos opciones, o pasar de todo y mantenerse firme, o dejarse llevar por pensamientos extraños y volverse completamente loca, lo cual llevaría su relación al traste.

Héctor se sentó junto a ella.

—Reserva hecha —le susurró él y ella sonrió. Lo tenía muy cerca y sentía a las arpias observando.

Siempre lo hacían cuando Héctor estaba junto a ella, observando, esperando el más mínimo gesto, quizás en alerta por apreciar una mínima señal de que la relación no iba bien.

Pero os vais a quedar con las ganas.

Aquello iba deprisa, tanto que en tan solo un mes tendría que acostumbrarse a referirse a él como marido. Una palabra extraña, lejana aún, que no concebía en su mente ni en su vida. Miraba a Héctor, trabajaba con él, convivía con él gran parte del tiempo, sin separarse más lejos de lo que los separaban las mesas y mamparas de la oficina. Se había convertido en el centro de su vida, el referente de la verdadera felicidad, no importaba cómo lo llamaba ahora o lo haría después, Héctor lo llenaba todo.

Por debajo de la mesa le agarró la mano y se la apretó, él sonrió. No solía tener esos gestos con él delante del resto de trabajadores.

—Estas semanas van a ser muy largas —le dijo él.

—Intenta disfrutarlas —le dijo ella con ironía.

Héctor frunció el ceño.

—¿Tan malo es lo que me espera? —rió él.

—El infierno, seguramente —Martina le guiñó un ojo.

Eli

Habían estado por la tarde comprando el traje que Eli llevaría en la boda y luego se dirigieron a cenar.

Héctor e Ilde ya esperaban en la mesa. Eli se asombró de encontrar allí a su jefe y Martina no quiso ni mirarla. Sentía que ocultar aquello había sido una manera de traicionarla, pero temía que al saberlo de antemano, Eli huyera. Era una chica tímida con desconocidos, insegura con Héctor y estaba llena de complejos.

Martina besó a Héctor, saludó a Ilde y le presentó a Eli.

Ellos también habían aprovechado para hacer compras. Martina ya tenía su vestido listo para recoger unos días antes de la boda, resopló al recordar todo lo que aún le quedaba por delante, si ya le costaba dormir no imaginaba cómo sería la última semana.

Se sentó frente a Héctor para que Eli se sentara frente a Ilde, quería observarlos, si veía algún hilo de congenie entre ellos, los sentaría juntos en la boda. Héctor sin embargo no disimulaba tan bien como Martina, desconocía lo que Héctor le habría contado a Ilde sobre Eli, o si había hecho como ella y había callado el plan de Martina.

Los miró de reojo mientras abría la carta de menú. Eli no decía nada, se escondía tras su carta. Martina arqueó las cejas.

Aparta la carta, así no te puede ver la cara.

Eli llevaba una semana usando lentes de contacto y aún no estaba del todo acostumbrada. Pero bajo el punto de vista de Martina, sus ojos miel ganaban mucho sin aquellos cristales circulares.

También el tinte chocolate rojizo le resaltaban las mejillas sonrosadas. Desde que Martina se había decidido en ayudar a Eli en su vida personal, ella había comenzado en mejorar su apariencia o al menos en cuidarla más. Pero aún sus complejos eran más fuertes que el ánimo que pudiese darle Martina.

Porque esos complejos no puedo eliminarlos yo, tiene que hacerlo ella y eso es tremendamente difícil con el carácter que tiene. Así que los tiene que hacer desaparecer un hombre.

Dirigió sus enormes ojos hacia Ilde, Héctor no dejaba de observar a Martina.

Y si este no es capaz es que es un imbécil.

Luego miró a su prometido y sonrió.

Eli necesita a alguien que le mire como Héctor me mira a mí.

Porque cuando Héctor la miraba todo lo demás desaparecía. Sabía que el matrimonio no iba a ser el inicio de ningún cuento de hadas, un matrimonio nunca lo era. Sería un viaje en barco lleno de vaivenes, un camino a veces iluminado, a veces oscuro. La abuela Lola había vivido lo suficiente para contarle la realidad de una vida junto al hombre que amara.

Porque toda la vida es mucho tiempo.

No sería siempre todo perfecto, eso no existía. Lo querría siempre, de eso no tenía dudas, pero eso no era suficiente. Habría problemas, desacuerdos, broncas y épocas difíciles. Pero también

tendría tiempos tranquilos, de abundancia en todos los sentidos.

Eso quiere decir que habrá días que me lo comeré a besos y otros en los que me cagaré en su puñetera madre.

Contuvo la sonrisa a sus pensamientos. Alargó la mano hacia Héctor y él se la agarró mientras que pedía la comida.

Era viernes y como solía hacer cada fin de semana, ella dormiría en el ático de él. Ya le quedaban pocas noches allí, aún menos que en su propia casa. Todas sus pertenencias estaban trasladándose paulatinamente a la ostentosa y moderna casa que estrenarían como marido y mujer.

Mi infierno y mi paraíso.

Héctor no entendía su manera de pensar. Él parecía estar continuamente en una nube y no ser consciente de verdad de lo que les esperaba juntos.

Héctor le besó la mano y Martina notó cómo Eli al verlo se derritió. Martina sonrió.

Esto es lo que quiero para ti.

Sabía que Eli podría ser feliz con un hombre delicado, de temperamento suave, ella no soportaba los gritos. Desconocía el genio de Ilde, delante de ella él siempre solía bromear y reír.

Mirándolos bien, no hacían mala pareja, aunque la diferencia de altura era notable, Eli no era muy alta y la altura de Ilde era destacable. Sobre gustos solo sabía que a ambos le gustaba el cine. Ilde preguntó por la casa, si la habían terminado de decorar. Ilde era arquitecto y el diseño de la casa fue idea suya. Héctor le advirtió que si se les caía encima, tomaría represalias contra él.

—Está preciosa —intervino Eli y Martina se sorprendió.

Eli había estado en la casa, ella misma la había llevado para que la viese. Le sorprendió que entrara en la conversación entre su jefe y un desconocido.

Bien, Eli.

—Solo quedan un par de habitaciones por terminar⁹añadió Héctor⁸. Pero ya veremos qué haremos con ellas.

Héctor rió y Martina miró hacia otro lado. Héctor no le ocultaba sus intenciones de llenar la casa de miembros de la familia, miembros pequeños y llorones. Algo en lo que ella no estaba de acuerdo de momento. Pero delante de aquellos dos no fue capaz de responderle como lo solía hacer a solas.

A medida que la cena iba pasando, Eli iba interviniendo más en las conversaciones. Le incomodaba un poco que Ilde le preguntara cómo de estresante era ser la secretaria de Héctor. Hablar de su jefe en un ámbito informal no era del todo fácil para ella y Martina recordó su encuentro con Héctor y sus amigos en aquella discoteca. Algo que también recordó Ilde y le contó la anécdota a Eli que rompió a carcajadas.

—Yo lo vi venir desde el primer día que entró en la empresa —decía Eli⁹. Cada vez que los veía a uno cerca del otro, o cuando él la llamaba a su despacho para echarle las bronca por sus disputas con Carmen.

Ilde reía.

—¿Está mejor? —preguntó Ilde y Martina sabía que se refería a Carmen e hizo una mueca.

—La última vez me dijo algo así como que tengo una nueva competencia en la empresa —respondió Martina.

—¿Cayetana? —se sorprendió Eli.

Martina se encogió de hombros mientras Héctor reía.

—¿En serio? —Héctor parecía divertido.

—La han fichado para su equipo, pobre chica —decía Martina⁹. Se ve buena gente, espero que no la corrompan con sus líos.

—No entiendo como no solucionáis eso —decía Ilde.

—Es mi primer objetivo como subdirectora —añadió Martina⁹. Solucionarlo sin que rueden cabezas.

—No queremos despedirla —intervino Héctor y Martina aún no se acostumbraba a que Héctor hablara en plural en cuanto a las decisiones de la empresa⁹. No después de tantos años. Le tengo gran aprecio y trabaja bien. Pero ha cambiado tanto...

—Tú le ves la parte buena a todo el mundo —decía Ilde⁹, siempre fue rara. Pero es leal, daría lo que fuera por tu empresa y lo sabes.

—Por esa razón seguirá allí —dijo Martina⁹. Coral y Diana tampoco es que le hagan ningún bien, quizás mejore con Cayetana.

Martina tomó aire profundo. Acabaron de cenar. Ilde propuso ir a tomar algo cerca de allí y aceptaron sin darle margen a Eli a poner ninguna excusa. Fueron a pie, estaba justo a la espalda del restaurante.

Aquel sitio estaba lleno de gente. Pidieron una copa y se sentaron en el primer hueco que encontraron. Martina vio a Ilde darle un codazo a Héctor y a él levantar la cabeza y emblanquecer. Siguió la mirada de Héctor y llegó hasta una chica de pelo largo rojizo, de pecho abundante, cintura pequeña y caderas redondeadas.

¿Erica?

Héctor resopló. Martina no imaginaba a Erica tan impresionante, aunque conociendo los gustos de Héctor tampoco le cogió por sorpresa. Apartó la mirada en seguida de ella, que los observaba con interés.

A pesar del encontronazo de Héctor con su primo Tomás, él lo seguía empleando como director en una de las tiendas, no podía dejarlo desempleado así por las buenas. La relación con su primo siempre fue excepcional hasta que Erica entró en escena.

Martina bajó la cabeza, sabía que Erica no dejaba de inspeccionarla. Sintió algo en su interior, un pinchazo. Las malas artes de aquella mujer habían estado a punto de echar a perder todo lo que tenía con Héctor y ya no estaba la abuela Lola para arreglarlo.

Levantó la cabeza hacia Héctor, presentía problemas. Erica siempre representaba un problema. Notó un olor excesivamente dulzón a su espalda, reconocía la colonia como la que a veces usaba su amiga Daniella. Tenía a Erica tras ella.

Héctor levantó la cabeza hacia la mujer y Martina se giró. Ilde que estaba a tan solo un metro de ellos agarró a Eli para apartarla un poco. Eli solo la había visto en fotos en las redes de su jefe, demasiado tiempo atrás.

El pulso de Martina se aceleró, apretó la mano de Héctor.

Erica entornó los ojos hacia Héctor, ignorando a Martina.

—Tomás lleva semanas esperando tu llamada —comenzó Erica con voz segura.

Menuda loba. Abuela, esta te hubiese encantado.

—Ya hablé con él todo lo que debía de hablar —le respondió Héctor.

Erica asintió chulesca, seguía actuando como si Martina fuese invisible, pequeña, insignificante.

—Y con tu actitud ya se lo has dicho todo —le reprochó ella⁹. No piensas ir, ¿no?

Héctor frunció el ceño. Martina sabía que se refería a su boda con Tomás, eran tan solo dos

semanas antes que la suya con Héctor.

Erica miró hacia otro lado y rió.

—No lo superas —sentenció ella.

Es soberbia a más no poder.

—Van tus padres, tu hermana —seguía reprochándole⁸. Pero tú no eres capaz.

Héctor abrió la boca para responder pero Martina le apretó la mano y él calló.

—Nos llegó la invitación hace un par de semanas⁹ intervino Martina y Erica se sobresaltó al oírla. No tuvo más remedio que mirarla, y lo hizo con superioridad y prepotencia⁹. Para esa fecha teníamos preparado un viaje, pero al final hemos podido arreglarlo. Esta semana Héctor iba a llamar a Tomás. Cuenta con nosotros.

Martina le echó a Erica su sonrisa más encantadora. Héctor arqueó las cejas mirándola.

Erica quedó contrariada.

A veces es mejor combatir la soberbia con la humildad y la sencillez. Es como el agua y el fuego. La mayoría de veces gana el agua, solo cuando el fuego no es capaz de evaporarla.

A la abuela Lola le encantaba aquella frase de Bruce Lee, “Sé agua, amigo mío”. Martina llevaba siendo agua toda la vida, adaptándose, rehaciéndose. Y estaba en un momento de su vida de cambios, de madurez y le faltaba su pilar más fuerte que ahora suplía con Héctor. Sin embargo a pesar de tenerlo a él sabía que la mayor parte de su evolución personal dependería de ella misma. Podría haberse enfrentado con Erica de la misma forma que lo hacía con Carmen, ambas le producían el mismo ardor en el pecho. Pero no era el momento, ni el lugar, y tampoco quería dar un espectáculo delante de Ilde y Eli.

—Cierto —Héctor fue rápido en reaccionar.

Erica miró a Héctor sorprendida. Martina no dejaba de sonreír, sabía que Erica se había acercado a ellos a formar escándalo y no lo había conseguido, con lo cual se sentiría estúpida.

Erica asintió con la cabeza y se marchó.

Martina ladeó la cabeza.

—¿Por qué has dicho eso? —le reprochó Héctor.

Martina se colocó frente a él.

—Estaba barajando dos opciones; decirle que iríamos a la boda —sonrió —, o cogerla por el pelo y arrastrarla —se mordió el labio mientras Héctor reía.

Eli arqueó las cejas e Ilde rió.

—No era elegante la segunda opción —concluyó.

Miró a Héctor con ironía. Erica seguiría por allí, era mejor que se marcharan. Con eso dejarían a Ilde y Eli solos, que era la primera intención de Martina. Tuvieron una buena excusa para marcharse precipitadamente de allí.

Héctor

Salió del despacho, había quedado con Tomás en una cafetería cerca de su ático. Martina aquella tarde se había marchado algo antes del trabajo a pesar de que toda la oficina estaba aún trabajando. Tenía que ultimar detalles, Héctor sabía lo que los preparativos de una boda estresaban a las mujeres y le estaba dando flexibilidad horaria.

Se detuvo en la puerta de Rogelio para despedirse hasta el siguiente día. Al girarse para salir se encontró de frente con Cayetana, la nueva empleada.

—Lo siento —se disculpó ella enseguida.

Héctor sonrió.

—Sé que te estás adaptando bien a la empresa —le dijo él y Cayetana sonrió⁹. Y que estás haciendo un buen trabajo.

Héctor dio un paso atrás alejándose de ella. La vio algo abrumada por sus palabras. Aquello era algo que solía decirle a los nuevos empleados y que a algunas féminas solía alegrarles demasiado. Algo con lo que tenía que tener cuidado, según su experiencia en la oficina o en las tiendas, porque sus palabras podían confundirse.

—Gracias —le dijo ella mirándole de reojo.

Héctor se dispuso para marcharse. Rebasó a Carmen y le puso la mano en el hombro para despedirse, ella se la cogió para detenerlo.

—No sé el horario que va a tener Martina esta semana —le dijo ella⁹. Pero si vais a dejarnos solos a Rogelio y a mí ese mes y medio, debes de decirle que aunque trate de evitarme, tiene que darme algunas indicaciones.

Héctor frunció el ceño.

Carmen dirigió su mirada hacia Cayetana, que ya salía del despacho de Rogelio.

—Creo que ella podría ser también de gran ayuda —añadió Carmen alargando la mano hacia Cayetana. Esta se quedó contrariada⁹. Es una digna sustituta de Martina.

Héctor las miró, no le pareció mala idea. Cayetana era muy eficiente, sin llegar a la brillantez de Martina, sobresalía entre empleados más antiguos sin ninguna duda.

—Me parece bien —les dijo⁹. Mañana lo hablamos.

Salió de la nave y se dirigió hacia la cafetería donde había quedado con Tomás. A Alicia, su hermana, le pareció buena idea que los primos hicieran las paces, por encima de las complicaciones estaba la familia y ellos desde la infancia habían sido muy amigos.

Tomás ya lo esperaba sentado en un sillón de nea. Héctor le dio la mano apretándola con fuerza. Sentía gran aprecio por Tomás y cuanto más pensaba en el matrimonio en el que iba a meterse, más presión sentía en el pecho.

—Me alegra en parte que hayas decidido ir a mi boda —le dijo Tomás⁹. Sé que pudiera ser violento, pero...es un día que quiero que estemos todos juntos.

Héctor miró hacia un lado. Violento no era precisamente la palabra, era algo que no podía decir a Tomás abiertamente para no volver a pelearse con él. Eso sin contar que él también

tendría que invitarlo a la suya, que quizás fuera lo que quisiera Erica, estar presente el día que él se casara con Martina.

—Te agradezco que no me despidieses —Tomás cambió la voz y Héctor notó cierto cambio de actitud en su primo. Frunció el ceño hacia él, por primera vez desde que comenzó con Erica lo veía dudar. Quizás comenzaba a abrir los ojos como hizo él.

—Nunca te despediría —le respondió Héctor.

—Estuve a punto de partirte la cara —añadió Tomás.

—Aún así —dijo Héctor⁹, lo que más me hubiese dolido de ese día seguiría siendo lo mismo.

—Sí —Tomás hizo un ademán con la mano⁹. Pero al final lo arreglaste con ella.

—No me fue tan fácil —Héctor sonrió.

Tomás había cambiado demasiado, tanto que le sorprendía. Absorbido y cegado por una mujer que no estaba bien de la cabeza, pero aún así podía ver un hilo de luz en él. Se atrevió a preguntar.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó sin andarse con rodeos.

Tomás lo miró a los ojos.

—Estoy seguro de que amo a Erica —le respondió él⁹. Pero hay una parte que no puedo...
negó con la cabeza⁹. No soy imbécil, sé que ella...

Tomás resopló.

—Fui a tu casa de aquella manera, realmente no porque solo dudara de ti, sino porque también dudaba de ella.

Héctor arqueó las cejas.

—Y...ese pensamiento me martillea continuamente.

Héctor guardó silencio.

—En el fondo sé que solo una palabra tuya anularía esa boda —añadió él mirando hacia un lado⁹. Héctor, tú eres el guapo, el triunfador y eso a ella le va a encantar siempre, ¿entiendes? Ella quería todo de ti y...seguramente aún lo sigue queriendo.

Tomás negó con la cabeza.

—Ella me dice que no, que aquello pasó, que le da igual lo que hagas pero cuando se enteró de que le pediste matrimonio a Martina...⁹ Tomás volvió a tomar aire.

Héctor entendió aquel gesto, él lo había vivido, ansiedad, cuando un pensamiento no deja respirar con facilidad. Tomás era un buen hombre, inocente, demasiado bueno para alguien como Erica. Ella podría manejarlo a su antojo, por esa razón lo elegiría. Encima se le añadía el que era una persona demasiado cercana a Héctor. Erica sabía que él tenía debilidad por su primo, unos años más joven que él.

A Tomás le brillaron los ojos.

—No debería odiarte —añadió Tomás⁹. No debería.

Héctor le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, todo eso pasó —lo tranquilizaba él⁹. Ahora viene lo importante, y estás a tiempo de tomar una decisión. ¿Estás dispuesto a vivir así? ¿Serás feliz viviendo así?

Tomás levantó la cabeza hacia su primo, casi abochornado.

—Aunque te sorprenda, sí —respondió para la decepción de Héctor⁹. No te voy a mentir, tengo el miedo de...

Miró a Héctor a los ojos. Este negó con la cabeza.

—Estoy a punto de casarme con la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida —le dijo a Tomás con firmeza⁹, y estoy loco por ella.

Tomas exhaló aire. Héctor estaba realmente sorprendido. El miedo de su primo a que Héctor siguiera queriendo a Erica, a que ella lo dejara por él. Y que él quisiera seguir adelante con un matrimonio con una mujer empeñada en otro hombre.

—Estoy enamorado de Martina de una forma que no imaginas —añadió y sonrió⁹. Por esa razón estoy convencido de que...⁹no sabía cómo decírselo⁹. Todo este tiempo he insistido... Tomás, he pasado por algo parecido a como estás tú. Mereces mucho más.

Tomás se apartó de él apoyando la espalda en el sillón.

—Ni siquiera te veo convencido —concluyó Héctor. Tomás no respondía⁹. Erica te envuelve y te crea una especie de dependencia o adicción, y te hace creer que eso es una relación. Pero nada más lejos.

Héctor también colocó la espalda en el suyo.

—Martina es mi mundo, pero ese mundo es libre, lleno de confianza, de planes conjuntos, de proyectos —volvió a sonreír⁹. ¿Cómo es tu mundo con Erica?

Tomás seguía sin responder. Héctor sabía que ese mundo carecía de todo lo que él le había enumerado.

—Me alegra verte así —le dijo Tomás sin embargo.

—Y a mí me encantaría verte así también —le respondió él⁹. Tomás, estás a tiempo. Al demonio la boda, los invitados...

Tomás negó con la cabeza.

—No es eso...no lo entenderías.

Por su tono de voz Héctor supo que no debía de hacer ningún comentario más. Se apenaba por su primo pero si él no atendía a razones a pesar de no estar totalmente cegado, no podía hacer nada más por él.

Martina

Era viernes, vísperas de la boda de Tomás y habían decidido salir a cenar. Héctor había reservado en un restaurante en el centro de Málaga, una mesa en un patio interno, con una temperatura más que agradable.

Martina llevaba un vestido que combinaba el blanco con el negro, con un hombro descubierto y llevaba el pelo recogido a un lado. No era habitual verla con el pelo recogido y Héctor no dejaba de observarla.

—Dos semanas —le dijo él —¿saldrás huyendo?

Martina rió mirándolo. Acababa de terminar la cena.

—Tanto me lo dices que ya creo que serás tú el que acabarás huyendo.

Héctor negó con la cabeza.

—Estaré allí, a las doce en punto —respondió él y Martina lo visualizó por un momento, lo que le provocó algo en el pecho.

Bajó la cabeza, la fecha se acercaba. Héctor no había dudado de su decisión ni un momento, a pesar de los temores de Martina de que se hubiese precipitado y después lo hubiese pensado mejor. Pero no, habían terminado de decorar su casa, ya tenían casi todas sus cosas allí, las

invitaciones entregadas, los trajes, la celebración y un largo viaje por delante.

Un auténtico sueño.

Alargó la mano hacia la cara de Héctor y la acarició.

—Ojalá fuera ya mañana y no tener que esperar dos semanas⁸ dijo él y Martina recordó que lo que tenían el día siguiente era la boda de Erica y Tomás, y resopló⁹. Te recuerdo que fuiste tú la que dijo que iríamos.

Martina se encogió de hombros.

—No sé si es lo mejor pero es lo correcto.

—Es como ver a tu primo camino a la guillotina —añadió él y ella sonrió.

—Un matrimonio no tiene por qué ser nada definitivo —respondió ella y él arqueó las cejas⁹. No va a condenarse de por vida. Puede abrir los ojos del todo, arrepentirse y todo sería humo en semanas.

Héctor se echó hacia atrás.

—Tenemos una visión diferente de todo esto —le reprochó él.

—Tu idea romántica no vale para todo el mundo —continuó ella⁹. Todo el mundo no tiene esa suerte. A veces acaba mal.

Héctor apartó su plato y dejó a un lado la servilleta.

—Pues yo quiero que nos casemos para toda la vida, no sé tú —dijo él sin mirarla.

Martina negó con la cabeza divertida por la molestia de Héctor.

—Yo también quiero —su respuesta hizo que él la mirara⁹. Pero toda la vida es mucho tiempo. Una parte dependerá de la suerte, la otra parte la tendremos que poner nosotros.

Héctor la miró como siempre lo hacía cuando una reflexión de ella lo hacía pensar.

—La base la tenemos —añadió ella⁹. Pero es muy fácil que sea así al principio. Hay pocos principios malos. No consiste en cómo comienza, sino en cómo continúa y depende de esta fase si acaba o no.

Héctor guardó silencio unos segundos.

—¿Crees que nos hemos precipitado? —preguntó él⁹. ¿Qué te pedí matrimonio demasiado pronto?

Martina sonrió. Iban a casarse en menos de un año de relación.

—Fue el momento que elegiste, ¿no?

—Y lo volvería a hacer ahora mismo otra vez.

No sé cómo lo haces, pero siempre acabo con las bragas en suelo.

Martina rió negando con la cabeza. Héctor era como los príncipes de los cuentos que le leían de niña y de aquella idea salió la de elegir para su baile nupcial un vals en concreto. Según la abuela Lola, con suerte encontraría a alguien así. Y lo había encontrado, su abuela se dio cuenta desde el día en el que lo conoció en aquella cafetería. Sabía que la octogenaria abuela pudo verlo y presentir que aquel era el hombre de su vida.

El panorama inmediato no podía ser mejor. En dos semanas se casarían y durante seis semanas harían un viaje en el que tendría a Héctor solo para ella, lejos de las obligaciones de trabajo, sin horarios...

Cerró los ojos, de todo lo que le esperaba, el día de la boda era lo único que le enturbiaba un poco sus pensamientos. Demasiados invitados, el miedo a que algo saliera mal. Una vez pasado aquello solo le quedaría disfrutar.

Héctor pidió la cuenta y se la trajeron en el interior de un libro de piel. Él metió algo dentro y lo arrastró hasta Martina. Ella lo abrió contrariada.

—Paga tú hoy —dijo él riendo.

Frunció el ceño cuando vio una tarjeta bancaria con su nombre en letras doradas.

—La clave pin es la fecha de la primera noche de París —le guiñó un ojo.

Martina la cogió inspirando aire. No sabía cómo hacer con Héctor en aquel sentido. A ella le incomodaba que él compartiera las consecuencias de su éxito con ella. Le abochornaba que pagara las cosas. Y en cuanto a su petición de que no le hiciese regalos, él parecía haberla olvidado. Ahora una tarjeta bancaria.

—Ya tengo una —le respondió ella.

—Entonces ahora tendrás dos —añadió él con ironía. El camarero regresó a por la libreta de la cuenta y Blanca no tuvo más remedio que dársela con la tarjeta dentro ante la risa de Héctor.

La ventaja de casarme con un hombre rico. Y que haya mujeres a las que les guste estas cosas. No lo entiendo, para mí es...bochornoso.

Martina guardó silencio hasta que le devolvieron la tarjeta. Héctor le dio su bolso para que la guardara.

No pienso usar esto.

La metió en la cartera. Resopló.

—Acostúmbrate —le dijo él.

—A qué —preguntó ella sin mirarlo⁹. Eres rico y yo no —añadió⁹. Y esto es...incómodo.

—Vale, ¿tienes otra opción? —se levantó y le tendió la mano para que ella se levantara⁹. Si quieres podemos hacerlo al revés.

Martina arqueó las cejas ante la ironía de Héctor.

—Tienes un sueldo en la empresa, ok, yo me pongo otro equiparable —añadió⁹. Vendemos la casa y el ático, no podríamos mantenerlos, así que nos mudamos a otro sitio a llevar una vida más normal.

Héctor reía pero a Martina no le parecía tan gracioso.

—Quiero disfrutar de todo lo que tengo —la agarró por la cintura⁹. Y quiero disfrutarlo contigo, así que deja ya la vergüenza y la incomodidad. Porque ahora todo eso es tuyo también.

Salieron del restaurante y caminaron dirección al ático.

—A partir de ahora puedes tener lo que quieras...y yo puedo regalarte lo que quiera —añadió él.

Martina se detuvo y lo miró con un reproche. Últimamente ya le regalaba lo que le venía en gana, cosas que disimuladamente le dejaba en la casa nueva.

Martina bajó la cabeza. Mirara por donde lo mirara, no le parecía justo disponer de lujos y una fortuna por el único hecho de casarse con él.

—No tienes otra opción.

—Pienso seguir trabajando —replicó ella y él rió⁹. Pienso seguir trabajando hasta que me jubile.

La risa de Héctor aumentó.

Martina levantó el dedo índice y negó con él.

—No soy una mujer florero, no lo voy a permitir, ni lo intentes —añadió⁹. No jugaba a las casitas ni cuando era niña.

Héctor la abrazó.

—Como quieras —le dijo en un tono que Martina lo identificó más como darle la razón porque sí, que a que pensara de la misma forma que ella.

Martina cerró los ojos en el hombro de Héctor. Desconocía si los planes a largo plazo de

Héctor eran similares a los suyos. No habían hablado de detalles. Sí de lo que iban a hacer en la empresa, de cómo iban a distribuir el trabajo, pero él tenía otros planes personales que ella bien sabía que eran incompatibles con todo aquello.

No quiero ni pensarlo.

De momento tenía una incómoda boda la noche siguiente, su día más especial a dos semanas y un largo viaje que pensaba disfrutar al completo. Ya enfrentaría el resto conforme fueran sucediendo los acontecimientos.

Héctor miró de reojo un grupo de jóvenes que al pasar repararon en Martina.

—¿Ves como hice bien en darme prisa? —dijo él con ironía y ella rió.

La besó.

—Y te prometo que no vas a arrepentirte de haberme aceptado —añadió.

Martina apoyó la frente en el hombro de Héctor y cerró los ojos.

Jamás.

Héctor

Héctor bajó a recoger un traje de la tintorería, el que iba a ponerse para la boda de Tomás aquella tarde. Lo había dejado a primera hora de la mañana para que se lo prepararan.

La tintorería estaba a la vuelta de la esquina, salió por el portal. Apenas la vio, iba sumido en sus propios pensamientos. Se detuvo en seco, Erica lo esperaba a unos metros del portal. Héctor negó con la cabeza mientras apartaba la mirada de ella.

Erica no perdió tiempo en acercarse a él.

—No tendrías que estar aquí —le reprochó.

—Lo dices por el día que es —le dijo ella.

Héctor la miró a los ojos.

—Ni este día ni ningún otro —le respondió él.

Ella le puso una mano en el hombro.

—¿Puedes escucharme un momento? —le pidió ella.

Héctor negó con la cabeza.

—No sé lo que buscas ahora —dijo él⁹. Pero no tengo nada que hablar contigo.

Héctor dio un paso hacia delante y Erica lo retuvo.

—Le has pedido a Tomás varias veces que no lo hiciera —dijo ella⁹. Has querido evitar esa boda y se lo has pedido.

Héctor la miró.

—Pero nunca me lo has pedido a mí —añadió. Erica miró la hora⁹. Faltan siete horas —volvió a mirar a Héctor⁹. Pídemelo Héctor y no lo haré.

Él frunció el ceño mirándola como si estuviese loca.

—Dime que no me case con Tomás y no lo haré.

Héctor exhaló aire.

—¿Eso es lo que buscabas cuando comenzaste con mi primo? —le reprochó él. Se hizo el silencio un instante, luego Héctor asintió con la cabeza⁹. Eso era lo que esperabas. Que yo fuera a buscarte.

Héctor bajó la cabeza. Aquella farsa que se le estaba montando a Tomás le dolía como si de él mismo se tratase.

—Pero no lo hice cuando empezasteis a salir —levantó la cabeza hacia Erica⁹. Diste un paso más y os comprometisteis. Pero tampoco lo hice.

Realmente Erica pensaba que él seguía sintiendo algo por ella. En aquella mente ególatra no cabía otra cosa.

—Erica —le dijo Héctor⁹. Dentro de dos semanas voy a casarme con la mujer de mi vida.

Notó cómo las aletas de la nariz de Erica se movieron.

—Esto no es ningún juego —añadió él⁹. Des el paso que des, te cases con Tomás o no, me es totalmente indiferente.

Erica arqueó las cejas y sus ojos pardos brillaron.

—Entonces...ella tragó saliva. Héctor presagió que rompería a llorar de un momento a otro.
¿Por qué le decías...

—Porque tú no lo quieres —le confirmó él. Porque tú has montado este circo para que yo volviera contigo. Se te ha ido de las manos. Tomás no se merece esto.

—Tú me querías...

—Hace mucho de eso ella cortó él. Demasiado tiempo, aunque ahora he entendido...que eso no era amor, al menos no el que conozco ahora.

Erica lo fulminó con la mirada.

—¿No tienes ni idea! —ella levantó la voz. ¿No tienes ni idea de lo que estás diciendo!

Héctor dio un paso atrás. Erica tenía soberbia y genio que no quería desatar en medio de una calle transitada.

—Estoy completamente seguro de lo que estoy diciendo —respondió él.

Erica negó con la cabeza. Héctor dio otro paso alejándose de ella.

—Ahora vete, por respeto a Tomás —le pidió él.

Erica apretó los labios. Héctor la rebasó para seguir su camino.

—¿Ella es más mujer que yo? —le preguntó Erica con soberbia y Héctor se giró hacia ella.

—No sería exactamente eso...Héctor buscó las palabras correctas. Para mí no hay otra mujer como ella. Ni la habrá nunca.

Erica abrió la boca para replicar, pero la cerró. Héctor no se detuvo más en ella y dio la vuelta a la esquina del bloque camino a la tintorería. No anduvo más de medio minuto, notó cómo le agarraban el brazo. Erica había corrido tras él.

—¿Y qué hago yo ahora? —le reprochó ella alzando la voz de nuevo. Me has engañado este tiempo. ¿Qué hago?

Héctor dudó si Erica se había desquiciado más con el tiempo o si ya era así antes y él no lo veía. Entonces más que nunca entendió cómo se sentiría su hermana Alicia durante su relación con Erica y el porqué llegó a enfrentarse a él de la manera en la que lo hizo.

—Nunca te he engañado —le dijo él. Te lo dije claro desde que acabamos. Tú has seguido creyendo películas extrañas. Ahora haz lo que mejor te parezca.

Volvió a dejarla atrás y ella volvió a agarrarlo.

—Héctor —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Erica, ya —liberó su brazo de ella.

—Vas a arrepentirte de esto —le amenazó ella. Ya lo hice una vez, puedo volver a apartar a esa niña cuando quiera.

Héctor se giró hacia ella.

—Erica, olvídate ya le respondió inclinándose hacia ella. Martina no es un mosquito molesto que puedas apartar de un manotazo. Voy a casarme con ella. Es la mujer que quiero, y lo que hagas es para nada.

Erica aprovechó que Héctor estaba ligeramente inclinado hacia ella y le rodeó el cuello con fuerza para besarlo. Él tuvo que liberarse mientras movía la cabeza evitando el beso.

—Ya está bien —le dijo firme.

Se apartó de ella y le dio la espalda siguiendo su camino.

Martina

Estaba en el baño, terminándose de peinar con aquel “palito para el pelo”, como llamaba la abuela Lola al cono rizador. Ya se había maquillado y vestido. Se había comprado un vestido rojo, con escote de pico que formaba unas ondas. Le entallaba hasta la cintura para luego abrirse en una falda de tul de mucho vuelo. Llevaba en la cintura un cinturón que formaban tres capullos de rosa hechos de tela de diferentes colores, con una gran lazada en la espalda. Le encantaba aquel vestido, el vuelo de parte inferior tan vaporosa. Entonces recordó su vestido de novia. Lejos de los trajes de pedrería, transparencias o entallados en forma de sirena, había elegido un palabra de honor de tela brocada con una vaporosa falda. No era la idea que tenía cuando lo estuvo buscando, pero una vez que se puso a probarse, era el único que le hacía conservar la juventud que realmente tenía.

No llevaría velo, sino la mantilla de boda de su abuela, como también llevó su madre y supuso que también llevarían sus hijas o nueras si es que las llegara a tener.

Héctor la esperaba en el salón, hablaba acaloradamente con Alicia. Volvía a escuchar la historia de Erica por tercera vez. El bochornoso percance de aquella mañana, la misma mañana en la que supuestamente se casaría. Así que iban a ir a la boda sin estar seguros si esta finalmente se celebraría.

Cada vez que escuchaba a hablar a Héctor le ardía el pecho.

Si aparece por la boda, la arrastraría con velo y todo.

La situación no podía ser más incómoda, y encima la idea de asistir a la boda había sido cosa de la propia Martina, Héctor se negaba porque temía lo peor.

Oyó ya silencio en el salón. Abrió la puerta del baño ya acabada, cogió el pequeño bolso de mano y salió a través del pasillo hacia el salón.

Héctor levantó la cabeza hacia ella. Lo notó ruborizado, cada vez que le relataba a alguien lo de Erica, se alteraba hasta llegar al mismo estado en el que estaba cuando subió con su traje de la tintorería.

Sin embrago su semblante cambió en cuanto la vio.

—¿Qué vas a dejar para nuestra boda? —le dijo él y ella miró hacia un lado.

Y no me acostumbro.

Fue hacia ella y la rodeo con los brazos.

—Preciosa —no dejaba de mirarla. Pero siempre, se pusiera lo que se pusiese, él la alababa.

No sé lo que ve en mí, pero me encanta.

—No sé lo que nos vamos a encontrar —le dijo él.

Un circo, eso seguro.

Martina rió.

—Me encanta cómo llevas esto —le dijo él soltándola⁹. Si esta mañana fuese tu ex el que te hubiese hecho eso abajo...⁸entornó los ojos.

—Ya, ya me imagino —respondió ella con ironía.

Era lo que solía decir la abuela Lola.

Los hombres y sus hormonas primitivas. Solo les falta levantar la pata y mearnos encima.

Contuvo la risa al recordarlo.

—Te hace gracia —le reprochó él riendo⁸. Si esto fuera al revés, yo no pisaría esa boda.

—Pero yo no soy tú —Martina se dirigió hacia la puerta.

—Eres mucho mejor que yo —se colocó junto a ella⁹. Tu seguridad, tu tranquilidad.

—No es del todo así —lo corrigió ella⁹. No me alegra lo de esta mañana. Y sí, también puedo sentir el arrebató de arrastrarla.

Ladeó la cabeza y Héctor rió con su ironía. Luego se paró un instante para contemplarla. Le cogió la cara.

—Solo dos semanas, a esta hora...

Martina sonrió. Héctor puso su frente sobre la de ella.

—A esta hora —confirmó Martina.

Héctor abrió los ojos y notó cierto brillo en ellos. La cogió y la levantó para besarla. Con el aparatoso tul Martina pensó que acabaría resbalándose, pero él la tenía bien sujeta.

—La mejor decisión de mi vida —dijo él.

Alicia

Llegaron hasta la puerta del ayuntamiento. Alicia estaba ya allí con su marido y sus hijas. Los padres de Héctor aún no habían llegado. Alicia abrazó a Martina y alabó su vestido.

—Estáis genial —le dijo.

Héctor saludó a más familiares. Martina notó cómo el resto de familiares de Héctor la observaban. Supuso que la prometida del exitoso de la familia era algo peculiar, sobre todo sabiendo que en dos semanas estarían en su propia boda, eso sin contar que la anterior novia de Héctor estaba a punto de llegar, o no, a su enlace con otro miembro de familia.

Martina tomó aire. Solo ella, Alicia y los padres de Héctor conocían el altercado de aquella mañana. Algo que hacía la situación aún más incómoda.

Martina vio a Tomás, ya en la puerta de la sala donde se hacían los oficios. Junto a él estaba su madre, vestida con un traje largo y mantilla oscura. Martina comprobó cómo ella miraba de reojo a su sobrino Héctor y pudo reconocer en su expresión una mezcla de terror, desconcierto, e incluso recelo.

Pobre mujer. No sabrá ni la mitad pero aún así se teme lo peor. Un hijo, lo más sagrado para una madre y tener el presentimiento de que lo llevas hasta la horca.

Aunque sabía que aquella mujer creía la versión de Erica y para ella Héctor era el malo de aquella historia, el que había tratado de impedir la boda.

Martina negó con la cabeza.

Tomás era un joven agraciado, tenía la altura de Héctor y tenía algunos rasgos parecidos a él, aunque se alejara del atractivo extraordinario de Héctor, en conjunto era más que bien parecido. Y lo más importante, sabía por Héctor que era buena persona y carecía de maldad. Una auténtica pena lo que se le venía encima tanto si Erica acudía a la boda como si no. Sin duda Erica no se merecía una persona como él, y él se merecía a una mujer mucho mejor.

Martina frunció el ceño sin dejar de mirar a Tomás.

Héctor la cogió del brazo para que se acercara a él, quería presentarle a más parientes. Martina dio besos sin echar cuenta a caras ni nombres, se había perdido en sus propios

pensamientos. En cuanto se quedaron solos con Alicia lo miró de reojo.

—¿Por qué está Tomás en una tienda? ¿Por qué no en la central? —le preguntó a Héctor.

Héctor quedó contrariado con la pregunta.

—Necesitaba a alguien de confianza allí. Pensaba trasladarlo, pero después de...no lo vi adecuado.

Martina se mordió el labio.

—Ya está arreglado, ¿no?

—¿Por qué lo dices? —preguntó él sorprendido.

—Propónselo —bajó la cabeza sin dejar de mirarlo, como cada vez que le pedía algo a lo que él no podía decirle que no.

—¿Qué tramas? —le dijo él con tono irónico.

—Que las tropas de Carmen aumentan y las mías no —le respondió con la misma ironía y Héctor rompió a carcajadas.

—Cayetana...

Oír el nombre de aquella chica preciosa y brillante en la voz de Héctor le hizo sentir algo en el estómago. La seguridad arrolladora que tanto alababa Héctor de ella, no era tan robusta como aparentaba. No sentía peligrar su trono en absoluto, sin embargo algo sin fundamento la hacía estremecerse. Algo que intentaba disimular delante de Héctor.

Tomó aire, el coche de la novia llegaba.

—Hemos salido de dudas —le dijo a Héctor y a Alicia.

—Ya no le quedaba otra —respondió Alicia tras su hombro.

Martina sintió la frente de Alicia en su hombro.

—No te puedes hacer una idea de las veces que he imaginado esto, pero que era mi hermano el que estaba ahí —le susurró. Alicia resopló⁹. Eres un ángel.

Alicia le echó el pelo hacia atrás.

—Ahora estoy completamente tranquila —Alicia la miró a los ojos⁹. Me encantará tenerte en la familia.

Que Alicia sintiera afecto por ella le producía una sensación de bienestar que la hacía perder los pocos miedos que le quedaban. Alicia era algo así como la mitad de Héctor, y si ella estaba tranquila y segura, todo pintaba salir bien.

Martina agarró la mano de Héctor, él le susurró otro piropo al oído, uno más de tantos que llevaba desde que salieron de casa.

—No sé lo que vas a dejar para dentro de dos semanas —le respondió ella y él sonrió.

Notó a Alicia junto a su oído de nuevo.

—No te extrañes que hasta se ponga a llorar en vuestra boda ⁹le dijo irónica⁸. Ahí donde lo ves, llora más que yo.

Martina contuvo la risa. Erica ya entraba en el salón. Llevaba un vestido sirena de pedrería, precisamente del estilo que Martina había rechazado, demasiado llamativo y ella quería sencillez, algo extraño en una boda que sería demasiado ostentosa.

No podía negar que Erica era una belleza y tenía cuerpo de sobra para llevar un vestido tan entallado y que le sentara de maravilla.

Intentó borrar de su mente que Erica una vez ocupó su lugar y casi lo logró. Al fin y al cabo, era ella la que llevaba el anillo de compromiso con Héctor, algo que nunca ostentó Erica. Martina apretó la mano de Héctor. Este la abrazó por detrás. Tenerlo pegado a ella le producía cierta seguridad, quizás eso sería lo que él quería con el gesto.

Los invitados eran numerosos, así que prefirieron estar mejor fuera que apelotonados dentro.

La ceremonia era lenta y Martina salió hasta la puerta del ayuntamiento con Héctor.

—Suelo ser un pesado —comenzó él⁹. Pero es admirable lo que haces.

Martina arqueó las cejas.

—Erica es mi ex, súmale lo que ha pasado esta mañana y mírate, esa seguridad que tienes, esa forma de enfrentar las cosas —Héctor negó con la cabeza⁹. Y yo no soy capaz ni de oírte nombrar a los tuyos.

Martina rompió a carcajadas. Oír decir aquellas cosas a Héctor, que aparentemente era un hombre que podía conseguir lo que se propusiese. Y sin embargo, no quería escuchar nada de sus relaciones anteriores, como si no existiesen.

—¿Que tú pensaras casarte con otro? —volvió a negar con la cabeza.

—Qué más da eso —respondió ella⁹. Ya pasó. Importa el ahora.

—Me da lo mismo —la abrazó⁹. Me duele igualmente.

Martina volvió a reír. No podía creer que Héctor le dijera alguna vez que se torturaba si pensaba en ello. Sus antiguos novios, “los pusilánimes” como los llamaba la abuela Lola, ya no eran ni humo.

—Me encantaría haber llegado antes —la apretó⁹. Antes que ellos.

Martina ladeó la cabeza.

—Me llevas unos cuantos años, llegar antes que el primero, con los años que nos llevamos, no hubiese sido muy acertado —dijo ella y Héctor sonrió a sus palabras.

Le encantaba la sonrisa de Héctor. Recordaba lo que le produjo la primera vez que lo vio sonreír la noche en aquella discoteca, cuando ella solo había visto en él el semblante serio de la oficina.

Alicia y su marido estaban junto a ellos. La hija mayor de ambos no paraba quieta y de vez en cuando tenían que correr tras ella.

—Estáis muy cómodos, ¿lo sabéis? —les reprochó Alicia.

Raúl, su marido, comenzó a reír. Martina hizo una mueca, sabía que Héctor la miraba de reojo.

—No le echas cuenta al capullo de mi hermano con esos celos con tus ex⁹le dijo Alicia haciendo un ademán con la mano⁹. Lo que pasa es que a él le gusta ser el primero en todo.

Miró a su hermano con picaresca.

—No puede soportar que otros hayan besado a su Martina —añadió riendo⁹. Te jodes.

Raúl y Martina rompieron en carcajada, Alicia hizo una mueca.

—¿Sabéis que comienza la cuenta atrás para que regrese a la oficina? —preguntó Alicia cogiendo a Marta, su hija pequeña, que ya tenía unos meses⁹. Estoy deseando de regresar. En septiembre empieza ella la guarde.

Martina lo sabía y le encantaba la idea de tener a Alicia con ella. Sabía que era un punto a su favor frente a Carmen. Aún no habían decidido el organigrama, pero fuera como fuese, tener una aliada que no temiera a Carmen sería bueno. Martina adoraba a Luna, a Luisa y a Eli, pero ellas nunca solían enfrentarse a Carmen. Martina les había asegurado su puesto, no tenían ya nada que temer, pero la alfa de la oficina durante los últimos dos años, seguía imponiendo más por su soberbia y genio que por otra cosa.

Carmen nunca se atrevería con Alicia, a ella le tenía cierto respeto, respeto que no le profesaba a Martina aunque de ello dependiera su puesto, como la oyó decir alguna vez.

—Todos estamos deseando de que regreses —dijo Héctor cogiendo a Marta.

—Te va a llenar el traje de babas —le advirtió Alicia dándole una gasa⁹. Le están saliendo los dientes y está fatal.

Alicia entornó los ojos hacia ellos.

—Oye, pues os va bien —les dijo.

Martina apartó la mirada.

Ni me he casado todavía...

La familia de Héctor, Carol, Eli, sus propios padres siempre le insinuaban lo mismo.

Alicia sabía que aquello la incomodaba. No la habían criado para eso, la maternidad nunca fue considerada como algo principal en su entorno. Su madre había seguido su carrera profesional en el hospital hasta llegar a tener un buen puesto. El antes o después de su nacimiento fue similar para su madre. Fue la abuela Lola la que se encargó de ella.

Recordarla, a pesar de que los meses habían pasado, volvía a ser triste. Se preguntó qué le hubiese dicho ante la situación en la que estaba en aquel momento, en la boda de Erica. Cómo actuar, qué decirle, qué hacer.

Me animaste a meterme en este lío y a veces me siento perdida.

Sabía que aún le quedarían lágrimas, muchas. Las guardaría para dentro de dos semanas justas, para el momento que le colocaran su mantilla de boda y la tiara que la abuela le había dejado en herencia.

Héctor le había regalado unos pendientes a juego con el anillo, para que los llevara ese día. El traje era regalo de sus padres y sus amigas le habían regalado la ropa interior. Todo ello estaba preparado, hasta su perfume. Suspiró.

Cada vez siento más que no estés aquí.

El ruido la sobresaltó. Erica y Tomás ya salían.

Ya está hecho. Lo siento por él.

No fue hasta la recepción del convite cuando llegó el momento incómodo. Cuando los novios se pusieron en la puerta del salón para recibir a los invitados y tuvieron que felicitarlos.

Martina se colocó tras Héctor, mientras esperaban su turno. Lo miró, estaba realmente guapo con el aquel traje gris acero y la corbata de seda roja, a juego con su vestido. Martina se la colocó bien y le hizo un gesto en la cara.

No sé si esto es peor para ti o para mí.

Tomó aire.

Es aún peor que darle los buenos días a Carmen.

Su interior rió. Sintió a Alicia tras ella.

—Venga campeones —los animó susurrando. Martina la miró de reojo con ironía.

Dejó que Héctor fuera delante.

Al fin y al cabo el marrón es tuyo, lo mío son daños colaterales.

Vio cómo a Erica se le descompuso la cara en cuanto lo vio. Héctor le dio un abrazo a Tomás. Para sorpresa de Martina este se vio realmente sincero.

A pesar de la situación él lo quiere. La puñetera zorra esta se ha cargado una buena amistad.

—Martina —oyó decir a Tomás y vio cómo Erica en seguida la miraba también.

Ella felicitó al novio. Cayó en el detalle que Héctor esperó a que ella terminara con Tomás para felicitar a la vez a Erica.

Héctor, no te pega esto. Échale más valor.

Él la felicitó con rapidez, besándola en la mejillas pero manteniendo la distancia. Martina sonreía.

—Felicidades —le dijo ella besándola. Erica asintió con la cabeza.

Pero mírame a los ojos, pedazo de puta. Sabes que sé lo hiciste esta mañana.

—¿Es tan complicado cómo parece? —le preguntó a Erica. De inmediato la vio contrariada. Estaba delante de todo el mundo, sabía que no podía ponerse como la noche que la encontraron, ni mucho menos del modo que actuó aquella mañana. Martina sabía que jugaba con ventaja. La boda, me refiero.

Casi pudo ver cómo Erica exhalaba el aire.

—Sí, algo así —respondió intentando ya dirigirse hacia Alicia, pero esta pasó de ella rodeando a Martina y entrando en el salón.

—A mí tan solo los preparativos me tienen loca —añadió Martina dando un paso atrás, colocándose junto a Héctor.

Le agarró la mano a Héctor sin dejar de mirar a Erica.

—Unas horas intensas, y luego tranquilidad —añadió mientras se marchaba hacia el salón.

Fulminó a Erica con la mirada.

Como te vuelvas a acercar a Héctor te reviento.

Él tiró de ella hacia el salón.

—¿Encima le das conversación? —le reprochó él — ¿por qué lo has hecho?

Ella lo miró de reojo.

—Quería que supiese que, si te atreve a increparme con alguna estupidez, le voy a responder como se merece —respondió sonriendo. Héctor negó con la cabeza.

Se detuvieron en la mesa en la que ya estaban sentados los padres de Héctor y Alicia con la familia. Héctor le retiró la silla y la besó en la frente.

—No merece la pena —le susurró. Intenta evitarla. Nos iremos pronto.

—Es lo que pienso hacer —entornó los ojos. Pero no conozco sus planes.

Héctor se sentó entre Martina y su madre. Y Martina tenía a Alicia al otro lado, intentando que Noelia, su hija mayor se quedara quieta en la silla.

—Amarrad bien los anillos al cojín cuando se los deis a esta, si no queréis andar buscándolos por el suelo a mitad de la ceremonia —volvió a sentar a la niña. Yo no respondo por vuestra dama de honor.

Martina rió. Noelia era realmente nerviosa.

Martina no recordó haber asistido a una ceremonia más incómoda que aquella en toda su vida. Cada vez que la madre de Tomás se acercaba a la mesa, o el propio Tomás, Martina y Héctor miraban hacia otro lado. Alicia había accedido a asistir, pero no dirigió una sola mirada a Erica. Todos los de la mesa, incluidos los padres de Héctor, estaban deseando de que aquello avanzara un poco y poder irse de allí.

Martina apenas probó la comida, tener a Erica dando bandazos de un lado a otro haciendo el teatro con los invitados le estaba revolviendo el estómago. Y cada vez que miraba a Tomás sentía un sentimiento de pena que no sabía muy bien digerir. Algo parecido a lo que sentía los primeros días de oficina con las injusticias de Carmen.

Miró a Héctor de reojo.

—¿Cuándo vas a hablar con él? —le preguntó.

—Cómo voy a contarle...

—Eso no —le corrigió ella. Que si quiere trabajar en la central.

—No sé si es buena idea tenerlo más cerca...

—Es la mejor idea —Martina se giró buscando a Tomás con la mirada. No puedes dejarle...

¿Solo con esa arpía?

—Es lo que llevo intentando todo este tiempo, no permitir esto y mira cómo acabamos — Héctor la había entendido.

—Lo intentaste a lo bruto como siempre⁹le replicó ella y oyó la risa de Alicia a su lado⁹. No es esa la forma de ayudarlo.

Héctor soltó el cubierto y se limpió con la servilleta.

—¿Y cuál es la forma, según tú? —le preguntó él y Martina resopló. A veces Héctor volvía a ser el jefe testarudo de tiempo atrás.

—Estando cerca, esperando el momento en el que él te necesite. Lo que se hace con los amigos.

Alicia negaba con la cabeza sin dejar de reír.

—No lo conoces. Es testarudo...

—Lo traerá de familia —lo cortó ella y Alicia rompió a carcajadas.

—¿Por qué te ha dado ahora por esto? —le reprochaba él.

Martina lo miró a los ojos.

—Ya me conoces —Martina también soltó el cubierto con el que había dado vueltas a la comida⁹. Si veo algo injusto cerca de mí, no sé quedarme de brazos cruzados. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Héctor suspiró.

—Hablaré con él —le dijo con voz rendida⁹. Pero va a decir que no.

—Negocia, se te da bien —le sonrió ella.

La madre de Héctor miraba a uno y a otro sorprendida. Alicia se inclinó hacia Martina.

—A mi madre le asombra tu forma de llevar a mi hermano a tu terreno. Él siempre ha sido un testarudo y no acepta rebates⁹le susurró⁹. No sé en otras cosas, pero en este asunto llevas razón —Alicia miró hacia atrás, donde se encontraba Tomás⁹. A mí también me gustaría tenerlo cerca ahora que estamos convencidos de que va a ser un desgraciado.

Martina respiró satisfecha. Tener a Alicia de su parte era siempre placentero. Ella era coherente, justa, y sabía aplacar tan bien como ella la tozudez de Héctor.

Héctor la miró curioso.

—No me quiero llegar a imaginar lo que va a ser teneros a las dos en la oficina —se puso la mano en la frente⁹. Madre mía...

Alicia le echó el brazo por encima a Martina.

—Acabarás dimitiendo —rió Alicia y Martina la acompañó en la risa.

La madre de Héctor miró apenada a su hijo.

Llegó la tarta, se pusieron de pie sin remedio. Más circo, fotos y falsos besos por parte de Erica. El sentimiento extraño de Martina crecía a medida que aquella farsa continuaba a pesar de no conocer a Tomás, no podía imaginarse cómo se encontrarían Héctor y Alicia, que se criaron junto a él.

Martina observó a Erica con detenimiento.

Cómo fui tan estúpida como para creerme nada de la lagarta esta.

Agarró la mano de Héctor con fuerza.

Casi lo consigue.

Notó un beso de Héctor en la sien y se dejó caer en él.

—Cuando vengan a las mesas, le damos el regalo y nos vamos —le dijo él y ella asintió.

Volvieron a sentarse para esperar a que sirvieran la tarta. Blanca tampoco la probó.

Cada comida aquí tiene que tener veneno de serpiente.

Se mordió el labio inferior cuando vio a los novios acercarse. Repartían unos jabones para las mujeres y algo para los hombres que también venía en una caja. Sintió el codo de Alicia y levantó la cabeza hacia Erica.

Violento a más no poder.

Casi rozó la mano de Erica al coger el jabón que desprendía un intenso olor a vainilla.

—Gracias —le dijo.

Alicia recogió también el suyo, sin más remedio le dio las gracias, algo rápido, carente de sonrisa. Héctor mientras tanto daba un sobre a su primo con un cheque en su interior, espléndido como siempre con las personas que quería, era una buena suma. Podría permitírselo, como la casa, la ostentosa boda en uno de los mejores hoteles de Málaga o un viaje de novios de mes y medio que iniciarían en crucero, y con el que atravesarían Europa, después en avión hacia la polinesia, parte de América para luego terminar en París.

Después de los regalos, llegó el momento del baile, el que más temía Martina de su propia boda. Le avergonzaba que todo el mundo la mirara. Había ido con Héctor a unas clases de vals para no hacer mucho el ridículo ese día. Habían elegido un vals de Tchaikovsky, a Martina le gustaban los clásicos.

Alicia cogió a la bebé y la levantó hasta acercar su nariz al pañal. El olor llegó hasta Martina.

Un magnífico regalo para Erica. No se merece otra cosa.

Alicia le pidió que la acompañara a cambiar el pañal de Marta. Martina soltó a Héctor para ir con Alicia. Había cambiador en el baño de minusválidos. Martina no tenía ni idea de cómo se cambiaba un pañal, pero a Alicia le sobraba la práctica. Martina miraba perpleja la rapidez con la que ella había conseguido que un auténtico espectáculo de caca amarillenta quedara en nada.

—Sujétala —le pidió y Martina cogió a la niña como pudo. La niña hizo el intento de coger uno de los pendientes colgantes que llevaba, pero la esquivó, sin embargo no pudo esquivarle el enganche del pelo. Marta tiro con fuerza y rió.

Ostras.

Aguantó el tirón hasta que Alicia acabó de guardar las cosas y fue a su rescate.

—Tengo la suerte de llevar el pelo corto —reía quitando los gruesos dedos de Marta del pelo de Martina.

Martina miró cómo en las mano de la niña quedaron algunos pelos sueltos que se le habían roto en el proceso de desenganche.

Salieron de nuevo al salón. Ya había comenzado la barra libre y sonaba música alegre. Buscó a Héctor con la mirada. Alicia lo encontró antes y le señaló hacia un lado. Héctor hablaba con Tomás.

—Mira la zorra esa —le susurró Alicia y Martina vio a Erica a unos metros de ellos, que no dejaba de mirarlos⁹. ¿Creerá que va a contarle el numerito de esta mañana?

Alicia negó con la cabeza.

—No tiene vergüenza —añadió.

—No, no la tiene —confirmó Martina.

Y cada vez que me acuerdo me dan ganas de arrastrarla.

—Quiso que Héctor la contratara también a ella —le dijo Alicia⁸. Insistió durante un tiempo. No ha trabajado en su vida y quería que mi hermano le diera trabajo —resopló⁹. Gracias a dios Héctor se negó.

Martina frunció el ceño. No se podía imaginar la bomba que sería tener a Erica en la empresa.

—El único sueldo que cuentan es el de Tomás —añadió Alicia⁹. Así que creo que Tomás aceptará venirse a la central si le ofrece una subida⁹. Alicia miró a Martina de reojo⁹. Gracias por convencer a mi hermano. Casi puedo predecir lo que va a pasar a mi primo a partir de ahora y me gusta que esté cerca de nosotros.

Martina sonrió.

—Imagina que casi pude ver ahí a mi hermano —resopló. Luego miró a Martina de nuevo⁹. No pudo haber elegido mejor.

Martina tuvo que bajar la cabeza.

—Desde el principio me gustaste y lo sabes.

Martina hizo una mueca abochornada. El hecho de que pronto Alicia fuera de su familia, algo parecido a una hermana que nunca llegó a tener, le encantaba.

Siguieron el camino hasta la mesa. Alicia soltó a la bebé en el carro. Martina dirigió su mirada de nuevo hacia Héctor. Erica había ido hacia ellos.

No, no tiene vergüenza.

Dudó si sentarse o de si ir hacia ellos. Alicia pareció verla dudar y se sorprendió de su gesto. Martina rara vez dudaba.

—Ni lo pienses, si es lo que quieres, ve a por él y te lo traes —le dijo Alicia.

Martina entornó los ojos hacia ella. Si iba a por Héctor, Erica podría tomarlo como una provocación o quizás confundirlo con celos. “Los celos son signo de debilidad” solía decirle la abuela. Y la abuela siempre llevaba razón. Si Erica veía un solo hilo de debilidad en ella, iría a su cuello o al cuello de Héctor, cualquiera de las dos cosas eran malas.

En cuanto Héctor regresara supuso que se marcharían de allí. Estaba deseando de dejar atrás aquella situación tan violenta. Alicia comenzó una conversación con Raúl. Martina fijó la vista en algo que había sobre la mesa. Una pequeña cajita con los nombres de los novios y la fecha del enlace. En su interior había una especie de cigarrillos alargados que olían a menta.

Sacó uno, eran sumamente finos. Raúl, el esposo de Alicia fumaba y le pidió el mechero. Salió hacia una terraza. Martina no solía fumar tabaco, le repugnaba hasta el olor. Sin embargo aquellas mezclas aromáticas sí le gustaban en contadas ocasiones.

Lo encendió teniendo cuidado de no absorberlo con mucha fuerza, eran tan fino que apenas notó humo y pronto sintió el frescor en la boca. Supuso que aquellas cosas estaban hechas para gente que no fumaba.

Vio a Erica salir acompañada de otra chica.

Hija de puta, en cuanto me ha visto salir ha venido corriendo.

Sabía que había salido a por ella. El primer arrebato fue tirar aquello en el cenicero y correr junto a Héctor. Incluso notó un leve cosquilleo en las rodillas que la empujaban a irse. Pero entonces recordó que su forma de ser no le permitía huir. Clavó sus tacones en el suelo y siguió como si no hubiese visto a la frondosa novia a su lado.

—Veo que a Héctor le gusta controlarlo todo —le dijo enseguida.

Martina se giró hacia ella. Ya no la acompañaba ninguna chica, estaban solas.

Va directa, sin rodeos.

—Controlarlo por qué —le preguntó arqueando las cejas.

—Dominar, estar por encima del resto. Siempre le ha gustado, ¿no te has dado cuenta? —añadió Erica. Movía los labios de forma sensual mientras hablaba, Martina sabía que no lo hacía a posta, era algo inherente en ella, parte de su atractivo.

Martina continuó en silencio con la misma expresión, esperando a que Erica se sintiese

estúpida por sus propias palabras. Le encantaba hacerlo, siempre le salía bien. Y lo consiguió, porque la expresión de Erica se enfureció.

Y no esperaba menos. Tienes menos autocontrol que Carmen.

—Tomás en la central —le dijo casi con odio⁹. Tenerlo cerca.

No es control, es cuidar de él. Cuidarlo de ti, pedazo de capulla.

—Creemos que es mejor para él, una promoción, una subida salarial y un mejor horario⁹ sabía que el hablar en plural encendería aún más a Erica.

Erica entendió aquel “creemos”. Era cierto que Martina nunca se creyó dueña y señora de la empresa, sin embargo pronto lo sería, legalmente lo era ya frente a un notario. No lo usaba en el trabajo, pero necesitaba hacerlo frente a Erica. Ella quería estar en su lugar, deseaba haber ocupado exactamente su lugar y no lo había conseguido. Mostrarse así frente a ella lograría frenarla. Sabía que era una persona a la que tenía que frenar, ponerle límites ante ella y ante Héctor.

—Vaya, después decían que era yo la que quería acaparar a Héctor al completo —le reprochó.

Tú plan B, intentar sacarme de quicio. Entreno con Carmen a diario, te va a ser difícil.

—Administramos la empresa en equipo, no tiene nada que ver con acaparar nada —le respondió ella.

Te sorprende, ¿no? Esperabas que Héctor se buscara a una sumisa. Lejos estoy de ese calificativo. A ver qué improvisas ahora.

Martina la miró esperando que dijera algo más. La vio encendida.

Si no estuviera aquí en medio de su propia boda, se pondría a patalear. Estoy segura.

Tuvo que contener la risa.

—No pensaba que tenías esos aires, pronto se te está subiendo a la cabeza —le dijo Erica.

Venga, pasamos a la ofensa.

—Le hemos ofrecido a tu marido... —Martina hizo hincapié deteniéndose en las últimas dos palabras “tu marido”, lo que sobresaltó a Erica⁹, una mejora laboral. No hemos hecho alarde de nada. Solo queremos lo mejor para él. No te pido que lo agradezcas, pero al menos que no nos lo reproches. No hay malas intenciones en ello. No las busques, no las hay.

Erica entornó los ojos hacia ella. Pero Martina no le dio margen a replicar.

—Creo que hoy hemos demostrado un comportamiento ejemplar a pesar de las incómodas circunstancias⁹ apagó el cigarrillo en el cenicero⁹. No tienes nada que reprocharnos, hemos estado a la altura. Y estaba convencida de que tú sabrías tener una respuesta acorde con nosotros.

La fulminó con la mirada.

—No me decepciones —le dijo Martina girándose hacia el salón y la dejó allí sola, completamente enfurecida y con los ojos brillantes de ira.

—No te confíes, Martina —le dijo y Martina se detuvo⁹. Con él nunca debes confiarte.

Se giró hacia Erica.

—La vida puede dar muchas vueltas —sonaba a amenaza más que a consejo. Y sonaba a malos deseos más que a advertencia.

—La vida da demasiadas vueltas para todos —le respondió Martina⁹. Y a veces no podemos hacer nada contra ello, simplemente adaptarnos a las circunstancias.

Le sonrió.

—¿Sabes adaptarte tú? —le preguntó a Erica. No esperó respuesta.

¿A mí me vas a dar lecciones? Con lo que me gusta un zasca.

Dejó atrás a Erica. La oyó andar tras ella, más deprisa. La rebasó para adelantarse a ella.

—Siempre tendrás competencia. Demasiadas mujeres quieren todo lo que tú tienes ahora —le dijo al pasar por su lado⁹. A ver cómo te adaptas tú.

De las que siempre tienen que tener la última palabra. Con buena has dado.

—Seguro que no implorando ni enganchándome de su cuello.

Cambió de dirección para dejarla a un lado y se dirigió hacia Alicia. Ya Héctor la esperaba para marcharse.

Martina resopló y Héctor la miró blanquecino.

—Es como Carmen pero a una potencia mayor —dijo y Alicia rompió a carcajadas.

Héctor la miró para que le explicara.

—En el coche —le dijo ella.

Eli

Después de la boda de Erica y de su desencuentro, Carmen le parecía una ratita encabronada. Martina cambiaba las cosas de su mesa al despacho de Héctor. Era su última semana de trabajo antes de la boda, y ya regresaría con otras funciones. Pero eso ya sería cuando los trabajadores regresaran de las vacaciones. Habían organizado un nuevo organigrama. Alicia volvería y ocuparía su puesto de jefa de directora de administración. Algo que seguramente Carmen sabía ya, que su puesto estaba condicionado a la incorporación de Alicia, pero de lo que no había dicho palabra.

Cayetana colocaba sus cosas en el antiguo puesto de Martina. No dejaba de preguntarle cosas, parecía otra obsesiva de lo correcto como ella, sin embargo le vio un hilo de miedo a no cumplir las expectativas. Martina intentó de tranquilizarla, en un principio pensó que el miedo de Cayetana era por Carmen, pero pronto descubrió que al contrario que al resto, Carmen no le enfundaba ningún miedo a la joven.

—Lo harás bien, no te preocupes⁹. Le dijo. — Seguramente cuando regrese serás tú la que tendrás que volver a enseñarme.

Su intento de hacer reír a Cayetana no surtió efecto. No sabía si era por los nervios de la chica o porque el acercamiento con Carmen la alejaba de ella. Quizás en la mente de aquella joven, ella realmente era una bruja trepadora como pensaba la jefa de administración.

Miró a Carmen de lejos. Sabía que en cuanto volviera a ser una más de administración y tuviera más relación con el resto de empleados, no tardaría en ponerlos en su contra una y otra vez, o al menos crear una animadversión hacia ella como ya estaba apreciando con Cayetana.

Esto seguirá siendo una lucha continua. No lo hará directamente pero sí a través de otros.

Al fin y al cabo las cosas no le estaban saliendo bien a Carmen. La boda seguía adelante, faltaban días, con lo cual sus vaticinios habían fallado. Y en segundo lugar, mientras Carmen volvería a ser una empleada rasa, Martina regentaría la central.

Enfurecida se queda corto. Lo que no sé cómo no le ha dado un infarto.

Ninguna campaña de desprestigio le funcionó nunca contra Martina. Así que el único arma que le quedaba era el rebaño, arengarlo contra ella.

—Suerte —le dijo a Cayetana antes de dejarla sola.

Se dirigió hacia el que ahora era su despacho. Héctor lo había rediseñado para que hubiese sitio para ambos. Sin embargo, también habían habilitado un anexo para Martina junto al despacho de Carmen, por si Héctor tenía alguna reunión con proveedores y necesitaba estar solo.

Héctor tenía en su mesa un marco digital, hacía un par de meses que lo había comprado. Las numerosas fotos iban pasando, de ella había varias, algunas con él, otras sola, también tenía fotos de sus sobrinas, de la familia e incluso de algún viaje con sus amigos.

En la parte de Martina no había nada, solo su ordenador y su teclado. Un ordenador con una pantalla más grande que el que tenía fuera y un teclado más cómodo.

Tomó aire y abrió el correo. En su nuevo puesto, los correos eran una pesadilla. Era la parte

que Héctor llevaba peor y era donde ella más tendría que ayudarlo. Y ahora un nuevo móvil de empresa sonaba cada vez más de cuando en cuando.

Entendió que Héctor estuviese saturado con el trabajo. Aquello no tenía horario, ni descanso, ni vía de escape alguna. Era absorbente, un precio bien pagado desde luego, pero no dejaba de ser cansino, repetitivo y a veces desesperante. En parte comprendió que por un tiempo abandonara todo lo que ocurría de puertas de aquel despacho hacia el exterior y dejara que Carmen acampara a sus anchas con los empleados. No daba abasto. Entonces recordó sus comienzos en la empresa y retuvo la risa al pensar lo que podían haber sido para Héctor.

La puerta estaba abierta, se levantó para escanear unos papeles que tenía que enviar. Vio a Héctor en el pasillo, se había parado junto a su antigua mesa, donde estaba Cayetana. Entornó los ojos. Con Héctor, Cayetana no parecía tener problema alguno y aquello le recordó a la recepcionista Diana, estúpida con la mayoría salvo con el jefe.

Pero ahora la jefa soy yo.

Pero ella no gozaba del respeto que ostentaba él. Vio a Cayetana reír.

Con él sí ríe.

Quizás Carmen había corrompido solo la mitad de la dirección de la empresa.

Él el bueno y yo la mala.

O quizás era por otra razón.

Ay, abuela Lola.

Siguió con los suyos en el escáner. Héctor entró y cerró la puerta.

—Yo también voy a tomarme los días libres —le dijo él levantando las manos⁹. Les he dicho a Rogelio y a Carmen que si necesitan algo, podré venir algún día suelto.

Martina se alegró con la decisión. Ya los nervios de lo que les venía eran suficientes. Lejos del trabajo lo llevarían mejor.

Martina regresó a su mesa. Héctor se asomó a la pantalla del ordenador.

—Esto lo tenía que haber pensado antes —le dijo él riendo⁹. Entre Eli y tú, ahora lo que me voy a sentir es un inútil.

—Anda ya —protestó ella.

—En serio, ¿no voy a tener nada que hacer? —se sentó en su mesa.

—Seguro que sabes aprovecharlo bien —le dijo ella lanzándole el móvil⁹. En eso eres mejor tú.

La verdad es que ella era más agresiva en las negociaciones que Héctor, él lo hacía infinitamente mejor. Llamaron a la puerta, era Eli. Dejó unos papeles en la mesa de Martina, otros en la de Héctor y salió.

Martina frunció el ceño mirando hacia la puerta.

—¿Cómo fue con Ilde? —preguntó a Héctor.

Él se encogió de hombros.

—Si lo que quieres para ella es un hombre que se rinda a sus pies, creo que con él no va a poder ser —le respondió él⁹. Dice que es una buena chica, pero nada más.

Martina torció el gesto.

Y a ella le habrá molado, supongo.

Puso los codos en la mesa y se tapó la cara.

En vez de levantarle el ánimo se lo he hundido más. La madre que me parió.

—Creo que esto no se te da muy bien —le dijo Héctor con ironía.

Martina resopló.

—Te encanta meterte hasta en los charcos —decía él encendiendo su ordenador.

—No puedo evitarlo —respondió ella.

Héctor la miró de reojo.

—Si debe encontrar a alguien, lo tendrá que hacer sola. Ante eso no puedes hacer nada.

Martina lo miró decepcionada.

—De otro modo en vez de ayudarla la perjudicarás —añadió Héctor.

Sabía que Héctor tenía razón. Ahora seguramente Eli estaría aún más decaída que antes. Se levantó de la silla.

—Voy a hablar con ella —dijo saliendo del despacho.

Fue hasta el puesto de Eli, la podía ver a través de la mampara. Ladeó la cabeza antes de entrar. Sentía en su nuca la mirada de Carmen, se giró para comprobar que efectivamente la estaba mirando.

No sé para qué queremos tantos repetidores de wifi teniendo a esta.

Lamentaba que el pequeño despacho de Eli fuera transparente, la imbécil de Carmen notaría que aquella conversación no sería de trabajo.

—¿Vienes al despacho? —le preguntó y Eli la miró contrariada.

La ventana del anexo aún no tiene cortina. Así que tendré que sacar a Héctor del suyo.

Abrió y miró a Héctor haciéndole un guiño. Él al principio no supo qué quería decirle pero en cuanto vio a Eli entrar fue consciente.

—Voy a hablar con Rogelio —dijo él levantándose.

Eres un solete.

Martina quedó de pie frente a Eli mientras Héctor cerraba la puerta. Eli no era estúpida, sabía el por qué Martina la había llevado hasta allí, donde nadie pudiese verlas.

Martina entornó los ojos hacia ella, que mantenía la cabeza baja.

—Te agradezco el gesto —comenzó Eli. Martina frunció el ceño. —Pasé una noche agradable de todos modos —añadió Eli⁹. Ese amigo de Héctor es muy simpático pero...

Martina torció la boca.

—Martina, para mí no es tan fácil —añadió Eli⁹. Tú le gustarías a todos los hombres. Lo tienes fácil —suspiró⁹. Yo suelo ser invisible.

Martina suspiró.

—Con Héctor lo tuve muy fácil, sí⁹ ironizó ella y Eli sonrió.

—No te quejes, fue precioso —respondió Eli⁹. Yo esas cosas solo las leo en novelas. En la vida real están lejos.

—Anda ya, no seas imbécil —abrazó a Eli. No sabía la razón del porqué aquella muchacha le daba la sensación de querer abrazarla todo el tiempo⁹. Soy tozuda y si digo que algo sucede, sucede, ¿sabes? Y yo estaré ahí y te diré, ¿ves?

Eli rió.

—Eres ma-ra-vi-llo-sa ⁹añadió Martina⁹. Claro que lo tienes fácil con los hombres. Son más simples e idiotas de lo que piensas.

Ala, ya hablo como la abuela Lola.

—A veces necesitan tiempo y si el tiempo no los arregla es que son tan idiotas que no merecen la pena —concluyó y Eli rompió a carcajadas.

Abuela Lola total, y eso que no he llegado ni a los treinta años, a los ochenta seré aún peor.

Contuvo la sonrisa mientras apoyaba la barbilla en el hombro de Eli. No sabía cómo hacer para que Eli supiera valorarse más. Sabía el gran trabajo que hacía manteniendo a su familia,

cuidando a su madre que a pesar de no ser demasiado mayor andaba siempre delicada de salud. Sabía que Eli necesitaba algo más. Sus amigas habían seguido con su vida, unas ya con familia propia, otras habían viajado al extranjero y otras tenían pareja y no quedaban con ella como antes.

Eli había quedado sola con sus problemas y sus inseguridades.

Me niego a pensar que no puedo hacer nada.

La miró y le colocó bien las gafas.

Es preciosa y desprende algo que más quisiera la mayoría de personas.

Héctor ya había descubierto en Eli todo lo que Martina quería que viera en ella y ya era su empleada preferida. Acabó por darle la razón.

Y el tiempo me dará la razón también. En cuanto se le quite esta actitud pesimista.

—Eli —le dijo⁹. La abuela Lola siempre me decía que con los pensamientos se atraen las cosas. No te aseguro que todos tus deseos se vayan a cumplir siempre, pero sí que lo harán gran parte de ellos. Tu forma de afrontar las cosas harán el resto.

Le cogió la cara.

—Ahora tienes que sobrevivir sin mí todo el verano —hizo una mueca y Eli rió⁹. Tampoco estará Héctor.

Héctor se había convertido en otro defensor incondicional de la eficiente y buena secretaria.

—No permitas que nadie de aquí te avasalle mientras yo no esté.

Eli negó con la cabeza.

—Os quedáis Carmen, Rogelio y tú solos con todo esto —añadió⁹. Gracias a dios también vosotros tenéis vacaciones y las he cuadrado para que no te coincidan con Carmen, así que la tendrás que aguantar menos tiempo.

Eli rió.

—Pero no podemos protegerte siempre —le dijo apretándole los cachetes⁹. Si te ataca, contéstale a esa arpía.

Eli asintió no muy convencida. Sabía que su fondo noble no le permitía ciertas cosas.

—Se puede ser noble y justa, y a la vez ponerle límites a los abusones —le sonrió a Eli⁹. Cuando regresemos, y Alicia se incorpore, todo será mejor.

Cuando nombró a Alicia la sonrisa de Eli se amplió.

—Sé que ella sabe amansar a la fieras —hizo un ademán con la mano⁹. Yo no tengo ese don, yo las altero.

Eli ladeó la cabeza.

—Espero hacerlo bien mientras no estéis, nos dejáis mucha responsabilidad —respondió Eli.

—Los tres tenéis experiencia de sobra —añadió Martina⁹. Además Cayetana os apoyará en todo. Es muy buena trabajando, pídele ayuda cada vez que necesites algo.

Eli frunció el ceño.

—No te fíes de Cayetana —le dijo Eli y Martina se sobresaltó.

—Sé que se está haciendo muy amiga de Carmen y que está algo rara últimamente, pero es brillante.

Eli negó con la cabeza.

—No sé explicarte pero...⁹ volvió a negar⁹. Ya hablaremos de ella cuando vuelvas.

Martina arqueó las cejas.

—Ahora preocúpate de lo importante —le dijo Eli⁹. De ti y de Héctor. Los demás no existimos.

Martina se separó de ella lentamente.

—Disfrutad todo lo que podáis.

Eso era lo importante ahora, Eli llevaba razón. Al demonio Carmen y su plan para envenenar a todos contra ella en su ausencia. Ya lo arreglaría al volver. Tenía algo maravilloso en su futuro inmediato, lo demás daba igual. Ni Carmen, ni Coral, ni la envidiosa de la recepcionista, ni siquiera Erica podría empañarle la época más bonita de su vida. Iba a casarse con el hombre de sus sueños y tendrían mes y medio de libertad absoluta, sin preocupaciones, solamente ellos dos. Eso era lo importante, nada más.

Martina asintió.

—Voy a volver al trabajo —le dijo Eli.

Sonrió a la secretaria. Siempre responsable, leal, discreta, perfecta.

No sabía dónde andaba Héctor que en cuanto Eli salió entró al despacho.

—¿Ya? —preguntó.

Martina rió. Lo había echado de su propio despacho y ni siquiera estaba molesto. Rodeó a Héctor y apoyó la mejilla en su pecho. Sintió aquel olor que la transportó a sus primeros días de trabajo. Quién iba a decirle la primera vez que pisó aquella oficina que acabaría así.

Eli lleva razón. Nada de lo demás importa, solo él.

—Cuando quieras nos vamos —le dijo Héctor⁹. He reservado para almorzar. Esta tarde tengo...cosas que no debes saber.

Martina se retiró de él riendo. Ella también tenía cita en el salón para hacerse algún tratamiento en la cara. Cosas absurdas con modernos aparatos a los que la había animado Carol.

Cogió su bolso. La invadió cierta alegría a la vez que cierta pena. No volvería por allí en mucho tiempo. Pena por la responsabilidad que iba a abandonar temporalmente y por sus adoradas compañeras. Alegría por perder de vista a ciertas personas y por lo que estaba por venir.

Salieron fuera. Por el pasillo se despidieron de algunos empleados. Martina rebasó su antigua mesa donde trabajaba Cayetana. La chica estaba pendiente de unas carpetas y levantó la cabeza hacia ellos.

No te fíes de ella.

Recordó las palabras de Eli y la miró con el rabillo del ojo. Cayetana los miró. Martina sintió una punzada en el pecho y algo de ardor en una parte más profunda.

Esto es a lo que se refería Eli.

Martina

Era la iglesia en la que se habían casado sus padres y la abuela Lola. Héctor no puso impedimento a pesar de que era pequeña y no cabían todo los invitados. Iba agarrada al brazo de su padre. Carol y su amiga Daniela le colocaron bien el traje antes de entrar en la iglesia. La tiara le sujetaba la mantilla, que le caía a ambos lados de la cara.

Su traje era sencillo, elegante, un palabra de honor de tela marfil brocada, con una parte inferior con tremendo vuelo. Su padre andaba junto a ella con dificultad de no pisarle el traje. Llevaba los pendientes que le había regalado Héctor.

Algo viejo, algo prestado, algo regalado.

Todos esos dichos que decían que daban suerte a las novias.

Paparruchas. Lo único que da suerte es elegir a la persona correcta.

Vio a Héctor en el altar, junto a su madre que llevaba un elegante traje de madrina color verde.

Ver a Héctor allí esperándola y vestido de aquella manera, hizo que sintiera algo en el estómago que la hizo sonreír.

No puedo evitar mirar hacia los invitados que estaban de pie más cerca del pasillo central. Vio a Eli con los ojos brillantes.

Madre mía.

Solo le faltaba ver a alguien emocionarse para romper a llorar ella también. Ya había llorado cuando la peluquera le colocó la mantilla y la tiara de la abuela Lola, de todos los días que habían pasado desde que ella murió era el día que más la echó en falta.

Cogió aire y volvió a mirar al frente. Noelia andaba delante de ellos con un frondoso vestido blanco con un fajín rosa. La peluquera le había hecho un trenzado y ondas que le caían por los hombros. Martina temía que tropezara y cayera, pero Noelia andaba con gracia hacia su tío.

En primera fila pudo ver a su madre, que ya estaba pañuelo en mano. Carol ya estaba junto a ella. Al otro lado estaba Alicia junto a su marido y su padre. Alicia también tenía los ojos brillantes.

Martina levantó los ojos hacia Héctor. Estaba solo a unos dos metros de él. Notó cómo su padre se detuvo y a Martina le extrañó el gesto.

Papá, ahora qué.

Su padre la miró, no supo entender bien aquella mirada. Quizás acababa de darse cuenta que su hija única había crecido y tenía que despedirse de ella. Se le formó un nudo en la garganta.

Su padre la soltó y dio un paso adelante para adelantarse a ella mirando a Héctor. Le dio la mano, no pudo oír lo que le dijo.

Ay, madre.

Luego cogió a Martina y la acercó a Héctor. Entonces Martina entendió lo que acaba de hacer su padre.

Puedo interpretarlo de dos formas. Un “te entrego a mi hija, cuídala bien”. O bien un “toma

a mi hija, como te portes mal te parto la cabeza”.

Héctor sonreía mirándola así que supuso que era lo primero.

—Qué guapa —le susurró él en cuanto la tuvo cerca.

Hoy con tanta liga y cosas que llevo debajo del traje, no se me pueden caer las bragas.

Le dio la mano y él se la besó.

—Guapísima —repitió.

Tú sí que estás guapo.

El cura era un conocido de la familia, de hecho era el que había casado a sus padres. Hizo una boda clásica a más no poder. Martina pidió que por favor evitara comentarios que solía escuchar en bodas religiosas sobre el deber de obediencia y similares por parte de la mujer. Nunca prometería ante dios ni ante nadie, por mucho que quisiera a Héctor, ser una mujer sumisa, estaba lejos de ello y eso para ella no era significado de matrimonio.

Sin embargo el párroco sí que los hizo arrodillarse. Momento que a Martina le encantó porque mientras los bendecía, hizo unos comentarios sobre la abuela Lola, que bien conocía, y aquello hizo que a Martina los ojos se le llenaran de lágrimas.

Noelia aguantó el cojín con las alianzas, para el asombro de sus padres, hasta el momento en que hicieron falta. A Martina siempre le llamó la atención la simbología que representaban los anillos de boda. Fuera como fuese suponía que para cada uno, personalmente tendrían un significado interiorizado.

Para finalizar el enlace, el cura los hizo arrodillarse de nuevo y volvió a bendecirlos y a desearles cosas que Martina deseó que se cumplieran una a una.

La ceremonia acabó, a Martina se le hizo sorprendentemente corta. Héctor la rodeó con los brazos y la besó en la frente.

—Ya. Soy oficialmente tu marido —le dijo y ella sonrió⁹ Y tú...

Yo no sé ni quién soy ahora mismo.

—Soy oficialmente tu mujer —respondió.

Héctor la besó, se detuvo algo más que cuando el cura le dio el permiso durante la ceremonia.

Luego Héctor se giró hacia su suegro y le dio un abrazo. Martina miró a la madre de Héctor, que con lágrimas en los ojos la abrazó también a ella.

—Gano a una hija, supongo —le dijo.

Martina le sonrió. Claro que ganaría a una hija, una hija más independiente de los que ya tenía, ella no estaba acostumbrada a tanta familiaridad como tenían ellos. Su familia siempre fue más independiente, diferente. Podría adaptarse supuso, sin agobios, manteniendo su espacio.

—Claro —le respondió mientras la madre de Héctor le cogía la cara. Aquella familia era realmente cariñosa y expresiva.

Tuvo que hacerse fotos, más y más fotos. Salieron de allí y continuaron con las fotos. Martina sabía que aquello iba a ser lo peor de la boda. Estaba cansada y estaba deseando de llegar al lugar de celebración, junto a familia y amigos. Realmente estaba deseando de que todo pasara rápido. Habían dejado las maletas preparadas en la casa nueva, para salir corriendo al día siguiente hacia el puerto donde embarcarían en el crucero rumbo a muchos lugares.

La tediosa sesión de fotos acabó y volvieron a montar en el coche hacia el hotel donde se celebraba. Allí atendieron a los invitados, demasiados numerosos, Héctor tenía muchos compromisos entre trabajo y amistades. La mitad Martina ni los conocía. Recibió decenas de besos y de felicitaciones. Allí estaban sus amigas, algunas de ellas acompañadas. Carol estaba realmente feliz por ella.

—¿Quién iba a decirnos que lo harías antes que yo? —le dijo cuando se acercó con su novio a felicitarlos.

Héctor sonrió al escucharla. Él sabía que Carol y su novio eran la pareja con la que solía salir Martina y su ex. Ellos tenían planes de boda más lejanos, acababan de comprar un piso que le entregarían en un año más o menos. Martina supuso que una de las razones por las que ella se pudo casar antes era también por las facilidades que tenía Héctor a la hora de pagar celebraciones o tener un lugar donde vivir.

Siguieron desfilando más invitados. No se acordaba que estaban invitadas hasta que las vio. En fila india, Coral, Diana y Carmen.

Vais a reventar hoy.

Les sonrió cuando la besaron, besos falsos donde los hubiese. Y no tenían más remedio que felicitarla. No tuvo tiempo de detenerse en ellas. Erica y Tomás fueron los siguientes. Momento incómodo, parecido al de dos semanas atrás pero con los papeles invertidos. Martina dudó si Erica pasaría de largo, pero se detuvo. Sintió el beso de Erica en el aire y una felicitación silenciosa, tan silenciosa que apenas pudo oírla.

No merece la pena enturbiar el día.

Cuando ya hubieron entrado todos, Héctor y ella se miraron. Martina resopló.

—Eres un exagerado, para qué tanta gente ¿le reprochó y él rió.

Era extraño el silencio, ahora el bullicio se había trasladado al interior del salón.

Héctor se pegó a ella.

—Había pensado en cómo podía ser tu traje... ¿le dijo él cogiendo la tela de la parte de abajo? Era difícil imaginarte vestida así.

Héctor rió, habían pasado los meses y a Martina seguía gustándole igual su sonrisa.

—Me encanta —añadió él.

Le cogió la cara y se miraron.

—Lo hicimos —dijo ella. Había estado flotando las últimas dos horas. Ahora comenzaba a ser consciente del paso que habían dado.

—Y va a ser maravilloso —respondió él.

Martina sonrió deseando que los augurios de Héctor fueran certeros. Cerró los ojos mientras dejaba caer la cara en la mano de Héctor.

—Te quiero —lo oyó decir.

—Yo también te quiero —le respondió pero aquellas palabras eran pocas en aquel momento. Tenía un cruce extraño de sentimientos. Acababa de desprenderse de su familia, ahora su familia era Héctor. Tendría que acostumbrarse, ya no solo era un nuevo estado civil, llamarlo marido. Era algo más. Abrió los ojos hacia él, si un día normal estaba guapo, para aquel día no tenía palabras.

Lamarlo marido es realmente extraño.

—¿Entramos? —le preguntó él. Ella sabía que se estaban demorando demasiado. Asintió.

Martina no quería una entrada bochornosa, de esas en la que apagaban las luces y los novios brindaban entre vítores. Prácticamente lo suplicó a Héctor y al hotel. Así que decidieron entrar como los últimos invitados sin parafernalia.

Dentro no fue diferente a otras ceremonias a las que hubiese asistido Martina, salvo que ahora la protagonista era ella. Era cierto que Héctor había contratado todos los extras en un hotel de lujo, con lo cual se podía traducir en variedad, abundancia, calidad y originalidad, a parte de un trato exquisito.

A pesar de tener que atender a tanta gente, Héctor no la olvidaba por mucho tiempo.

—Es fácil encontrarte hoy —le decía riendo.

Y llegó la tarta y tras ella, el momento más temido por Martina, el dichoso baile. Casi no fue consciente de que los numerosos invitados habían formado un coro alrededor de la pista de baile. Todo estaba oscuro salvo los típicos focos.

Me quiero morir.

El Vals de las flores de Tchaikovsky comenzó. Era una música clásica, Martina contaba los pasos, lo ensayaron muchas veces, no era difícil. En cuanto avanzó un poco el vals y acababa el primer estribillo, la música cambió a un segundo vals del mismo autor, La bella durmiente. A pesar de que era tan solo música, la letra, famosa por la película infantil, tuvo que estar en la mente de todos los asistentes, porque se escuchó a coro un “ohhh”. Héctor sonrió. De nuevo, tras el estribillo, la música cambió, esta vez vals del Lago de los cisnes, donde ellos invitaron al resto a acompañarlos.

Cuando acabó, Martina resopló ante la mirada divertida de Héctor.

—No ha salido tan mal —le dijo él.

—No es por eso...⁹negó con la cabeza.

Notó un cosquilleo a su espalda. Eran Eli y Alicia.

—Precioso —decía Alicia levantando el móvil. Martina supuso que lo había grabado, aunque había fotografías que también lo harían para hacer luego el montaje⁹. Hemos llorado a moco tendido.

Martina y Héctor rieron.

Héctor

Agradecieron que los primeros días de crucero fueran tan solo en medio del mar. Terminaron realmente cansados de la boda, acabaron prácticamente por la mañana y apenas habían dormido.

Así que los primeros días de crucero se limitaron a dormir, comer y estar tumbados en la piscina o paseando por la cubierta.

Nada había cambiado entre ellos. Realmente ahora tenían papeles, unos anillos, pero ellos seguían siendo los mismos. Algo que tranquilizaba a Martina. La prueba estaba pasando y estaba satisfecha con el resultado.

Tanto miedo a casarse y no es nada.

Era cierto. En la juventud las frases “no me casaré en la vida”, o “A mí no me engancha nadie” eran abundantes. Pero no era para tanto, cierto que apenas llevaba tres días y dos noches casada, tampoco tenía experiencia para confirmarlo.

Algunos viajeros que habían cruzado algunas palabras con ellos les habían dicho que tenían cara de recién casados. Martina supuso que eso era similitud a tener cara de imbéciles. Quizás los numerosos paseos entre besos, el estar pegados uno al otro todo el tiempo, o incluso la ausencia en algunos desayunos, eran muestra de ello.

Estaban en el camarote. Aquella mañana el barco atracaría en la primera ciudad. Héctor estaba ya vestido. Martina sin embargo, seguía dando vueltas en la cama.

—Llegaremos tarde y perderemos el guía —le decía él.

—Nos guiaremos solos —respondía ella cerrando los ojos de nuevo.

Héctor negaba con la cabeza mientras se sentaba en un sillón para atarse los cordones de las deportivas. Martina entreabrió los ojos hacia él. Iba a ser un día cansado de visitas turísticas. Héctor llevaba unas bermudas y una camiseta. Ella había preparado un pantalón corto y una camiseta con deportivas también.

Héctor se levantó y desconectó la cámara que había dejado cargando la noche anterior.

—¿Para qué vas a llevarla? —le preguntó ella⁸. Un trasto que pesa y molesta, haz fotos con el móvil.

—Qué dices, no salen igual —le replicaba él.

—Pero si no sabes ni cómo se usa —rió ella y él la miró arqueando las cejas.

—Llevo una semana viendo tutoriales —se defendió y Martina rompió a carcajadas.

Héctor reparó en algo que había junto a la cámara, sobre el mueble. Eran un blíster de pastillas, los anticonceptivos de Martina. Los cogió ante la mirada de ella.

—Esto ya a la basura —dijo él dirigiéndose hacia el baño.

Martina dio un bote y se incorporó en la cama de un salto.

—Qué dices. ¡Trae! —replicó alargando la mano. Héctor se giró para mirarla.

—Pues claro que van a la basura.

—No, no, no — Martina había emblanquecido⁹. Además no se hace así. Quedan dos, hay que terminar la caja.

—¿Por qué hay que terminarla? —decía él mirando el blíster.

Martina arqueó las cejas.

—No tengo ni idea, pero seguramente habrá que terminarla —se defendió ella.

Héctor la miró a ella y luego volvió a mirar el blíster.

—Hay que tomarlas todas para no tener riesgo de embarazo, ¿no? —decía él⁹. ¡A la basura!.

Martina se levantó en seguida y corrió tras él.

—Trae —pero no fue capaz de alcanzarlas. Fueron al WC las dos pastillas que quedaban y el blíster a la basura.

Ella resopló.

—Voy a tirarme por la terraza —le dijo ella —. Ahora mismo.

Héctor rompió a carcajadas vio cómo Martina contenía la risa.

—Mira que eres bruto —le reprochó ella.

Él se acercó a ella y la abrazó.

—Sigues teniendo miedo —le dijo él.

Acabas de tirar mis pastillas por el WC. Estoy cagada de miedo.

—Esto es como un sueño —le dijo él⁹ ¿Por qué tienes miedo?

Martina lo miró de reojo.

—De no saber adaptarme tan rápido —le respondió⁹. Soy metódica, necesito tomar decisiones tranquila, visualizando las consecuencias. No así a lo loco —suspiró⁹. Hace un año, justo un año, era un empleada tuya que pensaba que ni llegaría a acabar mi contrato. Y ahora estoy casada contigo y acabas de tirar mis anticonceptivos por el váter.

Héctor no dejaba de reír.

—Visualizar esas consecuencias no te será muy difícil —le dijo él.

Encima cachondeo.

Héctor le había dejado claro lo que quería cuando se casaran. Sabía que le encantaban los niños, podía apreciarlo de la forma que actuaba con sus sobrinas. Pero no lo esperaba tan sumamente pronto. Héctor iba como una bala en todos los sentidos.

Había una farmacia en el barco. Podría comprar otra caja. Intentó tranquilizarse, no todo estaba por perdido. Miró a Héctor, él no la había soltado aún.

—Aceptaste que te invitara a soñar —le dijo él⁹. Cada vez que has aceptado cada una de mis locuras ha salido algo bueno de ello.

Martina arqueó las cejas. Con la luz de la terraza los ojos de Héctor se tornaban dorados. Le cogió la cara.

Me convence rápido. Mal vamos.

Eli

Acababa de regresar de las vacaciones. Solo había cogido quince días. Al estar media oficina de vacaciones y sin Héctor ni Martina había demasiado trabajo. Tal y como le había dicho Martina, apenas estuvo sola con Carmen unos días, esta sí había cogido un mes completo libre, así que la mayor parte la pasó con Rogelio, presencia mucho más cómoda y con el que fue capaz de rendir mejor.

Cayetana había sido un buen apoyo, no era todo lo agradable que esperaba, pero estaba ávida por aprender todas las funciones posibles, supuso que en un intento de que su contrato eventual se convirtiese en algo definitivo.

Pero las vacaciones de Carmen habían terminado y con ellas, su tranquilidad. Estaba deseosa del regreso de Martina y también el de Héctor, estaba claro que aunque se las pudiesen apañar, necesitaban alguien que moviese la batuta, ellos tan solo eran capaces de echar adelante aquello, de girar la rueda, pero Héctor y ahora también Martina les decían a qué dirección ir.

Las gafas se le resbalaban de la nariz, eran nuevas pero no se las habrían ajustado bien, no soportaba bien las lentillas en el trabajo.

Sus vacaciones no habían sido muy divertidas, había cogido los días justos que su casa estaría de obras. El tiempo que llevaba de secretaria y su aumento de salario, más las dos pagas extras, le habían permitido hacer obra a la vieja cocina de su madre. No era una cocina lujosa, pero la antigua se les caía a trozos y el cambio había sido notable. Poco a poco había decidido ir reformando la casa de sus padres para que estuviesen más cómodos.

Cayetana entró en su pequeña oficina para traerle unas carpetas.

—Para que Héctor las revise cuando regrese —le dijo y Eli levantó la cabeza hacia ella. Cayetana actuaba de manera mecánica con ella, era como si le dejase claro en cada momento que era del grupo de Carmen e intentaba mantenerse alejado del suyo.

—No vuelve hasta la semana que viene —le respondió Eli.

—Lo sé, pero no quiero que se pierdan —dejó las carpetas en la mesa.

Eli asintió. Era extraña la forma de actuar de Carmen. Cayetana era similar a Martina, tanto que a veces las podía confundir cuando cruzaban de lejos el pasillo. Bella, elegante e inteligente, pero Carmen a una nunca la toleró y a esta parecía adorarla. Insistiría para su puesto fijo, estaba convencida. Era cierto que Cayetana no daba los problemas que sí dio Martina, esta no respondía, callaba y no daba la cara por nadie que no fuera ella misma. Su forma de ser distaban mucho de la de Martina.

La vio alejarse de su mesa. Cayetana llevaba un pantalón vaquero azul oscuro y una camiseta rosa tipo nadadora con un dibujo de brillantes en la parte delantera. Eli envidió su figura, ni matándose a dietas y ejercicios conseguiría nada parecido, aunque desde que Martina la animó a apuntarse a clases de power y pilates había mejorado su peso hasta una cómoda talla. Al menos una talla que podía encontrar en todas las tiendas, y poder comprar ropa que realmente le gustaba, algo que antes la limitaba.

Era consciente de que Martina la había sacado un poco de aquel bucle de dejadez y hastío que tenía cuando la joven mujer del jefe llegó a la empresa. Y agradeció su gesto de intentar buscarle novio, aunque no fuera acertada. No le disgustó Ilde, pero desde un primer momento estuvo segura que no tenía ningún interés en ella.

Tomó aire y suspiró. Vio a Cayetana parada en el pasillo. Mirada hacia la recepción, sonreía. Supuso que Carmen estaba cerca, era raro que sonriera de aquella manera con nadie más que con su nuevo grupo de amiguísimas. Oyó bullicio y se inclinó para mirar, pero no conseguía ver nada del por qué de tanto alboroto. Finalmente su mampara transparente le permitió ver a Héctor rodeado de empleados. Se puso en pie enseguida. No había avisado de su regreso, estaba deseando de verlo y sobre todo a Martina. Salió a toda prisa. Notaba a Héctor mucho más moreno, sabía que parte del recorrido, había sido a playas recónditas de otros continentes, fotos de las cuales había podido ver en las redes sociales de ambos.

No pudo demostrar la cara de decepción al ver que Héctor había venido solo. Realmente creía que Martina también había venido a verlos. Héctor se dirigió hacia ella dejando atrás a otros empleados que también querían saludarlo.

—Sigo de vacaciones —le dijo dándole dos besos, algo extraño para Eli, no estaba acostumbrada a que Héctor la saludara como a una amiga⁹. Solo he venido a daros una vuelta. El lunes regresamos.

Eli le sonrió.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó aunque sabía la respuesta.

—De maravilla —respondió él⁹. Demasiado rápido.

—¿Y Martina? —no podía evitar preguntar por ella.

—Hoy es el cumpleaños de su madre y quería comprarle no se qué —hizo una mueca⁹. La he dejado en el centro y ahora la recojo.

Eli asintió. Héctor le dio una palmada en el hombro.

—Sé que habéis hecho un buen trabajo —le dijo⁹. Gracias por cuidar de mi reino.

Eli rió en seguida se sintió estúpida por la risa tonta. Pero que el jefe la halagara era abrumador y no estaba acostumbrada.

—Voy a ver a Rogelio —le dijo saliendo.

Lo observó dirigirse hacia el despacho de Rogelio. Se sobresaltó al ver a Cayetana entrar fugaz de nuevo a su mesa y coger las mismas carpetas que le había dado hacía minutos.

—No hace falta, Cayetana —le dijo⁹. Ya el lunes.

Cayetana se giró hacia ella como si hubiese dicho una osadía.

—Solo ha venido de visita —tuvo que explicarle porque sintió que se había ofendido o algo que no entendía⁹. Sigue de vacaciones.

—Entonces que las guarde o te las traeré de nuevo —le dijo Cayetana y siguió su camino.

La vio parar a Héctor y explicarle algo. Tenía a Héctor de espaldas y a Cayetana de frente. Entornó los ojos hacia ella. No, no era la misma con Héctor que con el resto. Algo parecido al cambio drástico de la recepcionista pero, quizás esta menos descarada.

No dejaba de observarla, Héctor asentía con la cabeza y abrió las carpetas. Desconocía qué pasaría que ni siquiera le había explicado a ella. Pero Cayetana seguía atareada en lo suyo. Acabó por fin, Héctor se alejó para dirigirse hacia su despacho y lo oyó darle las gracias. Pudo ver a Cayetana seguir observándolo mientras él abría la puerta y dirigió su mirada hacia una de las manos de Héctor, la derecha, donde ya él llevaba el anillo matrimonial. Pudo ver algo extraño en su cara. ¿Decepción? ¿Envidia? Quizás todo ellos junto.

Ay, madre. Ya sé lo que le pasa a esta.

Martina

El viaje a pesar de que fue de mes y medio había pasado volando. Habían dejado unos últimos días de vacaciones para hacerse a la casa nueva. Habían descansado poco, entre comidas de amigos y familiares. Apenas habían podido disfrutarla solos.

Tanto a Martina como a Héctor se les hacía demasiado grande. El salón era quizás demasiado amplio para sentirlo acogedor, aunque era cierto que solo utilizaban la parte de la tele y el sofá.

Hacía calor y habían utilizado bastante más la zona exterior, más con visitas que solos, la piscina, una barbacoa y una especie de quiosco con banquetas donde tenían un bar. Tanto a los amigos de Héctor como a los de Martina era la parte de la casa que más les había gustado.

A los dos les gustaba preservar la intimidad, así que a pesar de que la casa tenía mucho trabajo, tenían dos empleadas diurnas que a media tarde abandonaban la casa.

Héctor había vuelto al trabajo, a pesar de haber pisado la oficina durante menos de una hora, pero ya comenzaba a pasar más horas de la cuenta en el despacho que tenía en la casa.

Sin embrago, llegó con gran pereza la semana del regreso. Coincidió con el primer día de Alicia y el de Tomás en la central, y la vuelta de la mayor parte de la plantilla de las vacaciones.

Iban en el coche. La casa estaba más lejos de la nave que el ático, algo que los obligaba a levantarse algo más temprano que de costumbre. A él no le importaba, el solía levantarse mucho antes para hacer algo de ejercicio en el sótano de casa. Pero a Martina la mataba despertarse temprano. Al ser el primer día, los párpados se le caían de sueño.

—No te he dicho nada para no preocuparte, pero Cayetana me dio unas carpetas cuando estuve allí el otro día...⁹comenzó él y los párpados de Martina se abrieron ampliamente hacia él⁹. Es de administración, me extraña que no fuese Carmen la que me lo dijera —continuó⁹. Hay algo raro en una de las tiendas. Quiero que las mires bien, porque puede ser que alguien esté metiendo la mano de forma...disimulada en la caja.

Martina frunció el ceño.

—Ya me pasó una vez, hará un par de años. Lo cogimos a los seis meses de los primeros robos. Quiero que los compruebes y si es verdad desde cuándo —añadió⁹. Y como sea así...

Martina apoyó la espalda en el asiento del coche.

—Denuncia y despido —concluyó ella.

—Lo mismo solo ha sido cosa de estos meses de verano, aprovechando la ausencia de la mitad del personal y de nosotros, pero hay que estar seguros de cuánto falta o si ha sido un error —le dijo él.

Martina asintió.

—No puedo irme tanto tiempo —se lamentó él.

Martina le puso la mano sobre la pierna.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —le preguntó irónica.

—Jamás, es más. Vamos a repetirlo el próximo año —hizo una mueca⁹. Al final han sido... ¿cincuenta días?

—Sí, más o menos.

—¿Nos dejará el jefe? —rió Héctor.

—Dicen que es buena gente —le respondió Martina mientras ya aparcaban —seguramente sí.

Besó a Héctor antes de salir. Sabía que hasta las tres de la tarde no podría acercarse a él como solía hacerlo normalmente, no era serio mostrar aquello delante de los empleados en las horas de trabajo.

Héctor apoyó la frente sobre la de ella.

—Volvemos —le dijo él⁹. A la carga otra vez.

Salieron del coche y entraron en la nave. Pararon en el almacén donde los empleados los recibieron sonriendo. Oyeron las novedades o percances que quisieron contarles, se demoraron allí más de lo que pensaban. Cuando subieron ya arriba estaban todos en sus puestos de trabajo.

Martina iba junto a Héctor pero no pudo evitar dejarlo atrás para dirigirse a las mesas de Luisa y de Luna. Eli no tardó en unirse a ellas.

—Muy bien, sí —les decía ella.

—Ya hemos visto las fotazas ⁹decía Luisa⁹. Qué pasada.

Martina sonrió. Luego preguntó por el trabajo en su ausencia.

—Por aquí sin novedades, más que las de siempre ⁹le explicaba Luisa haciendo una mueca⁹. Las novedades de verdad empiezan hoy con vuestro regreso.

—¿Ha llegado Alicia? —preguntó mirando a su alrededor.

Vio a Carmen sacando sus cosas del despacho y colocándolas en una mesa. Apreció que ya Cayetana no ocupaba su antigua mesa, sino una nueva, junto a Carmen y Coral.

—¿Qué hace Cayetana ahí? —preguntó extrañada.

—Se fue con ellas —respondió Luisa⁹. Como también da soporte en administración, dice que está mejor allí.

—Sí, eso lo sé. Me ha dejado un regalito para esta semana.

Eli supuso que eran las famosas carpetas que con tanto misterio le dio la joven a Héctor.

—Está mejor allí —le dijo Luna⁹. Es igual de capulla que ellas.

—Bueno, haya paz —le respondió Martina con ironía⁹. Espero que todo vaya ahora mejor.

—¿Con ellas? —rió Luna sentándose a trabajar —. Ahora tenemos a Carmen a tres metros, todo el día...

Martina contuvo la risa.

—Pero está Alicia —le dijo Martina.

—Alicia y tú sois la razón por la que sigo aquí —añadió Luna⁹. No vais a tener que dar un sobresueldo por aguantarlas. En serio...vaya veranito. Ya te contaremos en el desayuno.

Martina negó con la cabeza.

—No ha sido para tanto —le dijo Eli en su susurro.

—Dices eso porque estuviste de vacaciones en el momento clave —le reprochó Luna⁹. Pero Luisa y yo nos la comimos entera.

Martina contuvo la sonrisa de nuevo. Se giró hacia las mesas de Coral, Cayetana y Carmen. Las saludó con la mano, sonriendo. Ellas le dieron los buenos días.

Las tres C.

Tuvo que contener la sonrisa pensando la cantidad de adjetivos que comenzaban con C y que les iban de maravilla.

Vio a Héctor acercarse por el pasillo, lo acompañaba Alicia. Ahora que tenía tanta familiaridad con Alicia, le era realmente extraño verla en la oficina. Le daba otro sentido a todo

aquello.

Alicia abrazó a Martina a pesar de que estuvieron juntas la tarde anterior. Alicia se había convertido en una extensión de Carol a ratos, y en otros rellenaba el vacío que le había dejado la abuela Lola, si es que aquel vacío se podía rellenar con algo. Pero era una simbiosis entre una amiga y un familiar. Alguien que conocía a Héctor mejor que nadie y de la que más podía aprender.

—¿Mi trono es el de siempre? —preguntó asomándose a su antiguo despacho, ya libre de las horteradas de Carmen.

Alicia contagiaba energía, Martina comenzaba a despertarse de la lentitud en la que la tenía sumida el sueño. No paraba de contener el bostezo.

—Me siento rara —les decía Alicia⁹. Llevo...media hora sin oír “mamáaaa”, ni llantos y...⁹se olió el vestido⁹ huelo a perfume.

Rompieron a carcajadas. Martina era la primera vez que veía a Alicia en el ámbito laboral. Con un bonito vestido de media manga gris, con zapatos de tacón que no solía usar cuando iba con las niñas, y el pelo planchado que le llegaba casi a la barbilla y el flequillo a un lado.

Estaba realmente guapa. Alicia era muy delgada, tenía una personalidad nerviosa, casi hiperactiva, Martina supuso que esa era la razón del por qué dos embarazos no la habían hecho engordar.

Héctor se había parado con las arpias, faltaba Diana, no tardaría en salir corriendo hacia allí.

Si es que no fallo. Son previsibles a morir.

Estaría en el servicio porque ni siquiera la vio venir. Sin embargo por el pasillo venía Tomás, lo vio contrariado, casi nervioso, en su primer día de trabajo en la central.

Alicia sonrió al verlo. Fue la primera en saludarlo.

—Mi primo Tomás —le presentó a las chicas⁹. Ha sido encargado de tienda estos años, pero a partir de hoy estará con nosotros.

—Luisa, Luna —le iba presentando Alicia.

Martina estaba a medio metro mientras Tomás las saludaba y ellas le daban la bienvenida.

— Y Eli. Ella es la secretaria de mi hermano —añadió Alicia.

Ostras.

Martina sintió una punzada extraña en cuanto Tomás se inclinó hacia Eli para darle dos besos cordiales. Entornó los ojos. Eli sonreía, ella siempre sonreía. La vio tímida, nada fuera de lo normal y aún menos frente a un joven atractivo. Ladeó la cabeza mirándolos, oía conversar a los cuatro con Alicia sobre advertencias irónicas sobre la oficina, pero todo ello estaba lejano. Sus pensamientos estaban perdidos.

Y la pieza que faltaba del puzzle encajó.

Sintió cierta alegría en su interior, cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea, incluso sintió aquello en el interior que sentía cuando sus pensamientos divagaban fantasías sobre ella y Héctor. No le pasó cuando vio a Eli junto a Ilde, aquello era forzado, casi impuesto. Esto había sido casual, imprevisto, natural.

Como suele ocurrir.

Sonrió ampliamente.

Son perfectos.

Parecía ser la única en percibir aquella magia especial que desprendían uno junto al otro. Era extraño, esa era quizás la magia que le decía Eli que ella desprendía cuando estaba con Héctor, al principio, a pesar de ser tan solo empleada y jefe. Ahora lo estaba viendo reflejado en otros y le

estaba encantado.

Pero en esa magia había un problema que lo enturbiaba todo, Tomás estaba casado, eran un hombre infelizmente recién casado.

Torció el gesto.

Héctor llegó junto a ella.

—Bienvenido —le dijo a su primo dándole la mano con aprecio⁹. Alicia te dirá...

—Necesito a Alicia con el temita —le cortó ella y le puso los ojos que solía ponerle cuando quería conseguir algo de Héctor.

—Te debería de ayudar Cayetana que es la que lo detectó —le contradijo él y Martina negó con la cabeza.

—Necesito a la jefa de administración, así se estrena con algo interesante —agarró a Alicia, que no sabía nada y tiró de ella⁹. Eli, haz los honores.

Héctor estaba algo contrariado pero asintió sin embargo.

—Ven conmigo —le decía a Alicia⁹. Tenemos un marrón de narices.

—Vaya, la cosa comienza bien —reía Alicia tras ella.

Se metieron en el despacho de Héctor y Martina cerró la puerta.

—Parece ser que Cayetana, la chica nueva, ha encontrado lo que podría ser una falta de efectivo en una de las tiendas.

—Alaaa⁹Alicia miraba hacia la puerta que Héctor abría para entrar.

Él miró a Martina, sabía que planeaba algo.

—¿Y eso? —le preguntó.

Alicia sonrió. Trabajo y matrimonio no tendrían que ser buena cosa.

Martina se mordió el labio. No hizo falta decir palabra.

—¿En serio? —le reprochó él.

Alicia miraba a uno y a otro sin entender.

—Dijiste que no ibas a volver a hacerlo —siguió protestando él dirigiéndose hacia su mesa.

—Y no lo he hecho —le respondió ella resuelta.

—Nooo, ya veo —encendió su ordenador.

—No os pillo —protestó Alicia⁹. Sí que me tengo que poner al día.

Martina sonrió y alzó la mano hacia Héctor para que fuera él el que hablara.

—Martina se ha empeñado en emparejar a Eli —dijo él⁹. Lo intentó con Ilde, pero no. Y al parecer ahora le ha gustado nuestro primo para ella.

Alicia rompió a carcajadas.

—No conocía esa faceta tuya —le dijo divertida.

—Le encanta meterse en donde no la llaman —continuó él⁹. Cuando se empeña en algo es...

La miró con el ceño fruncido.

—Martina, no —le dijo con tono autoritario, más de jefe que de marido⁹. Está casado y la puedes liar...

Mu gorda, sí.

—Esa boda es una farsa —Martina hizo un ademán con la mano⁹. ¿Por qué trajiste a tu primo?

—Porque tú me lo pediste.

—Cierto —bajó la mano rendida⁹. Pero por otras razones. Estas han surgido de improviso.

Alicia no dejaba de reír.

—Sois muy divertidos debatiendo, ¿lo sabéis?

Alicia miró a Martina pensativa.

—Eli es maravillosa —le confirmó Alicia⁹. Me gusta la idea.

Héctor la miró como si estuviese loca.

—No puedes darle la razón siempre —le reprochó a su hermana⁹. Y menos en esto...

—Tú no lo entiendes, eres hombre —le dijo su hermana sin mirarlo.

—Sí, cierto, un neandertal. Eso pensáis, ¿no? ⁹se defendía él.

Ni le respondieron.

—Yo te apoyo —le dijo Alicia. Martina sonrió.

Héctor negaba con la cabeza.

—La vais a liar y al final los problemas para mí —protestaba Héctor.

Alicia lo miró entornando los ojos.

—Mira quien va hablar —Alicia cogió un calendario de mesa que tenía Martina frente a ella⁹.

¿Te recuerdas hace un año? Bebías los vientos por cierta empleada.

Héctor levantó la cabeza hacia su hermana.

—Yo no estaba casado y ella tampoco —se defendió él.

—Ese matrimonio va a durar un soplo —le respondió Alicia.

Héctor asintió con la cabeza.

—Con vosotras dos en medio, no me cabe duda —les reprochó él.

—Si no hemos hecho nada —intervino Martina. Héctor la miró a los ojos⁹. Solo le he dicho a Eli que le enseñe la oficina. Eso no es nada.

—Vale —él las dejó por imposible.

Martina miró a Alicia con satisfacción. Héctor se puso la mano en la frente.

—Las dos juntas sois un horror —negó con la cabeza. Ellas rieron.

Eli

—Y supongo que esta será tu mesa —le dijo a Tomás acercándose a la antigua mesa de Martina. Es la única que queda libre. Te puedo asegurar que es el mejor sitio.

Le sonrió.

No puedes ser más guapo.

Tomás miró la mesa. No parecía disgustado.

—Tienes cerca el despacho de tu primo y Martina. Y ahí está el de Alicia —añadió. Estarás de maravilla aquí.

El mío es el de en frente.

Carmen pasó por su lado.

—Tomás —le saludó. Me alegra verte por aquí.

Eli tuvo que apartarse para que Carmen lo besara, casi la empujó. La antigua jefa le presentó a Coral, Diana y Cayetana.

—No sabía que te vendrías con nosotros.

—Fue una decisión reciente —respondió él. Me lo propuso el día de mi boda y la verdad es que me alegro. Mejor horario que en la tienda.

Eli intentó mantener la sonrisa pero su interior se hundió levemente. Tomás era un hombre recién casado, por lo tanto no debía ni de mirarlo.

—Sobre las nueve y medio salimos a desayunar —le dijo Carmen con una amplia sonrisa.

Tomás se la devolvió. Volvió a quedar a solas con Eli.

—Espera aquí a que venga Héctor o Martina a explicarte la tarea —le dijo Eli.

Tomás la asintió.

—No sabía que mi primo tenía secretaria —le dijo él y ella quedó contrariada. Debe de tener confianza plena en ti.

Eli sintió cómo se le ponían rojas las orejas.

—Es muy desconfiado con ciertos asuntos de la empresa —añadió y miró a su alrededor para comprobar que no los escuchaba nadie. Puestos que solo concede a personas muy cercanas.

Eli sabía de lo que hablaba. Puestos relevantes solo reservados a empleados muy antiguos, familiares y similares. Se sintió abrumada.

—¿Cuánto llevas en la empresa? —le preguntó.

— Dos años y medio —respondió ella con timidez.

A Tomás pareció sorprenderle. De cerca tenía cierto parecido a Héctor, quizás en la mandíbula o en el perfil, compartían el color de pelo, aunque las cejas de Tomás fuesen más gruesas, sus ojos más oscuros y su piel más clara. Tomás era una mezcla entre Héctor y Alicia. Cuanto más lo miraba, más atractivo le resultaba. Sintió algo en el pecho, una leve sensación de ligereza. Tomás seguía mirándola con cierto asombro.

—¿Solo dos años y medio? —le dijo con sorpresa. Debes de ser realmente brillante.

Si Carmen te escuchara...

Agradeció que la ex jefa de administración no estuviese presente. Estaba a punto de sentirse orgullosa de ella misma y Carmen hubiese tirado su fugaz bienestar por el suelo.

No sabía qué responder. Bajó la cabeza en seguida. Dudaba de que Héctor la hubiese elegido a ella como secretaria si Martina no estuviese en la empresa. Nunca se lo había admitido pero ella estaba convencida de que ella había tenido mucho que ver al respecto.

Tomás fue consciente de que había intimidado a la joven. Bajó la cabeza también, colocando el teléfono de la mesa hacia un lado.

—Voy a pedirle a Rogelio tus claves para que puedas acceder al sistema —le dijo Eli alejándose de la mesa.

Cuando llegó al despacho de Rogelio aún sentía las mejillas coloradas. Resopló antes de llamar a la puerta. Notó algo en la espalda y se sobresaltó. Era Martina.

—¿Dónde has colocado a Tomás? —le preguntó.

—En tu antigua mesa —le respondió Eli intentando disimular su aún duradero bochorno.

—Buen sitio —Martina levantó el dedo pulgar—. ¿Tiene ya las claves del sistema?

—A eso he venido —respondió Eli y Martina asintió.

—Como hoy Alicia y yo tenemos tarea y Héctor va a estar media mañana fuera, puedes enseñarle a Tomás el funcionamiento del sistema —dijo Martina con su preciosa sonrisa.

Eli sintió de nuevo la ligereza en el pecho, esta vez le llegó hasta el estómago.

¿Yo?

—Aún lo recuerdas, ¿no? —añadió Martina⁹. Va a hacer básicamente las mismas funciones que tú. Tiene las nociones de contabilidad muy muy olvidadas. Tenlo en cuenta y ármate de paciencia —le dio un toque en la barbilla⁹. Sé que la tienes.

—Pero Carmen podría enseñarle mejor —le rebatió Eli y Martina se sobresaltó.

—Carmen carece de paciencia —la cortó Martina enseguida⁹. No quiero que asuste a Tomás el primer día de trabajo.

Eli contuvo la risa. Pero Carmen sin embargo, parecía tener buena relación con Tomás. Eli sabía que Carmen era amiga de la infancia de Héctor, supuso que también conocería a Tomás de gran manera. Seguía pensando que sería la idónea.

—¿Tenías alguna tarea pendiente para hoy? —le preguntó Martina y Eli negó con la cabeza.

—Estaba esperando a que Héctor y tú me las dierais —le confirmó Eli.

—Pues ya la tienes —le dio una palmada en el hombro—. A trabajar.

Martina se marchó y Eli quedó allí quieta, como una imbécil, pensativa en la puerta del despacho de Rogelio. Entonces recordó el por qué estaba allí.

Las claves de Tomás.

Rogelio ya las tenía preparadas así que no tardó en salir con ellas camino de la mesa de Tomás. Encontró a allí a Carmen junto a Coral y Cayetana.

Carmen la miró sorprendida por verla fuera de su cubículo.

—Estas son tus claves —le dijo a Tomás dándole el papel que le había dado Rogelio⁹. Puedes cambiarlas si quieres.

Carmen pareció esperar a que Eli se marchara, pero al ver que se quedaba, la miró aún más sorprendida.

—Héctor y Martina ya han vuelto —le dijo.

Pufff. Entre que se cree que todavía manda y que me menosprecia, mal comienzo.

Sintió que la primera buena impresión que le había causado a Tomás estaba a punto de disiparse. Cogió aire.

De todos modos me da igual qué impresión darle. Es solo un compañero. La mayoría de compañeros piensan que soy una de las empleadas más torpes de la empresa, no será una

excepción que también lo piense él.

Estaba convencida de que la intención de Carmen y Coral eran la de ridiculizarla ante el nuevo empleado, aún más siendo el primo de Héctor.

Carmen no dejaba de observarla. Eli se puso nerviosa, manejaba el ratón del ordenador con torpeza.

—¿Y qué haces aquí? —le preguntó Carmen en tono autoritario, como si aún mandara sobre ella.

—Me han encargado enseñarle a Tomás el funcionamiento del sistema —respondió sin mirarla.

Carmen y Coral se miraron. Luego miraron a Eli con interés, que le explicaba a Tomás cómo cambiar de claves.

—¿Tú? —continuó Carmen en tono irónico⁸. ¿Ya no eres secretaria de dirección?

Las últimas palabras sonaron a reproche. Eli sabía que una vez que Carmen dejó de ser jefa de administración, el puesto que deseaba era el suyo. Era algo que temía, que Carmen moviera cielo y tierra para quitárselo. Y no había nada que agradeciera más de su suerte que el cambio de puesto, por el lado principal, la ventaja salarial y por el otro, por estar alejada e independiente de aquel grupo.

—Sí, pero este es mi trabajo hoy —intentó sonreírle y lo logró a pesar de estar contrariada y temerosa, esperando el descalificativo de alguna de ellas.

—Vaya, no deja de ser llamativo —añadió Carmen mirando a Coral buscando su complicidad⁹, que seas tú, precisamente, la encargada del funcionamiento del programa.

Soltó una risita irónica y luego entornó los ojos hacia Eli. La chica levantó los ojos hacia ella, sintió a Tomás abochornado, en silencio, esperando más indicaciones.

Eli no la vio venir, pero Martina se interpuso entre ella y Carmen, apoyando su cadera en la mesa.

Mi ángel de la guarda.

Eli resopló aliviada.

—Carmen —le dijo Martina dándole la espalda a Eli y Tomás, acaparando toda la atención de la antigua jefa⁹. Alicia y yo andamos muy liadas hoy ¿Te importaría encargarte hoy de dirigir el departamento?

Carmen entornó los ojos hacia Martina.

—¿Por qué no está Cayetana con vosotras? Es la que lo detectó —le replicó Carmen enseguida.

—La llamaremos cuando la necesitamos, de momento lo estamos revisando —oyó decir a Martina. Le encantaba la joven, no se amedrentaba con nada que pudiera decirle Carmen. Sonaba firme, jefa o empleada, su tono era el mismo. Una vez más, deseó ser como ella.

Carmen sonrió.

—Me es extraño que dejéis a un lado a Cayetana ¿Te cuesta enfrentarte a la competencia? —le volvió a replicar Carmen.

Eli vio cómo Tomás se sobresaltaba en la silla y miró a Eli sorprendido por el tono entre Carmen y Martina. Eli le hizo un gesto con la cabeza quitándole importancia al asunto.

—Cuando se trabaja en equipo no caben las competencias —respondió Martina⁹. ¿Puedes dirigir el departamento hoy?

Tenía a Martina de espaldas, pero sabía que su mirada tendría que estar fija a Carmen. Esta asintió. Luego miró a Eli.

—Ya que no vais a necesitar a Cayetana, creo que sería mejor que ella se encargara de la formación de Tomás —le dijo alejándose hacia su mesa.

—Te he pedido el favor de que dirijas hoy el departamento de administración —le replicó Martina ya girándose hacia Eli y Tomás⁸. La formación y la adaptación la seguimos dirigiendo nosotros.

Martina le dio la espalda a Carmen. Miró a Eli como si solo hubiese pasado una nubecilla de verano sin importancia. Eli no entendía cómo Martina podía recuperarse tan fácilmente de aquella tensión. Tomás estaba completamente anonadado del ambiente que había comprobado que había en la oficina.

Martina lo miró arqueando las cejas, esperando si él quería hacer algún comentario. Pero se mantuvo en silencio.

—¿Van bien las claves? —preguntó Martina.

—Sí —respondió Eli accediendo al sistema.

—Estupendo, en un rato venimos a buscaros para el desayuno —Martina miró de lejos a Luisa y le alzó el pulgar⁹. Un par de días más, lo siento.

Tomás volvió a levantar la cabeza hacia Martina. Luisa frunció el ceño en un reproche, Martina se encogió de hombros y Eli soltó una risita.

Martina miró a Tomás.

—Tranquilo, el tiempo que necesites —miró el monitor⁹. Parece un lío, pero es muy sencillo. Se retiró de ellos y se dirigió hacia su despacho.

Martina

Resopló en cuanto cerró la puerta. Alicia y Héctor levantaron la cabeza hacia ella.

—Lo de Carmen es de traca —les dijo.

—¿Ya? —se sorprendió Héctor.

Martina hizo una mueca. Alicia negó con la cabeza.

—Otra vez queriendo ridiculizar a Eli —se sentó en su silla, junto a Alicia, para seguir auditando las cuentas⁹. Y me dice que no está Cayetana aquí porque no quiero competencia, ¿en serio?

Martina miró a Héctor.

—Voy a tener que buscarle novio a ella también —dijo con ironía.

Alicia rompió a carcajadas. Héctor la miró serio.

—Se acabarían los problemas. Es lo que necesita, una...

—¡Martina! —la calló Héctor.

Alicia infló los cachetes de aire y apretó los labios.

—Sería una buena terapia —le replicó ella irónica mientras volvía a mirar a las carpetas⁹. Nos ahorráramos mucho mal rollo.

Héctor tomó aire y volvió hacia su monitor.

Martina iba revisando las cuentas y Alicia iba anotando lo que ella le iba diciendo. El estómago vacío de Martina le daban punzadas y en dos ocasiones hizo un ruido que llegó hasta los oídos de Alicia.

—¿Quieres que vayamos ya a desayunar? —le preguntó Alicia.

—Espera...⁹ Martina tenía el dedo puesto en una cuenta⁹. Luego comprobó algo en el ordenador⁹. ¿Ves? Joder.

Héctor levantó la cabeza hacia ellas.

—Héctor, te llevan robando seis meses —le anunció Martina.

La mandíbula de Héctor se movió. Martina lo miró sin saber qué más decirle.

—Ahora hay que hacer el cálculo de cuánto se han llevado —añadió ella con pena.

Héctor expulsó aire de manera sonora.

—Id a desayunar vosotras —les dijo él⁹. Voy a llamar al gabinete de abogados.

Alicia y Martina se levantaron. El estómago de Martina le martilleaba ya, como si tuviese un agujero.

Salieron del despacho dejando solo a Héctor. Recogieron a Luisa, Eli, Luna y Tomás por el pasillo y salieron a desayunar, ante la mirada de Carmen y Coral.

Ahora pondrás todo lo que puedas de tu parte para poner también a Tomás en contra de mí.

Se sentaron, pidieron el desayuno y Tomás comenzó a consultarle las dudas de sus nuevas funciones. Martina comprobó que estaba realmente agradecido con el cambio, sobre todo con el

cambio de horario, en la tienda aunque tuviese turnos, había semanas que le ocupaban sábados y domingos. Ahora tenía un horario que podría combinarlo mejor con la vida social y familiar. Ni Alicia ni Martina le preguntaron sobre Erica, y él fue prudente en no nombrarla.

Martina supuso que también para él era incómodo tener una mujer que no tuviera buena relación con su familia, precisamente con la parte de familia de la que dependía el trabajo.

Ya Martina se había acabado el desayuno cuando vio entrar a Carmen, Coral y Diana, tras ellas entraron Cayetana y Héctor. Se detuvieron en la puerta con una conversación acelerada, Martina supuso que Héctor le estaba diciendo que sus cábalas eran ciertas y pudo notar en Cayetana cierta satisfacción. Vio que Eli tampoco dejaba de observarlos, con más interés que Martina si cabía.

La conversación que ambos mantenían se acabó y Héctor se dirigió hacia ellos, besó a Martina en la cabeza antes de dirigirse a pedir. Quizás en la cafetería Héctor se tomaba algo de más libertades con ella.

Se sentó junto a Martina y se interesó por las primeras horas de Tomás en la oficina. Él alabó la labor de Eli al enseñarlo, obviando la lamentable y breve conversación entre Martina y Carmen. Enseguida la conversación sobre la auditoría ocupó el resto del tiempo del desayuno.

Regresaron hacia la nave y Martina, Héctor y Alicia entraron de nuevo en el despacho.

Ellas siguieron con las auditorías y él en conversaciones con los abogados. Martina se alejó del monitor.

—Es una pasta —dijo Alicia y Héctor levantó la cabeza.

Los tres sabían que aunque despidieran y denunciaran a los culpables o culpable, ya era dinero que no podrían recuperar.

Esto se podría haber detectado antes si administración hubiese funcionado bien.

Le ardía el estómago de pensarlo. Carmen era mucho de exigir, presionar y levantar la voz, pero no era capaz de ver un marrón delante de sus narices. Cogió aire para tranquilizarse.

Miró a través de la ventana, lo hacía de cuando en cuando para ver a Eli con Tomás. Desde aquel lugar Héctor la observaría silencioso, mientras ella trabajaba, tiempo atrás. Ahora era ella la que vigilaba a aquellos dos.

Pero el ardor de su estómago aumentó cuando de nuevo vio a Carmen junto a ellos.

—Otra vez —se levantó enseguida de la silla, con tanta rapidez que hasta Héctor la imitó, quizás en un intento de detenerla.

—Esto no puede ser —lo oyó protestar, pero no se detuvo y salió al pasillo a volver a arremeter contra Carmen.

Llegó hasta ellos, en la sonrisa irónica de Carmen pudo comprender que andaba con alguna de sus ironías. Quizás en un intento más de provocarla a ella que a la propia Eli, porque no tenía sentido lo que estaba haciendo, cuando ya Eli no dependía de ella.

Sintió una mano en su brazo justo cuando estuvo junto a Carmen. Se giró, pensaba que sería su marido, pero era Cayetana.

—He seguido mirando —le dijo la chica colocándose el flequillo tras la oreja⁹. Y aquí hay más. ¿Ves? Lo mismo.

Carmen se giró hacia ellas.

Martina ojeó las nuevas carpetas y resopló.

—Te estoy diciendo que es mejor que lo hagáis con Cayetana —intervino Carmen⁹. No sé la razón por la que no quieres.

Y me lo dices delante de ella. No es que seas una provocadora, es que eres una auténtica hija

de puta.

Martina se dirigió hacia Carmen. Supuso que Tomás lo estaría literalmente flipando el primer día de trabajo.

—Mira, Carmen, no me toques los cojones —la propia Martina se sorprendió de su reacción y de sus palabras. Sin embargo levantó las carpetas⁸. Tú eras la jefa de administración, de ti dependían las cuentas cuando comenzó esto. Así que deja de meter cizaña ahora.

El ardor del estómago aumentó de manera considerable.

Mierda.

Carmen abrió la boca para replicar. Héctor y Alicia habían llegado hasta ellas. Ahora era él el que cogió del brazo a Martina, pero ella se liberó de él con rapidez y salió corriendo por el pasillo camino del baño.

Entró en el primero y más cercano a la puerta, se encorvó y echó allí todo lo que tenía en el estómago.

Joder.

El estómago pareció dársele la vuelta de nuevo y volvió a salir fluido de manera agresiva que aumentaba aún más la fatiga.

Estaba en el servicio de señoras, pero aún así oyó a Héctor llamarla desde los lavabos. Ella intentó responderle pero una nueva arcada la hizo encorvarse de nuevo y vomitar, ya no quedaba nada de la tostada ni de la leche con cacao que se había tomado dos horas antes.

Aquello al parecer acabó. Abrió la puerta del WC y vio a Héctor cerca de los lavabos. No supo interpretar aquella forma de mirarla, casi conteniendo la risa. Las piernas de Martina se aflojaron aún más de lo que ya estaban.

Madre mía.

Se inclinó en el lavabo sin decir nada y se enjuagó la boca varias veces. Recordó que en el bolso tenía pasta de dientes. Siempre llevaba el cepillo y la pasta para después del desayuno. Héctor seguía mirándola en silencio y con expresión divertida.

Martina solo pensaba en su bolso, su cepillo y su bolso, era incapaz de mirar a Héctor.

A través del espejo pudo ver a Alicia, como si hubiese presagiado sus intenciones, traía el bolso de Martina. También reía como su hermano. Le tendió el bolso para que ella lo cogiera.

—Camino a casa vais a tener que parar en una farmacia —les dijo Alicia.

Martina bajó la cabeza. Vio de reojo cómo Héctor sonreía. Alicia los dejó solos.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Puso el bolso en el colgador y cogió el cepillo y la pasta. Pero en cuanto sintió la pasta entre los dientes, el estómago volvió a dar la vuelta y corrió al WC de nuevo. Esta vez no cerró la puerta y Héctor entró con ella. Ya había poco qué salir así que solo notó el sabor amargo del flujo del estómago. Sin embargo las arcadas no cesaban.

En cuanto pudo se incorporó. Héctor la ayudó a limpiarse de nuevo. Tenía calor, la cara le ardía mientras el estómago no lograba encajarse en su sitio.

—Vamos a bajar a que te de el aire —le dijo él cogiendo el bolso del colgador y dándole la mano.

Atravesaron el pasillo ante la mirada de todos. La miraban con interés, supuso que no tendría su mejor cara y sería demasiado evidente que no se encontraba bien.

Bajaron las escaleras, Héctor la sujetaba al bajar.

—No voy a caerme, estoy bien ⁹le dijo pero Héctor le apretó la mano.

Lo miró de reojo.

Como sea “eso” y esto sea lo que me espera, menuda mierda.

Salieron a la calle y rodearon la nave. Junto a la carretera corría algo el aire.

—¿Mejor? —le preguntaba él. No le soltaba la mano, y estaba muy cerca de ella, como si fuera a caerse.

Qué exagerado.

Sin embargo no lo notaba preocupado, al contrario. Lo veía contener la sonrisa todo el tiempo.

Martina levantó la cabeza y cerró ojos.

No sé cómo no le he vomitado a Carmen encima.

Hubiese sido un auténtico espectáculo haberlo soltado en medio del pasillo. Aunque todos habían sido conscientes de su forma de salir corriendo al WC.

Notaba como todavía le ardía la cara, el aire de la carretera del polígono no era suficiente. Cogió aire y resopló. Héctor la observaba con atención, quizás examinando su expresión. Pero ella solo se centraba en disipar su malestar físico.

Soltó la mano de él para llevárselas a la cabeza. Se había levantado bien, como cada día, quizás con demasiado sueño, algo normal su primer día de trabajo. Y las primeras horas de trabajo habían sido como siempre. Quizás había solo su tensión con Carmen lo que la había puesto así.

He tenido decenas de discusiones con ella y no vomito por eso.

Héctor seguía observándola en silencio. Le sujetaba la cintura con una mano, la otra se la tenía entre el cuello y la barbilla.

—¿Ya? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza y el alzó las cejas, sonrió.

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó él.

Es el primer día de trabajo después de todo un verano.

—No podemos irnos hoy —le respondió. Respiró hondo⁹. Con la que tenemos liada con la auditoría.

—Está Alicia, le diré a Cayetana que le ayude —propuso él⁹. No pasa nada.

Martina negó con la cabeza.

—Ese trabajo lo termino yo —y el solo hecho de hablar le dio una nueva arcada.

Se apartó de Héctor y se encogió pero por suerte no tuvo nada más que echar. Supuso que ya solo le quedaba por sacar el hígado, con la que había liado en el cuarto de baño. Esperaba que al menos Alicia avisara a alguna de las limpiadoras.

—Claro que nos vamos —añadió Héctor⁹. No estás en condiciones de trabajar.

Martina volvió a coger aire por la nariz.

—Claro que voy a seguir trabajando —su respuesta rotunda pareció divertir aún más a Héctor.

Él negó con la cabeza mientras se separaba de ella, cogió su móvil. Lo oyó pedirle a Alicia que bajara las cosas de ambos. Martina agradeció ni siquiera subir a por ellas. Las arcadas aumentarían en cuanto viera a las arpías cuchichear a sus espaldas.

—Vamos al coche —le dijo poniéndole la mano en la espalda.

Martina no fue capaz ni de responderle. Caminó junto a él hasta el aparcamiento donde ya estaba Alicia con el ipad y las llaves de Héctor.

—Luego os llamo —les dijo mientras besaba a Martina en la frente, la miró sonriente.

Tú ya sabes lo que me pasa. Y tu hermano también. Lo sé hasta yo. Pero yo soy a la única a

la que no le divierte esto. Estoy malísima.

Se sentó en el asiento del copiloto y apoyó la cabeza, levantando la barbilla. Lo último que quería era vomitar en el asiento de piel del coche.

Héctor abrió las ventanillas, gesto que agradeció porque el aire le disipó un poco el malestar. Héctor paró en una de las calles. No dijo nada, se bajó del coche. Martina lo siguió con la mirada, vio que se dirigía hacia un comercio con una cruz verde fluorescente arriba.

Madre mía.

No dejaba de respirar por la nariz, como respirara por la boca volvería a vomitar. Héctor no tardó en volver. Puso la pequeña bolsa en un hueco del coche entre los dos asientos. Martina la miró de reojo. Héctor arrancó. El tráfico a aquella hora aún no era denso, no tardaron demasiado en llegar a casa, algo que agradeció.

Martina seguía respirando por la nariz, no quería vomitar en el reluciente suelo de madera de la casa. Subieron a la segunda planta, hacia su habitación.

Héctor la llevó hacia el baño y sacó la alargada caja de la bolsa. Lo observó abrirla y sacar el instrumento de su interior. Él se detuvo en las instrucciones y luego le quitó un capuchón, dejando una tirilla de fieltro al aire.

—¿Sabes cómo va? —le preguntó.

Martina nunca había usado uno, pero no había que ser muy imbécil para saber cómo se usaban. Se levantó el vestido, se bajó las bragas y se sentó en el váter mientras cogía aquello. Salió orina, a pesar de no tener muchas ganas fue abundante, mantuvo el fieltro en el chorro todo el tiempo.

Se levantó y se lo dio a Héctor, que volvió a colocarle el capuchón mientras ella se limpiaba y se colocaba las bragas, mientras miraba la cara de Héctor. Él no perdía de vista el test y la pequeña pantalla que había en él.

Se colocó junto a él para mirarla también. Aquello tardaría unos minutos. Sintió la mano de Héctor en su espalda y sus labios en la sien, aunque no la besaba aún, supuso que estaba esperando que aquello diera el resultado para hacerlo.

Sabía que si el resultado era negativo, Héctor se decepcionaría, sabía que estaba convencido de que la causa de los vómitos eran las que eran. Ella solo sabía que el corazón se le iba a salir del pecho y que tenía una fatiga que se moría. Estaba nerviosa, las piernas no habían dejado de temblarle desde el primer vómito. Estaba asustada, casi cagada y eso no tenía sentido. Ya no era una niña, no debía de asustarse. Era una mujer, estaba casada y tenía madurez y estabilidad para afrontarlo.

Se hizo el silencio, Héctor la rodeó con el brazo, lo notaba impaciente. La pantalla hizo un amago de letras, eran claras.

Embarazada 2-3 semanas.

Martina exhaló todo el aire que había contenido. Héctor la estrujó con fuerza sin dejar de darle besos en la sien.

—Lo sabía —le dijo.

—Y yo —suspiró ella.

Por eso estaba temblando.

Héctor se retiró levemente para mirarla. Martina no tuvo más remedio que sonreír, jamás le había visto a Héctor una expresión similar. La besó y ella lo abrazó con fuerza.

Héctor apoyó su frente en ella. No hubo palabras por un momento, ni besos, solo se miraban. Héctor comenzó a reír y la besó de nuevo, con ímpetu. Volvió a estrujarla y la levantó del suelo.

—Esto es maravilloso —le dijo.

—Podría serlo más —le respondió ella intentando contener una nueva arcada.

Era extraño. Tuvo gente cercana con embarazos recientes y los síntomas solían venir después, casi siempre después de que al menos se enterara.

Martina alzó las cejas.

—¿Va a ser así todo el tiempo? —se tapó la boca con la mano mirando hacia el váter.

Héctor tiró de ella fuera del baño, se sentó en un sillón que había en un rincón de la habitación que solo solían usar para apoyar la ropa. Martina se sentó sobre él.

Miró a Héctor de reojo sin dejar de sonreír, le estaba encantado verlo así. Si no se encontrara tan tremendamente mal, el momento sería perfecto.

Héctor le puso la mano en la parte inferior de la barriga.

—Acabamos de descubrir a un polizón que ha regresado del viaje con nosotros —le dijo ella y él rió.

Héctor miró hacia su barriga y luego a ella. Le cogió la cara.

—Te quiero —le dijo sin dejar de mirarle los ojos.

De todos los “te quiero” que le había dicho Héctor sabía aquel quedaría en su memoria toda la vida, superando aún a la primera vez que se lo oyó decir.

Héctor volvió a ponerle la mano en la barriga y apoyó la cara en su pecho riendo.

—No me lo puedo creer —le dijo cerrando los ojos.

Martina le acarició la cara.

Si tuvieras el mal cuerpo que tengo yo seguro que te lo creerías.

No era capaz de hablar para no aumentar la fatiga, bastante tenía con no dejar de respirar por la nariz.

—¿Ahora qué? —preguntó él⁹. Llamar a la familia, amigos...

—Al médico, que me mande algo para quitarme este malestar⁸ lo cortó a ella.

—Sí, cierto —la besó en la cara⁹. Y que te cita cuanto antes, quiero verlo.

Ella lo miró como si estuviese loco.

—¿Qué vas a ver? Es pequeño, más que una larva.

—Pues quiero verlo, aunque sea pequeño como una larva —le dijo él riendo.

Martina apoyó la barbilla en la cabeza de Héctor. Ninguno de los dos se atrevían a moverse. Las piernas le dejaban de temblar a medida que iba haciéndose a la idea. Quitando el malestar del cuerpo, la idea le comenzaba a abrir algo precioso en el pecho, un sentimiento diferente. No quería levantarse, no quería separarse de Héctor. Aquel sentimiento de independencia que siempre tuvo con ella, se había disipado levemente haciéndole descubrir un vínculo nuevo. Apretó a Héctor y lo besó en la frente.

—¿Estás mejor? —le preguntó el, ella hizo una mueca.

—Creo que esta semana es mejor que te quedes en casa —le dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—Seguro que hay algún medicamento maravilloso que me quite esto —le respondió ella.

Héctor la besó en el pecho.

—De todos modos, no hay prisa para que te incorpores —añadió él⁹. Es mejor que descanses hasta que te encuentres realmente bien. No creo que te venga bien la presión de la oficina.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Estaré bien —le replicó enseguida⁹. No estoy impedida. Esto no es nada.

—¿No es nada? Es mi hijo —le dijo él besándole el pecho.

Al oír esa palabra Martina notó como algo se le movía en el pecho.

—Y no le va a pasar nada porque yo trabaje —debatía ella conteniendo una nueva arcada⁹.
Todo el mundo lo hace. No me incapacita.

Héctor la miró no muy convencido. La arcada aumentó y tuvo que correr hacia el baño de nuevo.

Héctor

El médico de Martina le había recetado una pastilla para la fatiga a través del teléfono y le había dado cita para un par de semanas más adelante. A pesar de la insistencia de Héctor, él le había aconsejado esperar a que al menos se pudiera ver algo en una ecografía y tendrían que esperar.

Acababa de regresar de la farmacia con las pastillas y algunas cosas más que le había recomendado el médico. Martina estaba tumbada en el sofá cuando llegó a casa. Él mismo le acercó agua para que comenzara con la medicación cuanto antes.

El doctor fue muy amable, Martina no había podido hablar con él, las arcadas no cesaban, así que había sido Héctor el que había tomado nota de todas las indicaciones que le había dado, que básicamente eran unas vitaminas, la pastilla de la fatiga y una serie de alimentos que no debía comer.

Héctor anotó en su reloj la fecha de la primera cita. Vio que unas de las empleadas recogía platos del almuerzo.

—¿El señor quiere almorzar? —le preguntó la mujer.

Casi no se había dado cuenta de que era la hora de la comida, tenía tal nudo en el estómago que no tenía ganas de probar nada. Pero se alegraba de que Martina no hubiese perdido el apetito a pesar de los vómitos. Esperaba que aquello no lo vomitara.

—En un rato —le respondió.

Se sentó junto a Martina.

—Gracias —le dijo ella devolviéndole el vaso ya vacío.

Héctor le cogió la mano y se la besó.

—Ahora tengo que cuidar a mi reina más que nunca —le dijo y ella sonrió.

—No es nada, verás como esto me mejora —intentó sonreír. Tenía hambre y quizás había comido demasiado, esperaba no explotar de la manera que lo había hecho aquella mañana.

—¿Sabes algo de la auditoría? —le preguntó ella y Héctor hizo un ademán con la mano.

—He hablado con Alicia pero no hemos hablado nada sobre la auditoría⁸. Rió⁹¿Has llamado a tus padres?

—No...encárgate tú —le dijo encogiéndose en el sofá. Aquel sofá, al menos la parte alargada de chaiselong, parecía envolverla. Se había cambiado y se había puesto una camiseta de algodón y unos shorts. El aire acondicionado tenía la temperatura perfecta y los párpados le pesaban muchísimo. No tenía ganas de hablar con nadie, solo quería permanecer allí junto a Héctor mientras dormitaba.

Él pareció entenderla. Subió hasta la habitación para cambiarse de ropa y bajó enseguida. Martina le dejó sitio y se tumbó junto a ella. Ella se giró para apoyar la cara en su pecho y le echó una pierna por encima.

Héctor la miraba, parecía que tenía mejor cara, al menos le había vuelto el color a las mejillas.

Le acarició la cara, ella tenía los ojos cerrados, su respiración era tranquila. La besó en la nariz.

Cogió su móvil. Le había pedido a Alicia que no dijera nada en el trabajo, ni siquiera a sus padres, que quería ser él el que diera la noticia. Alicia no se había sorprendido de lo que le ocurría a Martina, ya lo intuía, era evidente. En la oficina también lo comentaban, todos sabían que Martina se había indisputado de sobremanera.

La miró, era mejor que descansara. No había prisa porque volviera al trabajo, aquello era secundario, lo primero era ella, lo único era ella. Con Alicia en la oficina podían permitirse su ausencia. Volvió a besarle la nariz.

Cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. En unos meses, un nuevo miembro estaría junto a ellos en aquella casa que cada día parecía más un hogar. Y al lado de aquel pensamiento y el sentimiento que le producía, el trabajo, la empresa y sus negocios, parecían una nimiedad.

Apartó el flequillo de Martina, estaba completamente dormida. Recordaba a Alicia, ella dormía todo el tiempo. Supuso que crear a un ser humano necesitaría gran cantidad de energía. Envidió a Martina y a todo lo que experimentaría en aquellos próximos meses, algo completamente vetado a los padres. Pero estaría junto a ella viviéndolo tan de cerca como fuera posible. Tendría que adaptar viajes, reuniones y lo que hiciese falta. Tenía que plantearse algunos cambios, más aún si Martina no se encontraba bien. Era incapaz de irse a un viaje dejándola en aquel estado. Sintió una punzada en el pecho que reconoció enseguida, no quería permitirse ni un paso atrás en su problema de ansiedad, llevaba meses sin tomar medicación y no pensaba volver a recurrir a sus pastillas, ni aún menos que aquel problema le enturbiase ni un fragmento de aquel momento, de tantos como le quedaban junto a Martina y junto al pequeño o pequeña que, escondido y en silencio, ya los acompañaba.

Martina

No sabía el tiempo que llevaba durmiendo en el sofá. Oía a Héctor hablar por teléfono, volvió a cerrar los ojos. Su voz se escuchaba lejana, a veces reía. El teléfono no dejaba de sonar. No tenía intención de levantarse, ni siquiera de cambiar de postura. Se sentía como si hubiese hecho turno doble de trabajo y cuatro clases de zumba, completamente derrotada.

El tembleque de piernas había desaparecido por completo, el miedo se había ido, ya solo quedaba la realidad y esta le producía mejores sensaciones que malas. Tampoco tenía fatiga, la pastilla había hecho su trabajo y volvía a tener hambre, sobre todo ganas de algo dulce.

Volvía a oír reír a Héctor, una risa de felicidad que le estaba encantando escuchar mientras dormitaba. Entre leves cabezadas lo había oído hablar con sus padres, con los de ella, con los amigos, y ahora hablaba con Alicia.

—Parece que está mejor, lleva toda la tarde durmiendo —lo oyó reír⁹. Esta semana prefiero que se quede.

Prefieres que me quede. Mi opinión no importa, ¿no?

—Al menos unos días, sí —continuaba⁹. A ver cómo va con el tratamiento. No...no ha vuelto a vomitar. Estará mejor en casa.

Notó la mano de Héctor sobre su frente, le apartaba el pelo de la cara.

—Quiero que esté lo más tranquila posible. Y allí va a ser imposible.

Quieres, prefieres...

—No, ahora cuando se despierte se lo diré —seguía él⁹. Vale. Un beso. Luego hablamos.

El pecho de Héctor se movió, supuso que en un intento de dejar el móvil a un lado. Él habría estado todo el tiempo que durmió siendo su apoyo. Desconocía la hora que sería, pero si Héctor decía que llevaba toda la tarde durmiendo es porque la tarde ya habría pasado.

Abrió los ojos y encontró los de Héctor mirándola, le sonrió.

—Tienes mejor cara —le dijo él.

—Estoy mejor —le respondió ella.

Recibió un beso en la frente. A pesar de estar molesta por las posibles decisiones que él estaba tomando por ella sin consultarle, en el trato no tenía nada que reprocharle.

Las ganas de ir al baño la hicieron incorporarse con rapidez.

—¿Otra vez? —le preguntó Héctor incorporándose del sofá.

—Estoy mejor pero me meo —le dijo riendo.

—¿Quieres algo de comer? —lo oyó preguntarle mientras ella miraba la hora. Eran más de las ocho y media⁹. Adelina ha hecho para cenar salmón con setas.

Puaf.

—Vale —si es lo que había no pondría objeción. Era muy temprano para la cena, pero no le importaba.

Salió del baño. Héctor estaba en el office de la cocina.

—No he comido nada en todo el día —le confesó él⁹. Estoy...acelerado.

—Ya veo —le divertía verlo tan contrariado. Era él el que los había llevado a aquella situación nueva y sin embargo ahora estaba más nervioso que ella.

Héctor le contó la reacción de los padres de ambos. Los de Martina estaban realmente contentos y deseando de hablar con ella. La madre de Héctor se había puesto a llorar, él ya le había dicho que también lo hizo con las otras dos nietas. Era una noticia feliz, no podría ser de otra manera.

Se sentó en el office frente a Héctor. Él había calentado el salmón en el microondas y se lo puso delante. No sabía quién de los dos tenía más hambre, no dejaron restos en los platos.

—Creo que es mejor que te quedes en casa hasta el lunes que viene —le dijo él. Martina estaba esperando a que sacara el tema. Tampoco le había dicho nada de las auditorías, no habían hablado de la empresa, como si no existiera.

—Ya ves que con las pastillas estoy bien⁹le respondió ella.

Él negó con la cabeza.

—Llevas toda la tarde durmiendo, ni siquiera sabemos cómo estarás mañana...

—No pienso quedarme en casa como si fuese un mueble —le rebatió ella⁹. Eso no entraba en el trato.

—En el trabajo tienes mucha presión ahora mismo, tus discusiones con Carmen...la auditoría...⁹Héctor negó con la cabeza⁹. Ahora está allí Alicia para ayudarme, Carmen puede seguir en administración, Rogelio se apaña bien solo y Cayetana puede acabar con la auditoría. Y yo estoy pensando en qué hacer con los viajes...quizás los cancele en un tiempo o buscar a alguien que los haga por mí.

Martina frunció el ceño.

—Ahora soy prescindible, ¿no? —le dijo con voz firme. Héctor se sobresaltó.

—No quiero decir eso —se levantó enseguida y rodeó la isla del office para llegar hasta ella⁹. Quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es que mi vida siga exactamente igual que era —le respondió ella.

No llegues e intentes ponerla patas arriba en unos meses.

—Martina, esta mañana estabas fatal y llevas toda la tarde durmiendo —añadió él⁹. Espera al menos esta semana, solo esta.

Ella negó con la cabeza. Había embarazos en la oficina, y salvo ocasiones, trabajaban igual que el resto.

—No tengo una enfermedad ni una minusvalía, puedo trabajar exactamente igual.

—Puedo enviarte tarea para que la hagas desde casa —le propuso él.

Claro, deberes para casa como una niña de colegio durante las vacaciones. Para tenerme entretenida. Muy buena solución, sí señor.

La forma de ver las cosas de Héctor eran muy diferentes a las suyas. Tan solo tenía que analizar la forma de vida de cada uno. La madre de Martina no dejó su trabajo a un lado ni cambió su modo de ser tras el parto. La de Héctor dejó de trabajar y se encargó de cuidar en exclusiva a los gemelos, ejemplo que siguió Alicia durante un tiempo. Sin embargo a Martina la había criado su abuela. No tuvo en cuenta aquella diferencia en el pensamiento, no creyó que tuviese importancia. Un solo día había sido suficiente para comprobar que sí que la tenía.

—Hay una cosa que quiero que quede clara —le dijo ella levantándose de la banqueta⁹. No pienso permitir que esto me condicione lo más mínimo.

—¿En qué te va a condicionar? —Héctor no parecía entender.

—No llevo toda la vida estudiando y sacando matrículas de honor para que ahora todo eso desaparezca de un plumetazo ⁹le soltó mirándolo fijamente.

—Que descanses unos días hasta que veamos cómo vas, no va a significar nada —le respondió él.

Ella lo miró de reojo sin convencerse.

—Pero ahora tenemos una responsabilidad y una prioridad —añadió él levantándose y acercándose a ella para abrazarla.

Ya está encantando serpientes otra vez.

—Mientras has estado ahí dormida he estado pensando...⁹le decía él tirando de ella hacia el sofá de nuevo⁹. Tú llevas toda la vida la vida estudiando, lo respeto.

Héctor se recostó y la hizo echarse sobre él, en la misma postura en la que ella durmió toda la tarde.

—Y yo he dedicado mis últimos años a mi negocio. Completamente volcado en ello —le decía⁹. Mi prioridad, lo demás no existía.

La miró.

—Pero ahora estás tú —la besó en la frente⁹. Y él o ella —le acarició la barriga⁹. Y estáis por encima de todo lo demás. Por eso quiero meditar la manera de no ausentarme tanto...de poder tener una vida aparte del trabajo.

Lo dicho, tiene un don para hipnotizar.

—Puedo tener una empresa con éxito, una casa, dinero, coches...⁹volvió a besarla en la frente⁹. Pero quiero que el mayor logro de mi vida sea mi familia.

La miró a los ojos.

—Pero es algo, quizás lo único, que no pueda hacer solo —añadió.

Sabe trajinarme. Eso es malo, muy malo. Acabaré transparente, incorpórea.

Martina cerró los ojos.

—Solo unos días —le pidió él⁹. Hasta que te encuentres bien. Luego podrás volver allí y hacer lo que quieras. Pero no quiero verte por los pasillos corriendo hacia el baño, ni aún menos vomitándole a Carmen encima.

Aquello la hizo reír.

—Habla con Alicia, si quieres. Ella te entenderá mejor que yo, supongo, y ha pasado por todo esto —le decía apartándole el pelo de la cara⁹. Yo no puedo ser objetivo. Yo solo sé que esto que estoy viviendo es absolutamente perfecto y no quiero que nada salga mal.

Ya me encantó. Si es que no puedo contra él.

Algo estaba ocurriendo dentro de ella y no era solo un embarazo. Su cerebro acababa de desestabilizar sus bases y andaba reordenándose. Había asumido la nueva realidad y lo llevaba mejor de lo que esperaba, eso ya no le preocupaba. Pero sin embargo ya el primer día comenzaban a suceder cambios. No quería ser débil, estaba acostumbrada a ser fuerte, a que no la tumbara nada. Rara vez estuvo enferma y cuando lo estuvo, solía seguir con su vida normal. Recordó un examen en la facultad al que acudió con treinta y nueve de fiebre. Recordó haber presentado un trabajo oral ante un tribunal de profesores, con un pañal de su difunto abuelo puesto, porque tenía unas diarreas tremendas. Y sin embargo nada más regresar de sus vacaciones de boda, embarazada, el primer día había tenido que abandonar su puesto de trabajo para no regresar como mínimo hasta dentro de una semana. No le entraba en la cabeza.

Si yo lo veo mal, desde fuera se verá aún peor. Casarme con el jefe y tirarme al palo.

El cuello le dolía y se recostó en Héctor.

—Si mañana estoy bien, iré el miércoles —le dijo.

Y date por satisfecho.

Lo vio sonreír. Claro que algo había cambiado. Sentía que su personalidad independiente se disipaba a pasos agigantados. Se sentía rara, vulnerable, sensible, y sin embargo le enfurecía que todos aquellos sentimientos la estuviesen invadiendo, cuando aquella mañana se levantó como lo haría un día cualquiera.

Suspiró.

—Estoy tremendamente feliz —le dijo él—. Me estás haciendo tremendamente feliz.

Y yo estoy tremendamente perdida.

Eli

Martina no le había contestado a los mensajes, así que en cuanto llegó aquella mañana se dirigió hacia el despacho de Héctor. Él tenía la puerta entre abierta, supuso que ya estaba allí, Héctor siempre llegaba temprano. Sin embargo Eli tuvo que detenerse, Cayetana estaba dentro. No supo si esperar fuera o entrar, pero Héctor la vio en la puerta y le hizo una seña para que entrara.

Eli les dio los buenos días, Cayetana se giró hacia ella y Eli pudo comprobar su cara de decepción al verla. Eli bajó la cabeza, no había que ser imbécil para darse cuenta de que Cayetana prefería estar a solas con el jefe. Ella le explicaba lo de la auditoría. Sabía que la joven se había quedado trabajando hasta tarde el día anterior para acabar el trabajo. Le explicaba las cuentas del ya conocido por todos, hurto de una de las tiendas.

La joven trató de ser breve y volvió a coger las carpetas.

—Voy a volver a repasarlas —decía ella alejándose de su mesa.

—Buen trabajo —le dijo él.

Eli la vio sonreír como una imbécil y salir del despacho. No entendía el por qué le ofendía la actitud de Cayetana con el jefe, quizás porque en el interior de su cabeza Martina estaba en un altar y no quería que ni Cayetana ni ninguna otra lo hiciese tambalear. Sabía que su jefe tenía demasiados atributos para atraer a las mujeres y algunas podían pasarse de la raya.

Pero bajo su punto de vista, Cayetana lo estaba haciendo realmente bien, sin ponerse en evidencia, trabajando para ganárselos a todos, con Carmen diciéndole sabía dios qué sobre Héctor o sobre Martina, y dudaba por dónde podría salir todo aquello. Fuera como fuese, no veía a Héctor cediendo a los encantos de ninguna joven que no fueran los de su adorada esposa. No tenía dudas, ni una sola, de que su jefe estaba completamente enamorado de Martina y que ella era la mujer de su vida. Pero aún así sabía que cabría la posibilidad de que pudiera haber problemas, sobre todo si Carmen, Coral y Diana estaban cerca.

—Quería preguntarte por Martina —Héctor estaba de pie, cogía unos papeles de la mesa de Martina y lo llevaba a la suya⁹. No pude hablar ayer con ella y hoy no ha venido.

Su jefe le sonrió y en aquel gesto pudo deducir que algo bueno estaba ocurriendo.

Eli se acercó a él para abrazarlo.

—Lo imaginaba —en cuanto abrazó a Héctor en seguida se apartó avergonzada de su gesto. Pero a Héctor no pareció incomodarle en absoluto. —Enhorabuena.

—Puedes llamarla luego —le dijo él⁹. Espero que hoy esté mejor.

Eli hizo una mueca.

—Ella hubiese querido venir hoy —añadió Héctor.

—Lo sé, y seguramente estará...

Conociéndola, estará negra.

Héctor rió.

—Llámalala luego —esta vez sonó más a petición⁹. Le vendrá bien hablar contigo.

Eli asintió con la cabeza antes de salir. Cerró la puerta del despacho del jefe y se dirigió hacia la mesa de Tomás. Era su segundo día enseñándole el funcionamiento del departamento y supuso que ya el último. Tenía ganas de volver a su puesto de secretaria, alejada de Carmen y de las gárgolas estúpidas de sus discípulas.

El día anterior las había visto hablar con Tomás a la salida y mucho temió ser parte de aquella conversación. Seguro que la ridiculizarían como siempre solían hacer.

Levantó la cabeza y vio a Tomás en el pasillo, venía apresurado, le dio los buenos días y se dirigió derecho al despacho de Héctor.

Entonces Eli estuvo convencida de que algo le habría dicho Carmen sobre ella para que él pasara de aquella manera tan fría por su lado, cuando el día anterior estuvo tan amable.

Bajó la cabeza. Las arpias ya se colocaban en sus puestos. Un nuevo día comenzaba.

Héctor

Tomás entró disculpándose por no llamar previamente a la puerta y pidiéndole unos minutos de su tiempo.

—Claro —siéntate.

Miró el rostro de su primo. Venía blanquecino, descompuesto, ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos.

Ya la tarde anterior lo había felicitado por la buena noticia. Él era de la familia y la madre de Héctor se había encargado de informarlos a todos.

—Perdóname, apenas he dormido esta noche —le dijo Tomás.

Lo vio tomar aire profundo y luego expulsarlo.

—Nunca tendría que haberme casado con Erica —le confesó mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba la cara en las manos.

Héctor se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se situó junto a él, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Tomás miró hacia un lado.

—Ya te lo dije antes de la boda —negó con la cabeza⁹. Y aún así accedí. Todo esto lo merezco.

Tomás hizo una mueca y Héctor pensó que el gesto fue para evitar el llanto.

—¿Pero qué ha pasado? —se inclinó para estar a la altura de él.

Su primo negó con la cabeza.

—Cuando Erica se enteró ayer de que tu mujer estaba embarazada —Héctor vio cómo a Tomás le brillaban los ojos⁹. Su actitud cambió por completo. Comenzó a rechazarme, a recriminarme cosas absurdas, a provocar discusiones sin sentido. Ni siquiera me ha dejado dormir en la cama.

Se tapó la cara con las manos.

—Ella no lo supera, ni siquiera sé por qué...

Héctor no sabía ni qué decirle. Y eso que Tomás ni siquiera sabía que Erica lo buscó la misma mañana de la boda, las cosas que le dijo y hasta que intentó besarlo. Sintió que estaba traicionando a su propio primo, que lo traicionó al no decírselo en el mismo momento.

Sin embargo, nada de lo que le contaba Tomás le cogía de sorpresa. Conocía la forma de ser de Erica y carecía de sentimientos respecto a su marido, que reaccionara así con Tomás no era nada sorprendente. Algo se encendió en su interior enfureciéndolo, su primo no se merecía aquel trato. Lo conocía bien, se imaginaba su comportamiento con Erica, impecable. Ahora fue Héctor el que respiró hondo.

—Quiero que sepas que nada de esto me va a afectar en el trabajo, pero...necesitaba contarlo. No es la primera vez que actúa así. De hecho ya lo hacía incluso antes de la boda. Es variable, cambiante y cuando se entera de alguna noticia tuya...se transforma.

Se quitó las manos de la cara.

—Yo no le di la noticia, imaginaba lo que pasaría si lo hacía, pero suele mirarme los mensajes —negó con la cabeza⁹. Ahora está empeñada en cómo son mis nuevas compañeras de trabajo, sabe que aquí la mayoría son mujeres. No sé lo que se le pasa por la cabeza, de verdad.

Héctor conocía la actitud celosa y posesiva de Erica, casi neurótica, lo vivió en su propia piel. Lo extraño es que también actuara así con Tomás, que ni siquiera le importaba.

Héctor no sabía cómo actuar. No era fácil su situación. Sin tener nada que ver, sin haber hecho absolutamente nada, él era el centro de los problemas entre Tomás y Erica.

Tomás se presionó los lagrimales, volvió a tomar aire y se levantó. Héctor se incorporó también.

—No sé por qué vengo a contarte esto —miró hacia un lado⁹. Ya todo esto me lo advertiste.

Negó con la cabeza.

—No quiero...tú ahora estás en un momento maravilloso...⁹la voz de Tomás se quebró.

Héctor sabía la razón, el mismo momento maravilloso que estaba viviendo él era el que tendría que estar viviendo Tomás, pero lo suyo era un infierno anunciado. No era capaz de decírselo. Ya bastante tenía el pobre.

Se alegraba de haberlo invitado a trabajar en la central. No estaba en condiciones de dirigir una tienda, de estar entre público. Martina llevaba razón, estaba mejor cerca de él.

—Siento...traer esto problemas al trabajo —le decía Tomás abochornado⁹. Es una pobre forma de agradecerte...

—Aquí no vas a tener problemas —lo cortó Héctor⁹. Somos tu familia.

Tomás levantó la mirada hacia Héctor.

—Gracias —sonó sincero. Héctor fue consciente de la falta que le hacía a Tomás tener a alguien cerca.

Erica tenía una gran habilidad para apartar de todo a sus parejas, ni amigos, ni familia, para

que solo quedara ella y crear aquella dependencia exagerada. Tomás estaba solo, solo trabajo y Erica, nada más. Ahora en el trabajo lo tendría a él y a Alicia.

Tomás abrió la puerta para irse y en el umbral estaba de nuevo Cayetana.

—¿Ya has acabado? —le preguntó Héctor sorprendido.

La joven asintió. Rebasó a Tomás y pasó al despacho para dejarle los papeles sobre la mesa al jefe. A Héctor le extrañó que no se los diera a él, que estaba de pie cerca de la puerta y ni siquiera tenía que entrar para hacerlo, pero vio en el rostro de la joven que quería decirle algo más.

Héctor se dirigió hacia su mesa. Vio a Cayetana mirar la puerta, que estaba entre abierta.

—Quería preguntarte por mi contrato, sé que estoy de prueba y...necesito saber qué va a pasar conmigo —le dijo sin rodeos.

Héctor miró las carpetas sobre la mesa y luego miró a Cayetana.

—Creo que te lo has ganado, ¿no? —le confirmó él y ella respiró aliviada.

—Gracias —le dijo andando hacia atrás para no darle la espalda. La veía realmente feliz por la noticia.

Cayetana dio un traspiés. Alicia entraba en el despacho y chocó contra ella. Su hermana tuvo que sujetar a la joven para que esta no cayera al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó Alicia. Cayetana asintió y luego se disculpó.

Salió del despacho cerrando la puerta. Alicia se quedó sorprendida mirando aún hacia la puerta y luego dirigió sus ojos hacia su hermano.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó con curiosidad⁹ Está realmente feliz.

—Que se queda con nosotros —le respondió él sentándose en su sillón.

—Ah, bien —rió ella⁹. Ha hecho muy buen trabajo.

—Va a ser de gran ayuda ahora que Martina no estará aquí —añadió él.

Alicia lo miró con interés.

—¿Ya lo has hablado con ella? —su hermana se sentó en la otra mesa.

—Anoche hablamos algo...no quedamos en nada pero es evidente —Héctor sacaba papeles de la impresora.

—Es evidente para ti —le reprendió su hermana⁹. Quizás no para ella.

Héctor levantó la cabeza hacia su hermana.

—Quiero lo mejor para ella y minimizar riesgos en su embarazo. Y tú me lo reprochas como si fuera algo malo.

—Voy a darte un consejo si quieres lo mejor para Martina —le decía Alicia⁹. Deja que sea ella la que tome las decisiones sobre todo lo que se refiera a su faceta personal.

Héctor arqueó las cejas sin entender.

—A partir de ahora Martina sufrirá cambios; físicos, hormonales, psicológicos...tiene que adaptarse. Si encima tú comienzas a dirigirle el resto de cosas, caerá, ¿entiendes?

Héctor seguía con la misma expresión. Alicia hizo un ademán con la mano.

—También mi vida va a cambiar, ¿no? —le rebatió él.

—¿Tu vida va a cambiar? —Alicia negó con la cabeza⁹. Tú estás aquí, haciendo lo que haces siempre, ella está en casa con una fatiga que se muere. Tú sigues con tu vida normal, ella no. En unos meses tú seguirás igual y ella no cabrá en su ropa, le dolerá la espalda, las piernas...⁹Alicia hizo una mueca⁹. Luego dará a luz y tú recibirás todas las ventajas de su sacrificio, a partes iguales. Y seguirás igual de espléndido y ella jamás volverá a ser como antes. No sabes lo que es eso para una mujer. Será ella la se quede en casa a cuidar a su bebé, la que quizás reduzca la

jornada...Tu vida solo cambiará cuando entres en casa, cuando salgas de paseo. La suya cambiará completamente en todos los sentidos.

Héctor frunció el ceño.

—Entonces según tú tengo que traerla aquí y darle toneladas de trabajo para que se sienta como siempre⁹le rebatió él⁹. Que salga a discutir con Carmen, con Coral o con quien sea. Que haga lo que hace siempre, sin importarme las consecuencias.

—No seas imbécil —Alicia negaba con la cabeza⁹. Ella sabrá lo que tiene que hacer, conocerá sus límites. No la limites tú que encima eres un exagerado.

—¿Era mejor que hubiese venido hoy? —le preguntó él en un reproche.

—Depende, ¿cómo está? —Alicia arqueó las cejas.

Héctor dio un salto en la silla girándose hacia la mesa para coger el teléfono. Desde que había llegado no habían dejado de entretenerlo, primero Cayetana, luego Eli y Tomás, ahora Alicia. Eran más de las nueve y media y no la había llamado.

Cogió el móvil de la mesa que se le resbaló de las manos y cayó al suelo.

—Está fatal —su hermana le resolvió la duda con tono malicioso, reprochándole haberse olvidado de llamar a su mujer en medio de la marabunta del trabajo⁹. Yo sí he hablado con ella. Se tomó la pastilla esta mañana pero la ha vomitado.

Héctor apoyó el codo en la mesa. Su hermana lo miraba divertida, sabía que él se estaba enfadando de forma considerable. A pesar de que pasaban los años, seguía haciéndolo rabiar con la misma facilidad con la que lo hacía cuando eran niños.

—Pero qué complicadas sois las mujeres, no se sabe cómo acertar —dijo él cogiendo el móvil.

—No la llares ahora —le advertía Alicia⁹. Se iba a acostar de nuevo.

—No la estoy llamando a ella. Estoy llamando a la floristería —en cuanto lo dijo, su hermana rompió en carcajadas.

—Qué imbécil —Alicia recibió una mirada fulminante de su hermano.

Héctor colgó el teléfono.

—Flores tampoco, también está mal —protestó dejando el móvil en la mesa.

—Un premio de consolación no te servirá con Martina —Alicia se balanceaba en el sillón⁹. Es tu mujer, parece mentira que no la conozcas.

Héctor negó con la cabeza.

—Intenta animarla, dile que volverá a trabajar en unos días, que seguro que mejorará...sé positivo —Alicia hizo un gesto como si sus palabras fueran evidentes.

Héctor la miró de reojo.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó ella sin abandonar aquel tono irónico. Héctor esperó un nuevo insulto por parte de su hermana, pero este no llegó.

Héctor se tapó la cara con las manos.

—A ver —comenzó él⁹. Sé que a pesar de los vómitos está bien, que sigue siendo ella... pero...ahora la veo...¿frágil? Es una sensación de...

—De macho alfa.

—No —se defendió él.

—Sí —Alicia sonrió satisfecha, reía⁹. No quieres que le dé ni el aire ahora. Lo dicho, eres un exagerado.

—Quiero cuidarla, solo eso.

—Como a una reina.

—Exacto.

Alicia apoyó el codo en la mesa y se sostuvo la barbilla con la mano.

—Pero tú no te casaste con una reina. Ella es una guerrera. Además de primera línea ⁹añadió.
Héctor no supo qué responderle⁹. Deja de cagarla, hermano.

Martina

Se había llevado semana y media en casa. Eli la solía llamar a la hora del desayuno. Echaba de menos estar en la cafetería con sus compañeras mientras las arpías las criticaban en la mesa de al lado. Y después del largo viaje del verano, echaba de menos a Héctor. No estaba acostumbrada a pasar tantas horas separada de él. Era viernes, supuestamente Héctor terminaba a medio día pero tenía reunión y no llegaría hasta casi la noche.

Adelina había preparado el almuerzo y le había dejado la cena en el frigorífico. Ya habían pasado un par de horas desde que comió y no le había sentado mal así que buscaba en la cocina algo más que comer. Por las tardes mejoraba de manera considerable. El sueño sin embargo, a pesar de no levantarse temprano, permanecía siempre.

Héctor la había llamado varias veces y le había dejado decenas de mensajes. Era realmente aburrido estar en casa sin tener nada que hacer y no tenía paciencia para ver la tele. Miró la hora, era media tarde. Ya había hablado con su madre, ella también le enviaba numerosos mensajes. Carol le había amenizado las horas del medio día hasta que entró a trabajar, así que como ya no tenía más nadie con quién hablar, después de zamparse un par de tostadas, se vistió y se dispuso a salir a dar un paseo a pie.

Se colocó sus auriculares. Aquella urbanización de grandes casas era algo parecido a un barrio fantasma. No había absolutamente nadie en las calles, solo pasaba un coche de cuando en cuando. Salió por una puerta peatonal en la que había una garita con un guardia y accedió a una avenida, un poco mala para cruzar, con pasos mal señalizados. Supuso que la mayoría de la gente pasaba por allí en coche y no se esmeraron en poner muchos semáforos, así que tuvo que andar bastantes metros para llegar hasta uno. También el semáforo se demoraba más que uno habitual de tránsito en darle el paso.

Cruzó y se adentró en un parque, una zona ajardinada llena de árboles repleta de personas con mascotas. Aligeró el paso, pero enseguida tuvo que aminorarlo, su respiración no era tan fuerte como solía ser. No sabía si su falta de aire era debido a su nuevo y desconocido estado o porque estaba más nerviosa que de costumbre.

Su teléfono sonó. Alargó la mano hasta el auricular para darle al botón de descolgar. Esperaba la voz de Héctor.

—¿Martina? —era una voz de mujer pero en ese momento no la ubicaba.

—¿Quién eres? —preguntó contrariada.

—¿No me reconoces? —oyó una risa.

Pues la verdad es que no.

—Soy Erica.

Pufff, ¿en serio?

—Dime —su primer arrebato fue colgarle, pero supuso que la llamaba para felicitarla y poco más, así que intentaría ser breve.

—Enhorabuena —la oyó decir⁹. Me lo dijo Tomás. Debes estar muy contenta.

—Gracias —había salido de la zona ajardinada y volvía a cruzar otra avenida.

—Te está saliendo bien la jugada —añadió Erica.

Qué dice la loca esta.

—Era algo que ya esperábamos todos —continuó⁹. ¿Cómo no? Tienes que asegurar tu reino.

—Erica, de verdad, no estoy para tonterías —le respondió ella⁹. Ya hablamos otro día, ¿vale?

—Pedazo de imbécil, no me hables como si estuviera loca.

Es que lo estás.

—Yo también estuve embarazada de Héctor, ¿lo sabes?

—Sí, sí que lo sé.

A ver a dónde quiere llegar.

—Y dijo que no estaba preparado, que no era el momento. ¿Ahora sí lo es según él?

—Erica, no pienso seguir con esto —llevó la mano hacia el auricular para colgarle. El móvil emitía sonidos, otra llamada entraba.

—Parece que has decidido apartarte del trabajo, como ya tienes lo que quieres, ¿verdad? Ya no necesitas hacer nada más.

Martina tuvo que detenerse, se asfixiaba.

—¡Qué dices! Yo no me he apartado de ninguna parte.

—Y no deberías hacerlo —la voz de Erica sonaba fulminante⁹. Hay algunas que están decididas en ocupar tu lugar. Y con Héctor nunca se sabe.

Le colgó en seguida.

La madre que la parió.

Exhalaba el aire con fuerza. Ya no sabía ni qué camino iba a tomar. Giró sobre sí misma. Mientras hablaba con Erica no estuvo pendiente de por dónde ir. Decidió volver por el mismo camino. No estaba acostumbrada a transitar por allí.

Ocupar mi lugar, dice. ¿Quién va ocupar nada? Las ganas de joder que tiene.

Su teléfono volvió a sonar.

—¿Martina? —ahora sí era la voz de Héctor, sonaba alterado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella sorprendida.

—¿Dónde estás? —le preguntó él con un tono extraño.

—He ido a dar un paseo. Pero, ¿qué te pasa? —tuvo que detenerse, otra vez se asfixiaba.

—Llego a casa y no estás. Y te llamo y no me coges el teléfono —le reprendió él.

Martina sacó el móvil y miró la hora. Héctor había llegado más temprano de lo que esperaba.

—Estaba hablando por teléfono —le respondió ella⁹. Tu ex me ha llamado para darme la enhorabuena y una reprimenda.

—¿Cómo? —el altere de él aumentó.

Pero qué te pasa.

—¿Qué cómo? Como una cabra, igual —le respondió ella con ironía.

Oyó a Héctor resoplar.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntar él.

—Un poco más adelante del parque.

—¿Has cruzado la avenida andando?

—No, la he cruzado volando —no daba crédito al estado de Héctor.

Entre Erica y tú, me va a dar algo hoy.

—Hay un semáforo, ¿lo sabías? —añadió ella.

—Un semáforo tapado por un árbol —respondió él⁹. Yo mismo me lo paso en rojo la mitad

de las veces.

Martina resopló.

—Mira, ya he tenido bastante los últimos quince minutos entre Erica y tú. Luego te veo.

—¿Luego? —se sorprendió él.

—Te he dicho que he salido a dar un paseo. Andar, aire, llevo todo el día en casa, me ahogo —ahora era ella la que hablaba alterada.

—Voy a salir a buscarte —le dijo él aparentemente más tranquilo. Envíame la ubicación.

Estaba de nuevo en la zona de árboles. Buscó un banco y se sentó. Llevaba unas deportivas con un vestido de algodón. Supuso que todo lo que había en su enorme vestidor pronto no le serviría. Al ritmo que estaba comiendo no tardaría en quedarle todo pequeño, aún contando con los vómitos matutinos.

No mejoraban, no se iban y si continuaba así, la semana siguiente tampoco podría incorporarse al trabajo.

Movía con el pie las pequeñas piedras del suelo.

Estoy jodida.

Héctor le había llevado a casa tropecientas revistas de bebés, maternidad, embarazos y compras relacionadas con el tema.

El monotema.

De pronto todo se había resumido en eso. Planes, posibles nombres, decoración de una habitación, una larga lista de citas médicas, ejercicio, qué es bueno y qué no, limitaciones. Ventajas las menos.

Y a Martina que le den.

Martina estaba desapareciendo y supuso que desaparecería aún más a medida que le creciera la barriga. Se la miró. Carol decía que a muchas mujeres les encantaba que aquel estado adquiriera todo el protagonismo. Martina pensaba que quizás esas mujeres no tuviesen otras opciones. No creyó que nadie fuera feliz abandonándose a sí misma, seguro que habría un término intermedio.

Era extraño, su cuerpo, por el momento, era exactamente igual, pero aquella sensación de no sentirse sola ni siquiera cuando estaba realmente, sola le comenzaba a gustar. Supuso que cuando aquello creciera la sensación sería más real. Había leído que sobre el cuarto mes comenzaría a sentirlo moverse. Sonrió al imaginarlo.

Héctor tenía una aplicación en el móvil con las fechas para saber en qué etapa se encontraría el feto. De momento era tan reciente que parecería cualquier cosa salvo un embrión de un humano.

Vio a Héctor venir desde la entrada del parque. Se había cambiado, no era la ropa que llevaba aquella mañana. Últimamente le gustaba más con los looks cómodos que con la ropa que usaba para el trabajo.

La besó y se sentó en el banco junto a ella.

—Cuando no te he visto en casa y no me cogías el teléfono, me he asustado —le confesó en una disculpa mientras la rodeaba con una brazo.

—No es una cárcel, puedo salir, ¿no?

—Cada vez que te apetezca, pero siempre estás en casa y me ha resultado...déjalo.

Martina seguía apartando piedras con el pie.

—Tampoco te esperaba tan temprano hoy. Tenías la reunión con los abogados.

—Sí, pero Cayetana ha venido con nosotros y lo llevaba todo bien claro en los archivos. No

hemos tardado mucho.

Cayetana, Cayetana...ya tengo sustituta por lo que veo.

Sus pensamientos le recordaron a las palabras de Erica, de que había alguna que estaba deseando de ocupar su lugar y sintió una punzada en el pecho.

No, Martina, no.

Debía de detener aquel pensamiento enseguida. No era su estilo, no debía, por su bien, caer en ningún abismo de paranoias sin sentido y menos referente a eso.

—Ya están los dos despedidos y mañana a primera hora estará la denuncia puesta en el juzgado —le explicó él.

—Pues me alegro que esté solucionado —respondió ella.

—¿Y tú? ¿Cómo estás hoy? —la apretó contra él.

—Aburrida —no podía responder otra cosa.

Héctor pasaba muchas horas en el trabajo como era normal. Su única compañía era Adelina y Andrea, las dos empleadas del hogar. También agradecía las visitas de su madre cuando libraba en el hospital y las llamadas de sus amigas. Cada una tenía su trabajo y su acelerada vida. La mayor parte del tiempo estaba sola, hablando consigo misma y echando de menos a la única persona que podría haberla acompañado en su desconocido camino.

Mi abuela Lola.

Si hubiese estado viva, no tenía dudas que hubiese pasado con ella cada día.

—La semana que viene no voy a trabajar ninguna tarde, prometido —le dijo él.

Levantó la cabeza hacia Héctor. Era egoísta por su parte, pero le gustaba tenerlo en casa con ella. No era algo que pudiera reprocharse a sí misma, tenía una excusa, pero aún así le dolía haber perdido su esencia independiente, aquello que la hacía caminar firme en tacones de aguja y arrasar. Ahora lo único que disfrutaba del día era el rato que dormitaba en el pecho de Héctor las tardes en las que él llegaba temprano.

No estaba en el sofá pero apoyó la cara en él y recibió un beso en la frente.

—Ya queda menos para verlo —le dijo él riendo.

Y era cierto, contaba los días para que el médico le dijera que todo estaba bien. Para poder ver con sus propios ojos el polizón que andaba por allí escondido.

—He hablado con Alicia —continuó él⁹. Vamos a buscar a alguien de la empresa para que se encargue de los viajes. Por tiempo indefinido, ya decidiré después.

Lo miró de reojo.

—Me parece bien —le confirmó ella. Que aquellos largos viajes desaparecieran era algo que deseaba pero que no se había atrevido a pedirle.

Héctor la miró a los ojos.

—¿Qué te ha dicho la loca de Erica? —le preguntó.

Martina le explicó mientras él negaba con la cabeza.

—Tomás está fatal —le explicaba él⁹. Algunas mañanas entra a mi despacho y...Parece que ella no le ha sentado muy bien...

—Me puedo hacer una idea —lo cortó Martina.

—Espero que él termine tomando la decisión correcta —Héctor miró hacia los árboles⁹. Sería lo más inteligente que podría hacer. En cuanto a ti, si vuelve a llamarte, tendré que llamarla yo.

Volvió a besar a Martina.

—¿Y Eli? —preguntó ella con interés sin darle importancia a lo de Erica. Eli no le había nombrado a Tomás en ninguna de sus conversaciones y se moría por ver cómo iba en la oficina.

—Tomás desayuna con tu grupo pero...poco más —Héctor la miró frunció el ceño⁹. Realmente Eli pasa de él, pienso. Y él está ido la mayor parte del tiempo, con la que tiene encima... Esto de emparejar no se te da muy bien ⁹Héctor rió⁹. La situación no es que sea óptima.

Eso lo sé. Realmente no sé el por qué se me pasó por la cabeza. Serán las hormonas.

Martina se encogió de hombros.

—Tomás está pasándolo realmente mal —Héctor expiró⁹. Pero ni Alicia ni yo podemos hacer nada.

—¿Todo lo demás bien? —todos los días le preguntaba por lo que ocurría en el trabajo, pensaba volver en cuanto pudiera y no quería andar perdida. Héctor le hizo su resumen diario. Parecían apañárselas bien sin ella, que por un lado le alegraba. Ya comenzaba a ser consciente que por mucho que lo intentara, llegaría el momento de que tendría que ausentarse varios meses. Pero por el otro no le hacía tanta gracia ser prescindible.

—Hoy Cayetana ha firmado el contrato indefinido —le dijo él y ella se sobresaltó.

—¿Ya le ha cumplido el otro? —no recordaba cuándo se incorporó la joven.

—Faltaban unos días, pero ella me preguntó y le dije que después del trabajo que ha hecho con la auditoría, claro que se quedaría con nosotros. Se ha volcado por completo, trabajando cada tarde para llevar todo lo más claro posible a los abogados.

Oírlo hablar tan seguro sobre Cayetana, alabándola de aquella forma hizo que algo extraño apareciera en su pecho. Tomó aire por la nariz. Cayetana era brillante, no tenía nada que objetar a la decisión de Héctor y era cierto que se había volcado en el robo de buena manera. Realmente no tendría que sentir nada en el pecho, Cayetana no había hecho nada malo, todo lo contrario.

Y no quiero ser otra Carmen. Rechazarla porque es inteligente, porque tiene un melenón y vale lo suyo. Sería una decepción para la abuela Lola, siempre me dijo que este tipo de sentimiento representaba debilidad. Pero quizás sea eso, me siento débil.

Se recostó en el respaldo del banco y levantó la barbilla para respirar.

Esto me está debilitando.

No entendía cómo un motivo de felicidad, un momento único en su vida, podría sin embargo debilitarla de aquella manera.

A veces le dolía la barriga, una sensación de quemazón parecido al dolor menstrual. Había leído en una de tantas revistas que era normal, llevaba dos días padeciéndolos, eran leves y duraban poco, por esa razón no le había dicho nada a Héctor. Con lo exagerado que era con ese tema, la hubiese llevado a urgencias por aquella tontería.

Lo observaba y hasta tuvo que contener la risa con sus pensamientos. Tan seguro y decidido en su trabajo y tan sumamente asustadizo con el embarazo.

Como si yo me fuese a romper con cualquier cosa.

No sabía qué tipo de sentimiento produciría ahora en él. Supuso que era su afán por tenerlo todo bajo control, un control que se escapaba cuando aquello que quería cuidar estaba dentro de un cuerpo ajeno, que no dependía de él.

Todas mis amigas dicen que ahora me aproveche de la situación.

Tuvo que contener la risa de nuevo. Solo tenía que abrir la boca y Héctor le traía lo que necesitara. No la dejaba ni siquiera moverse, aún menos si tenía que subir al segundo piso.

Me voy a poner como una bola.

No dejaba de tener gracia verlo así. Aparentemente, nadie se haría la más mínima idea de cómo era Héctor en realidad, nadie al menos que tuviera un contacto con él meramente

profesional y, hasta supuso, que ni siquiera sus amigos se lo imaginarían. Alicia sin embargo sí solía mofarse de él en aquel sentido, a pesar de haberle confesado a Martina que Raúl también actuaba de una manera parecida. También ella le aconsejó que se aprovechara, que aquellas comodidades extraordinarias solo se le permitirían nueve meses.

Lo observaba con interés.

Ya decidiré si me aprovecho o no.

Eli

El estómago le hacía ruido. Ya Luisa y Luna se habían adelantado a la cafetería, pero ella tenía que terminar un trabajo que Héctor necesitaba con urgencia.

Había comenzado una tercera semana sin Martina, volvería a llamarla como cada día, cinco minutos era tan solo lo que podían hablar durante su descanso. Ya se encontraba mejor y le había dicho que pronto volvería. La echaba de menos de gran manera. Con su ausencia Carmen se volvía a hacer con el mando de la oficina, ya que Alicia estaba en otros menesteres. Desde el robo, ella y Héctor hacían más visitas a las tiendas, a veces iban juntos y otras se turnaban, pero el tiempo que pasaban allí lo solían pasar en el despacho. Cayetana se había convertido en una más del clan de Carmen, desde que la habían hecho fija, y las razones por las que lo hizo Héctor, habían hecho que cambiara su actitud a una más altiva y orgullosa. A Eli no la sorprendía en absoluto, sabía que Cayetana estaba muy lejos de ser lo que en un principio aparentaba y que sus ambiciones en la empresa era altas, demasiado altas según el modo de verlo de Eli. Algo que no podía comentar con Martina porque realmente no había razones, solo intuiciones propias, pero ponía la mano en el fuego por ellas.

Al fin terminó el trabajo y lo dejó en la mesa de Héctor, este también estaba aún allí.

—Deja esto en la mesa de Cayetana —le pidió él.

Eli obedeció, le cogía de camino hacia la salida. Ella no estaba y le parecía raro que ya hubiese salido. Siempre Carmen y el resto trataba de hacerlo a la par de Héctor, esa costumbre no la perdían.

Salió de la nave, vio a Tomás en la calle que llevaba hasta la cafetería. Estaba parado a un lado, y a pesar de estar lejos podía ver que hablaba por el móvil.

Entornó los ojos hacia él, Tomás apartó el móvil del oído y se tapó la cara con una mano. Eli bajó la cabeza para no parecer curiosa, pero volvió a levantarla hacia él, le era muy llamativa su forma de actuar, algo le pasaba.

Ya lo tenía a unos cuatro metros, él no la había visto. Decidió pasar de largo, pero lo miró de reojo.

¿Está llorando?

Su primer arrebato fue aligerar el paso, pero si embargo se detuvo junto a él. Le puso la mano en el hombro y él se sobresaltó.

—¿Estás bien? —le preguntó sin saber qué expresión ponerle, era evidente que no lo estaba.

No estaba llorando, pero poco le faltaba a juzgar por sus ojos. Eli inconscientemente le apretó el hombro. No quiso preguntar qué le pasaba, vio prudente no hacer más comentarios al respecto.

Sabía poco de Tomás ni qué problemas pudiese tener.

—¿Has desayunado ya? —le preguntó.

Él negó.

—Pues vamos —le dijo empujándolo suavemente.

—No puedo ahora —le respondió él tomando aire.

Eli miró la hora.

—Pues si no puedes ahora seguramente te quedarás sin desayunar, y eso no es bueno —le respondió ella haciendo una mueca y vio cómo Tomás hizo un esfuerzo en sonreír.

Algo es algo. Al menos he conseguido que sonría.

Tomás miró hacia la puerta de la cafetería.

—Es que ni siquiera tengo ganas de entrar ahí entre tanta gente —le dijo él bajando la cabeza. Con las manos se presionó los lagrimales.

—No hace falta —le respondió ella⁹. ¿Ves el jardín que hay al final de la calle?

Tomás levantó la cabeza para mirar donde ella le indicaba.

—Espérame ahí y te llevo el desayuno —añadió Eli adelantando el paso hacia la cafetería⁹. ¿Lo que pides siempre?

Tomás arqueó las cejas, estaba contrariado. Eli no esperó respuesta.

Entró en la cafetería y se acercó a Luisa, le dijo unas palabras al oído explicándole la situación. Luego se dirigió a la barra para pedir dos desayunos para llevar y en cuanto se los hubieron preparados, pagó y se dirigió hacia el jardín.

Tomás la esperaba sentado en un pequeño murete de piedra. Ella sonrió al verlo, parecía más un niño que un hombre, quizás por la postura.

Él la miró y esta vez sonrió con menos esfuerzo, aquel gesto más natural hizo que algo en Eli se removiera. Le acercó la bolsa con el desayuno.

—Gracias —le dijo él.

Eli se sentó también en el muro, dejando espacio entre los dos para poner el desayuno.

—No tienes que darlas, un mal día lo tiene cualquiera —le respondió él.

—¿Un mal día? —lo oyó irónico⁹. ¿Y qué días buenos tengo yo?

Eli desenvolvía la tostada, no quiso ni siquiera mirarlo. No había llevado a Tomás allí para que él le contara sus penas, ella no era una curiosa. Simplemente era incapaz de dejarlo así solo en medio de la calle.

—Vendrán mejores —le dio una de las servilletas⁹. Siempre llegan.

Tomás la miró de reojo. Era realmente guapo, Eli tuvo que apartar la vista de él, no estaba acostumbrada a estar a solas con un hombre así fuera del trabajo.

—Llevo demasiado tiempo esperándolos —añadió él.

—No seas negativo —intentó animarle.

Tomás negó con la cabeza.

—Es que ya no sé qué hago bien o hago mal —protestó él.

—Sabes trabajar bien, y eres buen compañero porque te he visto ayudar a otros estas semanas, aunque salgas más tarde de tu hora —sonrió⁹. Ya sabes dos cosas que haces bien.

Tomás contuvo la sonrisa. Luego bajó la cabeza.

—El salir más tarde del trabajo parece ser motivo de bronca —decía él mientras Eli observaba que no probaba el desayuno.

Miró el desayuno de Tomás y luego a él, le hizo un gesto para que comenzara a comer.

—Salir más tarde del trabajo es una putada para uno mismo y para todos los que tengamos

alrededor —le decía Eli⁹. Siempre jode, estropea planes...⁸se encogió de hombros⁹. Así que no te molestes si te llevas la bronca.

Tomás la miró.

—No tienes ni idea, Eli —le dijo él.

Le agradó escuchar su nombre en la voz de Tomás.

—No sabes lo que es intentar hacer las cosas lo mejor que sabes, con las mejores intenciones, y solo recibir desprecio, broncas sin sentido.

¿Qué no lo sé? Lo he vivido en el trabajo durante muchos meses.

—Luego intento arreglar lo que sea que haya hecho mal, que la mayoría de veces ni siquiera sé lo que es, pero ya es para nada. Ya me pueda crucificar que no hay perdón. ¿Lo entiendes?

Claro que lo entiendo.

Eli bajó la cabeza.

—Por desgracia sí que lo sé —le respondió y Tomás se sobresaltó.

Se hizo el silencio. Eli volvió a indicarle a Tomás que siguiera comiendo. Acabaron el desayuno, Eli miró la hora, aún le quedaban unos minutos. Oyó a Tomás respirar profundo.

—Cada día tengo que pedir perdón por alguna razón —Tomás cerró los ojos⁹. Aunque no tenga el por qué hacerlo. Simplemente para que cesen los vacíos, el silencio.

Eli lo miró de reojo. Le daba realmente pena verlo tan roto. Comenzaba a hacerse una idea de los problemas de Tomás.

—Lo siento —le dijo ella.

Tomás negó con la cabeza.

—Quizás tengas razón y tenga que cambiar mi actitud —tiraba la bolsa y los papeles en la papelería.

Mucho me temo que en esto tu actitud no servirá de mucho. Y de verdad que lo siento.

Eli también bajó del murete de piedra. Cruzaron y se dirigieron hacia la nave.

—Siempre es mejor enfrentar las cosas de manera positiva —le iba diciendo ella a pesar de que aquello Tomás solo podría enfrentarlo de una manera. Manera que no podía decirle⁹. Verás como es un bache y todo mejora.

—Nada me gustaría más —respondió él.

Pasaron junto a la cafetería, se cruzaron con Héctor. Él los miró contrariado al ver que venían del final de la calle.

—¿Habéis desayunado? —les preguntó.

—Hemos desayunado —le respondió Eli. Miró a Tomás⁹. Tu primo necesitaba aire.

Héctor sonrió y le puso a Tomás la mano en la nuca.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Mejor que hace un rato, al menos —le respondió él y vio cómo Héctor lo apretaba con afecto⁹Ahora os veo dentro.

Héctor entró en la cafetería. Eli recordó que no había llamado a Martina durante el descanso.

—Martina —sacó su móvil.

Tomás sabía que ellas hablaban a diario. Eli a veces estaba junto a ellos en la cafetería mientras hablaba con ella. Se alejó unos metros de Tomás. Él levantó una mano hacia ella.

—Voy entrando —le dijo él y ella le hizo un guiño.

Lo volvió a ver sonreír y aquello la hizo imitarlo. La verdad es que estaba mucho mejor que como lo encontró y se sintió satisfecha. No podía solucionarle los problemas y menos en aquella materia, pero si en aquel rato había conseguido mejorar su interior, al menos liberarlo un poco de

la angustia, podía sentirse satisfecha.

Miraba cómo Tomás se alejaba hacia la nave mientras oía la llamada. Martina no tardó en descolgar.

Martina

Estaba esperando a Héctor en casa. Eran ya pasadas las diez del viernes, en cuanto la recogiera él irían a la primera cita con el ginecólogo. Estaba nerviosa.

Llevaba dos días sin vómitos, lo cual quería decir que el lunes comenzaría a trabajar. Estaba deseando de regresar. Cada día que pasaba en casa sola era más aburrido, necesitaba moverse, volver a recuperar su sitio fuera de allí. Ya estaba harta de series, revistas que había leído varias veces, y últimamente no tenía mucho atino en bolsa, así que antes de seguir haciendo que Héctor perdiera algo de su dinero para que ella no se aburriera, lo retiró todo. Él era consciente de sus operaciones con mala pata, pero no había dicho nada al respecto. Ella siempre había presumido de sus dotes para las acciones, y le mostró su historial a Héctor. Pero ahora no estaba en racha.

Se había puesto uno de sus vestidos de vuelo y zapatos de tacón. Últimamente vestía con deportivas con las que solía salir a andar. Aún le entraba el vestido, mala cosa que no lo hiciese. Sin embargo sí que había notado que sus jeans ya le eran incómodos, no esperaba que aquello iba a cambiar tan pronto.

La barriga no le había salido aún, estaba de apenas dos meses, pero su cuerpo estaba cambiando a raro, diferente, como si hubiese cogido algunos kilos, o simplemente perdido la forma. No le extrañaba, no paraba de zampar, supuso que en cuanto comenzara a trabajar la ansiedad que le provocaba el aburrimiento se calmaría y su forma de comer también. Aquel ataque a las cajas de galletas a todas horas no eran buena cosa.

Miró la hora, Héctor se retrasaba y no quería llegar tarde a la consulta. Estaba de pie en la puerta de la entrada del jardín con el bolso colgado. La puerta electrónica comenzó a abrirse, supuso que Héctor la habría accionado con el mando por el otro lado, en cuanto hubo hueco para pasar, salió.

Él le sonrió desde el interior del coche.

—Vamos tarde —le dijo ella sentándose en el asiento del copiloto.

Héctor la miraba.

—Qué guapa —le dijo y ella sonrió. Era cierto que los días que había estado en casa, no había tenido cuerpo para arreglarse. Por un día volvía a ser ella, con su pelo peinado, maquillaje impecable, y sus vestidos de tela llamativa.

Volvía llevar las muñecas llenas de pulseras, unos tacones altos y perfume. Se encontraba mejor sin duda. A aquella hora, las últimas semanas apenas podía sacar la cabeza del váter.

—Estoy mejor —le dijo ella⁹. Será por eso.

Héctor le acarició la cara antes de poner en marcha el coche. Llegaron hasta el centro médico y aparcaron en el parking subterráneo. Cuando llegaron al mostrador era pasada la hora de la cita. Martina se disculpó por la demora pero la chica le dijo que iba con retraso así que se sentaron en la sala de espera.

No eran los únicos que esperaban, la sala de espera estaba llena de pacientes para otras consultas. Martina se vio rodeada de embarazadas de distintas etapas, con una mesa auxiliar repleta de revistas que ya había leído. Todas del mismo tema.

Ni una de economía. Es como si cuando estás embarazada el resto del mundo desapareciera.

Hizo una mueca y miró a Héctor.

—Las he leído todas —le dijo y él rió⁹. La próxima vez me traes una de economía.

La risa de Héctor aumentó.

Vale, perdí dinero. Joder, yo que quería lucirme y perdí dinero.

Se tapó la cara con la mano.

—Últimamente estoy que no doy una —le dijo apoyándose en su hombro.

—Bueno, estás haciendo un extra de esfuerzo, será por eso —le respondió él con una sonrisa.

Ella se encogió de hombros.

—¿Saben ya en la empresa que no se han desecho de mí? ¿Qué regreso el lunes? —preguntó con picaresca.

—Espera a ver qué te dice el médico ahora, ¿no? —le respondió él serio.

Martina frunció el ceño.

—Qué me va a decir, que está estupendo todo —le respondió aunque tenía que reconocer que desde que se hizo aquella prueba de embarazo una gran parte de sus preocupaciones era esa, que todo fuera bien. Supuso que ya nunca más, en la vida, conocería la verdadera despreocupación. Lo había oído muchas veces de toda madre, “Preocupación para toda la vida”. Supuso que el compromiso comenzaba en el momento en que te enterabas de que él existía.

—Quiero volver el lunes —exigió ella.

—Y seguramente sea así, pero vamos a esperar a ver qué te dice, ¿ok?.

Levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Tan bien estáis allí sin mí? —le ardía el pecho y tuvo que decirlo. Sería por los largos días de aburrimiento, pero le jodía quedar fuera del equipo, aunque fuera por causas mayores y aunque aquellas causas merecieran la pena. Pero que Carmen volviera a campar a sus anchas en administración porque Alicia estuviese en otra cosa más importante, y tener a Cayetana continuamente recordándole que ella era más que prescindible, le jodía cada día más.

Los hombros de Héctor se movieron. Era como si él esperara un comentario así de ella de un momento a otro.

Mucho he tardado, ¿verdad? Yo también me sorprendo.

—Sabes que no es por eso —le respondió él.

Va a volver a encantar a la serpiente. En tres, dos, uno...

Notó la frente de él sobre su hombro.

—A mí me encanta que estés allí —dijo Héctor⁹. No me gusta dejarte atrás por la mañanas, preferiría llevarte conmigo, pero... si estás bien y si él está bien.

—Ahora vamos a verlo —le respondió ella.

Oyó su nombre en la voz de una enfermera y los dos se sobresaltaron. A Martina se le aceleró el pulso. Se levantaron y siguieron a la enfermera hasta la puerta de la consulta.

—¡Martina! —el médico se levantó para darle la mano. Se presentó a Héctor⁹. Felicidades, ¿cómo estás?

El doctor Serrano había sido ginecólogo de su madre desde hacía años, luego en la adolescencia comenzó a revisarla a ella también. Era una hombre que ya se iba acercando a la jubilación pero tenía muy buena fama en toda la ciudad. No podía pensar en encomendarle a otro su seguimiento y aún menos su parto.

Martina le contó sus comienzos mientras él asentía y apuntaba en el ordenador. Él le dio una fecha posible de parto y comenzó a darle papeles, analíticas, una cartilla para que apuntara las

fechas de las citas, etc, etc.

Madre mía, qué agenda.

—Y vamos a ver quién anda por ahí —dijo el doctor levantándose y dirigiéndose a una parte lateral de la consulta que estaba cubierta con una cortinilla.

Martina ya conocía el potro, donde él solía hacerle las ecografías y exploraciones. Se quitó las bragas, las puso en un soporte y le dio el bolso a Héctor antes de sentarse.

Vio a Héctor mirar el instrumento que el doctor estaba a punto de introducirle a Martina.

—Disculpe mi ignorancia —lo oyó preguntar⁹. Pero...¿no se hacen por la barriga?

Martina apretó los labios para no romper en carcajadas

Hombres...

—A partir del mes que viene sí —le respondió el doctor. A juzgar por su expresión, no era el primero que le hacía esa pregunta⁹. Ahora es muy pequeño.

Héctor miraba el aparato frunciendo el ceño. El médico contuvo la sonrisa.

—¿Piensa no tocar a su mujer hasta el parto? —le preguntó el médico con descaro mientras echaba un gel sobre el utensilio.

Martina cerró los ojos, rompería a reír sin remedio. Héctor no respondió.

—Pues lo mismo —añadió el doctor. Luego miró a Martina⁹ ¿Preparada?

Ella asintió.

Está frío como su puta madre.

Miró hacia el monitor, todo se veía negro con escala de grises. Burbujas o eso parecían. Al final pudo ver algo ovalado de un gris diferente al resto.

—Aaaaaaquí está —dijo el médico.

Vio a Héctor acercarse al monitor. El doctor tocaba las teclas en un ordenador y salían rayas amarillas en el monitor. La imagen se detuvo.

—Ahora os explico —les dijo.

Martina miró a Héctor asustada. Ese “Ahora os explico” ¿significaba algo?. El corazón le iba a reventar.

El hombre seguía dibujando rayas amarillas, la imagen volvía a detenerse. Allí no se veía nada.

¿No hay nada?

Se puso la mano en la frente y le sobrevino la fatiga.

Con lo mala que estoy y no hay nada.

Estuvo a punto de romper a llorar. Héctor no dejaba de mirar la pantalla del doctor en vez de la que ellos tenían en frente. No lo vio asustado, al contrario, él sí sonreía.

¿Dónde...

Se incorporó para alcanzar a ver ella también la pantalla del doctor.

—No te muevas —le dijo el médico⁹. Un momento que termine de medirlo...

Medirlo, ha dicho medirlo...Uff, sí está ahí.

—Ahora —levantó el dedo hacia la pantalla que estaba frente a ellos⁹. Esto oscuro es la bolsa y esto es el embrión.

Martina arqueó las cejas.

—Ahora os saco algunas copias —decía el médico. Martina veía algo parecido a una haba con algo colgando⁹. Esto es la cabeza.

El médico amplió la imagen. Ahora se veía mejor. Una cabeza grande, pegado a un cuerpo pequeño, con dos muñones y algo que colgaba de él. Ahora recordaba que al principio tenían

colgando un saco que luego desaparecía. Martina resopló.

—Y lo que más os gusta a los padres —añadió el hombre dándole a un botón.

El sonido era extraño, nada que se pareciera a un latido que hubiese escuchado, sino una especie de bombeo rápido. No era un sonido bonito por así decirlo, pero se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esto está perfecto —le dijo él.

Miró a Héctor expulsando el aire. Su cuerpo se relajó, tanto que apenas sintió cómo le sacaban el aparato.

—Nos vamos a ver una vez al mes, ¿vale? —les decía el médico dándole a Héctor una tira con fotos de la ecografía.

Martina se incorporó y se bajó del potro, el médico se dirigió hacia su mesa para anotar en el ordenador. Héctor estaba allí en medio, entre la cortina y la consulta, mirando las imágenes en escala de grises, con cara de imbécil.

Martina lo miró con las cejas alzadas. Le cogió el bolso de la mano y él se sobresaltó.

No se ve nada y ya se le cae la baba.

Contuvo la sonrisa. Se sentaron frente al médico y él le siguió dando indicaciones.

Salieron de la consulta y se dirigieron hacia el coche. Héctor miró la hora. Martina guardaba los papeles en su bolso.

Tendré que comprar una carpeta para guardar todo esto.

Cogió la ecografía. Era cierto que había que echarle imaginación a lo que podría ser la cabeza y el cuerpo. Pero sí se le veían los pequeños muñones que le salían del cuerpo. Martina entornó los ojos hacia la imagen.

Tranquilo ahí adentro, ignorando que lo estábamos expiando.

Contuvo la sonrisa. Supuso que tendría la misma cara de imbécil mirando aquello como la que minutos antes tenía Héctor. Suspiró.

Pues sí que todo lo que está cambiando merece la pena.

Héctor se inclinó hacia ella para volver a mirar la ecografía.

—No me apetece volver a la oficina —le dijo él sonriendo. Y Martina no lo culpaba. Ella tampoco tendría ganas de regresar en aquel momento y mira que había estado antes debatiendo con Héctor sus ganas de volver.

—Pues volvemos el lunes —le propuso y él le guiñó un ojo.

Puso en marcha el coche.

Pero tampoco tengo ganas de ir a casa —le decía él⁹. Vamos a comer fuera y por la tarde pasamos por casa de tus padres y de los míos y se lo enseñamos, ¿vale?

A Martina no le pareció mala idea.

Héctor llamó a Alicia explicándole que no volvía y que todo iba bien. Le hizo un resumen de la consulta y ella del trabajo las horas que él había estado fuera. Seguidamente llamó a Eli, Martina pudo intervenir en la conversación ya que estaba el manos libres. Y por último, la última llamada de Héctor. Cuando escuchó a Héctor ordenar por voz al ordenador del coche que llamara a Cayetana, algo le punzó el pecho.

¿Tiene su número?

Giró la cabeza para mirar por la ventana. No quería que Héctor le notara una pizca de reacción a su gesto. Ella no tardó en responder. Su voz segura y amable con el jefe volvió a provocarle una punzada en el pecho.

—Alicia tiene lo demás para que lo repases, una por una —le pidió y la oyó resoplar⁹. No te

agobies, no hay prisa. Pero por si ves algo similar. De momento solo te dedicarás a eso. Carmen ya sabe que no va a poder contar contigo en una temporada.

—Vale, haré lo que pueda.

—Hasta el lunes —se despidió Héctor⁸. Buen fin de semana.

—Hasta el lunes —le respondió ella.

Martina seguía mirando por la ventana, en silencio. La punzada no se le quitaba, o más bien le había dejado un recuerdo. Se sintió levemente nerviosa. Sintió la mano de Héctor en su pierna.

—¿Qué te apetece comer? —le preguntó.

—Pasta —respondió sin dudar.

Otra de sus últimas pasiones; pasta, pizza, lasaña, canelones. Todo lo que tuviera carbohidratos con queso o bechamel. Y lo que le había provocado la llamada de Cayetana no hizo más que aumentarle aquellas ganas de arrasar platos.

Héctor reía. A él le parecía divertido aquella forma de comer de Martina.

Como no es él el que recibe las calorías.

Él seguía una dieta cuidada, corría cada mañana y algunas tardes iba al gimnasio.

Pero yo solo ando, como y duermo. Mal me veo.

Pensaba aumentar sus caminatas ya que se encontraba mejor. Pronto comenzaría a ir de compras, en unas semanas no sabría ya qué ponerse, así que se había prometido hacer muchas de ellas andando.

Era temprano para comer, pero no le importaba. Héctor aparcó el coche en un parking cercano al centro. A Martina no dejaba de martillearle en la cabeza aquel “Hasta el lunes” de Cayetana. Resopló.

Esto son las hormonas como dice Carol. No puede ser otra cosa.

Pero cuanto más lo pensaba, más se enfurecía. Sin tener motivos ni razón, eso era lo que más la enfadaba. Sentía aquello y encima se sentía avergonzada por sentirlo.

Mierda.

Salieron del coche y subieron hasta la calle. Tendrían que andar unos minutos por la calle para llegar al restaurante. Héctor pareció comprender que Martina estaba últimamente falta de aire aunque la casa era amplia. Le agradeció el detalle. Ella se apoyó en él mientras andaban.

—El lunes vuelves al trabajo entonces, ¿no? —le dijo él sonriente en un tono irónico.

Sí, me he salido con la mía.

Hasta el hecho de volver a discutir con Carmen le hacía ilusión. Volver un poco a la normalidad, recuperar su vida, la que tenía hacía apenas dos meses y que parecía tan diferente y lejana.

Bajó la cabeza, aún se avergonzaba de su reacción cuando oyó a Héctor hablar con Cayetana, pero era otra vez recordar la escueta conversación y que aquello volviera. Era una empleada más, no tenía razón de ser, supuso que en cuanto regresara a la oficina y se acostumbrase, aquello desaparecería.

Miró a Héctor de reojo. Definitivamente sus pensamientos no tenían razón de ser. Héctor estaba feliz con ella no había más que verlo.

—Es temprano —dijo él⁹. Quieres mirar algo.

Estaban en una calle llena de tiendas. Martina se detuvo y sonrió. Apenas a unos metros de ellos estaba el escaparate de su tienda preferida y vio un par de maniqués con ropa de la nueva temporada. Martina dio unos pasos hacia el escaparate.

Sonrió mirando los nuevos modelos y recordando cuando iba a comprar allí con la abuela

Lola, el vestido al que Diana intentó derramarle el café había salido de allí.

Le brillaron los ojos.

—¿Quieres entrar? —le propuso Héctor.

Martina negó con la cabeza.

—Creo que aquí ahora mismo no hay nada para mí —le respondió ella y sonrió. Héctor la entendió.

Sintió un fuerte beso en la frente.

No hace falta que me consueles, no es tan traumático. Ya lo he visto, es pequeño y tiene dos brazos, ya me da igual no entrar en uno de esos.

—Compra una talla más grande —rebatía él tirando de ella.

—También me estará pequeña en tres meses —respondió ella.

—Pero la habrás usado esos tres meses —era insistente, ya la tenía en el umbral de la puerta.

Martina negó con la cabeza y salió. Sabía los precios de cada prenda allí y por muy holgados que los comprara, sería una pena para tan poco tiempo.

Sintió a Héctor a su espalda y dio un grito. La había cogido en brazos y la llevaba hacia dentro. La soltó frente a la dependienta. Esta estaba contrariada, pero enseguida reconoció a Martina y sonrió. Ella sin embargo estaba roja de la vergüenza.

El teléfono de Héctor sonó.

—Dentro de unos meses tendrá una barriga enorme —le dijo él a la dependienta mientras sujetaba el teléfono en la mano. La mujer comenzó a reír.

Héctor salió de la tienda.

—Dime —lo oyó decir al teléfono ya en la calle.

Martina dirigió su mirada hacia la mujer de la tienda.

—Felicidades —le dijo ella. Luego miró a través del cristal a Héctor, que estaba fuera hablando por teléfono. ¿Tu marido? —Martina asintió. Guapísimo.

La mujer hizo una mueca y ella rió.

—Tu abuela me dijo que era guapo, pero no lo esperaba tanto —reía la mujer yendo hacia el probador.

Martina arqueó las cejas. Sabía que la abuela paseaba por allí, pero no que le contara chismes a la dependienta.

—Lo siento mucho —añadió y Martina bajó los ojos.

Con ella aquí sería diferente. Me daría igual ese “Hasta el lunes” de Cayetana.

—Mira —sacó un vestido del perchero. Todos los que sean de corte alto, te valen, una talla más. Si quieres...tenía por aquí una barriga.

Martina frunció el ceño como si la dependienta hubiese dicho algo disparatado.

—No eres mi única clienta así y estoy preparada para todo —reía la mujer.

Entró por una puerta tras el mostrador y salió con algo parecido a un cojín en las manos. Le quitó unos velcros.

—Pruébatelo con esto y así te haces una idea —le dijo riendo. Martina la miró alucinada. Era realmente una barriga.

Entró en el probador y se desnudó. La dependienta comenzó a traerle vestidos. Se ató la barriga y se puso el primero. No era algo espectacular, pero al menos no perdería su estilo. El bajo eran el problema, la parte de delante quedaba más corta de la de atrás, pero Adelina o Andrea, las muchachas del servicio lo arreglarían, ellas sabían coser.

Había uno negro de manga larga y de botones en el pecho que le gustó mucho. No era un

vestido que compraría en otro momento, los vestidos de corte alto no le gustaban demasiado, al contrario, a ella le gustaba que le entallaran la cintura. Pero esos estaban muy lejos de sus pretensiones ahora.

Se lo colocó. La verdad es que no se veía el fantoche que esperaba. Abrió la cortina para alejarse más del espejo. Verse guapa aunque fuera gorda, le animó más de lo que esperaba. Hasta aquel “Hasta el lunes” no le sentaba tan mal si volvía a recordarlo.

La abuela llevaba razón. En este mundo superfluo...

Aquel consejo de su abuela lo tenía grabado en la mente. Era lo que intentaba hacer con Eli una y otra vez. Se giró para mirarse por detrás. Le encantaba. Era sentirse Martina, en otra versión, pero Martina al fin y al cabo.

—Pero esto qué es —oyó la voz de Héctor y se giró en seguida hacia él. Estaba realmente divertido.

Martina hizo una mueca, no dijo nada.

—Me encanta —añadió él.

Ella volvió al probador. El encantador de serpientes le sacaría los colores delante de la dependienta sin dudar.

Pasaron allí gran rato. Héctor la esperó con paciencia aunque tuvo que salir en varias ocasiones con el teléfono en la mano. Cuando ya hubo acabado volvió a ponerse su vestido y salió para devolverle la barriga de algodón a la dependienta. Héctor ya tenía las bolsas junto a sus pies.

Martina arqueó las cejas, esperaba hacer una selección entre los vestidos que le habían gustado. Pero Héctor ya la había hecho por ella, que se traducían en llevárselos todos.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó él dándole la tarjeta a la dependienta que con una sonrisa amplia la recogía para pasarla por el datafono.

—Un placer conocerlo, señor Lara —le dijo la mujer al devolverle la tarjeta.

Y tanto que ha tenido que ser un placer, si ha hecho el día en menos de una hora. Vaya venta.

Héctor dejó caer el largo ticket en una de las bolsas.

Carol

Tomar un helado con Carol la tarde del domingo era algo que la ilusionaba casi más que regresar al trabajo el lunes. Héctor había quedado también con su grupo de amigos, no andaba muy lejos de allí. Había quedado en buscarlo cuando acabase.

Estaba deseosa de hablar claro con Carol de su nueva situación y los cambios que estaba experimentando, y no precisamente físicos. Y aunque algo abochornada, le confesó lo de la llamada de Héctor a Cayetana y su extraña reacción.

Carol parecía divertida.

—Quién te ha visto y quién te ve —le dijo y Martina frunció el ceño.

—Te lo estoy contando para que me ayudes, no para que me hundas —protestó ella. Entre elegir helado y tarta, había elegido las dos cosas. Tenía delante una porción enorme de tarta de chocolate y galletas, no podía faltar su última obsesión, acompañada de dos bolas de helado con nata y sirope de chocolate.

—¿Eres capaz de comerte eso? —se extrañó Carol.

—Soy capaz de comerme a mi padre y mira que últimamente está más gordo —rió ella.

—Tía, que luego vienen las lamentaciones, en serio, no te descuides...

Martina levantó la mano haciendo un ademán.

—A partir de mañana esto pasará —probó la tarta e hizo una mueca⁹. Qué bueno.

Carol reía.

—Una cosa es que engordes y otra que te pongas como un...⁸ Carol negó con la cabeza.

—Esta semana empiezo clases de pilates para embarazadas —respondió Martina sonriendo. Carol asentía.

—Y con una clase de pilates vas a solucionar eso que te estás zampando.

—Tres a la semana —puntualizó Martina.

—Ni con siete —le reñía⁹. Come fruta, verdura, proteínas...

—También las como, todos los días.

Carol la miraba comer con las cejas alzadas.

—Bueno y qué hace Cayetana que te molesta tanto —Carol retomó la conversación.

—No hace nada —respondió Martina⁹. Eso es lo que más me enfurece. Ella no hace absolutamente nada. Es impecable.

—Como lo eras tú —confirmó Carol. Martina no la miraba, estaba abochornada⁹. ¿En serio? Las hormonas son un horror.

—Se me quitará, ¿verdad? —le decía con la boca llena y Carol rió.

—Claro que tienes que dejar de pensar así —Carolladeó la cabeza⁹. Martina, tienes a un hombre perfecto. Héctor no puede tratarte mejor. Qué peligro hay en Cayetana ni en nadie. Ninguno. Cero. Es tuyo.

—Si no es por eso...de eso no tengo dudas. Pero no me gusta. Cada vez que él la nombra, la llama...⁹resopló⁹. ¿Sabes de esas embarazadas que odian el olor del café y similares y le cogen asco? Pues eso mismo me pasa pero con Cayetana.

Carol casi echó el café por la nariz. Aquella reacción le trajo a Martina antiguos recuerdos y le encantó.

—No estás acostumbrada de sentir competencia en nadie, ¿sabes por qué? Porque has tenido tal seguridad que no veías rivalidad con nadie. Ahora estás adaptándote a unos cambios bruscos y has bajado esa defensa. Lo has reflejado en Héctor, te has agarrado a él y temes perder tu nuevo pilar. La abuela no está para darte charlas... Puedo llegar a entenderlo. Tu seguridad se disipa, tu independencia ha desaparecido. Ahora tienes a la mitad de Martina aquí, y la otra mitad la tiene Héctor donde esté. Encima tienes a su hijo ahí —le señaló la barriga⁹. Has construido un castillo de princesa y temes no poder sujetarlo.

Le hizo una caricia en la cara.

—Pero todo eso está en tu cabeza —Carol sonrió⁹. Has tenido tres semanas de aburrimiento mental para crear todas esas ideas extrañas. ¿Qué temes? Da igual que ahora no tengas toda tu energía para volcarla en el trabajo, da igual que peses unos kilos de más. Sigues siendo tú. Nada ha cambiado fuera ni mucho menos en Héctor. Todo está aquí. — Carol le tocó la frente.

—Volcarme en el trabajo...⁹ Martina acabó la tarta y rebañaba el helado⁹. Parece que ahora estoy menos cansada pero es otra cosa que... A ver, un par de semanas antes de casarnos Héctor me subió el sueldo —ladeó la cabeza⁹. Me duplicó la nómina porque iba a desempeñar otro cargo. Y tres meses después no he dado un palo al agua entre unas cosas y otras.

—¿Es por culpa tuya? —preguntó Carol y ella negó con la cabeza⁹. Entonces ¿por qué te sientes mal?

—Por cómo se puede ver de manera objetiva...⁹ levantó la cuchara ya impoluta⁹. "Se ha casado con el jefe y se tira al palo".

—Y encima tiene en su poder al heredero del imperio. Sí que se lo ha montado bien la Martina —ironizaba Carol.

Martina apoyó la frente en el antebrazo, sobre la mesa.

—Yo no soy así ⁹protestaba Martina sin levantar la cabeza.

—Y los que te conocemos lo sabemos. ¿Quién puede pensar eso? ¿La recepcionista? ¿Carmen? —Carol se inclinó⁹. ¿Cayetana?

Martina levantó la cabeza. Carol le puso bien el flequillo.

—Que les den a todas —le dijo Carol haciendo un ademán con la mano⁹. A todas les gustaría ser tú ahora mismo, hagas lo que hagas te van criticar. Si pasas el día en el trabajo, dirían que eres una controladora y que no te fías de Héctor. Si no vas, dirían que es lo que buscabas, tirarte al palo. Qué más te da. Haz lo mejor para ti, para Héctor, y sobre todo para el príncipe o la princesa que tienes ahí.

Martina miró su móvil. Lo tenía en el salvapantallas. Solía mirarlo cada dos por tres, aunque apenas tuviese forma, le gustaba mirarlo. La hacía ver las cosas de otro modo, le aportaba positividad e ilusión cuando entraba en un bucle de absurdos. Héctor también lo llevaba en el móvil, y lo tenía en el marco digital de la oficina y en todas sus redes. Supuso que mirarlo le aportaría a él lo mismo que a ella.

—¿Qué te diría la abuela Lola? —preguntó Carol.

Martina se encogió de hombros.

—No me reconocería, supongo —respondió⁹. La echo de menos como no te imaginas. Yo no estaría en estos bucles de mierda si ella estuviese aquí.

—Pero no está y tienes que madurar sola —Carol sonó rígida.

—Eso lo sé —volvió a mirar el móvil⁹. Yo creo que es porque todo ha ido demasiado rápido,

es imposible madurar así —negó con la cabeza⁹. Hace un año por estas fechas Héctor me había echado a los leones, Carmen me jodía en el trabajo, estaba a punto dejarlo... y mira —alzó el móvil.

—El heredero del imperio —reía Carol.

Martina ladeó la cabeza mirando el embrión en escala de grises.

—Mi mundo patas arriba —decía pensativa⁹. Pero pueden darle al mundo y al imperio con todas esas arpías dentro. Es súper mono, ¿verdad?

Carol rompió a carcajadas.

Miraron la hora. Carol tenía que irse. Martina miró la ubicación que le había enviado Héctor. Abrazó a Carol con fuerza. Quedar con ella y desahogarse como hacía desde que la conoció. Otro de sus apoyos, alguien que le abría los ojos, la mente y la hacía liberar sus sentimientos, los buenos y los no tan buenos.

—Cuídate —Carol la besó.

Martina la vio alejarse y luego se dio la vuelta para ir al encuentro con Héctor. Una caminata de unos quince minutos y llegó al lugar. Entró buscándolo. Estaban al fondo en unos sofás. Ellos habían pasado del café a directamente unas copas.

Para mí eso está vetado hasta sabe dios cuándo.

Reían a carcajadas.

Parece que no solo a mí me ha venido bien quedar con Carol

Llegó hasta Héctor. Le gustaba verlo reír así. Él la rodeó con un brazo y la besó. Los amigos de Héctor la saludaron y le preguntaban cómo estaba.

—Guapísima, cada día más —respondía Héctor con rapidez antes de que ella pudiera abrir la boca y ellos comenzaron a reír mientras le soltaban bromas.

La madre que lo parió. Si lo sé lo espero en casa.

Le metió la mano en el bolsillo y le sacó la llave del coche.

—Lo llevo yo —le dijo ella.

—Sí, mejor —le respondió él riendo.

Tuvo que contener la risa.

Ventajas de poder celebrar las cosas buenas sin tener que pegarte tres semanas con la cabeza metida en el váter. A las mujeres siempre se nos reserva lo mejor, salta a la vista.

Resopló.

—Bueno señores —Héctor les ofreció la mano a Ilde para que él la chocara⁹ Yo me voy ya.

Ellos hicieron algunas muecas de disgusto, incluso recibió alguna mofa. Martina miró hacia otro lado.

—Puedes quedarte si quieres —le dijo ella.

—No, ya la hora que es...⁹miró el reloj.

Martina vio llegar a un grupo de chicas. Reconoció a Luz y sus amigas.

Pues sí, vámonos ya.

A ellas les extrañó verla allí. Se acercaron y felicitaron a Martina, pero a Héctor no.

Eso quiere decir que a él lo han felicitado antes. Llevan ya rato por aquí.

Se alegró de llegar cuando estaban solos. No andaba últimamente muy fuerte en aquellos asuntos con respecto a Héctor. Incluso alguna vez había soñado con que Héctor volvía con Erica. Cosas que nunca se le habían pasado por la cabeza.

Les sonrió lo mejor que pudo.

—Estaréis contentos —les dijo una de las muchachas.

Héctor apoyó la barbilla en el hombro de Martina.

—No os podéis hacer una idea —les respondió él.

Por esta razón no puedo caer en pensamientos extraños.

Que Héctor actuara así con ella la hacía salir de aquel abismo extraño en el que a veces se sumía.

—Antes nos ha dicho —decía Ilde⁹. Que van a ser los meses más largos de su vida.

Lo miró de reojo. No lo dudaba. Si a ella le hacía ilusión no sabía describir cómo estaba él. Martina solía decir que su mundo se había puesto patas arriba, sin embargo en Héctor parecía ser todo lo contrario. Su mundo estaba patas arriba y con Martina y ahora el bebé, se le había colocado en su sitio. Sonrió sin dejar de mirarlo.

—¿De verdad no quieres quedarte?

Lo he vuelto a decir, no me lo puedo creer.

—Nooo ⁹la besó en la mejilla.

Se despidió de todos y salieron de allí. En cuanto estuvieron en la calle, Héctor estrujó a Martina por la espalda en un abrazo, fue tan brusco que casi la dejó caer. A Héctor se le emblanqueció la cara.

—Estás...⁹Martina no sabía bien describirlo.

Como una moto.

Se alegraba que hubiese pasado una buena tarde con sus amigos pero estaba completamente eufórico.

—Feliz —dijo él besándola en el hombro⁹. Antes cuando estaba ahí con ellos, por un momento...parecía haber viajado en el tiempo hacia atrás. Cuando tú no estabas —le puso la mano en la barriga⁹, cuando él no estaba...

Negó con la cabeza.

—Me encanta el cambio que ha dado mi vida.

Tu mundo patas abajo. Y el mío dando vueltas a ver cómo cae.

Se detuvo frente a ella y le cogió la cara.

—Mi reina —la besó, un beso que se alargó y ella tuvo que separarse, había demasiada gente en la calle⁹. La guardiana de mi tesoro.

Aquella frase le gustó más.

—Lo mejor que me ha pasado en la vida —añadió.

Si es que no puede ser. Espero que las bragas de embarazada tengan mejor sujeción.

Eli

Acababa de salir del despacho de Héctor, se alegraba mucho de que Martina hubiese regresado. Faltaban unos minutos para las ocho, la oficina estaba aún vacía. Ni siquiera había llegado Cayetana, que solía ser de las primeras últimamente.

Tomás entró en la oficina. Desde el último día que habló con él no había vuelto a decirle nada de sus problemas, no sabía si porque hubiesen desaparecido o porque él los ocultaba.

Le dio los buenos días como cada día y se dirigió hacia su mesa. Eli lo observó al sentarse. Tomás encendía su ordenador. Las últimas semanas apenas cruzaba palabra con ella, casi no lo hacía con nadie. Ni siquiera salía con ellas a desayunar. Solo conversaba lo mínimo para el trabajo, no intervenía en nada más.

Oyó una puerta, Martina salió del despacho y le lanzó una sonrisa mientras se dirigía hacia el servicio. Había regresado cambiada, la cara se le había redondeado, bajo su punto de vista estaba muy guapa. Eli le guiñó un ojo desde su mesa.

Cayetana ya estaba en su puesto. Con la distracción de Martina no se había percatado. Supuso que ella sí que habría visto que la jefa había regresado. Eli se irguió en el asiento. El regreso de Martina era algo así como que regresara el General a primera línea de batalla. Un subidón para la tropa. Últimamente su grupo no andaba bien con las tensiones con el resto. Cada vez eran menos. Geli hacía ya tanto tiempo que no estaba que casi ni se acordaba de ella. Martina llegó a conocerla cuando entró en la empresa, pero una operación de espalda la llevó a una baja de larga duración y ya supuso que no regresaría jamás al trabajo. Ya solo quedaban ella, Luna y Luisa. Con Martina, Alicia, Héctor y Tomás, aquello engordaba, pero Martina no estaba, Héctor tenía demasiado trabajo y Alicia estaba últimamente más de visitas en tiendas que en el despacho.

Se puso la mano en la frente. No había una maldita forma de librarse de Carmen.

Ya Carmen solo podía mofarse de ella, no era ninguna empleada de su departamento. Pero Luisa y Luna sí que estaban recibiendo el despliegue de poder de Carmen, como muchos otros que aguantaban y callaban.

Eli no tenía dudas de que ahora Martina la mantendría a raya. Ella nunca dejaría que Carmen presionara a ningún empleado.

Vio a Tomás dirigirse hacia el despacho de Héctor con unas carpetas, cabizbajo. Era muy extraña la sensación que le transmitía Tomás. Le gustaba su presencia, no podía ser de otra manera, pero a su vez le transmitía una tristeza que no podía explicar. El hombre que solía ver a diario, no era el hombre completo que era, estaba totalmente segura.

Él tenía una coraza alrededor, un halo que no podía traspasar, ni ella ni nadie. Casi no se atrevía a acercarse a él, algo le decía que no debía indagar como lo hizo la mañana del desayuno.

Bajó la cabeza hacia su teclado. Carmen ya estaba allí y aunque no era supervisora de su trabajo, sabía que no dejaba de vigilarla en sus horas de trabajo. Para ella seguía siendo la empleada lenta y torpe de administración y no la secretaria de los dueños de la empresa.

Luisa también había llegado, se apenaba por ella. De todo lo que se había librado Eli, ahora lo

recibía Luisa. Carmen siempre buscaba víctimas fáciles y Luisa era una madre de dos niños, soltera. Tenía que morderse la lengua en el trabajo sin más remedio. Aunque Eli sabía que Luisa gozaba de inmunidad, Martina jamás la despediría.

Carmen estaba junto a la mesa de Cayetana. Le resultaba extraño, llevaba demasiados años en la empresa como para conocer bien a Carmen. Si una empleada era lista y guapa, hacía todo lo posible por desprestigiarla y que acabara despedida, como quiso hacer con Martina pero que le salió el tiro por la culata, porque ahora Martina era dueña de la empresa, quizás el resto no era consciente de aquel detalle, pero ella había visto el papel del notario con sus propios ojos. Héctor había compartido su imperio con ella con una parte reservada para Alicia, por supuesto, y otra para sus padres, para que en el caso de que a Héctor le sucediera algo, quedaran a buen recaudo. Muy seguro debía estar Héctor de que Martina no era la trepa que Carmen le hizo creer ver una y otra vez, para haber hecho eso.

Pero ni Héctor ni Martina jamás dijeron nada de aquel detalle y Eli supuso que era lo más inteligente. El grupo de Carmen la criticaría aún más.

Entornó los ojos hacia Carmen y Cayetana. No podía ser posible que se llevaran bien y que Carmen, lejos de ridiculizarla para quitarla de en medio, la elogiara en exceso.

Los aires de Cayetana y las libertades que últimamente se tomaba en la empresa tampoco le gustaban. Ganaba terreno alentada por Carmen y ya con el tema de las auditorías, se creía indispensable en la empresa.

Era curioso. En un principio, cuando llegó nueva, le recordó a Martina. Pero estaba muy lejos. Martina tenía una humildad y unos valores de los que carecía Cayetana. Sin embargo esta gozaba de mejor reputación en la empresa, Carmen había tenido mucho que ver en ello.

Martina era, para todos, la niña mimada de una familia acomodada, caprichosa, soberbia, chulesca, que había llegado a la empresa y había arrasado llevándose al dueño con ella hasta el altar y ahora ya, futura madre de su hijo. Una jugada perfecta.

El currículo brillante, la capacidad de trabajo, la rapidez de solucionar temas de todo tipo fuese del departamento que fuese, o los tres idiomas que dominaba, no eran tema de importancia. Solo importaba su genio aunque llevara razón, sus deslumbrantes y caros modelitos, y el carrerón gratuito en un año para llegar a gerente de la central. Media oficina quería perderla de vista sin motivo verdadero, solo por haber conseguido lo que todos veían venir desde un principio. Y no porque ella fuera ambiciosa, sino porque sabían que era tan diferente al resto que el jefe estaría tan embelesado con ella como lo estaban todos, a pesar de negarse a reconocerlo.

Injusticia para una de las mejores personas que conocía. El tiempo que Martina estuvo ausente había hablado mucho con Alicia sobre ella. La hermana de Héctor estaba encantada con su cuñada como no podía ser de otra manera, decía que su hermano era tan torpe en su vida personal que jamás pensó que eligiera bien. Alicia le contó que cuando su hermano tuvo tanto éxito y el negocio se levantó de una forma tan desorbitada, temían que a Héctor se le pegaran interesadas, trepas y similares y que fuera finalmente un desgraciado. Eli supondría que a Héctor aún antes de tener dinero, nunca le habrían faltado las mujeres, no quería ni imaginarse lo que se convertiría con una extensa tarjeta de crédito.

Eli se alegraba por los dos. Héctor era justo, razonable y noble, se merecía la gran mujer que tenía a su lado. Y Martina se merecía la devoción que apreciaba en el jefe hacia su esposa. Le alegraba de sobremanera la felicidad que veía en ellos. Un vínculo que seguramente también vería Carmen y el resto, y que supuso que las estaría matando por dentro.

Suspiró. El amor siempre gana, al menos ese era su convencimiento.

Martina regresaba del servicio con paso decidido y se dirigía hacia ella.

Héctor

Tomás le traía un tema que quedó pendiente el viernes para que le dirigiera un trabajo que no consiguió terminar.

Héctor le explicaba mientras Tomás asentía. El jefe permanecía en su sillón mientras su primo esta de pie junto a él inclinado sobre la mesa y los papeles.

Héctor levantó la cabeza hacia él. Tomás parecía haberlo entendido bien. Le apretó el hombro.

—Con que esté listo el miércoles es suficiente —le decía él⁹. De todos modos ya está aquí Martina, cualquier atasco te echará una mano.

Tomás hizo algo similar a una sonrisa. Hizo el intento de ponerse derecho para irse, mientras recogía los papeles de nuevo. Héctor lo sujetó.

El cuello de la camisa azul marino de Tomás estaba entreabierto, y Héctor vio algo purpúreo en la piel. Héctor levantó la mano para retirar el cuello.

Solo podía ver una parte, sin embargo supuso que habría más en otras partes que la camisa cubría.

—Tomás —Héctor se levantó.

—No es nada —Tomás se abrochó el último botón de la camisa⁸. El sábado salí con la bici y me caí en unas zarzas.

Héctor lo miró detenidamente.

—No parecen rasguños de zarzas —le dijo sin dilación⁹. Te lo ha hecho ella.

Tomás apartó la mirada.

—Fue un accidente, no tiene importancia —Tomás se apartó de Héctor.

—Sí, sí tiene importancia —le rebatió su primo⁹. ¿Te lo ha hecho más veces?

Tomás levantó la mano.

—No me ha hecho nada, no es nada —se dirigía hacia la puerta.

Héctor se apresuró tras él para impedirle salir.

—Tomás, eso no puedes permitirlo —le decía Héctor —. Esto...

Le apartó de nuevo el cuello de la camisa pero Tomás le quitó las manos.

—Déjalo ya —de la forma que le respondió su primo supo que no debía insistir.

Héctor tomó aire y bajó la cabeza.

—No estás solo —le dijo antes de que Tomás saliera.

Él no respondió, salió de allí y se dirigió hacia su puesto de trabajo.

Héctor miró la hora, estaba deseando de que llegara Alicia para contárselo, pero ella iba a pasarse por una de las tiendas que le cogía de camino cerca de la guardería de la hija pequeña. Tendrían que terminar con las auditorías cuanto antes, después de aquel lío y de dos despidos, temían que en otros sitios estuviese pasando y que no se dieran cuenta. No quería culpar a Carmen, pero un error así no debió pasarse por alto en el departamento de administración.

Fue a cerrar la puerta pero encontró a Cayetana. Ella también debía ponerlo al día de los avances del viernes.

—Tengo otro misterio que resolver —le dijo cargada de archivadores.

Héctor hizo una mueca temiendo lo peor. Cayetana los colocó sobre la mesa de Héctor mientras él se sentaba en su sillón. Ella se sentó al otro lado de la mesa, frente a él.

Comenzó a explicarle que había otro error en otra de las tiendas.

—Tengo que seguir trabajándolo, porque tiene pinta de ser error meramente administrativo⁹le decía ella muy desenvuelta⁹. Pero esto —cogió otro archivador⁹. Sí que es extraño.

—Esto es de abajo —le dijo Héctor.

—Exacto —continuó ella⁹. Te desaparece parte de la mercancía delante de tus narices.

Héctor se llevó la mano a la frente. Bajo sus pies, a solo unos metros de él, alguien usurpaba parte del reparto hacia las tiendas.

—¿Sorprendido? —le preguntó ella.

—El encargado es de mi absoluta confianza —decía él⁹. No creo que él...

—Dame esta semana y te localizo todo lo que en teoría no llegó a las tiendas. Esto es más difícil que lo otro —hizo una mueca⁹. Voy a bajar a por los albaranes.

Cayetana se levantó. Héctor estaba enrojecido. Que le robaran, que traicionaran su confianza o bien que lo tomara por necio, lo enfurecía de sobremanera. Comenzó a sentir los latidos fuertes en el pecho y algo de presión.

—Bajo contigo —le dijo.

Quería bajar a recoger los albaranes de la oficina del almacén. Ver la cara del posible o los posibles rateros. Desde que comenzó el negocio se había propuesto ofrecer una condiciones laborales envidiables, precisamente para que los empleados miraran por el bien del negocio y de todos. Y que reaccionaran de aquella manera era algo que no entendía.

Martina entraba en la oficina. Su mujer lo conocía demasiado como para saber que le ocurría algo. Ni siquiera esperó a que ella preguntara.

—Parte de la mercancía del almacén desaparece —le dijo él saliendo tras Cayetana.

Martina arqueó las cejas. Héctor tomó aire.

—Vamos a por los albaranes —resopló.

—Os ayudo entonces —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

Héctor levantó una mano.

—No te preocupes —le dijo él y ella se detuvo⁹. Nos encargamos nosotros, no puedes estar escaleras arriba y abajo. Ayuda a Rogelio...y a Tomás, él sí que va a necesitar ayuda hoy.

Salió a toda prisa dejando a Martina en el despacho. Bajó a toda prisa, adelantando a Cayetana escaleras abajo.

—No digas nada todavía —le aconsejó ella⁹. Quizás cuando localicemos cuándo desaparece, podrás acotar quién los hace desaparecer.

Héctor se detuvo. Estaba tan enfurecido que no había reparado en ello, seguramente hubiese explotado en cuanto el encargado del almacén le hubiese preguntado el por qué se llevaba todo aquello. De todos modos era evidente. Todos sabían que había pasado en una de las tiendas y que estaban haciendo auditorías. Había quedado con Martina en que a partir de ahora serían periódicas. Rogelio buscaba nuevo personal para que Cayetana no trabajara sola.

—Dame tiempo y te lo localizaré —la oyó decirlo tan seguro que decidió hacerle caso. De todos modos no creía que el culpable se fuese a delatar tan solo por verlo tan enfadado⁹. Así que disimula ahora.

Cayetana le sonrió. Un tipo de sonrisa femenina que había recibido demasiadas veces pero que últimamente solo le gustaba recibir de una sola mujer, que lo hiciera el resto le daba

exactamente igual.

Pasó por delante de Cayetana para dirigirse hacia la pequeña oficina que estaba junto a la puerta del almacén.

Martina

Aún estaba de pie en el despacho, sorprendida porque alguien del almacén estuviese robando mercancía. Sorprendida porque nadie se hubiese dado cuenta del robo. Y aún más sorprendida de que Héctor no dejara que ella interviniera en algo como aquello y prefiriera que lo hiciese Cayetana.

Tres semanas fuera y ya no parece que tenga mucho que hacer aquí.

Se habían repartido el trabajo en su ausencia de tan buena forma, que no habían dejado nada para ella.

Resopló.

Ayudar a Rogelio y a Tomás.

Cosas que podría hacer cualquier otra y que no valían la nómina que cobraba. Eli no necesitaba nada, quizás Rogelio tampoco, y para un par de dudas que tuviese Tomás en las siete horas de trabajo...

Con las ganas que tenía yo de venir y para esto me hubiese quedado durmiendo.

Miró la hora, su estómago no engañaba. Se acercaba la hora de su segundo desayuno.

Quizás sea lo único productivo que vaya a hacer hoy.

Alicia estaría en llegar.

Héctor regresó cargado de archivadores. Cayetana entró tras él, con algo menos de bultos. Los soltaron en la mesa y volvieron a salir.

—¿No puedo hacer nada? —le preguntó Martina a Héctor.

—Tú no puedes cargar peso y hay que subirlos todos⁹le respondió Héctor desde la puerta⁹.
Quédate aquí.

Claro.

Resopló. Miró su ordenador. Se pondría con los correos. Se había prometido ser imparcial, no dejar llevarse por extraños pensamientos dañinos para ella. Pero ya el lunes comenzaba fuerte.

A ver cómo lo llevo.

Se sentó en su sillón y abrió el correo. Héctor y Cayetana no tardaron en traer más archivadores. Martina los miró con el ceño fruncido, no sabía dónde pensaban colocar tantos, en la mesa no cabían más. Volvieron a bajar.

Bueno, casi me alegro de no poder cargar con peso. Les queda unas cuantas de vueltas más.

Sabía que aquello había sido una piedra pesada para Héctor, podía notárselo y casi se lo transmitía a ella. Le encantaba aquel vínculo sensorial que tenían entre ellos.

Por eso debo de estar tranquila en lo demás.

Respiró profundo. La puerta se abrió, esperaba de nuevo a Héctor y Cayetana pero era Tomás.

—¿Héctor? —no hizo más que terminar la pregunta y su primo entró con nuevas carpetas, ya rojo del esfuerzo.

Cayetana estaba aún más roja. Las escaleras a la planta superior eran bien empinadas.

Hoy se va ganar bien el sueldo.

—Martina, ¿puedes ayudarlo? —le pidió su marido.

Ella levantó los ojos hacia Tomás. Su duda no era algo complicado e incluso le sorprendió que no lo hubiese deducido por él mismo. Cuando ella le explicó pudo ver el bochorno en la cara de Tomás.

Con la que tienes encima es normal que no te centres aquí.

Héctor regresó de nuevo. Soltó la pila en el suelo. Martina observó que cada vez estas eran más pequeñas. En ayunas, después de correr una hora a primera hora y el lote de escaleras, eran demasiado. Contuvo la sonrisa. Cayetana entró algo más demorada que las veces anteriores.

Ya no puede más.

Héctor hiperventilaba. Martina sabía que la razón debía de ser una mezcla de enfado y cansancio. Lo vio mirar a Cayetana.

—¿Una más? —la oyó decir hiperventilando también.

Martina bajó la cabeza. Por mucho que se lo había propuesto le estaba resultando realmente difícil. Alicia tampoco llegaba y la hora del desayuno se alejaba.

—Martina —oyó la voz de Héctor—. Ya es tarde para ti. Vete ya, yo subo lo que queda y te veo ahora.

Ella asintió.

Se levantó, aún tenía a Tomás delante.

—¿Te vienes? —le preguntó. Lo vio dudar, casi decir que no. Pero finalmente aceptó.

Salieron al pasillo le hizo señas a Eli pero ella tenía los cascos puestos y hablaba con alguien. Les hizo una señal de que iba enseguida y que su interlocutor era un tostón. Martina rió a su gesto. Vio también a Tomás sonreír.

Y mira que tiene que ser difícil que sonría.

Luisa y Luna tampoco habían acabado. Miraron de reojo a Carmen y Martina las entendió.

—Os esperamos allí —les dijo.

En las escaleras se cruzaron con Cayetana y Héctor. Tomás y Martina se apartaron para que pasaran.

—¿Es la última? —les preguntó y Héctor negó.

Coño, dónde estaban guardados tantos archivadores.

Continuó bajando escaleras intentando no pensar en que había dejado atrás a su marido con una mujer que cada vez que la veía mirarlo, le producía punzadas y ardor en el pecho.

Estaba acostumbrada a ver a Héctor rodeado de mujeres, mujeres impresionantes como Luz, el día anterior, quizás con ella sí podría tener razones de estar así, pero no, aquello solo se lo producía Cayetana.

Recordó sus propias palabras con Carol.

Hay embarazadas que le cogen tirria a alimentos, y yo se la he cogido a ella.

Haría todo lo posible por disimularlo hasta que se le pasara. Miró de reojo a Tomás, ya estaban en la calle. No podía preguntarle por Erica, así que no tenía ni idea de qué conversación sacarle. Entonces su mirada no pudo evitar fijarse en el cuello de Tomás, justo en el borde de su camisa, solo eran un par de centímetros.

Se sintió imbécil por preocuparse por algo tan necio como era Cayetana y su potencial frente a Héctor, cuando tenía delante a una persona con un problema real y tan salvaje.

Madre mía, Tomás no.

Si pensó en algún tema de conversación banal, como la entrada del otoño o el clima, este se borró enseguida de su mente.

No tenía la confianza para referírselo. Sintió que no debía. Cerró los ojos mientras meditaba. Se detuvo.

¿Hola? Soy Martina, me meto hasta en los charcos. A la mierda la confianza.

Se puso delante de Tomás y le señaló el cuello.

—¿Has metido la cabeza en el horno? —le preguntó y vio cómo se transformaba la cara de él, en una mezcla de sorpresa, angustia, vergüenza y hasta miedo.

—¿Te lo ha dicho Héctor? —preguntó él.

—No he cruzado una palabra con Héctor en toda la mañana —le respondió ella con aquella frescura que creía perdida. Se reconoció y eso la hizo sentirse mejor y que se disipara parte del ardor de su pecho⁹. Ahora dime, ¿qué te ha pasado?

—Me caí de la bici —lo oyó responder.

Y yo de un olmo.

Martina tomó aire.

—Te caes de una bici y te haces eso...⁹asentía con la cabeza.

—Caí en sobre unas zarzas.

Lo miraba escudriñándolo al estilo “Abuela Lola”.

—¿Y llevabas una máscara de soldador? —le rebatió ella y sintió el bochorno en Tomás⁹. Porque en la cara ni un rasguño —bajó la vista hacia sus manos⁹. Y supongo que te levantarías del suelo levitando, porque en las manos nada de nada.

Tomás guardó silencio.

—¿Tú se lo harías a ella? —le preguntó sin rodeos. Tomás seguía sin responder⁹. Claro que no. Porque a las personas que se quieren no se les hace daño.

El bochorno en Tomás crecía, no era capaz de mirarla.

—Si lo hace es porque no te quiere o porque está loca —le dijo firme sabiendo que aquello sería una lanza para Tomás.

En este caso son ambas cosas.

—Sea por la razón que sea, no puedes permitirlo —añadió.

Le dio tiempo a Tomás. Había ido a matar con él. Supuso que Héctor también se habría dado cuenta, pero dudaba que él hubiese sido tan duro con él. Héctor era todo porte alfa, pero por dentro era más blando que Martina.

—No es nada, fue solo un arrebató sin importancia —se defendió él.

Martina arqueó las cejas.

—Me alegra que haya sido un arrebató —decía ella retomando la marcha⁹. Me alegra que antes de esto no haya habido gritos, histeria, silencio, vacío, volcar toda la culpabilidad en el otro...dicen que suele ser así. Pero si ha sido solo un arrebató, ni te preocupes, dale más oportunidades.

Ladeó la cabeza. Sabía que lo estaba matando con sus palabras.

—A lo mejor hasta te lo merecías, ¿no? —volvió a detenerse. Lo estaba humillando de gran manera, tanto que la pena le pudo. Puso la mano en el hombro de Tomás⁹. Cuando algo va bien no existe nada de eso. No te digo que no haya discusiones, por desgracia abundan en todas las parejas.

Lo miraba y vio que él estaba a punto de derrumbarse.

—Pero las discusiones no deben dejar señales, ni por fuera ni por dentro —añadió⁹. Las

señales son malas, abren brechas y merman a las personas, hasta que te hacen pequeñito. Y cuando eres pequeñito pueden pisarte y aplastarte cuando quieran.

Sacudió el hombro de Tomás.

—Y tú no eres pequeñito —intentó animarle⁹. Una mala decisión, una equivocación, un pequeño error, no puede condicionar tu vida.

Tomás levantó los ojos y Martina apreció que brillaban.

—Dicen que el sufrimiento dura solo el tiempo que tardas en meditarlo, que en cuanto des el paso se quita, en cuanto te sientas libre de todo ese peso que llevas ahora.

Apretó el hombro de Tomás. No había sido consciente de que Héctor estaba ya junto a ellos. Martina se sobresaltó. Su marido miró a Tomás, le contrarió verlo en aquel estado. Se veía a legua que se rompería en segundos. Luego miró a Martina casi en un reproche, sin embargo ella le respondió con una mirada decidida, la misma que tuvo todo el tiempo durante el que lo enamoró.

Me acabo de cargar a tu primo, sí.

Hasta le entraron ganas de mear de nuevo. Estaba tremendamente meona últimamente.

—¿Vamos dentro? —les preguntó a ambos.

—Yo voy a dar un paseo —se excusó Tomás.

—Primero vas a desayunar con nosotros —le dijo ella empujándolo hacia dentro⁹. Luego vas a dar un paseo. A tu jefe le vendrá divino descargar las piernas.

Miró a Héctor complacida. Tomás entró delante de ellos.

—Te estarán temblando —le dijo a su marido, este se inclinó hacia su oído.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó él en un susurro.

—Está hundido, es maleable —le respondió ella y él la miró con orgullo⁹. Acabo de meterlo en un hoyo lleno de lodo. Ahora ayúdalo a salir y a limpiarse. Daros un paseo. Pero primero a comer.

Héctor rió mirando como ella entraba en la cafetería.

—Pídeme la tostada más grande que haya —le pidió a Héctor.

—De medio metro —bromeó él tocándole la barriga⁹. Se va a poner enorme.

Ella negó con la cabeza.

—Yo me voy a poner enorme y luego lloraré un río —se sentó en una de las sillas.

—Estarás preciosa enorme —le dijo él metiendo la nariz en su cuello y besándolo.

Las arpías, que ya sumaban con Cayetana acababan de entrar por la puerta. Ella era la primera que no quería expresar gestos de cercanía con Héctor en el trabajo o cerca de los empleados. Pero esta vez le encantó que las arpías lo vieran. Las miró de reojo.

Soy la guardiana del tesoro, pese lo que os pese.

Hasta Cayetana le pareció más insignificante.

No pienso decepcionar a la abuela Lola. Ella acertó siempre.

Miró a su marido.

No lo hubiese conseguido sin ella.

Recordó a la abuela el día que Martina recibió la invitación a París.

“Seguramente será el padre de tus hijos”.

No se equivocó.

Ellas le hicieron algún comentario a Héctor, no pudo escucharlo desde la mesa. Al fin llegaron Luna y Luisa, y tras ellas, Eli.

Al tener ya compañía en la mesa, Héctor le trajo su desayuno pero regresó con Tomás que aún

estaba en la barra. Martina sabía que no era momento para que Tomás estuviese con demasiada compañía. Sin embargo su gesto pareció llamar la atención de Carmen y de Diana, que las vio cuchichear.

Sus vidas deben de ser tremendamente aburridas.

Héctor y Tomás acabaron rápido, Héctor vino a decirle que se iban y ella asintió. Vio a Eli mirar a Tomás. Sabía que Eli ya suponía la clase de problemas que tenía Tomás.

Como no podía ser de otra manera, Carmen, Cayetana y el resto, los observaron al salir.

Mira que soy la primera que no quiere despedirlas, pero no hay por donde cogerlas.

Negó con la cabeza y miró a sus amigas mientras notaba la mirada de Carmen en su nuca.

—Contadme —les dijo a Luisa y Luna.

Luna miró con disimulo al otro grupo.

—Está pendiente —dijo Luna.

—Siempre está pendiente —respondió Martina.

Está esperando a que hablemos de ella. Supongo que así se sentirá importante.

—Lo extraño es que se lleve tan bien con Cayetana —susurró Eli⁹. Cuando entra alguien mejor que ella intenta echarla.

Martina frunció el ceño. No había caído en ello. Claro que Carmen lo solía hacer, tal y como quiso echarla a ella. Recordó que ella misma le advirtió el primer día de la joven. Con Cayetana sin embargo no, todo lo contrario, sabía por el resto que era su nueva “íntima”.

Y no me creo que sea porque haya cambiado. No ha cambiado en absoluto, no hay más que verla.

Miró la hora, ya tenía que regresar. Martina había salido antes que el resto, pero no levantó el culo de la silla, ya nadie podía decirle nada porque no había nadie por encima de ella.

Entornó los ojos hacia sus amigas. Luna bajó la cabeza.

—Últimamente la ha tomado con Luisa —susurró Luna.

—¿Por qué habláis tan bajo? —Martina no se cortaba en absoluto.

—Porque va a enterarse —intervino Eli. Sus compañeras susurraban mientras seguían pendientes del desayuno, en un intento de disimulo.

—Pues que se entere —Martina se tomó lo que le quedaba de leche con cacao

Miró los platos de sus compañeras, aún iban por la mitad. Se levantó para pedir otro. Desde que no vomitaba, la leche con cacao le sentaba de maravilla.

Volvió a sentarse.

—Cuando has estado de baja, que ha visto que ha conservado el puesto... —decía Luisa⁹. Creo que lo daba tan por perdido que se lo ha tomado con más fuerza.

—Nos controla al minuto —intervino Luna.

—Me vigila hasta a mí. —añadió Eli⁹. No puede decirme nada de mi trabajo pero sí si me demoro un minuto en el desayuno, un par de días que llegué más tarde porque tuve que ir con mi madre al medico...

—¿Y esto por qué no me lo contasteis por teléfono? —les reprochó ella.

Eli la miró de reojo.

—Como te demos un disgusto —le dijo su compañera colocándose bien las gafas. Soltó una risa⁹. Héctor sí que nos despide.

Martina, que estaba bebiéndose la leche, se sobresaltó con aquellas palabras. Recordó a Carol cuando le salía el café por la nariz. Ella no llegó a tanto.

—Nos advirtió que no te habláramos nada del trabajo —añadió Luna.

—¿Héctor? —se sorprendió ella.

—Sí, quería que el tiempo que estuvieras en casa estuvieses tranquila —añadió Luisa⁹. Intervino en una bronca de Carmen y nos pidió que no te dijésemos nada.

Martina se giró para mirarla, sabía que Carmen estaría pendiente de ellas. Sus miradas se cruzaron un segundo.

En cuanto he desaparecido, otra vez ha montado su cortijo.

Se quedó pensativa un instante.

—¿Cómo es que Cayetana comenzó con las auditorías? —preguntó a sus compañeras. Héctor solo le dijo que Cayetana había encontrado algo, pero no quién se las dio.

Ellas se sorprendieron por la pregunta.

—Ni idea —dijo Luna.

Ya sé de qué va la imbécil esta ahora.

Cogió aire y se levantó.

Ella no puede resaltar más de lo que lo hace. No da para más. Pero quiere joderme a través de otra. Piensa que me jode que haya otra empleada que haga la competencia.

Cerró los ojos y se llevó la mano a la frente. El pecho le ardía y el estómago respondió con una mezcla entre fatiga y nerviosismo.

Hija de puta.

Si sus suposiciones eran ciertas, es que Carmen era aún más mala de lo que la imaginaba y eso que tenía las expectativas altas.

Hiperventilaba. Todo lo que había sentido las semanas anteriores respecto a Cayetana le cayó encima de golpe.

Destacar a la nueva, acercarla a Héctor, todo para joderme.

Se apoyó en la mesa.

—¿Estás bien? —le preguntó Eli, se le tendría que notar hasta en la cara.

Y lo estaba consiguiendo. Lo estaba consiguiendo.

Respiró hondo. Mientras aquella oficina tuviera un mal que contagiaba, que corrompía, nunca estaría tranquila.

No se saldrá con la suya. No va a salirse con la suya.

Sabía que ahora sí que tenía que controlar sus pensamientos. La guerra ahora iría aún más lejos del trabajo, Carmen había traspasado los muros de la nave para colarse en su vida personal. Sabía que ya en el trabajo poco tenía que hacer contra ella, sin embargo, de la misma forma que ahora descargaba contra Luisa a la vista de todos, su batalla contra Martina era más silenciosa.

Y más hiriente.

Martina ahora no estaba al pleno de sus facultades, Carmen también lo sabía. Toda mujer aunque no tenga hijos sabe el estado de vulnerabilidad y torrente de emociones que conlleva un embarazo.

Hija de puta.

Ya era la hora del fin del descanso. Carmen y el resto se levantaron enseguida.

—Chicas, que se os pega la silla —les dijo al pasar. Martina la fulminó ya sin disimulo.

Luisa reaccionó a las palabras de Carmen y Martina la miró sorprendida. Martina no tuvo más remedio que levantarse.

Volvieron a la oficina. Héctor y Tomás aún no habían regresado. Observó a Cayetana, esta había entrado en su despacho donde estaban los archivadores. La vio sentarse en la mesa de Héctor, frente al sillón de él.

Y Cayetana encantada, claro.

No podía aguantar el dolor de barriga. Los sentimientos con Cayetana eran reales, por mucho que supiese que eran alentados por Carmen, eso no los eliminaba ya, solo hacía aumentar su furia y que se sintiera aún peor.

Se dirigió hacia el despacho de Rogelio y le preguntó si podía hacer algo por el departamento. Rogelio le dio trabajo. Con un par de carpetas pasó por delante de su propio despacho, donde Cayetana ya trabajaba mientras esperaba a Héctor.

Te van a dar por culo Carmen.

Martina pasó de largo. Se dirigió hacia la pequeña oficina vacía que habían construido para que trabajara Martina cuando Héctor estuviese de reunión.

Pasó por delante de Carmen que la observó con detenimiento.

Para que compruebes que no veo peligrar mi trono.

—¿Dónde vas? —le preguntó Carmen y su tono no le gustó.

—A trabajar —le respondió ella.

—¿Al despacho de Alicia?

Joder.

No había caído en ello. Ahora era el de Alicia porque aún Carmen ocupaba la jefatura de administración. No recordaba que haber desaparecido tres semanas era como no haber existido nunca.

—Mientras ella viene —le respondió.

Carmen miró hacia el interior de la gerencia, podía verse a Cayetana sentada. Ahora que Martina ya conocía el juego, pudo entender la mirada de Carmen.

Ahora al menos sé a qué jugamos.

Héctor ya había llegado con Tomás. Miró contrariado a Martina cerca del otro despacho.

—Voy a trabajar aquí mientras viene Alicia⁹le explicó a Héctor⁸. Dile a Cayetana que use mi mesa, así tenéis más sitio y no están los archivadores por el suelo.

Pudo ver la cara contrariada de Carmen.

Te he localizado un barco en el primer tiro, ¿verdad? Y pienso hundirte la flota entera. Dame tiempo.

Martina acababa de matarse a sí misma. A su interior no le hacía gracia dejar a Héctor trabajar con Cayetana sentada en su propia mesa, a despacho cerrado. Pero la cara de Carmen no tenía precio.

Héctor asintió y se dirigió hacia el despacho. Martina miró a Carmen.

—Cayetana está haciendo un trabajo formidable —le dijo a Carmen y esta no respondió⁹. Pero no tendría que estar haciéndolo si el departamento funcionase bien.

Vio las aletas de la nariz de Carmen abrirse. Martina no le dio margen de respuesta.

—No vuelvas a insultar, amenazar o presionar a mis empleados —le advirtió en tono firme sabiendo que aquel “mis empleados” le había jodido a Carmen aún más que su indiferencia con Cayetana⁹. Quiero que trabajen bien y no haya errores. Y eso es incompatible con tu actitud con ellos.

Dejó a Carmen allí plantada, en el pasillo, con la cara enrojecida y sin saber qué decirle.

Abuela, ¿así?

Aquel pensamiento hicieron que le brillaran los ojos. Por mucha seguridad que aparentara no sabía cómo actuar. Quizás la gerencia, el peso que había depositado en ella le venía grande en aquel momento. Por mucho que quisiera aparentar normalidad, no se sentía normal. Sabía que de

un momento a otro tendría que abandonar la oficina durante un tiempo, y si tres semanas ya la habían dejado fuera del tablero, no se podía imaginar lo que pasaría cuando fueran meses.

Queremos ser iguales que los hombres. Pero tal y como me decía la abuela Lola, las mujeres lo tenemos todo más difícil.

Cogió aire. Carmen aún estaba en el pasillo.

La he dejado planchada. Ni reacciona.

Le dolía la barriga, dolor de regla de nuevo o quizás serían gases. Acabó la primera carpeta del trabajo que le había dado Rogelio y se dirigió hacia el servicio.

Entró en el primer baño, hizo un pipí tremendamente largo y se limpió. Miró el papel justo en el momento que lo echaba a la papelera y dio un grito.

Si antes su pecho estaba ardiendo, en este momento quemaba de forma considerable. En el papel había un hilillo de sangre. Se miró las bragas, no había nada en ellas. Volvió a coger papel y volvió a limpiarse, esta vez a conciencia. Miró el papel. Otra vez sangre.

Le sobrevino un tembleque que la inmovilizó. Las piernas ni le respondían.

No puede ser.

Se apoyó en la pared.

No puede ser.

Héctor

Carmen le había contado la amenaza de Martina, pero Héctor no podía ser flexible con Carmen. Apoyó a Martina aún enfureciendo más a la jefa de administración.

Cayetana los observaba en silencio desde la otra mesa del despacho, el lugar que le había dejado Martina.

—Ella solo favorece a sus amigas, no lo entiendes —protestaba Carmen⁹. Y ella van con el cuento como han hecho hoy en la cafetería, la encienden para que cargue contra mí.

—Carmen, no entiendo esta guerra que os traéis —le dijo Héctor tranquilo⁹. Pero confío en el criterio de Martina. Ahora es tu jefa te guste o no.

—¿Quiere quitarme del puesto? —preguntó Carmen enrojecida⁹ ¿Eso es lo que quiere?

Héctor levantó la cabeza hacia Carmen. En el fondo sabía que los problemas acabarían cuando degradaran a Carmen a simple empleada, como quisieron hacer en un primer momento pero no pudieron por el inconveniente de Martina.

La puerta del despacho se abrió y encontró a Martina en el umbral. Su mirada no se detuvo en Carmen, ni en Cayetana, solo en él.

Héctor se levantó en seguida, sabía que le había pasado algo. Salió de allí de forma apresurada y cerró la puerta dejando dentro a Carmen y Cayetana.

A Martina le brillaban los ojos.

—Tengo sangre —la voz de Martina era leve, casi inaudible. Héctor supuso que estaba a punto de romper a llorar.

Le cogió la cara con una mano, mientras con la otra volvía a abrir el despacho.

—Tranquila —le susurró⁹. Coge tus cosas.

Él cogió sus móviles, el ipad y las llaves del coche, y salió corriendo.

—Dile a Alicia que me llame en cuanto llegue —le pidió a Carmen.

Carmen arqueó las cejas y luego se asomó a la puerta del despacho.

Héctor agarró a Martina y salieron de las oficinas de forma apresurada ante la mirada atónita de la recepcionista Diana.

Martina guardaba silencio, Héctor la miraba de reojo. Así comenzó Erica, exactamente igual. Recordó una escena similar, salir a toda prisa hacia el hospital, donde la ecografía mostraba que allí ya no había absolutamente nada. Recordaba cómo se alegró en cuanto vio aquella pantalla oscura, al médico decirles que lo había perdido. Recordó la tranquilidad, la sensación de haberse liberado de algo. Sin embargo en aquel momento no quería ni pensar que pudiese ocurrir lo mismo.

Notó cómo ella le apretaba el brazo mientras bajaban por las escaleras. El coche de Héctor estaba cercano a la puerta. Antes de montarse en el coche volvió a mirarla y tuvo que detenerse para consolarla.

—Tranquila —la abrazó y la besó en la cabeza.

Pero nada de lo que le dijera iba a tranquilizarla porque ni siquiera él estaba tranquilo. Ya

estaba hecho a la idea, estaba ilusionado, quizás ilusionado en exceso. Algo que no debería de haber hecho, siempre les decían que hasta que no pasara el tercer mes, podían esperar cosas similares. Apretó a Martina con fuerza y volvió a besarla.

—Ya —le limpió las lágrimas. Sabía que estaba tremendamente asustada y a su preocupación se le sumó el sentimiento de verla así⁸. ¿Era mucho?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces tranquila —le acariciaba el pelo.

Se montaron en el coche y se dirigieron a la consulta del médico de Martina. Cuando llegaron, Héctor habló con la recepcionista y les dijo que en seguida les recibiría de urgencia.

Martina estaba sentada en la sala de espera cuando el teléfono de él sonó. Era Alicia. Le explicó a su hermana y pudo notarle en la voz, cuando Alicia les deseó suerte y que no fuese nada, que muy positiva al respecto no estaba.

—¿A ella le pasó? —le preguntó Martina cuando colgó.

Él negó con la cabeza y le agarró la mano. Vio cómo los ojos de Martina volvían a brillar.

—¿A Erica le pasó? —volvió a preguntar.

Agradeció que no lo mirara directamente cuando le preguntó. Prefirió no responder a aquello. No quería que se pusiera todavía más nerviosa. La enfermera los llamó enseguida.

El doctor los recibió sonriente, como siempre. Ya había sido informado por la recepcionista del por qué habían ido. Así que enseguida Martina estuvo sentada en el potro y él preparando las herramientas.

Héctor miró a su mujer. Le apenaba aquella situación. Si aquello se había acabado, ella se llevaría la peor parte. Conocía el procedimiento que venía después de una pérdida así. Le acarició la cara, serían días malos, sin ninguna duda.

Mientras el doctor preparaba el monitor, Héctor miró de reojo las bragas de Martina, que estaban en un soporte, y estaban manchadas. Verlo con sus propios ojos hizo que el pesimismo aumentara. Apretó la mano de Martina y levantó los ojos hacia el monitor.

—Sigue ahí —lo oyó decir y Héctor expulsó aire. Miró a Martina enseguida, a ella no se le había quitado el susto.

—A ver —el doctor accionó algo y volvió a escucharse aquel sonido similar a un bombeo. Aquello lo tranquilizó aún más.

Miraba el monitor, veía la misma figura cabezona que habían visto el viernes.

—Además ha crecido —decía el doctor⁹. De todos modos estás en riesgo —añadió⁹. Así que tendrás que hacer reposo un tiempo y ponerte alguna cosa que te voy a mandar. Vístete.

Martina lo miró a él. Ya tenía mejor color en la cara, aunque aún le brillaban los ojos. No quería ni imaginar lo que debería estar pasando ella. Respiraba acelerada.

—No es nada, ¿ves? —le dijo él.

No sabía si había sonado convincente cuando él realmente había pensado segundos antes que estaba todo perdido.

La ayudó a ponerse la ropa interior.

Eli

Alicia les había dicho que su hermano no regresaría en lo que quedaba de mañana. No había querido dar explicaciones a pesar de la curiosidad de Carmen. Todos sabían que a Martina le había pasado algo en el baño. La verdad es que no estaba teniendo mucha suerte, todo lo contrario, ambas veces, en cuanto se hubo incorporado, le sobrevenía un nuevo problema.

Había aprovechado que tenía que llevarle a Alicia unos papeles, para llegarse a ver a Luisa y a Luna, y por qué no admitirlo, a Tomás. Coral y Carmen estaban junto a la mesa de Luisa.

—Luego vas y se lo cuentas a la jefa —oía decir a Carmen⁹. Que sois muy valientes cuando ella está aquí.

Mierda.

Dio media vuelta para marcharse pero Tomás alargó la mano hacia ella y la detuvo.

—¿Sabes algo de Martina? —le preguntó.

Miró hacia su antebrazo, donde había puesto la mano Tomás. Lo retiró con timidez. Negó con la cabeza.

Carmen la rebasó seguida de Coral y llegaron hasta la puerta del despacho de administración donde estaba Diana. Cayetana cogía algo de su mesa y se disponía a regresar con Alicia para continuar con las auditorías.

—Ella iba llorando —oyó decir a Diana y no pudo evitar girar la cabeza para mirarla.

Vio la risa de Carmen y hasta en Cayetana pudo ver cierta satisfacción.

Esto no lo soporto.

—Es lo que pasa cuando las cosas se hacen a prisa y mal —dijo Coral.

—Parece que le va a costar atarlo —la voz era de Carmen de nuevo.

Eli tomó aire. Hablaban de Martina, ya estaba harta. Le debía demasiado a su joven jefa. Ella estaba en un bucle de mierda cuando Martina entró en la empresa, le debía su ánimo, el haberse librado de Carmen, una despacho aparte, un buen puesto y un sueldo más que bueno. Que alguien pudiera tan solo alegrarse un poco de la desgracia de una de las personas favoritas de su vida, sacaba lo peor de ella y eso que lo tenía muy al fondo.

—¿No os da vergüenza a las cuatro? —les soltó en medio del pasillo. Hasta Tomás alzó la cabeza sorprendido.

A ellas les cogió tan desprevenido que alguien como Eli les saltara así, que tardaron en reaccionar.

—Vaya, la jefecilla ya tiene defensora —respondió con ironía Diana.

—Es que la jefecilla sabe tener bien contentas a algunas empleadas —Eli tuvo que girar la cabeza. No podía creerlo. Lo había dicho Cayetana.

Que te ha dejado hasta su mesa, hija de puta.

Le dolía tanto que hablaran así de ella cuando Martina seguramente estaba pasando por un

momento terrible, que hasta le brillaron los ojos.

—No sabéis ni lo que ha pasado y estáis diciendo sandeces y riendo —continuó Eli. No era especialista en debatir, no estaba entrenada, no le salía, no era Martina. Pero dentro de sus posibilidades no iba a dejar de defenderla⁹. Son ellos los que os mantienen aquí para que os toméis a pitorreo lo malo que sea que les esté ocurriendo.

—Pues ya sabes —la retó Coral⁹. Luego cuando la llames, porque sé que la llamarás, se lo cuentas todo. Es lo que hacéis, ¿no?

—Mira Eli, si no fuera por Martina estarías en la calle y no de secretaria de dirección⁹. Carmen se acercó a ella⁹. Así que entiendo que la defiendas⁹ le dio unos toques en el hombro⁹. Las había mucho más válidas —alzó la mano hacia Cayetana, Coral y Diana⁹. Pero le caíste en gracia tú porque nunca te entrometiste en sus ambiciones. Sin embargo nos apartó a todas las que sí estábamos entre ella y lo que quería conseguir. Lo vimos venir todas —miró a Cayetana⁹. Hasta ella que es la última que ha llegado lo ha visto claro.

—Sois cuatro cuervos muertos de envidia, ¡eso es lo que sois!⁹ les dijo Eli dirigiéndose hacia su despacho⁹. Y espero que en cuanto Martina se recupere os ponga en vuestro sitio —antes de entrar las miró⁹. En la puñetera calle.

Tomás se había levantado del asiento. Miró atónito a Carmen y al resto y se dirigió hacia la puerta de Eli.

—Mira el espantapájaros —reían⁹. Saben que en cuanto Martina no esté la que estará en la puñetera calle es ella.

—Os estáis pasando —intervino Tomás⁹. En primer lugar con las dos personas que os pagan el sueldo, y ahora con Eli.

Carmen lo fulminó con la mirada, se acercó a él para no tener que decirlo en alto.

—Tu primo ha caído como un imbécil en la trampa de una arpía —le dijo Carmen y se alejó hacia su despacho.

—¡A trabajar todos! —gritó antes de entrar y Coral, Diana y Cayetana se dispersaron.

Tomás se giró hacia Eli, que ya estaba en el interior de la oficina.

—¿Esto lo sabe mi primo? —preguntó atónito.

Eli hiperventilaba, se sentó en su mesa.

—No dejan de atacar a Martina —respondió Eli⁹. Siempre ha sido así, callaron un tiempo pero en cuanto han visto posibilidad, han vuelto con más mala leche todavía. Ya las has visto.

Tomás negaba con la cabeza.

—Ella no es lo que estas dicen —le aclaró Eli.

Tomás sonrió.

—Ya lo sé, no tienen ni idea de lo que es...⁹resopló.

Eli entornó los ojos hacia Tomás.

—Héctor no es tonto —añadió Tomás⁹. Sabe reconocer en una mujer todo lo que estas dicen —volvió a negar con la cabeza⁹. El imbécil soy yo.

Se levantó de la silla ante la mirada atónita de Eli que no fue capaz ni de preguntar. Tomás se giró antes de salir.

—Y te honra lo que acabas de hacer —le dijo él.

—Gracias por ponerte de mi parte —le sonrió Eli.

—Siempre me tendrás de tu parte —Tomás volvió a sonreírle y Eli profirió una sonrisa como respuesta. Aquello se vio acompañado por un abanico tembloroso en su pecho.

Encogió un poco los hombros con la sensación. Lo observó dirigirse de nuevo hacia su mesa.

Martina

Estaba en uno de los sofás del jardín tomando el sol de la mañana. Le habían mandado reposo absoluto y unos óvulos que tenía que ponerse mañana y noche y que le producían un molesto flujo pastoso. Había dejado de sangrar, solo habían sido unos días, pero aún le quedaba unas semanas más por delante según el doctor.

Se la pasaba de la cama al sofá del salón, luego al del jardín, para luego regresar y finalmente a la cama.

Se alegraba de tener un rincón en el jardín donde estar cómoda y aprovechar los rayos del otoño a media mañana.

Carol había venido a verla, Adelina les había traído fruta, un café para Carol, leche con cacao para Martina y unas pastas. Carol solía ir algunas mañanas, ella era pedagoga y trabajaba con niños en la consulta por las tardes, las mañanas solía tenerlas libres si no cubría alguna baja en algún colegio.

—A ver si lo entiendo ¿le decía Carol? Descubres el juego de Carmen, y con tal de no darle el gusto de salirse con la suya, ahora mismo tienes a Cayetana compartiendo el despacho de tu marido. ¿En serio, Martina?

Martina mordió unas de las pastas.

—Sí —le respondió con la boca llena. La ausencia de actividad física le estaba haciendo poner peso a paso agigantados. Incluso ya podía verse la barriga sobresalir más que el resto del cuerpo. Aún no tenía la forma curvada, quien no la conociera quizás no lo notaría, pero quien estuviese acostumbrada a verla en situación normal, notaba que aquella anchura que estaba echando era excepcional.

Carol se echó a reír.

—Tía, no hay quien te entienda —le decía Carol cogiendo una pasta. Me dices que le tienes tirria y que no te gusta verla cerca de Héctor y ¿la invitas a ocupar tu mesa de trabajo?

Martina hizo un ademán con la mano.

—Fue antes del sangrado. Pensaba que yo estaría allí todos los días —respondió Martina. Y sí, me ha salido como un culo, lo sé. ¿Qué quieres que haga ahora? ¿Le digo a Héctor que la saque de allí?

Carol negaba con la cabeza riendo.

—En serio que lo tuyo es muy heavy —Carol hizo un gesto masticando la pasta de chocolate. Cómo está esto, joder.

—Dímelo a mí —reía Martina. Héctor me las trae siempre. Me como una docena al día.

—Te vas a poner como una bola —le reprochaba Carol.

—Me entra ansiedad, no puedo aguantar volvió a coger otra. Nunca en mi vida había tenido tanta hambre. Hambre de verdad, necesitar comida, vida o muerte. Ya no hay fatiga, solo esta obsesión por comer.

Carol frunció el ceño mirándola.

—Cuando las arpías me vean como una bolla, se reirán a mi costa, lo sé —se recostó en entre los cojines del sofá⁹. Que les den.

—Entonces, ¿ya llevas mejor lo de Cayetana?

—No llevo bien ni lo de Cayetana, ni nada —levantó una pierna para cruzarla con la otra⁹. Carmen sigue con su cortijo, pobre de mi Luisa. Estoy eliminada del juego de nuevo, ahora por más tiempo aún. No puedo moverme hasta que me lo diga el médico, que dice que al ser primeriza el riesgo es alto —se miró la barriga⁹. Y no pienso hacer estupideces.

Carol sonrió al verla mirándose la barriga y la forma en que lo hacía.

—Y en cuanto a Cayetana... ⁹Martina resopló⁹. Hay veces que Héctor sale antes del trabajo para no dejarme tanto tiempo sola y comienzan los mensajes. Del trabajo, ok. Pero...⁹se tapó la cara con un cojín⁹. Me joden. Yo nunca le envié ni un solo mensaje del trabajo. Solo suele recibirlos de Alicia, Rogelio, de Eli y Carmen, lo normal, ¿por qué ella? Dime, ¿por qué?

—¿Cuándo terminan la dichosa auditoría? —preguntó Carol.

—Supuestamente esta semana, pero...la verdad es que no lo sé. Estoy en casa, sin poder meter las narices en esa auditoría, sin poder seleccionar a nadie del departamento nuevo, y sin poderle pararle los pies a Carmen contra mi gente.

Emitió un sonido parecido a un rugido que provocó la risa de Carol de nuevo.

—¿Y qué te dice Héctor? —se interesó su amiga.

—No quiere hablarme del trabajo, está empeñado en que aquello no me viene bien...

—Estoy de acuerdo con él —la interrumpió Carol⁹. Las dos veces que has ido mírate cómo has acabado.

Martina se tumbó del todo y miró hacia el cielo.

—Pero aquí es incluso peor —confesó ella⁹. Me siento inútil, siento que mis habilidades se merman, que no sirven para nada. Y que me están pisando allí y no puedo defenderme.

Carol le retiró el pelo de la cara.

—¿Qué quieres defender? —le preguntó Carol.

—Mi sitio —lo dijo como fuera evidente.

Carol negó con la cabeza.

—Ese lo tendrás cuando regreses, eres la dueña de la empresa. No puedes temer por eso.

—Pues defender a mis compañeras.

Carol ladeó la cabeza.

—Eso me lo creo más, ¿ves? Te gusta protegerlas.

Se hizo el silencio.

—Pero realmente lo que quieres es defenderte de todas las que quieren separarte de Héctor —dijo Carol y Martina se sobresaltó. No sabía cómo Carol lo hacía pero siempre descubría sus verdaderos pensamientos, los que estaban más profundos y le abochornaba confesar⁹. Eso es lo que te preocupa.

Martina no respondió.

—Pero todo eso es una película que te estás montando sola —añadió Carol⁹. ¿Crees que esas tres arpías pueden hacer nada? Tres mamarrachas, amargadas de la vida y sin vida sexual alguna, alientan a las más guapita de la empresa para quitarte al marido. Suena a peli, a novela. No pueden hacerte nada.

Martina la miró de reojo.

—Eres la guardiana del tesoro, ¿recuerdas?

Martina negó con la cabeza.

—No por mucho tiempo —rió⁹ Luego seré un león marino, sin más.

Carol rompió a carcajadas.

—Si sigues así lo serás, no te quepa duda —cogió otra pasta.

—Si es que no me sale una derecha —Martina cogió otra⁹. Primero los vómitos, seguido esto. Soy un desastre.

—Tu problema es que siempre has sido demasiado exigente contigo misma. Ese “impecable” que no hay quien te lo quite de la cabeza. Hay prioridades, ya lo estás comprobando.

—Ya estás hablando como Héctor —hizo una mueca⁹. Sacrificios que no tienen que hacer los hombres. Solo nosotras.

—Exacto, y tendremos una recompensa que no tendrán ellos —intervino Carol⁹. Que no podrían ni soñar.

Martina la miró sin mucho convencimiento.

—Hay una balanza en cada mujer, por esa razón algunas deciden no tener hijos y sin embargo otras son capaces de lanzarse a la maternidad completamente solas. Es una elección, Martina. Llevas toda la vida educada para la excelencia laboral. Has estudiado en un colegio trilingüe, has completado estudios en el extranjero. Te han enseñado a trabajar duro, tanto como pudieras, para llegar tan lejos como te propongas. Pero nadie te dijo que un día tendrías que tomar una decisión que quizás formara un pequeño bache, durante un espacio corto de tiempo, y que eso no significa para nada un fracaso.

Martina la miró pensativa.

—¿Qué son unos meses? ¿Qué es un año? —le preguntaba Carol⁹. Eso de que te sientes inútil es una estupidez. Estás haciendo algo mucho más importante ahora mismo, estás formando una familia. Y la abuela Lola estaría orgullosa, estoy convencida.

Martina sonrió con las palabras de Carol.

—Lola —repitió Martina⁹. Eso dice Héctor. Si fuera niña...

—Pues me encanta la idea.

Se hizo el silencio un instante.

—Cuando regreses encontrarás tu sitio y a esas arpías las pondrás donde corresponda o donde se merezcan —continuó Carol⁹. Y a Cayetana pues...⁹ Carol hizo una mueca y comenzó a reír⁹. Dile a Héctor que la despidan.

—¿Qué? ¿Cómo voy a hacer eso? —Martina había emblanquecido⁹. Si todo esto es culpa mía por caer en trampas absurdas. Como si escaseara de neuronas. Si es que soy imbécil.

—Que es broma. Sé que nunca harías eso —añadió Carol.

Volvió a hacerse el silencio mientras comían las últimas pastas de la bandeja.

—¿Ha vuelto a molestar Erica? —preguntó Carol.

Martina negó con la cabeza.

—Pero eso sí que es un pastelón y del real —decía Martina tragando⁹. Ya ha pasado la línea de la falta de respeto con Tomás. Ahora ha pasado del maltrato psicológico al físico. La parte buena es que creo que Tomás ha abierto los ojos. Pero...necesita tiempo para asumirlo y echarle valor.

Carol arqueó las cejas.

—Es tan buen chaval, me da una pena... —Martina negó con la cabeza⁹. Allí en la empresa está como ido, aislado...creo que es por miedo a que alguien note lo que le pasa. Pero la gente no es tonta, Eli no dice nada, pero lo sabe, estoy segura. Y supongo que Carmen también lo sabrá,

pero ella no tiene sentimiento de pena por nadie, así que supongo que le da igual —Martina resopló de nuevo⁹. He quedado fuera del campo de batalla, tiene que estar de ancha que no entrará por el pasillo.

Carol rió de nuevo. Cada vez que Martina la recordaba se le encendía la cara. Imaginaba lo que tenía que ser estar todo el día en casa dándole vueltas a la cabeza. Conociendo a Martina tendría que ser una auténtica pesadilla.

—¿A qué hora vuelve hoy Héctor? —Carol miró la hora.

—La verdad es que no lo sé —Martina se encogió de hombros⁸. A veces viene a comer, otras no, y otras pasa por el gimnasio y llega más tarde. Su vida sigue. La mía...

—Bueno, la tuya tiene que pasar por muchos cambios todavía. Pero lograrás adaptarte a ellos y que todo sea una balanza maravillosa. Ahora mismo solo ves molestias, miedo, dudas y una película de terror en tu cabeza. Pero eso pasará. Lo importante es...⁹ Carol le sujetó la cara para que la mirara⁹. ¿Estás arrepentida de esa decisión? ¿Cambiarías algo?

Martina frunció el ceño.

—El día de la sangre... —abrió la boca para tomar aire⁹. Si me hubiesen dicho que...puff, me hubiese muerto. No sabes el susto...No...⁹ volvió a resoplar⁹. Quiero que se quede con nosotros —se tocó la barriga⁹. Quiero que se quede conmigo. No quiero otra cosa. En el momento que pienso en otro susto como ese, desaparecen las arpias, y mi trabajo, y hasta Cayetana —rió⁹. Que les den a todas.

Carol rompió a carcajadas.

—Siempre pensé que tenías el instinto maternal muy muy escondido —le decía Carol sorprendida⁹. Y que por esa razón llevabas tan mal los cambios.

—Lo tenía —le confirmó ella⁹. Pero llegó algo diminuto y lo sacó de las cloacas.

Héctor

Era la hora de la comida pero estaban ya a punto de terminar el informe para llevarlo al gabinete de abogados.

Alicia se acercó a su hermano.

—No puedo quedarme a comer —le dijo ella y él la miró desesperado. Necesitaba a Alicia⁹. Raúl no puede ir a recoger a Noelia, me ha llamado ahora mismo.

No podía rebatirle nada con una razón como aquella. Alicia le notó la decepción.

—Ya está casi terminado —le dijo ella⁸. Puedes dejarlo hasta mañana, por un día más no pasa nada.

Héctor negó con la cabeza.

—Mañana quiero que la denuncia esté puesta en el juzgado y el despido encima de la mesa de Rogelio —miró la hora⁸. Están en el despacho a partir de las cinco. A esa hora estaré allí.

—¿Puedes acabarlo solo? —le preguntó Alicia mirando el monitor del ordenador de su hermano⁹. Ya solo queda esto último, yo creo que sí.

Alicia cogía su bolso y su chaqueta.

—Pues que te sea leve —le dijo a su hermano.

Héctor apartó la mirada del ordenador para dirigírsela a Alicia.

—A mí no me importa quedarme —oyó la voz de Cayetana. A veces era tan silenciosa que a Héctor se le olvidaba que estaba allí.

Alicia la miró tan sorprendida como Héctor.

—No hace falta —le dijo él⁹. Ya has empleado bastantes horas en esto. Tengo hasta las cinco para terminarlo.

Sabía que cada tiempo que Cayetana había empleado de más iría en su nómina, pero aunque apreciara el gesto de Cayetana, ya se había dedicado lo suficiente a aquel trabajo, bajo su punto de vista.

—Es tu hora, puedes irte ya —añadió.

—No te va a dar tiempo de acabarlo solo y no me supone nada un par de horas más —insistió ella.

—Ya tienes demasiadas horas acumuladas...

—No me preocupa eso, no me las tengas en cuenta si es por esa razón —respondió ella.

Héctor y Alicia se miraron. No tenía ningún problema en pagarle las horas que necesitase trabajar.

—No es eso, de verdad que no lo necesito —⁹insistió él y ella levantó las manos.

—Vale —dijo ella⁸. Entonces acabo esto y me marchó.

Alicia la miró de reojo un instante y luego miró a su hermano.

—A las cinco...⁸le decía Alicia a Héctor pensativa. Luego miró a su hermano fijamente⁹.

Sobre las seis estaré en tu casa con las peques, tengo ganas de ver a Martina.

—Te veo luego entonces —se despidió él.

Vio que Alicia le echó otra mirada a Cayetana antes de salir del despacho.

Héctor conocía bien a Alicia, conocía aquella mirada. Algo en Cayetana no le había gustado.

Era la hora de salir de toda la plantilla. Tenía que avisar a Martina de que no iba a pasar por casa para comer.

Cogió su móvil.

—¿Martina? —miró de reojo a Cayetana. Ella disimulaba mirando a su ordenador. No le gustaba hablar con Martina delante de sus empleados, no podía decirle todas las cosas que le gustaría. Eran conversaciones formales, carentes de la calidez que solía tener cuando nadie los escuchaba.

—Dime —la oía al otro lado. Las mañanas se hacían largas si ella no estaba en la oficina. A pesar de que ya habían pasado unas semanas, no lograba acostumbrarse a su ausencia. No estaba acostumbrado a contar las horas para regresar a casa y estar con ella.

—Estoy preparando el informe y esta tarde he quedado con los abogados —le dijo él.

—Vale, que no vienes a comer —respondió su mujer.

—Quiero terminarlo hoy —se excusó él. Notaba la decepción de Martina hasta a través del teléfono, los últimos días llegaba siempre tarde.

Notó un golpe en la mesa. Cayetana había apilado unas carpetas de cartón con parte del informe. Lo miró como pidiendo permiso para interrumpirlo.

—Voy a acabar este antes de irme —le dijo cogiendo la carpeta que Héctor tenía delante de él.

—Un segundo —se disculpó con Martina.

Levantó la cabeza hacia Cayetana.

—¿Ya has comenzado ese? Para hacerlo yo si no —le dijo. Ya era la hora de salida.

—Lo tenía casi por la mitad —le respondió ella y apartó su mirada de él para dirigirla hacia el monitor.

Héctor no le respondió nada más. Volvió a colocarse el móvil en el oído.

—¿Martina? —la llamó. Por un momento pensó que ella ya no estaba al otro lado.

—Dime —le respondió sin embargo.

—Ya lo hemos solucionado todo —le dijo él tocándose la sien. El tema lo había tenido absorbido las últimas dos semanas, casi obsesionado⁸. Mañana ya están todos en la calle.

—Me alegro —la oyó decir.

Se oían sonidos de platos.

—Carol, están ahí —Martina no se dirigía a él y oírla pronunciar aquel nombre le alegró de sobremanera. No estaba sola, estaba con buena compañía.

—¿Se queda contigo? —preguntó él.

—Sí, entra a trabajar en un rato, por eso vamos a comer ya. Te deajo.

—Espera —le logró decir antes de que colgase⁹. Alicia pasará esta tarde. ¿Te quedan pastas? Me temo que no.

Oyó su risa y aquel sonido lo hizo sonreír también. Nada lo relajaba más que la voz y la risa de Martina.

—¿Y tú me lo preguntas? —le dijo ella⁹. Dice Carol que le han encantado.

Héctor sonrió.

—Iré a por más de camino a casa.

—Cuando pese veinte kilos más te echaré la culpa —le reprochó ella con ironía.

Héctor giró la silla para darle la espalda a Cayetana, sabía que la joven lo observaba a pesar de parecer estar atenta al ordenador y era realmente incómodo.

—Es un honor ser el culpable —le respondió él.

—Te dejo que trabajes. Y yo a comer. Un beso. Te quiero.

—Te quiero —le respondió él.

Colgó y se hizo el silencio.

Cayetana tecleaba en el ordenador.

—¿Cómo acaba el jefe pidiéndole matrimonio a una empleada? —preguntó la chica y Héctor se sorprendió por su descaro. Cayetana rió apoyando el codo en la mesa y mirándolo divertida.

A Héctor le incomodó la pregunta. Cayetana pareció notarlo.

—Bueno...⁹se disculpaba⁹. Es que he oído que ella entró a trabajar poco antes del verano pasado y...En mi cabeza algo así suena a película, a novela. No sé, me es extraño.

Su explicación y la forma en que ella lo decía disipó un poco su incomodidad.

—Es complicado de explicar —no pensaba decirle nada más. Apenas la conocía, no tenía confianza con ella como para hacerlo.

—Y tanto que debe serlo —ella se giró de nuevo hacia su ordenador⁹. La mayoría de parejas no quieren trabajar juntos para no tener problemas, y vosotros trabajabais juntos y acabáis casados. No deja de ser curioso.

Iba a responderle pero eso alargaría la conversación y no quería. Aquella chica sentía curiosidad. No la culpaba, muchos empleados sentían la misma curiosidad. Nadie sabía con certeza cómo ocurrió aquello. Todo el mundo solo veía a una empleada nueva, demasiado rebelde con sus superiores y que se revelaba hasta contra él. Nadie sabía que se cruzó con ella una noche cualquiera y que la invitó a soñar. Esa parte era solo suya. Sonrió al recordarlo. Si volviese atrás, lo hubiese vuelto a vivir exactamente igual. Martina le daba un sentido diferente a su vida.

Miró la foto del marco digital, esta cambiaba sin cesar. Allí aparecía ella, una y otra vez, y entre sus fotos, las de su familia y las de sus sobrinas, estaba la de aquel pequeño ser que aún no tenía nombre. Aún le faltaba mucho para conocerlo, quedaban meses por delante, se harían tremendamente largos. Martina se llevaría la peor parte de todo el proceso, ya se la estaba llevando y conociéndola poco se quejaba. Sabía muy bien que no lo estaba pasando bien, era imposible con el carácter y la forma de pensar que tenía. Sin embargo a él nunca se lo decía. Por eso le gustaba que Carol la visitara, seguramente con ella sí se sinceraría. Estaba completamente seguro de que a ella sí que le contaría sus preocupaciones, sus molestias y todo lo que se le pasara por la cabeza.

En cambio, para él, solo guardaba las cosas buenas. La parte maravillosa de aquel momento que estaban viviendo.

Pensar en ella solo aumentaban las ganas de llegar a casa. Se prometió que una vez acabado aquel trabajo pesado, volvería a recortar su horario hasta las tres y pasar con ella el mayor tiempo posible. Ella estaba haciendo gran esfuerzo siguiendo todo lo que el médico le había recomendado. Y según su punto de vista, aquello la hacía merecedora de todo. Cada tarde le llevaba aquella pastas rellenas de chocolate que eran su última obsesión y todo lo que supiera que a ella le gustara. Y en aquel tiempo nada parecía gustarle más que la comida. Ella bromeaba con crecer, con engordar y seguramente lo haría, cada mes más, pero para él no era un problema. Nunca lo había hablado con ella, pero era consciente que el joven cuerpo de Martina cambiaría.

Lo había visto en Alicia y eso que ella era delgada, la piel de su barriga nunca volvió a ser igual. Conocía a Martina y no sabía cómo lo llevaría, ella era perfeccionista a morir. Por su parte él le haría entender que bajo sus ojos, ella sería la misma mujer maravillosa de la que se enamoró. Nada haría cambiar su modo de mirarla, y aún menos las razones por las que lo había hecho.

Sonrió mirando las fotos. Martina le estaba haciendo un enorme regalo, y no había forma de darle las gracias por dárselo.

Martina

Ponía los platos en la mesa con ayuda de Carol y Adelina. No le gustaba que le sirvieran como a una marquesa. Siempre ponía la mesa y la recogía a pesar de tener a dos empleadas en casa. Siempre en su casa hubo una empleada, desde su niñez, su abuela también la tuvo, pero la habían educado en que ellas venían ayudar y no a servir. Que había que ser agradecidos con ellas y que eran parte de la familia. A Martina le era difícil de imaginarse sin ellas.

Apenas llevaba unos pocos meses con Adelina y Andrea, pero eran mujeres discretas y dulces y ya les había cogido cariño. Solía desayunar con ellas, comentar libros y series. Eran parte de la poca compañía que tenía en aquellas paredes de cristal.

Esperó a quedarse a solas con Carol para hablar.

—Créeme que lo intento —le dijo a su amiga⁹. Pero oírla de fondo...

Carol reía.

—Mi Martina está celosa. Ver para creer —Carol entornó los ojos.

Martina levantó la mano haciendo un ademán.

—En otras circunstancias me hubiese dado igual —se defendía ella⁹. Cuando tengo mi seguridad, cuando estoy en un lugar que domino, cuando estoy encima de mis tacones —hizo una mueca⁹. Pero ahora no hago otra cosa que comer, leer, ver la tele y dormir. Con Héctor todo perfecto, ok. Pero desde el sangrado no hay ni puede haber sexo —hizo otra mueca⁹. Y una mujer preciosa está ahora mismo a solas con mi marido, ocupando mi mesa de trabajo, mi sitio.

—¿Crees que quiere tu sitio? —la pregunta iba sin ironía.

—Claro que quiere mi sitio. Lo quiere ella, y Carmen, y Diana, y Coral, y Erica...⁹se encogió de hombros⁹. La abuela me dijo cuando comencé con Héctor que tener una relación con un hombre así tenía sus consecuencias. Supongo que se refería a esto.

—¿No lo esperabas? —se sorprendió Carol⁹. Tienes un cañón de marido, qué quieres.

—Lo que no me esperaba es que yo iba a cambiar —miró su plato, se lo había acabado por completo, como siempre⁹. Lo que no esperaba es que yo iba a convertirme en todo lo contrario a lo que era. Eso es lo que no esperaba. O bien soy realmente así y lo de antes era una pantomima, o bien esto de las hormonas es una puñetera mierda.

Carol sonrió.

—Lo de antes no era una pantomima, pero quizás no eres tan dura como pensabas —le respondió Carol⁹. Y por otro lado las hormonas son capaces de hacerte caer en un lago de lodo. No te reproches nada. Y mucho menos, lo pagues con él.

—A Héctor lo tengo completamente alejado de todo esto —llevó el plato al lavavajillas⁹. Bastante tiene encima. Le roban delante de su cara sus propios empleados. Lo lleva fatal. Lleva

dos semanas de locos.

—Eres más que graciosa, ¿lo sabes? —le dijo Carol dirigiéndose también hacia el lavavajillas⁹. Realmente no culpas a Héctor. No dudas de él. Dudas de las mujeres que lo rodean.

—Pues claro —replicó ella⁹. Me ven cara de imbécil. ¿Tengo cara de imbécil?

—No —Carol no dejaba de reír.

—Eso es lo que me molesta —añadió Martina⁹. Igual que a Héctor le molesta que le roben en su cara. A mí también me molesta que me intenten robar.

Carol se despidió de ella y de su barriga y se marchó. Se dispuso a tumbarse y echarse su siesta mientras oía de fondo alguna serie. Buscó en la tele y puso por tercera vez un capítulo del que solo solía recordar los primeros diez minutos. Hasta que se dormía.

La despertó el timbre. Andrea pasó por delante suya para abrir. Oyó el jaleo de niñas en el jardín.

Alicia.

Se incorporó para ir a recibirlas.

—Ni te levantes —oyó decir a Alicia.

La niña mayor, Noelia, corrió hacia ella.

—Tiiiiita ⁹era una palabra que sonaba bien, teniendo en cuenta que ella no tendría más sobrinos que ellas dos.

A la peque Marta la traía en el carro aún dormida. La colocó a un lado del sofá.

—Se ha dormido en el coche —le explicaba Alicia besándola⁹. Realmente a esta hora no suele estar todavía dormida. Y es una puñeta porque eso quiere decir que esta noche tardará más en dormirse. Pero...uff, necesito un rato de tranquilidad.

Martina arqueó las cejas. Ella se vería así en un breve espacio de tiempo.

—No me pongas esa cara —le decía Alicia riendo⁹. Pero a veces tienes que elegir entre descansar a media tarde o a primera hora de la noche.

Alicia hizo una mueca.

—Pero por la noche también está el padre —le susurró y Martina rió⁹. Así que duerma mientras yo hablo contigo.

Sacó un juguete para Noelia. Una especie de muñecas rusas infantiles, de colores llamativos. La niña enseguida comenzó a sacarlas, una tras otra y llenar la alfombra con ellas.

Martina la observaba charlotear.

Los primeros diálogos interiores con una misma. Luego se interiorizan. Son innatos por lo que veo.

—Cómo lo llevas —le preguntó Alicia sentándose junto a ella. Y le puso la mano en a barriga⁹ ¿Y mi sobri?

—Parece que mejor. Compresas limpias desde hace más de una semana —respiró hondo⁹. Estoy deseando de ir a la revisión otra vez.

Alicia se recostó en el sofá.

—Recuerdo eso —le decía Alicia⁹. La única forma de verlo. Contar los días para ver cómo ha crecido, cuánto mide, cuánto pesa, para que verlo hacer morisquetas en la tele del médico y luego la tranquilidad de que todo esté bien.

Martina sonrió. Lo de las morisquetas tardaría unos meses todavía. Pero estuvo de acuerdo con Alicia. Esta miró la hora.

—Mi hermano no debe de tardar —le dijo⁹. Lo he llamado y ya estaba acabando la reunión

con los abogados. Está que le va dar algo.

Dímelo a mí.

—¿Ha tomado medicación estas semanas? —se interesó Alicia.

Martina negó con la cabeza.

—Con lo mal que lo veía pensaba que iba a caer otra vez —resopló⁹. Supongo que ahora su medicación sois vosotros.

Nosotros. Ya no soy individual.

Para su asombro no le ofendió, al contrario. Ya ni siquiera ella pensaba en singular. Y tenía que admitirlo, a veces hasta le hablaba.

Martina también recostó la espalda en el sofá.

—Señora, ¿voy preparando el café? —le preguntó Adelina. Martina miró a Alicia y esta asintió.

—La merienda la trae tu hermano, así que espero que no tarde —le dijo Martina. Era abrir los ojos y tener hambre.

Martina volvió a mirar a Noelia. Ahora metía las muñecas una dentro de otra.

—Siento no poder ayudaros —se excusó Martina.

Alicia hizo una mueca.

—Cuando yo me aparté también me sentí culpable —le confesó Alicia⁹. Cuando mejor iba la empresa, cuando mi hermano más me necesitaba, desaparecí.

Miró a su hija pequeña que dormía.

—Y desaparecí demasiado tiempo —añadió⁹. Vi a mi hermano triunfar y cómo todo ese éxito le superaba. En psicólogos, tomando antidepresivos, con crisis de ansiedad y para colmo, enredado en...

Erica.

—La culpa me mataba —seguía Alicia⁹. Pero fue un tiempo que necesitaba para mí y para ellas. Ahora pasó y ya ves.

Ladeó la cabeza.

—Cuando nacen te planteas muchas cosas —le decía⁹. Ya lo comprobarás. El mundo cambia, no vuelve a ser igual. Pero no significa que sea peor —rió⁹. Aunque a ratos te parezca una pesadilla, no te voy a mentir. Pero nunca es peor, te lo prometo.

—Para mí ya ha cambiado —le dijo Martina.

Se oyó la puerta. Héctor entraba. Su sobrina corrió hacia él, que la cogió en brazos. Alicia lo mandaba a callar con siseos.

—Que siempre la despiertas —le reprochó a su hermano.

—Luego te quejas de que no te deja dormir por la noche⁹le respondió su hermano⁹. No es una marmota.

Héctor se inclinó hacia la sobrina pequeña para acariciarle la cara. Martina sonrió al verlo, lo que tenía delante podía ser una muestra de lo que sería Héctor en un futuro. Le gustó la imagen.

Soltó a su sobrina en el suelo y dejó una bandeja envuelta en papel rojo sobre la mesa de cristal que estaba frente al sofá. Se dirigió enseguida hacia Martina y la besó, dejándose caer en el sofá junto a ella. No tardó en estrujarla en un abrazo cómo lo hacía siempre cuando llegaba.

—¿Ves? La medicación ahora sois vosotros —dijo Alicia y Héctor rió⁹. Y me alegra.

—No necesito nada más —apoyó la barbilla en el hombro de Martina.

—¿Por qué no has traído a mamá? —le preguntó Héctor.

Alicia hizo un ademán con la mano.

—Ahora está en bucle. Le ha dicho una amiga que no sea muy pesada, que las nueras les cogen tirria a las suegras. Dice que vendrá la próxima semana.

Héctor rompió en carcajadas.

—Tiene que cambiar de amigas —le dijo su hermano.

—¿Ya has solucionado lo del almacén? —le preguntó Alicia.

—Acabado, gracias a dios —le dijo él.

—¿Cayetana ha ido contigo? —le preguntó Alicia.

Martina no quiso mirar a Héctor, ni se movió para que no le notara ni un rasgo de lo que le producía aquel nombre.

—Se fue a las tres y media, cuando acabó —respondió él.

—Estupendo —le dijo Alicia⁹. Mañana que vuelva a su antigua mesa, que yo quiero la suya.

Te quiero Alicia, cada día más.

Héctor arqueó las cejas a las palabras de su hermana.

—Claro que volverá a su mesa —añadió él como si aquello fuese algo evidente⁹. La voy a pasar al departamento de auditoría en cuanto lo tengamos montado. Rogelio dice que la semana que viene ya entrarán los nuevos.

—Me parece correcto —le dijo su hermana.

Martina miraba a uno y a otro. Era extraño, pero sentía que a Alicia no le producía Cayetana mejor sensación que a ella.

Alicia se inclinó hacia Martina.

—¿Sabes que hoy he visto desayunar a Eli con Tomás? Sin Luna y sin Luisa —le susurró Alicia.

Martina se sobresaltó. Héctor resopló.

—Sois unas chismosas —les reprochó él abriendo las pastas⁹. Tomás está fatal. Cada día peor.

—Pero ya se lo está planteando —le rebatió su hermana.

A Martina le alegró aquella noticia aún más que la anterior. El primer paso era que Tomás saliera de aquel agujero en el que estaba metido.

—Volvió a señalarlo la semana pasada —les contó Héctor⁹. Y me dijo que se lo estaba planteando seriamente. Lleva durmiendo en el sofá más de una semana, así que...no creo que tarde mucho en decidirse. Erica tampoco hace mucho por retenerlo.

—Erica no hace nada hasta que lo ve todo perdido —intervino Alicia⁹. Tienes que contarle lo que hizo la mañana de la boda.

Héctor asintió con la cabeza.

—Pero en su momento —respondió él⁹. Cuando lo vea realmente decidido. Ahora mismo está cómodo con nosotros, confía en nosotros. Si se lo digo ahora puedo alejarlo.

Negó con la cabeza.

—En su momento —concluyó Héctor.

Alicia estuvo un rato más con ellos y luego se fue. Su marido estaría al llegar a casa. La despidieron en la puerta del jardín y volvieron al interior. Adelina y Andrea ya se habían ido también. Era el momento preferido de Martina, no es que ambas molestaran, eran discretas y no solían intervenir en nada, pero prefería acurrucarse en Héctor sin nadie más en la casa.

Él bajó ya duchado y ella ya había preparado los cojines en el sofá para acomodarse junto a él.

Héctor llevaba un pantalón y una camiseta gris claro. Cada día le gustaba más con aquel aspecto informal y lamentaba tener prohibidos ciertos actos con él. Se mordió el labio inferior.

Cuando esto pase le voy a dar la del tigre.

Contuvo la risa. Las hormonas la estaban alterando en todos los sentidos, y no quería imaginar cuando el médico le quitara los límites.

Pero por el momento solo podía conformarse con echarse junto a él, que no era poco.

—No sabes el peso que me he quitado de encima⁹le dijo él en cuanto ella apoyó la cara en su pecho.

Martina respiró de forma pausada, deteniéndose en el olor que desprendía Héctor, mezcla del gel de baño, el desodorante y un suave toque de colonia, que aún perduraba a pesar de la ducha. Le encantaba ese olor, últimamente parecía que su olfato había aumentado de forma considerable y había descubierto por qué el olor peculiar de Héctor le gustaba tanto.

El peso me lo he quitado hasta yo.

Cayetana fuera del despacho. No entendió el por qué Alicia lo dijo de aquella manera pero se lo agradeció. Ella ya no estaba allí para comprobar cómo Cayetana se estaba adueñando de su espacio, solo lo imaginaba, y Carol esta vez se equivocaba, aquella película no solo estaba en su cabeza.

Levantó los ojos hacia Héctor, él la miraba también.

Pero para evitar estos intentos de robo no hay auditorías.

Contuvo la risa. Héctor le dio un toque en la nariz.

—Te estás llevando la peor parte —le dijo él⁹. Lo siento.

Ella sonrió.

—Es lo que toca, ¿no? —metió la frente bajo la barbilla de Héctor.

Un papel asumido por las mujeres por el simple hecho de serlo. Recordaba las clases de ciencias naturales en primaria cuando les ponían videos sobre partos, y las niñas miraban a los niños con cara de odio. No tendrían más de once años y ya sabían que ellas tendrían que sufrir un proceso del que ellos se librarían.

—Es admirable —le dijo él besándole la cabeza⁹. Y no sé cómo agradecértelo.

—¿Agradecérmelo? —rió ella⁹. Es mío también. No te vayas a pensar que cuando nazca lo vas a tener tú todo el tiempo —le hizo una mueca y él rió⁹. Te lo dejaré a ratos y tendrás que aguantarte.

—Vaaaale ⁹le dijo él rendido⁹. Ya me lo darás cuando no te deje dormir.

Martina alzó las cejas. Seguramente tenía razón.

—Hoy he hablado con Ilde, me ha dicho que lo llamemos cuando queramos preparar la habitación.

Martina había visto cientos de habitaciones en Google y no tenía ni idea de cómo la quería.

—Como ha pasado esto...es mejor esperar —le dijo él⁹. ¿Cuándo nos dicen si es Lola o Héctor?

—A las dieciséis semanas —respondió ella suspirando. A pesar del esfuerzo que estaba haciendo nada le aseguraba que saliera adelante pero no perdía la fe.

—Pues entonces lo llamamos para que traiga al decorador —le decía él⁹. La habitación que hay junto a la nuestra es perfecta. Y el ático...⁹resopló⁹. He pensado hacerle ahí un cuarto de juegos...el que me hubiese gustado tener a mí.

—Eso más adelante —le dijo ella. Héctor no cambiaba, todo lo quería rápido, impaciente, “lo imagino, lo quiero, lo tengo”⁹. No le va a hacer falta de momento.

Él rió. Martina sabía que Héctor no sabía ser de otra forma. Cuando algo se le metía en la cabeza, no había forma de quitárselo. Le pasó hasta con ella misma.

El móvil de Héctor emitió un sonido. Él se irguió pero Martina llegó antes hasta él, que estaba encima de la mesa y se lo dio.

Héctor lo puso en alto, Martina miraba la pantalla de reojo.

“¿Estaban bien lo informes?”

Ootra vez la Cayetana de los cojones.

“Todo perfecto” le respondió él.

“Me alegro. Nos vemos mañana”.

Tu puñetera madre.

“Por cierto, ¿tengo más auditorías?”

“De momento no”.

“Cuenta conmigo cada vez que lo necesites, para lo que haga falta”.

Anda que si me hubieses cogido en condiciones normales, te pondría en tu sitio rápido.

“Lo tengo en cuenta. Gracias”.

Esperaron a ver si Cayetana decía algo más. Cuando Héctor comprobó que no, volvió a dejar el móvil en la mesa.

—De momento seguirá con Carmen —le explicó Héctor⁹. Hasta que tenga listo el departamento nuevo.

—¿Y quién controla a Carmen? —preguntó Martina.

—A partir de mañana, yo —le dijo él firme⁹. Yo no le permito que se pase con...

La mirada fulminante de Martina lo hizo callar.

—Ya no, han cambiado muchas cosas —se excusó él⁹. No es como antes.

—No sé cuándo volveré a ir por allí, pero como vea de nuevo un numerito te juro que...

Héctor contuvo la sonrisa.

—No me cabe duda y por eso creo que es mejor que no regreses hasta que esto haya pasado —dijo él y ella se sobresaltó.

Si antes lo fulminó con la mirada, lo de ahora era una autentica arma láser.

—¿Crees que es un lugar idóneo para que estés tranquila? —le preguntó él.

—Iba a serlo, me lo propuse —respondió ella⁹. Pero no me ha dado tiempo. He trabajado... dos horas y media el primer día después del viaje y...⁹ hacía cuentas⁹ cuatro el día del sangrado. Siete horas, ¿qué he podido hacer en siete horas?

—Por eso mismo. No es momento de reorganizar nada —le rebatía él⁹. Sin ti, necesito a Alicia en tu lugar y a Carmen en el suyo. No tengo a nadie más, ¿a quién pongo? ¿A Cayetana?

Sabía que él lo había dicho con ironía pero aún así sonaba tan terrible que lo sintió hasta en la barriga.

—A Luisa —le rebatió ella.

Héctor frunció el ceño.

—Martina, sé que tienes gran amistad con cierta parte de la plantilla pero...no puedes favorecer a tus amigas, ¿lo entiendes? El resto no lo vería justo.

—El resto ya no ve justo que me hayas ascendido —volvió a echarse en Héctor⁹. Soy la jefa agregada, la postiza. Mi único mérito es casarme contigo, así es como me ven. Y la culpa es de Carmen.

—¿Y aún así quieres volver? —preguntó él acariciándole el pelo⁹. Cuando todo pase volveremos a organizar la empresa. Cuando ya sepamos que vas a estar allí de manera sostenida y no intermitente. Nos estamos adaptando, no lo llevamos mal.

Y tanto que lo lleváis bien. Demasiado bien. Carmen está más contenta imposible.

—Ya lo pensaré —respondió Martina.

Con tal de no darle el gusto a Carmen, era capaz de estar allí hasta que se pusiera de parto.

Héctor

Tenía conectado el marco digital al ordenador, configurando una nueva foto. Alicia hablaba por teléfono desde la otra mesa. Sonrió al mirar la foto que había dejado fija. Era la primera vez que veía la cara de Lola, la próxima vez que la viera, en unos dos meses, sería delante de sus ojos. Hasta ese momento tendría que conformarse con aquella imagen en 5D en la que podía verse claramente que tenía la nariz respingona de Martina y sus labios gruesos.

—Se te va a caer la baba —le dijo Alicia que ya había colgado y Héctor sonrió.

Su hermana se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

—Limpia la mesa —añadió riendo mientras salía.

Seguía mirando a Lola, se parecía tanto a Martina que ya se sentía enamorado a pesar de ni siquiera conocerla. A partir de ahora tendría dos mujeres de su vida a las que cuidar.

Oyó llamar a la puerta antes de que se abriera. Era Tomás. Durante los últimos meses lo había visto con altibajos, a veces decidido, a veces hundido, aún así, sin tomar la decisión definitiva a pesar de que Erica seguía perdiendo el control y en ocasiones, lastimándolo.

Tomás se sentó frente a Héctor tras comprobar que la puerta estaba bien cerrada.

—Creo que ya estoy preparado — le dijo Tomás y Héctor hizo un gran esfuerzo por contener la sonrisa. Se lo dije anoche.

Tomás miró hacia un lado.

—Es cierto que otras veces se lo he insinuado, pero fue de enfado, de impotencia...anoche no fue un farol.

Héctor se levantó para ponerle la mano en el hombro y apretárselo. Llevaba demasiado tiempo esperando a verlo decidido.

—¿Tienes abogado? —le preguntó y Tomás negó con la cabeza.

—No pensé que llegaría a este punto... respondió él.

Se oyó la puerta abrirse. Era Cayetana. Héctor en seguida le hizo una señal para que saliera y cerrara la puerta. No sabía si había sido demasiado brusco con ella, pero no podía dejar que viera así a Tomás. Ella obedeció enseguida y pudo notar el bochorno en su cara.

Se hizo el silencio. Héctor esperaba que Tomás rompiera, sin embargo no lo hacía. O bien ya había llorado bastante o bien la decisión lo había liberado más que apenarle.

—Sin embargo...todavía me queda la duda de si habría solución...

Héctor se inclinó junto a él.

—¿Desde que te casaste ha mejorado? ¿Ha habido un solo día que haya merecido la pena? — le preguntó con crudeza.

Tomás negó con la cabeza.

—La verdad es que todavía me pregunto por qué se casó conmigo —respondió él.

Héctor se quedó pensativo. Pensó que era el momento de decírselo. Temía la reacción de Tomás con él por no habérselo contado antes, pero no tendría más remedio que soportar la

borrasca, al fin y al cabo llevaba razón. Nunca debió de habérselo ocultado.

—La mañana de tu boda Erica me esperó en la puerta de casa —le dijo decidido y Tomás levantó la cabeza hacia él. Héctor no fue capaz de sostenerle la mirada. Tuvo que ponerse de pie. Le narró como pudo y con sumo cuidado su percance con Erica. Tomás se llevó las manos a la cara.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —le reprochó con la voz ronca.

—Porque ella te hubiese contado otra mentira y tú la creerías a ella —le dijo Héctor⁹. Y yo no quería perderte otra vez.

Tomás lo miró, tenía el blanco de los ojos con todas las venas enrojecidas.

—Preferí quedarme a tu lado porque sabía que me necesitarías —añadió Héctor, prefirió obviar que la idea fue de Martina⁹. Por eso te ofrecí venirte aquí.

—Estabas allí sabiéndolo —Tomás negó con la cabeza.

—Lo hubieses hecho igualmente aunque te lo hubiese contado —insistía él⁹. Y ahora no estarías en mi despacho tomando esta decisión.

Tomás abrió las piernas y se encorvó. Se sujetó la cabeza con las manos. Héctor le puso la mano en la espalda.

—Era la única forma de ayudarte —añadió Héctor⁹. Ahora estás junto a tu familia. Alicia, Martina y yo queríamos tenerte cerca. Y ya ves que nos necesitabas.

Notó cómo Tomás respiraba profundo.

—Cuando se lo dije anoche se empeñó en que había otra —rió Tomás con ironía⁹. Encima cree que hay aquí otra mujer. Cuando ella...

—No te tortures más. No tienes la culpa de nada —Héctor se dirigió hacia su mesa y buscó en un cajón una libreta llena de tarjetas —. Espero poderte coger cita con el abogado hoy mismo. Es conocido mío, lo hará lo más rápido posible.

Volvió a ver a Tomás coger aire. Entornó los ojos hacia él. Ahora sí se había roto por completo. Entonces Héctor se dio cuenta de que a pesar de haber tomado una decisión, de parecer convencido, aún albergaba la esperanza de que aquello se arreglara.

—Mi ático está vacío. Puedes quedarte allí el tiempo que quieras —le dijo Héctor mirando la hora⁹. Martina quizás no haya salido de casa todavía. Le voy a decir que traiga las llaves. Y te vas a casa y haces las maletas, cuanto antes, ¿vale?

Tomás lo miraba aún incrédulo. Héctor comprendió que Tomás acababa de ver la realidad, como si hubiese despertado de un sueño. Una vida que en el pensamiento era muy diferente de la que realmente tenía.

Le dio un tiempo en silencio para meditarlo, finalmente Tomás asintió.

Héctor envió un mensaje a Martina, sabía que ella iría de compras aquella mañana. Ya estaba ultimando las cosas de Lola, pero por la hora dudaba que ya hubiese salido. No tardó en recibir el ok.

—En una media hora llega —le dijo Héctor.

Tomás le cogió la mano.

—Llevas razón —le confesó él⁹. No te hubiese creído. Hasta que...realmente creía que seguías enamorado de Erica hasta que te vi con Martina. Y vi la diferencia entre vosotros y nosotros —Tomás sonrió con ironía⁹. Gracias.

Su primo se levantó y se limpió bien la cara. La rojez de los ojos perduraba, pero aún así se dispuso a salir de allí.

—Puedes esperar aquí si quieres —le dijo él⁹. No te preocupes por el trabajo hoy.

Tomás negó con la cabeza.

—Demasiados problemas te he traído ya...⁹negó con la cabeza⁹. Casi pierdes a Martina por mi estupidez y...estuve a punto de pegarte. Ni siquiera sé por qué me ayudas.

Héctor se acercó a él.

—Porque eres un buen hombre —le dijo a su primo⁹. Porque un error lo comete cualquiera. Y porque quiero que salgas de esto y tengas la vida tranquila que mereces.

Tomás abrió los brazos y lo abrazó. En cuanto Héctor lo apretó, rompió a llorar de nuevo.

Cayetana

No era usual la forma de la que Héctor le había impedido entrar en el despacho. Algo ocurría con Tomás. Estaba deseando de tener lugar para comentárselo a Carmen.

Volvió hasta su mesa. No veía a Carmen por ningún lado y sin embargo sí que encontró a Eli que regresaba del baño. Esta también fue a abrir el despacho, pero en un último momento pareció cambiar de opinión y continuar hasta el suyo.

No entendía por qué Eli había conseguido el puesto de secretaria de Héctor, cualquier otra era más apta que ella. Su departamento, el de auditoría era más que aburrido. Ser la secretaria de Héctor era otro nivel y supuso que mejor sueldo.

Al fin Carmen apareció por el pasillo. Cayetana miró la hora, se le estaba haciendo eterna la mañana. La llamó con un siseo y esta se acercó.

Le contó lo del despacho, que Héctor no le había dejado entrar. Carmen se inclinó hacia ella.

—Estarían hablando de sus cosas —Carmen hizo un ademán⁹. Ni caso, no es por nada contigo.

Cayetana frunció el ceño.

—Tomás tiene problemas matrimoniales⁹le decía la jefa.

—Con la ex de Héctor —le respondió Cayetana. Ya la habían informado de todo.

—La conozco...es...complicada —Carmen negó con la cabeza⁹. Se veía venir.

—Ya —Cayetana hizo una mueca.

—Y al tiempo que Héctor termine igual —añadió Carmen⁹. Tú no estuviste aquí desde el principio, pero desde que llegó puff. Quería ser la dueña de todo esto...Aquí somos varios los que nos dimos cuenta desde el principio. Iba a por el jefe —Carmen levantó una mano completamente recta⁹. Directa hacia él. Hasta que consiguió lo que quería. Ya ves el resultado, en menos de un año, matrimonio y un embarazo. Lo único bueno de todo esto es no verla por aquí. Es realmente molesta y más ahora con los aires de dueña. Ahora se tirará al palo, que es lo que buscan las muñequitas como ella. Un marido con dinero y no volver a trabajar más.

Cayetana asentía sin decir nada.

—Pero los hombres como Héctor se terminan cansando de las mujeres —añadió Carmen⁹. Se cansó de su ex, antes de empezar con Martina —hizo una mueca⁹, tuvo una larga lista —sacudió la mano⁹. Martina lo sabe y por eso se ha dado prisa con el embarazo. Se asegura un pellizco de la empresa cuando la deje.

Cayetana arqueó las cejas.

—A Héctor le gustan demasiado las mujeres...¿o no te has fijado cómo te mira el culo? —le dijo la jefa y Cayetana notó cómo le ardían hasta las orejas⁹. Sí, sí a ti. Si hubiera sido soltero ya te hubiese dicho algo, estoy convencida. Lo conozco bien y eres del estilo de mujeres que le gustan. Sin duda.

Carmen se puso derecha de nuevo.

—Vuelvo al trabajo.

Cayetana miró de reojo el despacho de Héctor aún cerrado. Oyó un murmullo al otro lado del pasillo. La vio venir y entornó los ojos intentando reconocerla. Hacía meses que no la veía. Desconocía cuántos kilos habría cogido. De cara seguía tan guapa como siempre, más si cabe con las mejillas visiblemente más sobresalientes. Pero a parte de aquella barriga prominente que sobresalía a pesar de llevar un vestido azul marino, era como si se hubiese comido a sí misma, diez veces. Estaba parada en el pasillo, mientras algunos empleados, entre los que estaban sus adeptas, la rodeaban y le tocaban la gigantesca barriga.

Su estilo seguía siendo impresionante, tenía que reconocerlo. Supondría que con el nivel de Héctor, Martina podría comprar lo que quisiera, aunque Carmen le decía que siempre fue una niñaata pija.

Tomó aire. Se había acostumbrado como la mayoría de empleados a su ausencia, y su presencia allí no dejaba de ser molesta como decía Carmen. Desconocía cómo lo había hecho, pero aquella joven llamada Martina, a pesar de ser solo meses mayor que ella, había conseguido en un año algo que para Cayetana sería algo parecido a un sueño.

Héctor era absolutamente perfecto, su físico, su voz, su olor. Era imposible estar cerca de él y no sentir nada. Recordaba el tiempo que trabajó junto a él en las auditorías, las dos mejores semanas laborales del tiempo que llevaba en la empresa. Cada día disimulaba menos con él, quizás él se había dado cuenta ya, y casi lo prefería si era cierto que solía mirarla como decía Carmen.

Suspiró. Sus amigas le habían dicho que con un hombre así solo podía aspirar a ser “la otra”, sin embargo Carmen lo conocía bien y si le decía que pronto Héctor se hartaría de Martina, quizás ella tendría posibilidades. Ciertamente era que estaba cercana a él con unos límites laborales, pero ya podía comprobar que los límites laborales a él, en un momento dado, no le importaban, porque Martina era una empleada como lo era ella.

Sin embargo Héctor jamás mostró ningún interés en ella. Indagando entre las compañeras sobre los curiosos comienzos entre Martina y Héctor, había descubierto que allí en el trabajo tampoco a él se le notaba nada especial con ella. Que era ella la que solía buscarlo, la que se ponía en evidencia.

Miró a Martina de reojo. Realmente en aquel momento la sintió una competencia deplorable, no le llegaba ni a la cintura. Quizás antes sí, pero había perdido un arma femenina que dudó de que fuera capaz de recuperar. Entonces Héctor podría aspirar a mejores mujeres, había muchas que lo estaban deseando, como ella misma.

Martina pasó por delante de ella y llegó un olor afrutado a la vez que dulce. Le dio los buenos días y se dirigió hacia el despacho. Ella lo abrió sin llamar. A ella Héctor no le puso impedimento para entrar.

Cayetana entornó los ojos. Le había sentado realmente mal el gesto de Héctor.

Martina

Tuvo que calcular bien al entrar. La última vez que entró en el despacho pesaba veinte kilos menos. Nunca reparó en que la puerta fuera tan estrecha.

Vio a Tomás sentado en una de las sillas y dedujo para quién era las llaves del ático, cosa que le alegró.

Me alegro por él.

Héctor la besó y le tocó la barriga, en un extraño gesto, casi un abrazo para Lola. Y Lola parecía sentirlo, porque cada vez que lo sentía, reaccionaba. No solía hacerlo con nadie más. Hacía un momento los empleados la habían tocado, una manía de tocar de demasiada gente y a la que ya se había acostumbrado.

Héctor cogió las llaves en seguida y se las dio a Tomás.

—Luego te llamo para decirte la hora y dirección —le dijo⁹. Ahora vete y coge tus cosas.

Tomás se levantó y cogió las llaves.

—Gracias —lo oyó decir abrazando a Héctor. Luego se dirigió a ella⁸. Gracias.

También la abrazó.

—Te alegrarás —le dijo ella después del abrazo⁹. Estoy segura de que te alegrarás antes de lo que esperas.

Él asintió serio pero no lo veía muy convencido. Salió del despacho dejándolo solos.

Martina miró a Héctor.

—Llegó el día —le dijo ella y él sonrió.

Volvió a pegarse a ella y abrazarla, Lola se movió de nuevo.

—Y no sabes lo que me alegra —dijo él⁹. Es como si parte de ese peso lo tuviese yo.

—Claro que lo tenías tú —lo miró a los ojos⁹. ¿Quién metió a Erica en la familia?

Héctor asintió.

—Por eso lo sientes tu responsabilidad —le cogió la cara a Héctor⁸. Pero todo se va arreglando.

Lola se movió, esta vez no fue un golpe, se había removido por completo cogiendo otra postura y sentía tirantez en la barriga. Héctor lo había notado.

—Es muy nerviosa⁸ decía él buscando el bulto por la barriga.

—Tú la pones nerviosa —le decía ella con ironía.

—Seguro que no —protestó él⁸. Seguro que le encanto.

Martina rió.

—Te relaciona con dulces, estoy segura que le encantas —entornó los ojos.

—Quédate un rato —le pidió él.

—No tengo prisa —le dio un toque en la nariz a su marido.

La mirada de Martina enseguida se dirigió hacia el marco digital donde se veía una de las fotos de Lola. Esperó pero no cambiaba de imagen, antes Héctor solía tener varias que iban cambiando.

—Ya he pasado a un segundo plano —protestó y él sonrió.

Héctor la besó de nuevo.

—No es eso —se defendió él⁹. Pero me gusta mirarla todo el tiempo.

Y no lo culpaba, a ella le ocurría lo mismo. Lola volvió a moverse y Héctor en seguida volvía a buscar el bulto. Parecía una especie de juego que ambos tenían y quizás lo fuese, que ella notara que cada vez que empujaba con el pie, él le tocaba y se lo movía. A veces ella se ponía muy alterada y pateaba costillas o codeaba la vejiga, lo que eras más incómodo y la hacía casi mearse encima. Pero sobretodo cuando estaba tumbada en el sofá o en la cama, les encantaba verlos jugar así.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él.

—Siempre —respondió ella riendo.

El doctor Serrano le había dicho que si ya llevaba veinte kilos y le quedaba lo peor, podía encajarse en veinticuatro o veintiséis. Ya no tenía mucho que hacer, supuso que después tendría que poner mucho de su parte para perderlos. Ya ni Héctor podía cogerla, si quizás pesaría hasta más que él.

Él rompió en carcajadas. A pesar de verla crecer de aquella manera terrible no le veía ningún problema.

Eli

Había estado toda la mañana deseando de que llegaran las tres, pero Héctor se había marchado antes de tiempo, Alicia había tenido que salir corriendo como todos los viernes, a recoger a su hijas. Y ella tenía que quedarse a terminar el trabajo. No le importaba, cuando Héctor estaba, él era el que lo acababa y ella salía puntual. Pero por la visita de Martina supuso que merecía la pena echar unos minutos más de jornada.

Oía los ordenadores apagarse y el murmullo de los viernes, que solían ser más sonoros que el del resto de los días.

Levantó la cabeza. Carmen, Coral y Cayetana hablaban, ya tenían el bolso colgado pero estarían esperando a Diana, que la había visto dirigirse al servicio.

Sabía que los viernes solían comer juntas. La única vida social que tendría Carmen, supuso, que ya era más de la que tenía ella. Supuso que la visita de Martina habría sido un cubo de agua fría para Carmen. El embarazo de Martina iba de maravilla, por las ecografía se apreciaba que Lola sería tan guapa como sus padres, sabía de buena fuente que el matrimonio de Martina era una maravilla.

Luisa y Luna se acercaron a despedirse. Eli vio las risitas del grupo que estaba en el pasillo.

No pueden ser más imbéciles.

Eli dejó lo que estaba haciendo y fue hasta la puerta de su pequeña oficina a despedir a sus compañeras.

—Pasad buen finde ⁹les dijo con una sonrisa.

—Que pases buen finde también —le respondió Luisa.

Carmen rompió a carcajadas.

—Buen finde dicen —les dijo la jefa de administración⁹. ¿Tienes plan, Eli?

Hizo una mueca irónica y a Eli le hirvió el estómago.

—Dicen que fuera de aquí no tienes vida social —rió Diana.

La que tendréis vosotras.

Miró a Luisa enfurecida.

—Ni les respondas —le aconsejó Luisa.

—Lo mismo está enamorada del jefe y se conforma con tenerlo cerca —oyó decir a Carmen y la risas del resto.

La que va a hablar.

—Eli —trató de tranquilizarla Luna⁹. Mírame, como si no las oyeras. Buscan bronca como siempre.

El grupo seguía riendo camino a la salida.

—Vaya cuatro —decía Luna resoplando.

—Hoy están cabreadas con la visita sorpresa —les dijo Eli. Suspiró⁹. Les jode verla.

—¿Te has fijado que ninguna de las cuatro se ha acercado a ella? —decía Luisa⁹. Ni siquiera Cayetana.

Eli negó con la cabeza.

—Cayetana es igual o peor que ellas, no te engañes —le soltó Eli⁹. Ya le he visto algunos detalles y...tengo mi teoría. Sea como sea, estoy deseando que Martina pueda volver. Porque esta oficina también necesita una auditoría, pero a fondo.

Luna y Luisa rieron con sus palabras. Se despidieron de Eli y se marcharon.

Eli regresó a su mesa. Ya no se oían murmullos, los empleados se habían marchado. Supuso que aún Rogelio estaría en su oficina.

Vio una sombra y se sobresaltó. Le daba pánico cuando quedaba sola en la oficina. Exhaló aliviada, era Tomás, iba derecho al despacho de Héctor.

—Se ha ido ya —le dijo en voz alta para que pudiera oírla.

Tomás se giró hacia ella y hasta a cierta distancia pudo ver lo que le ocurría. Abrió la boca sin saber qué decir. Se levantó enseguida.

—Tomás —lo llamó mientras él bajaba la cabeza decepcionado. Era normal que buscara a su primo con desesperación.

Se acercó a él observando cada parte de su cuello y sus mejillas. Los de la cara no tenían mal aspecto, pero las del cuello eran terribles.

—¿Cuándo se ha ido? —preguntó él.

—Sobre las dos —respondió ella y él resopló.

No sabía qué decirle. Había quedado petrificada con los arañazos de Tomás, en algunas partes del cuello realmente le habían arrastrado la piel y se le veía algo de sangre. Sangre que había manchado un poco el cuello de su camisa.

Alargó la mano hacia Tomás y él se la cogió.

—Ven —le dijo y él, en silencio, la siguió.

Fueron por el pasillo de los servicios. En un rincón había un botiquín. Allí encontró gasas y un spray desinfectante. Eli comprobó que no estuviese caducado.

Su primera intención fue echar el spray directamente en las heridas de Tomás, pero lo pensó mejor y empapó la gasa, supuso que así le escocería menos.

—Lo siento —se disculpó antes de acercarle la gasa para limpiarle los arañazos.

—No tienes que sentirlo, tú no me las hiciste —le respondió él.

Lo notó coger aire mientras ella lo limpiaba, Supuso que el escozor sería fuerte en las del cuello, que eran las que sangraban. Sabía que había más bajo el cuello de la camisa, lo apartó

pero no había espacio. Tomás se desabrochó el botón y le dio margen para acabar con las de ese lado.

Eli supo que el silencio era lo mejor en aquel momento. No hizo preguntas, no hacían falta. Aquellas heridas no se las había hecho ningún gato, ningún animal de cuatro patas. Quizás una mujer soberbia que convivía con él. Le apenó ver aquellas marcas. Llevaba meses trabajando cerca de Tomás, no había que ser muy estúpida para saber que era un buen chico. En el trabajo era formal y respetuoso, buen compañero, trabajador y a pesar de tener solteras alrededor siempre respetó a su mujer. No sabía qué podría haberla llevado a reaccionar así con él. Aquello no estaba justificado con nada.

Le limpió el otro lado, que parecía estar un poco mejor, al menos con heridas menos profundas.

—Gracias —le dijo él mientras Eli tiraba la gasa y guardaba el desinfectante.

Ella sonrió.

—Ven —le volvió a decir y lo llevó hasta su oficina. Tomás se sentó en una silla. Eli buscó en su bolso y sacó un paquete de toallitas. Con una de ellas le limpió el cuello de la camisa manchado con el roce⁹. La sangre es más complicada de quitar.

Solo consiguió emborronarla.

—No te preocupes —le respondió él⁹. Gracias.

—Héctor y Martina iban a comer fuera, pero llámalos por si no están muy lejos —le decía⁹. Si quieres que lo llame yo...

Tomás tomó aire.

—Luego lo llamaré —bajó la cabeza.

Eli lo observaba.

—¿Has comido? —le preguntó ella y él se sobresaltó por la pregunta. Negó con la cabeza⁹. Ceca de aquí hay un sitio que me encanta. Así que si quieres...

—No te molestes...no...

—No tienes hambre —le confirmó ella⁹. Imagino que después de una batalla se quita el hambre.

Ella se sentó en su silla. Vio a Tomás sonreír con ironía.

—Una batalla...⁹él negaba con la cabeza. Se rascó la nariz. Eli supuso que le escocía.

—Por las pintas que traes ha debido de ser dura —le dijo sonriendo.

—Ni te imaginas —respondió él.

—Espera que acabe esto —le pidió ella y se dirigió hacia su ordenador.

Tomás esperó en silencio mientras ella tecleaba. No tardó más de veinte minutos. Apagó el ordenador y cogió sus cosas.

—Vamos —le dijo a Tomás. Era curioso. Cada vez que le pedía que la siguiera, él lo hacía sin poner impedimento, estaría realmente mal si era una especie de robot automatizado⁹¿Traes el coche?

Tomás negó con la cabeza.

—Lo perdí en la batalla —respondió él.

Eli entornó los ojos hacia él.

—¿Perdiste algo más en la batalla? —le preguntó.

Tomás la miró de reojo mientras bajaban las escaleras.

—Que mereciera la pena, no —ni siquiera la miraba sin embargo ella sonrió.

—Entonces ha sido una batalla sin importancia —le señaló hacia su coche. Un pequeño coche

azul.

Tomás no respondió.

—¿Vienes a comer? ¿O te llevo hasta tu primo? —le preguntó abriéndolo con el mando.

Tomás pareció reaccionar.

—Héctor estará ahora...pero de verdad que no tienes que molestarte...⁹le decía él abochornado.

—No es una molestia —abrió el coche⁹. Y tengo hambre. Comemos y luego buscamos a tu primo.

Tomás asintió.

Eli conocía el sitio solo de oídas. Aparcó y entraron. Llamó a su madre para decirle que no iba a ir a comer. No solía salir así que ella se sorprendió, no le dio explicaciones.

Se sentaron uno frente al otro. Eli cogió la carta y se colocó bien las gafas. Ella no tardó en decidirse. Tomás pidió lo mismo, Eli supuso que para no pensar. Sabía que tenía que estar embotado, con la cabeza hecha un torbellino.

—Me he mudado al ático de Héctor —le dijo Tomás⁹. Esta misma mañana. Vengo de allí.

Eli arqueó las cejas.

—Ese ha sido el detonante de esto —se señaló el cuello⁹. Pero no es la primera vez que lo hace —negó con la cabeza⁹. El mismo día de mi boda fue a buscar a Héctor para pedirle que no la dejara casarse conmigo.

Levantó los ojos hacia Eli.

—Cada vez que Héctor subía una foto con Martina...algo sobre su hija...su carácter cambiaba y lo pagaba conmigo —continuó⁹. He tardado en verlo. Quizás demasiado. Me aparté de Héctor y la creí a ella, tantas veces...he estado completamente ciego.

Eli lo observó con detenimiento.

—Ahora lamentarse ya es para nada —le dijo ella⁹. Ser inocente y noble no es nada malo. No debes sentirte mal. No es tu culpa.

Tomás negó con la cabeza.

—Pero sí me siento imbécil —añadió él.

—Hay imbéciles peores, lo tuyo tiene arreglo —le dijo ella con ironía y él rió.

Conseguir sacarle una breve risa hizo que algo en su estómago se removiera y no era la pasta que estaban comiendo.

—Mejor ahora que nunca —añadió Eli⁹. Así que ánimo.

—Me ha costado verlo....y una vez que lo vi, aún así...me costó tomar la decisión. Y ahora he descubierto que...⁹negaba con la cabeza⁹. No era tan difícil. Se me hacía un mundo y no era tan difícil.

—Y...¿eso ha sido por el coche? —preguntó ella.

Tomás negó con la cabeza.

—Esto ha sido cuando me marchaba —ladeó la cabeza⁹. Cuando nos casamos ella me dijo que quería un coche más grande y como teníamos el dinero de los regalos de la boda, pues pagamos parte...Está a su nombre y el préstamo al mío —hizo una mueca.

Eli arqueó las cejas.

—Pues estás jodido —le dijo ella y él asintió⁹. Porque ahora necesitarás un coche para venir a trabajar.

—Ya lo he pensado —a pesar de haber dicho que no tenía hambre, se terminó el plato⁹. El piso es alquilado pero con el coche me ha jodido.

—Bueno...⁹le dijo ella⁹. Mientras buscas uno, puedo recogerte yo. El ático de Héctor no está lejos, casi paso por allí. No me importa.

Tomás estaba contrariado.

—No es ninguna molestia —añadió Eli y sonó tan sincera que Tomás se sintió abrumado.

Veía que le brillaban los ojos. Supuso que no estaba acostumbrado al buen trato, en ningún sentido. Ella no estaba haciendo nada fuera de lo normal, algo que no hiciese otra persona. Pero en medio de un hoyo oscuro, supuso que toda ayuda le sería algo extraordinario.

—Gracias —le dijo él.

Eli sacó su móvil y fue ella misma la que llamó a Héctor y le contó lo de Tomás. Quedó en su casa en un rato.

Acabaron la comida y Tomás no la dejó pagar. Eli se sonrojó de sobremanera. Condujo de nuevo el coche, esta vez hasta la casa de Martina. Ellos acababan de llegar.

Martina se llevó a Eli enseguida hacia el jardín, y por muy disimulada que quisiera ser, Eli notó que quería dejar a solas a Tomás con Héctor.

Se sentaron en unos sofás que Martina tenía en un rincón del jardín.

—¿Y qué? ¿Cómo les ha sentado a la tropa de Carmen mi visita?

Eli se encogió de hombros.

—Hoy me ha tocado a mí —le confesó⁹. Se ríen de mi...aburrida vida. Supongo que es conocida por todos.

Martina frunció el ceño hacia ella.

—¿Aburrida? —la oyó decir⁹. Has almorzado con un hombre guapísimo y ¿ellas? A Carmen no la aguantan ni sus gatos. La que va a hablar de vida aburrida. Lo que hay que oír...

Eli soltó una risita.

—Que les den a las cuatro —Martina hizo un ademán.

Eli se asombró que dijera cuatro y no tres. Martina había incluido a Cayetana cuando ella ni siquiera estaba allí para verlas juntas. Pero no tenía por qué sorprenderse, Martina era lo suficientemente inteligente para saber que Cayetana rondaría a su marido.

—¿Cómo está? —le preguntó Martina haciendo un gesto con la cabeza hacia el interior. Eli sabía que le preguntaba por Tomás.

—Bueno...al menos está decidido. Eso es bueno.

Martina sonrió.

Merendó con la mujer del jefe y pasó con ella toda la tarde, mientras Héctor acompañaba a Tomás al abogado. Le encantó ver la habitación que Martina le estaba preparando a Lola. Entonces recordó a las cuatro arpías y lo desgraciadas que le parecían, tramando, urdiendo y soltando estupideces que no llevaban a ninguna parte. Sabía que le deseaban lo peor a Martina, así que verle el brillo en los ojos mientras le enseñaba la diminuta ropa de Lola de un armario, hizo que toda esa negatividad que desprendían sus compañeras de trabajo, desaparecieran.

Héctor

Ya Tomás y Eli se habían ido. Así que ellos habían cenado tranquilos y se habían subido a dormir.

Héctor estaba ya echado en la cama, observando cómo Martina se embadurnaba la barriga de cremas, en ropa interior, frente al espejo. No quería decirle nada, porque ella ponía gran empeño en los cuidados cosméticos, pero supuestamente la crema que ella estaba usando era para evitar las estrías, y no le estaban funcionando bien, porque la parte baja de la barriga estaba llena. Con el volumen ella no se las veía, así que prefirió que el tiempo, cuando aquella barriga se desinflara, se las mostrara por sí solo. Conociéndola, sabía que le sentarían como un tiro y ella sin conocerlas estaba feliz. Así que cerró la boca y sonrió.

Martina tenía el pecho enorme, dos tallas más de su ya llamativo pecho. Pero era evidente que el cuerpo tendría que cambiarle por completo. Recordaba a Alicia y dos pechos enormes donde sus sobrinas se alimentaban.

Sabía que Martina lo miraba de reojo. A ella le llamaba la atención que él la mirara cuando estaba en ropa interior. Pero le gustaba mirarla y memorizarla. No siempre la veía así. Dentro de Martina estaba su primera hija y eso la hacía la mujer más guapa y sensual del mundo, aunque ella no lograra verlo.

—Entonces —le decía ella⁹. Tienes que buscarle un coche a tu primo, ¿no?

Él asintió.

—Pero Eli dice que mientras tanto lo recogerá...⁹lo miró con picaresca⁹. ¿El coche puede tardar dos o tres semanas?

Héctor rompió a carcajadas.

—Pensaba tenerlo para el miércoles —le dijo él.

—¿Una semana? —se acercaba a la cama⁹ ¿Diez días?

Él no dejaba de reír. Martina se sentó a horcajadas sobre él, colocando la barriga frente a Héctor para que la viera bien. Estaba tirante, brillante por la crema recién absorbida y olía a polvos de talco. Lola pronto comenzaría a moverse.

—Déjale tiempo a Eli...⁹le pedía.

—¿Crees que Tomás...⁹negaba con la cabeza.

Ella hizo una mueca.

—Una semana —le rogó.

Héctor resopló.

—Vaaale ⁹para qué discutir con Martina.

El tacto sedoso que le dejaba la crema a la barriga de Martina hacía que aquel momento antes de dormir fuera el más maravilloso de todo el día. Comenzó a tocarla.

—Lola —la llamaba y ella no tardaba en responder a la llamada. Le encantaba que le oyera. Estar al otro lado era más complejo. Supuso que la relación de Lola con Martina era diferente, ella vivía dentro. Él estaba muy lejos de ese vínculo, él tendría que ganárselo y estaba dispuesto a hacerlo.

A veces Lola lograba deformar la barriga de su madre por completo.

—¿Duele? —preguntaba él y ella negó con la cabeza.

Martina no dejaba de observarlo. Lola respondía a cada gesto, cada vez que la llamaba.

—Va a ser hermosa y lista como su madre —reía él.

Martina le cogió la mano y se la besó. Héctor aprovechó para acariciarle la cara. Martina intentó inclinarse hacia delante para besarlo pero ya el volumen no la dejaba. Héctor reía, ella lo miró con picaresca y se tumbó a su lado.

Lola volvía a moverse, supuso que el cambio no le habría gustado. Héctor se giró para ponerse de frente a ella. Martina lo besó. No sabía si en poco tiempo aquella tranquilidad por las noches se acabaría, supuso que sí.

Héctor se inclinó sobre ella para besarla, pero ya no podía echarse por completo sobre Martina, así que volvió a colocarse de lado para que él regresara a su sitio.

La oyó reír. Se les iban acotando las posibilidades sexuales pero Héctor no se daba por vencido, la deseaba igual que siempre así que siempre encontraba las mañas para desnudarla y encajarse en ella. A pesar de que aparentemente parecieran dificultades, Martina disfrutaba igual o más que en una situación normal y eso lo volvía completamente loco. Se perdió en ella sin saber si Lola los sentiría de alguna manera.

Martina

Abrío los ojos. Por la leve luz que entraba en la habitación sabía que era temprano. Últimamente su vejiga la hacía despertarse demasiado temprano. Ya estaba en la última semana, la tendría completamente aplastada por tres kilos y medio de niña envuelta en una bolsa de fluido. Los huesos de la cadera le dolían y hasta el dormir le era incómodo. Había noches que no sabía cómo colocarse. Lo más cómodo era echarle la pierna por encima a Héctor y dejarle caer el peso de la barriga sobre la espalda, algo que sabía que era molesto para él pero se aguantaba sin rechistar.

A aquellas alturas echaba de menos dormir boca abajo, tener sexo con su cuerpo pegado de frente al de Héctor, poderse abrochar los cordones de los deportes sin ayuda, y como no, también echaba de menos su antigua ropa, sus tacones y comer jamón y carne poco hecha. Pero todo aquello regresaría en poco tiempo, cuando Lola quisiera.

Héctor estaba de frente, así que levantó la pierna y lo rodeó con ella, dejando la barriga entre los dos. El gesto pareció despertarlo porque entreabrió los ojos. Cogió la cara de Héctor para mirarlo. Tenía al hombre más guapo que hubiese visto frente a sus ojos cada mañana. Lo besó.

Seguramente sea el padre de tus hijos.

Aquellas palabras de la abuela que parecían tan lejanas, tan irreales cuando las oyó la primera vez y que le parecieron fruto de la imaginación o del deseo de una anciana, sonaban ahora tan diferente.

—Te quiero —lo oyó decirle medio dormido y sintió su mano sobre la barriga. Así que no supo si el te quiero iría por Lola o por ella misma. Quizás él aún las consideraba una sola.

Y ella lo quería cada vez más. Lola había cambiado su forma de mirarlo, ahora era el protector de la familia, una persona que necesitaba tener cerca todo el tiempo. Jamás pensó que

tendría aquel sentimiento por nadie, un vínculo real y profundo que estaba segura que perduraría el resto de años que le quedaran de vida.

Desde hacía unos días, desde que el monitor del doctor Serrano emitió algunas contracciones sueltas unos días atrás, Héctor no se había separado de ella. No quería ir a la oficina. El hecho le honraba, Martina sabía lo que significaba para él, pero quería centrarse en lo que para él era el momento de su vida, la llegada de Lola.

Aquello llegaba a su fin. Habían sido nueve meses llenos de idas y venidas a consultas, analíticas, pruebas con brebajes con un sabor terrible. Ya solo le quedaba el tramo final, el que más miedo daba.

Le dolía la espalda y las caderas más que nunca y a veces sentía una sensación extraña. La barriga se endurecía hasta quedar como una piedra hasta que el dolor le llegaba a la parte baja y luego se aflojaba. Lo podía sentir en aquel momento. Lola no se movía, por las mañanas tardaba en desesperarse. También en eso saldría a ella. Sin embargo por las noches era activa, Héctor tenía parte de culpa, la estimulaba y luego se quedaba un rato inquieta, seguidamente venía el hipo, que le movía toda la barriga y la ponía aún más activa, le costaba un rato dormirse. Y mucho temía Martina, que una vez que estuviese fuera sería exactamente igual o peor. El pecho también lo tenía diferente, le ardía, eran dos motores preparándose para producir de un momento a otro.

Héctor acabó por despertarse del todo. La besó.

—Un día menos —le dijo él. Si ella temía el momento, él sin embargo estaba contando los días para que llegara.

A él no le dolerá y yo...yo...mejor que no lo piense.

La vejiga ya no le aguantaba más. Se sentó en la cama para levantarse, se puso en pie, ya controlaba el contrapeso de la barriga y no perdía el equilibrio. El dolor de la espalda era insoportable.

No pudo aguantar, sintió caer fluido caliente por sus piernas hasta el suelo, como si un globo de agua hubiese reventado. Se miro aterrada, aquello no era orina.

—Mierda —dijo y Héctor se incorporó de un salto.

Ella lo miró aterrada y el terror se lo contagió a él que quedó inmóvil.

—Tranquila —le dijo pero sabía que el que no estaba tranquilo era él.

Martina tampoco se atrevía a moverse, estaba chorreando.

—Trae algo —le tuvo que decir para que él reaccionara y Héctor corrió hacia el baño y regresó con una toalla de lavabo.

Martina se la puso entre las piernas.

—Ve vistiéndote —le dijo a él.

Y no tuvo que repetirlo. Cuando entró en el baño, la toalla estaba mojada e incluso tenía un hilillo de sangre. Aquello le aflojó las piernas.

La barriga se le puso como una piedra y notaba algo que dolía en la parte baja, que le impedía moverse.

Ostras.

Se encorvó y hasta que no se aflojó no pudo ponerse derecha.

Y qué esperabas Martina, que se iba a caer sola.

Se metió en la ducha, para limpiarse bien de aquello. Se vistió y hasta entre dolores, se vio capaz de peinarse un poco y maquillarse. Héctor estaba cogiendo la maleta del hospital, ya preparada desde hacía alguna semana.

—¿Qué te queda? —le preguntó asomándose en el baño⁹ ¿En serio, Martina?

La miró como si estuviese haciendo un crimen. Lo único que estaba haciendo era maquillarse los ojos.

—Vámonos ya, ¿cómo te vas a poner a...?le dijo él.

Ella recibió otro dolor, cada vez eran peores. Si hubiese tenido a Héctor a mano, le hubiese dado un buen pellizco.

—No pienso salir de casa con la cara de recién levantada —le respondió de malas formas.

Él resopló.

—¿Quieres tenerla por el camino?

Martina lo fulminó.

—¿Te crees que esto sale tan fácil? —protestó ella.

Lo vio salir del baño refunfuñando, con la bolsa de Lola colgada del hombro y la maleta de Martina en la otra mano.

A los dos minutos regresó al baño.

—¿Ya? —le preguntó.

Martina terminaba de pintarse los labios.

—Espera, el pelo —lo oyó resoplar.

A ti me gustaría verte con esto que me está entrando y con lo que me queda hoy.

Volvió a encogerse y aguantó sin rechistar. Héctor acudió a ella y le dio la mano que ella le apretó.

Joder, cómo duele esto.

Cuando pasó, se volvió a poner derecha. Héctor le quitó el cono rizador y lo desenchufó.

—Nos vamos —y sonó a orden.

La agarró por el brazo y la sacó del baño. Martina agarró otra toalla para ponerla en el coche, aquello seguía saliendo.

Se montaron en el coche a toda prisa y arrancaron hacia el hospital.

Lola

Martina estaba tumbada en la cama. La habitación era amplia pero había demasiada gente, eso sí, a unos dos metros de la cama; sus padres, sus suegros, sus tíos, Alicia y Raúl con las niñas, Carol, los amigos de Héctor...

Héctor tenía a Lola pero no podía verla porque estaba de espaldas y el resto estaba alrededor.

Y no piensa soltarla.

Martina tenía la bata puesta, la misma que llevaba en el parto tres horas antes. No llevaba nada más bajo ella, así que se había tapado hasta la cintura con la sábana. Bajo esta tenía una empatadera que por lo poco que había podido ver estaba llena de sangre como si hubiesen matado a alguien allí abajo. Ni siquiera podía cerrar las piernas, le escocían los genitales y sentía una punzada en el ano. En la espalda, justo al final, aún permanecía el dolor de la banderilla que le habían puesto para anestésicarla, pero el efecto ya había pasado y recibía dolores de barriga tan grandes como los que había tenido aquella mañana. Notaba los sobacos sudados, no dejaba de sudar, supuso que era por el calor que le producía el pecho, le ardían, estaban hinchados y duros, a punto de reventar.

Estoy hecha una reverendísima mierda.

Se mirara por donde se mirara, era dolor e incomodidad. Y temía que llegara de nuevo la enfermera otra vez a estrujarle la barriga sin compasión.

Levantó los ojos hacia la familia y los amigos. Miraban a Lola, reían, bromeaban y sonreían. Y Héctor, jamás le había visto la cara así, ni siquiera cuando la miraba a ella.

Intentó mover una de las piernas, pero el dolor no la dejó. La empapadora tendría que estar chorreando y le daba un asco que se moría. Resopló desesperada por la incomodidad. Volvió a mirar a Héctor.

Dámela ya.

Pero no le veía ni siquiera la intención de acercársela. Cogió aire, tenía un calor terrible. Tuvo que encogerse con el dolor de la barriga, pero al hacerlo le dolía el pinchazo de la anestesia, desconocía qué cojones tendría en el ano que tales punzadas le daba. Se llevó la mano a la barriga, ya vacía, blanducha, extraña.

Un recipiente vacío.

Y eso se sentía, un recipiente vacío, roto, desechable o listo para reciclar. Se habían acercado a ella para preguntarle cómo estaba pero ya está, era como si su cama tuviera un halo infranqueable alrededor. Quizás su olor entre sangre y sudor no fuera agradable. Acercó su nariz al sobaco derecho, tampoco era para tanto.

Volvió a mirar al grupo, seguía sin poder ver a Lola, Héctor se la cubría por completo. Se empezó a poner nerviosa.

Míralo. Pero es que no piensa dármela.

Resopló de nuevo. Era cierto que estaba mal acostumbrada desde que tuvo uso de razón, hija única, la flor bonita y cuidada de la familia, luego la reina de Héctor.

Pues sí que han cambiado pronto las cosas.

Tuvo que encogerse de nuevo.

Si ya la he tenido qué coño es esto ahora que duele tanto.

Intentó respirar profundo y recostarse en la cama. Agradecía las visitas, pero prefería que no se demoraran en irse. Quería quedarse sola, tranquilizarse, ducharse y disfrutar de Lola, aunque tuviera que levantarse e ir a quitársela a Héctor.

Levantó levemente las sábanas para mirar debajo.

Qué asco por dios.

Desconocía la cantidad de puntos que le habrían hecho pero sentía aquello horrible. Volvió a mirar a Héctor y el coro de familiares y amigos. Allí era como si no hubiese pasado nada, ni molestias, ni dolor, solo felicidad.

—Va a llorar —escuchó decir a Alicia⁹. ¿Ha comido ya?

No ha comido por eso a mí me van a reventar las tetas.

—No —decía Héctor girándose hacia Martina.

Hombreeee, por fin se acuerda de mí. No hay otras tetas cerca, ¿verdad?

Lola rompió a llorar con fuerza. Un sonido parecido al maullido de un gato.

—Tiene el genio de mi madre —oyó decir a su padre y ella sonrió sin remedio.

Héctor se acercó a ella y le dejó a Lola en el regazo, despacio, como si fuera a romperse. Desconocía si él había cogido a muchos recién nacidos, lo hacía realmente bien. Sin embargo para ella era algo nuevo, no sabía ni cambiar un pañal.

Lola dejó de llorar, le encantaba que la reconociera.

¿Ves? Madre no hay más que una.

La niña la miraba mientras se metía medio puño en la boca. Era pequeña, casi diminuta, ligera y blandita. Tenía unos ojos enormes, sin pestañas, ni cejas. No tenía excesivo pelo en la cabeza, pero lo tenía oscuro como Héctor. Tal y como se deducía por las ecografías, la nariz era como la de ella, y los labios gruesos aunque la barbilla era exacta a la de Héctor.

Una mezcla.

—Inténtalo a ver —le dijo él y enseguida la cama se rodeó.

No pienso sacarme el cántaro aquí delante de todo el mundo.

Martina miró a su alrededor. Carol reaccionó.

—Vamos fuera —les dijo al resto.

Alicia en seguida empujó a su padres para salir a la sala contigua, donde había varios sofás para las visitas. Cuando salieron Héctor cerró la puerta.

Martina observaba a Lola, memorizando cada parte de su cara. No podía creer cómo hacía un rato largo aquella niña había podido estar plegada en su barriga.

—Venga —Héctor se inclinó hacia ellas.

Este va a dar más calor que las tetas. Lo veo venir.

Lo miró fulminándolo. Estuvo a punto de mandarlo con el resto pero se contuvo. De nuevo fijó su atención hacia Lola. Se desabrochó los botones de la bata, como ya Lola estaba en ese lado, sacó la izquierda. Si por la mañana ya se despertó con el pecho enorme, ahora ya daba miedo verlo. El llanto de Lola no había hecho más que aumentar el calor.

La giró un poco y la niña comenzó a mover la cabeza buscando.

Instintos primitivos. La huele, sabe dónde está.

Fue consciente de que la especie humana no dejaba de ser un animal, y podía comprobarlo en aquel momento, cuando aún no había razón, lo único que quedaba era el instinto.

Le facilitó un poco las cosas y Lola abrió la boca y se aferró como una potente ventosa

succionadora.

—Ahhhh ⁹Martina pegó un bote.

Aquello dolía de sobremanera. Tiró de Lola, pero no había forma de quitarla, para despegarla de allí tendría que arrancarse el pezón.

—¿Qué haces? —le decía Héctor sujetando a la niña.

—Duele —se le saltaron las lágrimas, quería quitarla de allí pero era imposible sacarle el pezón de la boca.

—Pero tiene que....

—Como a ti no te duele ⁹ protestó ella de peores formas de las que debía.

Apretó los dientes y cerró los ojos.

Joder, es como una puñetera cañería seca. No sale casi nada y duele con sus mulas.

Levantó la barbilla.

Y esto por qué coño no te lo cuenta nadie. Como si el parto fuera el final, un mal rato, dicen. Una mierda. Ahí no acababa la cosa.

Hiperventilaba. Lola era una auténtica succionadora, no podía creer cómo una boca tan pequeña podría chupar tan fuerte.

Lola se detuvo un momento, Martina creyó que la tortura había terminado. Pero solo lo había hecho para protestar y volver a aferrarse con fuerza.

Ya sé que no sale una mierda. Pero es oro líquido, créeme.

Entonces recordó todo lo que había leído sobre la maravilla de la lactancia materna, el vínculo, las propiedades y las miles de fotos hermosas de madres amamantando a sus bebés.

Nadie, nadie dice esto. Si lo llego a saber, le dan por saco al vínculo y a los beneficios.

Aquel dolor se disipó levemente o se empezaba a acostumbrar a padecerlo. Lola protestaba.

—A lo mejor no hay más, prueba en el otro —le decía Héctor.

Volvió a fulminarlo con la mirada. De nuevo se calló la fresca que podría haberle soltado. Ni siquiera sabía cómo podía quitar a Lola del que tenía ya cogido.

Tiró de ella pero comprobó que no lo soltaba. Martina metió el dedo meñique entre los labios de Lola y el pecho.

—A ver si le vas a hacer daño —lo oyó decir.

Lo que yo diga, este va a dar más por culo que la niña.

Al fin liberó el pecho y exhaló con tranquilidad. Notaba el sudor caérsele por la espalda. Se miró la teta y la hinchazón seguía ahí. El pezón estaba tamaño tetina de biberón, rojo y con una rajitas pronunciadas, podía ver sangre en el interior de ellas.

Ostras.

Se la tapó y agarró a Lola para girarla, era una auténtica peso pluma, no se le caería en la vida, menos aún teniendo en cuenta que estaba en la cama, pero Héctor aún así no se quitaba de encima. Martina se sacó el otro cántaro, el derecho, ese estaba aún más hinchado que el anterior.

Lola había aprendido rápido y en cuanto notó el pezón cerca atacó. Martina se contorsionó.

—No hagas eso —Héctor corrió a sujetarle a la niña.

Abrió los ojos hacia él.

—¿Y qué quieres que haga? —protestó ella.

Me duele la teta como no te imaginas, como si estuviesen pasando agujas por el pezón, Pero no solo eso, me duele la barriga, el culo, la espalda, el chocho. A ti me gustaría verte aquí.

Intentaba aguantar pero no podía. Apretó los párpados, los dientes, esperando que el primer tirón, el más doloroso, se disipase. El sudor por la espalda no paraba.

Miró a Héctor desesperada.

—Ve a por un biberón —le decía rendida⁹. Yo esto no lo aguanto.

Héctor frunció el ceño.

—Ya lo hemos hablado y quedamos en...

—No puedo —no podía ni hablar. Si el otro pecho tenía grietas que sangraban, en este, que el dolor era mayor, la sangre estaría saliendo aún en más cantidad que la cosa pastosa que Lola estaba consiguiendo sacar a fuerza de succiones.

—Claro que puedes, todo el mundo puede —le decía él.

Todas las mujeres dirás. Los hombres no podrían, ni uno, estoy convencida.

Notó la mano de Héctor en la cara y la besó en la frente.

Agradeció el gesto. Por un momento dejó de sentirse recipiente vacío o fábrica de leche. Apoyó la cara en la mano de Héctor y dejó caer el peso sobre ella.

—Es increíble lo que has hecho hoy —lo oyó decir⁹. Tendrás que estar...

Por fin lo reconoce. Y sí, estoy hecha una puñetera mierda, no puedes hacerte una idea.

Héctor levantó las sábanas por un lado y miró lo que había debajo.

La otra cara de esto, la parte opuesta a enseñar orgulloso a la niña a todo el mundo. Esta es la parte imprescindible y necesaria.

Le apreció la cara descompuesta.

—¿Eso es normal? —preguntó contrariado.

—Con la leña que me da la enfermera cuando viene, supongo que sí —ya el dolor se iba disipando.

Héctor la besó en la sien y luego besó la cabecita de Lola.

—Yo creo que ya —Lola estaba ya dormida, del esfuerzo supuso. Martina apreció que la niña sudaba tanto como ella.

Esfuerzo mutuo.

Héctor fue a cogérsela pero ella lo apartó.

Quietooooo, ahora me toca a mí.

—Ni hablar —le dijo y él sonrió —Ahora mismo es más mía que tuya así que...⁹le hizo un gesto con la cabeza para que saliera de allí.

Héctor se echó a reír.

—Sí —continuó ella.

—Ahí pone Lola Lara Vega —rebatía él⁹. Es mía igual que tuya.

—Oficialmente lo será en unos días —le decía ella⁹. Ahora mismo su único identificador es esto —le señaló la pulserita del tobillo de Lola⁹ ¿Y ves? —le enseñó la pulsera en su muñeca⁹. Es solo mía.

Héctor fruncía el ceño divertido.

—Así que puedes salir cuando quieras —le dijo ella en tono irónico.

Que te dé el aire un ratito.

Héctor arrastró un sillón hasta colocarlo junto a la cama.

—De eso nada —le respondió él⁹ Me quedo aquí.

Martina se llevó la mano a la frente.

Madre mía, la que me queda con este.

Martina

Había perdido la cuenta de las veces que se había duchado al cabo del día. Ya llevaba en casa casi una semana y su nueva etapa comenzaba, ya que en el hospital todo parecía demasiado surrealista.

Se secaba con la toalla a toda prisa, antes que se manchara. Tenía que ponerse las bragas con una compresa enorme, el sujetador y los discos lactantes. Demasiadas cosas para tan poco tiempo. Y no serviría de mucho. A las pocas horas volvería a oler a sudor, a sangre corrompida y a queso fresco.

Se miró al espejo ya con la ropa interior y todas las protecciones puestas. Su barriga se había vaciado, solo eso, vaciado. Le daba hasta repelús tocársela, con lo acostumbrada que estaba a la tirantez, a Lola moviéndose todo el tiempo. Echaba de menos aquella sensación y el vacío se extendía más allá de lo físico.

Ladeó la cabeza sin dejar de mirarse. Era algo terrible. De los veintitantos kilos, solo había conseguido perder cuatro en el parto y no tenía ni idea de cómo iba a gestionar el destrozo que se le había quedado.

Tuvo que contener la risa. Su cuerpo era como el de un muñeco de nieve que se estaba derritiendo. Como si la ley de la gravedad fuera más fuerte que nunca. Hundió un dedo en su barriga.

Qué horror.

Se asomó a la habitación. Lola estaba en una hamaca a ras del suelo. Tenía el chupe puesto, pero se lo sujetaba con la mano, mientras con los ojos abiertos como platos, casi sin pestañear, miraba a su padre. Héctor está de rodillas en el suelo, con unos jeans desabrochados y sin camiseta, haciéndole morisquetas. Lola lo observaba perpleja.

Ya está descubriendo el nivel de estupidez de los hombres.

Se detuvo a mirar a su marido. Él estaba tan perfecto como siempre, su piel seguía siendo tersa, su cuerpo envidiable.

Volvió a mirarse al espejo. El muñeco de nieve seguía derritiéndose. Se metió el dedo en el ombligo e intentó alzar la barriga. Bajo el ombligo había unas rayas rojas, parecían arañazos pero sabía muy bien que no lo eran. Las líneas rojas eran piel rota a pesar de ponerse todo lo habido para prevenirlas. Heridas de una guerra exclusiva para mujeres. Sacó el dedo del ombligo y la barriga volvió a caer.

Pero qué horror.

Volvió a reír para no romper a llorar. Se apoyó en el marco de la puerta para seguir observando a Héctor y a Lola, ninguno de los dos eran conscientes de que era observado y eso le gustaba. Eran absolutamente perfectos. Lola, pequeña, frágil pero despierta, observadora, con cierta obsesión por no separarse de su pecho.

Y Héctor...

Él sigue siendo el de siempre. Exactamente igual, pero ahora con un atractivo añadido. Es la otra mitad de la persona que más quiero en este mundo.

Observarlo sin camiseta, con el pantalón desabrochado a través del cual se le veía el elástico de la ropa interior, hizo que sintiera cierta punzada en los genitales. Pero aquello solo hizo aumentarle el dolor de los puntos. Tenía puntos tanto por fuera como por dentro. Escocían, dolían, picaban. Entre puntos y hemorroides permanecer sentada era una pesadilla, así que no quería ni imaginar cuándo recuperaría su vida sexual.

De todos modos con estas pintas que tengo tampoco creo que él tenga muchas ganas de recuperar nada.

Lola se hartó de las payasadas de su padre, se quitó el chupe con genio y comenzó a llorar, o más bien a gritar, que era su forma de pedir comida. En cuanto Martina oyó el grito, sus pezones se activaron, saliendo leche a borbotones.

Hizo una mueca y salió corriendo hacia la cama. Estiró una toalla y se tumbó de lado. Héctor ya traía a Lola y la acostó sobre la toalla. Martina giró a la niña colocándola de lado y la enganchó. Aquella postura le era más que cómoda. Las grietas se curaban pero aún así los primeros segundos eran dolorosos.

Ya la leche fluía, de hecho, a Lola le caía por las comisuras de la boca, de ahí que pusiera la toalla. El olor cuando se secaba era realmente desagradable.

Héctor se quitó el pantalón y se tumbó al otro lado, tras la espalda de Lola, pegado a ellas. La besó en la cabeza mientras comía. Martina supuso que en ese momento a Lola le daba igual lo que le hiciese, para ella solo existía una teta, olor a leche y comida caliente para el estómago.

Martina estaba tan cansada que en cuanto se tumbaba en la cama los ojos se le cerraban. No estaba acostumbrada al sueño entrecortado, y ahora tenía que despertarse cada tres o cuatro horas. No lo llevaba bien, ella era dormilona, tanto que cuando por las noches en el sueño más profundo, oía los llantos de Lola, tardaba unos segundos en reaccionar. Héctor sí reaccionaba al mínimo ruido de la niña, pero él poco podía hacer, aunque se levantara y la cogiera, no tenía en su poder nada que quisiera la niña.

Todas las noches hacían lo mismo, colocaban a Lola en medio de ambos hasta que ella se saciaba y quedaba dormida. La dejaban allí un rato mientras ellos comentaban lo bonita que era mirándola como imbéciles, y luego la dejaban en la cuna.

Era un momento que a Martina le gustaba y que pensaba que Héctor disfrutaba de la misma manera. En los días que llevaban en casa, siempre estaban rodeados de visitas, estaban Adelina y Andrea, nunca los tres solos.

Miró a Héctor, él observaba a Lola mientras le acariciaba la pequeña espalda. Ahora la soledad con su marido tenía una nueva realidad. Ahora era una soledad de tres, difícilmente podrían ser dos, imaginó que en demasiado tiempo la soledad no volvería a ser de dos. Pero no era algo que la incomodara, al contrario.

Tocó la orejita de Lola, ella era parte de ellos dos, ocupaba un espacio que ellos habían preparado para ella, que habían adaptado para ella, el puzzle ahora tenía tres piezas. Supongo que eso era lo significaba la palabra “familia”. Nunca se dio cuenta de eso cuando ella pertenecía a otra familia, cuando ella ocupaba el lugar de Lola. Ahora sentía el significado completo y ahora entendía cuando Héctor insistía en que quería una. Él lo deseaba y ella no se lo planteaba sin embargo. Pero ahora había descubierto que sin saberlo la deseaba también.

Lola se dormía. Dejaba la boca quieta, y de cuando en cuando, parecía recordar que estaba comiendo y succionaba una vez más. Sabía que tenía que dejarla un rato más para que se durmiera por completo y no se despertara al retirarle el pezón.

Lola respiraba tranquila y aquella tranquilidad la contagiaba a ella. Apoyó la cabeza por

completo en la almohada.

Héctor se pegó por completo a la espalda de Lola y pasó el brazo por encima de ella, apoyándolo en la cadera de Martina. Ella sabía que también a él le transmitía aquella sensación. Tenía la cara de Héctor frente a ella, en la almohada. Se acercó más a ella y pegó la nariz a la de Martina, mientras enredaba sus piernas con las de ella. Lo único que los separaba era el escaso espacio que ocupaba Lola. Y sin embargo quien ocupaba aquel espacio que los separaba, los unía aún más.

Héctor la besó.

—Esto sobrepasa todo lo que esperaba —le dijo él acariciándole la cara⁹. Es aún mejor.

Héctor la rozó con la nariz de nuevo y sonrió.

—He sido un idiota demasiado tiempo...⁹continuó⁹. Pensaba que tenía tanto...⁹Bajó los ojos para mirar a Lola, luego los subió hasta Martina⁹. Y no tenía absolutamente nada. Nada que mereciera la pena —le cogió la cara⁹. Ahora sí que lo tengo todo.

Y yo preocupándome porque parezco un Teletubbie con relleno flojo. Yo sí que soy imbécil.

Héctor iba a estar una temporada con ellas. Pero mucho temía que su baja paternal no iba a ser tan larga como marcaba la normativa. No podía dejar la empresa tanto tiempo. En cuanto ella...

Bajó los ojos hasta Lola. Todas las ideas rígidas que tenía en la cabeza, cómo se había planteado su vida, su trabajo, se habían hecho moldeables y se habían transformado en algo diferente. Quizás porque Lola era pequeña, indefensa, dependiente y no quería ni pensar en estar lejos de ella.

Apoyó la frente en la de Héctor y cerró los ojos. Quería aprovechar el momento pero no podía evitar dormirse. Esperó que Héctor no lo hiciera también y en un rato llevara a Lola hasta la cuna.

Héctor

Ocho semanas era lo único que se había podido permitir sin aparecer por allí, aunque hacía trabajo desde el despacho de casa.

A Alicia se le había acumulado el trabajo, pero era algo que ya habían previsto. Todo el peso lo habían llevado Rogelio y Alicia, que junto el apoyo de Eli, Carmen y Cayetana, no habían podido sostener aquello por más tiempo.

—Bienvenido —le dijo su hermana como si estuviese mirando a un dios. Héctor rió⁹. Quiero un plus por estos dos meses.

—Y yo otro —Carmen los rebasaba.

—Si es por pedir —Reía Cayetana desde su mesa. Levantó la mano.

Héctor negaba con la cabeza sin dejar de reír.

—No sabes cómo ha sido —protestaba Alicia.

—He ayudado en lo que he podido —se defendía él.

—No es lo mismo —decía Alicia⁹. ¿Sabes cuántas tiendas tienes? Te juro que una a una, parecen muchas más.

Entraron en el despacho. Carmen y Rogelio los siguieron.

—Esperad —les dijo Carmen⁹. ¡Cayetana!

La joven se levantó de su mesa. Héctor arqueó las cejas, le era curioso que incluyeran a Cayetana en una reunión de los jefes de la empresa. Carmen se dirigió a Héctor.

—Dirige las auditorías —le explicó⁹. No la has ascendido, cobra lo mismo pero ha realizado el trabajo.

Carmen lo miró fijamente. Héctor miró a Alicia, pero esta desvió la mirada. Ya lo hablaría en otro momento con ella. No sabía por qué no se lo había planteado su hermana y sin embargo lo estaba haciendo Carmen.

Entre los cuatro lo pusieron al día de todo. Habían retrasado la apertura de una nueva tienda hasta el regreso de Héctor. No había habido más errores en los albaranes del almacén, y Cayetana había organizado unas auditorías en cada local exactamente iguales a la del almacén y estaba a la espera de que Héctor las aprobara.

Cuando ya se hubo informado de todo lo que creyeron conveniente que debía saber el dueño de la empresa, salieron uno a uno del despacho y quedó solo con Alicia.

—¿Qué es lo que pasa con Cayetana? —le preguntó a Alicia.

Alicia resopló.

—Si me dices la verdad, no lo sé —Alicia se sentó en su mesa⁹. Formas un nuevo departamento, la incluyes y no sé cómo pero lo ha organizado y parece ser que lo dirige de alguna manera...Funciona bien, hay que reconocérselo. Y esa idea que ha tenido de auditar cada tienda es muy buena, pero...Yo no le daría más poder del que tiene o tendrás que lidiar con dos Carmen.

Héctor arqueó las cejas. Alicia sonrió.

—Han hecho piña, se apoyan una a la otra —añadió⁹. Ahora son más fuertes. Yo sé torearlas bien, sabes cómo soy. Hay problemas ahí fuera, Luisa...Eli, sé que la tensión continúa. Y cuando tu mujer regrese te puedo asegurar que rodarán cabezas.

Héctor hizo una mueca.

—Cuando Martina regrese yo volveré a mi cargo, Carmen volverá a ser empleada rasa y le va a sentar como un tiro —continuaba⁹. Y en el caso de que ascendieras a Cayetana, no dudo de que Martina tendría los mismos problemas con ella que tiene ahora con Carmen, y la tendrá en contra también. Y ya sabes la teoría de las manzanas podridas...

Héctor asintió.

—Lo que no sé es por qué contraté a tantas mujeres —respondió él con ironía.

—Porque somos más listas por supuesto y sabemos hacer muchas cosas a la vez.

—No lo discuto, pero sois tremendas —protestaba él⁹. Esas guerras inexplicables.

Alicia negó con la cabeza.

—Sabes que le tengo aprecio a Carmen —le decía su hermana⁹. Pero fue un error traerla a aquí. Ya no es la niña que jugaba con nosotros. Ha cambiado y parte del mal ambiente de esta empresa lo arenga ella. Lo he visto claro, Héctor. El tiempo que he estado sola con todos ellos lo he visto claro.

Héctor puso el codo sobre la mesa.

—¿La despedirías? —preguntó a su hermana.

—Le daría una oportunidad más —respondió ella⁹ solo una.

Héctor tomó aire.

—Pero dejarla tirada...se compró un piso hará un par de años...

—Por eso mismo debería cambiar su actitud. Si no lo hace es porque su...odio interno le puede más que su necesidad —negó con la cabeza⁹. Esa forma de tratar a Eli sin motivos. Sabe que ha hecho gran amistad con Tomás y aprovecha la mínima para dejarla en ridículo delante de él. Cuando ve que alguien pueda tener un mínimo de...⁹negó con la cabeza de nuevo.

—¿Amistad?

Alicia sonrió.

—Es solo amistad y mira que he indagado con ambos. Y al parecer sí, es solo amistad, pero pasan mucho tiempo juntos fuera de la oficina —reía ella⁹. Salen a comer, al cine...

Héctor comenzó a reír.

—Verás cuando se lo diga a Martina...

—Ella lo sabe —le respondió Alicia y él se sobresaltó⁹. Habla mucho con Eli. No pongas esa cara, por qué te lo iba a contar a ti. Eli no es tu amiga, es tu secretaria. La vida personal de tus empleados te es indiferente o debería al menos.

Héctor levantó la mano para que lo dejara en paz.

—Vale —encendió su ordenador⁹. ¿Y qué hago con Cayetana? ¿La dejo haciendo ese trabajo con el mismo sueldo? No es objetivo, ni justo.

Alicia se encogió de hombros.

—Es tu empresa, tú decides —le respondió ella.

Eli

El jefe había regresado y todo era lo más parecido a la normalidad. Durante el desayuno les había enseñado mil y una fotos y videos de Lola, aunque la mayoría ya las había visto porque se las enviaba Martina. Pero siempre daba más gusto mirarlas delante de Carmen, Diana, Coral y Cayetana, que sabía que ardían de la envidia.

—Que les den —murmuró mientras se colocaba las gafas.

Cayetana salió del despacho de Héctor con la barbilla alta y unos contoneos importantes. Siempre iba arreglada pero últimamente se inclinaba por vestidos de punto completamente embutidos, lo que le resaltaba una espléndida figura que más quisiera para ella misma.

Entornó los ojos hacia ella. Había salido con una amplia sonrisa y ahora, detenida junto a Coral y Carmen, la felicitaban y abrazaban.

Esto lo sabía yo. Que la han ascendido.

Lo buscaba a toda costa. Ni siquiera era un puesto vacante, ni siquiera existía, pero había puesto todo de su parte y había trabajado horas interminables, para finalmente salirse con la suya.

Y aunque me caiga como el culo no puedo decir nada, porque se lo ha currado.

Héctor salió tras ella. Supuso que andaba buscando a Alicia, pero ellas lo detuvieron para comentarle algo. Al parecer alababan la decisión del director.

Que asciendan a esta les gusta. Lo de Martina les sentó como una patada en el c...

Héctor se alejó de ellas. Alicia estaría en el almacén. Eli aprovechó para dejarle a su jefe el trabajo terminado sobre la mesa.

—¿Ves lo que te decía? —oyó la voz de Carmen, pero se hizo el silencio en cuanto Eli pasó cerca.

No hay quien les pille una. Tienen ojos hasta en la nuca.

Se apresuró para coger sus cosas para salir de allí. No veía a Tomás pero lo esperaría en los aparcamientos. Eran las tres y dos minutos. Nunca había sido tan rápida en el trabajo hasta que no comenzó a quedar con Tomás días alternos para comer. Había una extraña conexión entre su rendimiento laboral y Tomás. O eso o que cada vez le gustaba más su compañía y por eso se daba prisa en el trabajo para salir puntual.

—¿Hoy también vas con Tomás? —preguntó Diana con ironía.

¿A ti te voy a dar explicaciones sobre mi vida?

—¿En serio Eli? —se sorprendía Carmen⁹. No es que me sorprenda pero viendo a su ex —la miró divertida⁹. No creo que seas su tipo.

Oyó la risa de Diana.

—Eso sí, ahora estás más mona —le dijo Coral pero notó ironía en su voz.

—Quizás siga consejos de su querida amiga —reía Carmen⁹. Quizás te quiera en la familia también⁹reían⁹. Síguelos, sin duda, te llevarán por buen camino.

¿Pero qué me está diciendo esta petarda?

—Es un hombre dolido —decía Diana⁹. No te confíes. Seguramente se consolará contigo.

Pero en cuanto se termine de consolar buscará otra cosa mejor.

—Claro, no creo que se conforme —intervino Coral.

—No le digáis eso —decía Cayetana y le sorprendió que la defendiera aunque fuera con ironía⁹. No le quitéis la ilusión a la muchacha.

Carmen hizo un ademán.

—Conozco a Tomás —Carmen se giró dándole la espalda a Eli —. Suerte, Eli. Lo mismo te va tan bien como en el trabajo.

Rieron a coro.

—La ex es impresionante —las oía murmurar⁹. ¿Cómo se va a fijar en esta?

Eli bajó la cabeza abochornada. Se metió de nuevo en su despacho y soltó el bolso.

Y por mucho que me joda es que llevan razón. No puedo hacerme ilusiones. No soy de la clase de mujeres en la que se fijan los hombres como él. Solo le estoy ayudando a salir del agujero. Poco más.

Suspiró. Levantó la cabeza. Tomás estaba en la puerta y la observaba en silencio. Ella se preguntó cuánto tiempo llevaba allí.

—Lo he escuchado desde el despacho de Alicia, pero cuando he salido ya se habían ido —le dijo él y Eli enrojeció.

Que él lo hubiese escuchado le abochornaba aún más.

—Anda, vamos —le dijo él.

Bajaron las escaleras y llegaron hasta el coche. Como iban a almorzar al otro lado de la ciudad, Eli aquella mañana no había llevado el coche. Se montó en el de Tomás. Él arrancó.

—Carmen es soberbia, déspota y cruel —protestaba Tomás⁹. Y si mi primo tuviese dos dedos de frente ya la hubiese despedido.

Negaba con la cabeza.

—Le da pena, pero con la pena tiene a buenos empleados machacados —continuó⁹. Luisa, Luna..., tú.

—Y Martina —añadió Eli.

—¿Martina? Ella es un huracán. Cuando ella regrese, o Héctor hace algo o acabarán...

—De los pelos, sí —lo cortó ella y ambos rieron.

—Estaría bien. Apuesto por Martina.

—Y yo.

Se miraron, Eli sonrió.

—Es que encima se ha reunido con ese grupo de...⁹ siguió él

—Envidiosas —Eli completó la frase. Tomás asintió.

—Ten en cuenta que todas les echaron el ojo a tu primo, no tenían posibilidades, pero tú sabes, el poder de la fantasía. Y llegó el huracán y consiguió todo lo que ellas deseaban.

Tomás hizo una mueca.

—Ya de antes eran imbéciles —seguía Eli⁹. El después ya lo has visto.

Eli bajó la cabeza.

—Carmen se la tiene declarada a Martina —añadió Eli⁹. ¿La has visto con Cayetana? —Eli negó con la cabeza⁹. Carmen no es así con nadie si no le interesa. Sabe que a Cayetana también le mola tu primo y la empuja todo el tiempo.

Tomás se sobresaltó con las palabras de Eli.

—Sí, no tengo pruebas pero tampoco dudas. No sé explicarte, detalles, lo que sea —se excusó ella⁹. A la chica se le cae la baba con tu primo, eso no es malo, no pasa nada. Pero algo hace

Carmen para que Cayetana actúe...

Como si Héctor bebiera los vientos por ella y fuera la futura jefa de la empresa.

—Y sea lo que sea es culpa de Carmen.

Tomás frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Se lo has dicho a Martina? —preguntó él con interés.

Eli negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que no tengo pruebas y la puedo liar parda porque Martina tiene fe ciega en lo que yo le diga ⁸le dijo ella asustada⁹. Hasta que no esté completamente segura no puedo decir nada. Solo defenderla cuando la insultan.

—Es lo que no entiendo...cómo Héctor permite que la insulten.

—Él no lo sabe. Delante de él no lo hacen. Además es muy delicado. Carmen tiene a mucha gente de su parte. Si la echaran...todos los empleados pueden cogerle cierta tirria a la empresa y eso sería terrible porque ahora mismo funciona bien. No es tan fácil esto como “Insultas a mi mujer y yo te despido”. Porque para el resto de empleados es un “Despide a todo el que insulta a su mujer”. Y sí, antes despedían a todo el que discutiera con Carmen, ok. Pero ella era fundadora de la empresa, casi. Lleva ahí más años que las mesas. Y Martina solo lleva un año efectivo, el otro lo ha pasado ausente. Y para los empleados ella está ahí porque se ligó al jefe. Lo más inteligente es tal y como lo están haciendo. Dirigir a un equipo humano tan grande, sin que te roben, sin que te odien, sin que haya malos rollos, es muy muy difícil.

Tomás aparcó y salieron del coche.

—Pues yo pienso que no deberías permitir que te hablen así —le dijo él ya andando a su lado hacia el restaurante⁹. Jamás.

Eli tomó aire.

—Supongo que ya me he acostumbrado —respondió ella.

Tomás se detuvo y Eli se detuvo a su lado.

—Eli, nunca debes acostumbrarte a que te traten mal —le dijo Tomás mirándola a los ojos⁹. Y te lo estoy diciendo yo.

Eli apartó la mirada de él pero Tomás le cogió la cara para que lo mirara.

—Te lo repiten tanto que lo acabas creyendo —añadió él⁹. Que le das la razón.

Tomás sonrió mirándola.

—Y nunca la llevan —no le apartaba la mirada⁹. Nada está más lejos de la verdad.

Eli quedó inmóvil. No se atrevía a moverse un ápice. Tomás se inclinó hacia ella entreabriendo los labios y los colocó sobre los suyos. Fueron unos segundos, luego se retiró despacio.

Notó que las gafas se le estaban resbalando pero no era capaz ni de volver a colocárselas. Tomás sonrió, levantó la mano para colocárselas él. Eli, volvió a mirarlo, él sonrió.

Sintió cómo le cogía la mano.

—Vamos dentro —le dijo él.

Por primera vez en su vida, sintió que los pies caminaban sin pisar el suelo.

Martina

Habían cenado fuera de casa pero con Lola no querían demorarse mucho en regresar porque ella estaba acostumbrada a unas rutinas y llevaba mal los cambios.

Ya tenía tres meses y medio, y comenzaba a empezar a pasar más tiempo despierta y a interactuar a las continuas morisquetas de Héctor, lo que aumentaba el tiempo que él pasaba haciéndoselas.

Acababa de entrar el verano y se estaba realmente bien en la calle. En su defecto, habían salido al jardín. Tenían a Lola en la hamaca sobre el sofá. A pesar de los esfuerzos de Héctor, a ella se le empezaban a cerrar los párpados.

Sí, hija, los hombres son tremendamente pesados.

El teléfono de Martina emitió un sonido. Le acababa de llegar un mensaje. Lo cogió de la mesa, que estaba junto al de Héctor.

Era Eli, no pudo contener la sonrisa al leerlo. A aquéllas alturas Héctor ya lo sabía, y Alicia, y Luna y Luisa. Carmen y el resto supuso que lo intuían.

No sabes lo que me alegro, preciosa.

A pesar de las aparentes diferencias entre Eli y Tomás, los sentía similares y no se equivocó. Por muy dislocada que pareciera su idea en un principio, no se había equivocado.

El teléfono de Héctor también sonó, uno de ellos, el de trabajo. Él alargó la mano desde el otro lado de Lola y le pidió que se lo diera sin dejar de mirar a la niña. El móvil sonó otra vez y una tercera.

La leche, quién coño es un sábado por la noche.

Martina lo cogió. El móvil estaba bloqueado, pero el último mensaje llegó justo cuando lo tenía en la mano.

“Espero que tu mujer no se haya molestado. No quisiera meterte en un lio”

Me cago en tu puta madre, Cayetana.

De inmediato le ardieron hasta las orejas. La cara se le tuvo que descomponer, porque Héctor la miraba a ella y al teléfono sin entender.

—¿Qué pasa? —preguntó contrariado.

—Tu empleada —no pudo decírselo en mejor tono. Le dio el móvil.

Héctor desbloqueó el móvil y leyó los mensajes. Martina miraba hacia otro lado. Sabía que Héctor la había ascendido a jefa de Auditoría, algo que sí se merecía, no le parecía mal. Sabía que estaba haciendo un buen trabajo, y también sabía que algún que otro día habían ido juntos a algunas tiendas. Todo eso lo asimilaba y lo digería lo mejor que sabía.

Pero a qué coño viene ese mensaje y un sábado por la noche.

No era la única empleada de la que había leído mensajes a horas poco comunes. Alguna encargada o segunda encargada de tienda, ya había probado suerte. Pero estaba de Cayetana

hasta el moño.

Héctor le enseñó la secuencia completa, quizás su enfado se notaba demasiado, lo que a su vez la abochornó.

Martina miró los mensajes al completo. Cayetana preguntaba algo del lunes, porque tenía médico por la tarde y no podría trabajar más allá de las dos. Se disculpó por la hora y por el momento. Y por eso le había dicho que esperaba que ella no se molestara y no meterlo en un lío.

Y veo bien la disculpa, lo último sobraba. Porque ese espero que no me moleste es precisamente lo que me ha molestado.

Desabrochó a Lola de la hamaca ante la mirada sorprendida de Héctor.

—¿Dónde vas? —le preguntó él.

—A darle de comer y a dormir —le respondió ella entrando en la casa.

Héctor miró la hora. Los fines de semana solían acostarse más tarde.

—Martina —la llamó y ella se giró hacia él. Héctor miró su móvil⁹. ¿Por esto? ¿En serio?

Casi lo veía divertido.

Encima se ríe. Que te den.

Subió las escaleras hasta la habitación sin esperarlo a que cerrara la puerta del jardín y apagara la planta de abajo.

Cayetana hasta en la sopa. Hasta los cojones ya.

Pensaba incorporarse en un mes o menos al trabajo, pronto se acabaría su baja maternal y aún dudaba en qué hacer. Una parte de ella quería volver, sabía la problemática entre los empleados, o más bien los problemas que producía Carmen, pero por el otro lado estaba Lola y la forma en que la miraba. Desde que nació no se habían separado más que el tiempo en que ella se duchaba. No quería hacerla pasar por una separación, y si era sincera con ella misma, tampoco ella estaba preparada para dejarla atrás. No podía explicarlo, pero la invadía una especie de pena tan solo de pensarlo que...

Que me va a reventar la cabeza.

Héctor le decía que no había prisa. Era cierto, no la había, pero Cayetana la ponía realmente nerviosa. Una mujer joven, brillante y preciosa rondaba a su marido de manera cada vez más descarada y ella...

Se miró de reojo en el espejo.

No soy ni la mitad de lo que era.

Lo kilos no se iban tan rápido como esperaba. Estaba lejos, muy lejos de volver a entrar en su ropa. Había comenzado a hacer pilates con bebés, pero eso era algo muy débil para la cantidad de kilos que le sobraban. Necesitaba algo más fuerte lo cual conllevaba dejar a Lola atrás y se negaba. Con una dieta y paseos no bajaba una mierda.

Resopló. Había leído que a veces el embarazo alteraba las hormonas tanto que cambiaba el metabolismo. Fuera como fuera se sentía cansada, con unas ojeras perpetuas, había perdido demasiado pelo y se veía horrible. No era el mejor momento para que Cayetana revoloteara.

Ni es mi mejor momento para volver al trabajo.

Suspiró. Se sentó en la cama y le dio el pecho a Lola. Ya no dolía, hacía ya mucho tiempo que se había convertido en algo agradable, sin grietas, sin quemazón, sin dolor. Y sobre todo, con un horario más controlado.

El silencio era realmente incómodo. Héctor se tumbó en la cama, ella sabía que la estaba mirando pero trató de ignorarlo.

Lola no tardó en dormirse. Le cambió el pañal y la acostó. Héctor la miró contrariado.

Normalmente pasaban un rato los tres juntos en la cama.

Martina se acostó y apagó su lámpara de noche. Héctor sin embargo seguía con la suya encendida.

—¿Quieres volver a la empresa? —le preguntó él.

—No lo sé. A qué viene ahora eso —respondió ella dándole la espalda.

—Que quizás no te viene bien estar alejada de aquello —notó cómo le tocaba la espalda⁹. Quizás no te viene bien lo que te cuenten, sino verlo por ti misma.

A Martina le brillaron los ojos. Hablar de regresar al trabajo le producía una pena terrible. Su parte que quería retrasar el momento pesaba más que la otra.

—Lo pensaré —le dijo. Héctor la giró hasta colocarla frente a él.

Martina lo miró, semidesnudo como solía dormir. Nunca culparía a ninguna mujer por desear a su marido. Era más, la entendía. Pero ella no se encontraba en el mejor momento para enfrentarlo.

Su relación con Héctor había cambiado. El centro de su atención era Lola, a ella le dedicaba cuerpo y alma, y Héctor habría pasado a un segundo plano. Él no se quedaba atrás tampoco, la mayor parte de las atenciones se las llevaba la niña. Era lo que tocaba y a ella le encantaba que él estuviera tan feliz con su hija.

Tomó aire miró hacia la cuna.

—No quiero dejarla —le confesó.

—Lo sé —le respondió él⁹. Y si fuera por mí, preferiría que te quedaras con ella, el tiempo que necesitéis. Pero lo que no quiero es que el estar aquí apartada te cambie.

Ella lo miró extrañada. Héctor había dado con la razón exacta.

Ya me ha cambiado.

No era capaz de regresar a la oficina y soportar aquella tensión. Arrastraba sueño, cansancio y había perdido la seguridad. Sí, era una frivolidad haber perdido la seguridad por sentirse fea y gorda, pero era lo que sentía y no podía hacer nada para sentirlo de otra manera.

Volvió a darle la espalda a Héctor. Él esperó un rato a ver si ella le decía algo más. Pero acabó apagando la luz cuando comprobó que no iba a recibir nada más de ella.

Erica

Había decidido tomarse más tiempo junto a Lola a pesar de que ya habían pasado más de cuatro meses. Adelina y Andrea podrían quedarse con la niña, pero quería demorar el momento de separarse de ella tanto como pudiese.

Oyó el sonido del timbre. Al momento Adelina se acercó a ella.

—Señora, hay una joven en la puerta que quiere hablar con usted —le dijo Adelina⁹. Dice que se llama Erica.

Lo que me hacía falta, una loca.

Le dio la niña a Adelina para que la cogiera. Lo último que quería era tener a Lola cerca de una loca semejante. Recordó el cuello de Tomás, así podría terminar ella misma.

Atravesó el jardín frontal y accionó la puerta automática, esta comenzó a desplazarse lentamente y dejándole ver a Erica. La tenía a tan solo a dos metros. Acostumbrada a sus nuevas dimensiones, la vio aún más espectacular e imponente de lo que la recordaba.

Erica la miró de arriba abajo. Pudo apreciarle la satisfacción en la cara al no verla con su

mejor aspecto. Si antes la miraba altiva, como si fuese insignificante, ahora sus aires aumentaron. Aunque cuando la puerta automática se abrió al completo, pudo comprobar cómo miraba la espectacular casa de diseño que había tras Martina.

Se te acaban de caer los mocos.

Por la cabeza de Erica supuso que pasaría cualquier cosa. Al fin y al cabo era real la posibilidad que fuese ella la que hubiese estado allí dentro con un hijo de Héctor y no Martina.

Miró a Erica esperando a ver qué quería de ella.

—Has puesto gran empeño en eliminarme de la familia —le soltó Erica.

Martinaladeó la cabeza mientras sus pulsaciones se aceleraban.

—Sé que has sido tú —añadió⁹. Si Tomás se divorciaba de mí, yo desaparecería.

Martina miró tras Erica, allí estaba aparcado el coche de alta gama que Tomás seguía pagando con gran esfuerzo y que nunca recuperaría.

—Vale —tenía pocas ganas de discutir. Levantó la mano para que Erica viera cómo accionaba el mando que cerraba la puerta de nuevo.

Erica le vio la intención y dio un paso hacia delante. Martina bajó la vista, Erica tuvo la decencia de no traspasar la guía de la puerta corredera.

—Y ahora Tomás anda con un esperpento, ¿esa sí te gusta? Es amiga tuya ¿no? —Erica estaba dispuesta a sacarla de sus casillas.

—Ella no es un esperpento, Erica. Tú sí —accionó el mando y la puerta comenzó a cerrarse.

—Pero todo se paga —continuaba Erica acelerada⁹. Héctor tiene ya mejores opciones que tú cerca de él. ¿No lo sabes? Suele pasearse en su coche con ella.

La madre que te parió, Erica.

La puerta se cerraba y Erica quedó al otro lado. Al menos la perdió de vista.

—Te quitarán el trono —la oyó reír y abrirse la puerta del coche⁹. Sé muy bien las mujeres que le gustan a Héctor. Ya estás lejos.

Hija de puta.

Oyó el motor del coche y este alejarse. Suspiró.

La abuela llevaba razón. En este mundo frívolo lleno de idiotas no había que ir simplemente con buen aspecto. Había que ir humillando para que el mundo te respetase.

El “impecable” que tantas veces le repitió su padre. Pero perder el respeto de una persona como Erica tampoco suponía nada.

Porque ella jamás me respetó. Como tampoco lo hacía Carmen, ni Coral, ni Diana.

Realmente no había perdido nada. Ellas solo aprovechaban cualquier cambio para lanzarse a su cuello.

¿Y cómo se ha enterado esta de lo de Cayetana?

Seguramente los habría visto alguna vez. Había dicho que se paseaban en coche. Una de las tiendas estaba cerca de su casa, no tenía importancia.

O sí la tiene.

Miró hacia el cielo.

Abuela, cómo te echo de menos.

Bajó la cabeza. Quizás la pena de separarse de Lola era solo una excusa por el miedo que le suponía volver, quizás había relacionado su separación con otras cosas que estaban aún más profundas y contra las que no le apetecía luchar.

Sabía a ciencia cierta que si se incorporaba tal y como se encontraba, se la iban a comer viva entre todas. No tenía fuerzas. Ni tampoco tenía mucha ropa que ponerse para ir a trabajar. Se

había prometido no comprarse ni un trapo hasta que no regresara a su talla, o al menos a una talla que le gustara. Era su autocastigo. Usaba aún la misma ropa de embarazo.

Regresó a la casa, acelerada y con las piernas temblando.

Al final voy a tener que volver aunque no quiera, y cagarme el la puta madre de todas estas.

Martina

Tres vestidos había preparado Martina para aquella mañana. Mientras decidía cuál ponerse, Héctor le daba un biberón a Lola. Desde que ella había decidido volver a la oficina, habían comprado un sacaleches eléctrico con el que les dejaban suministro suficiente a Adelina y Andrea para alimentar a Lola por la mañana.

No era algo definitivo que Martina regresara del todo, iban a probar a ver cómo lo llevaba Lola. El horario de Martina sería únicamente de mañana y saldría a las dos. Si alguna de las dos no lo llevaba bien, volverían hacia atrás.

Héctor miraba a su mujer que aún no se decidía.

—Ponte el que sea o llegaremos tarde —le dijo él.

Ella cogió uno de ellos de mala gana y se lo colocó, luego se puso los tacones.

Ostras, si no sé ni andar. Me cago en la leche.

No sabía cómo tiempo atrás era capaz de aguantar aquello durante horas. Eran un crimen.

—Ponte otra cosa —Héctor limpiaba la boca de Lola y le colocaba el chupete.

Yo voy montada en mis tacones aunque me mate por el pasillo.

Sus andares no tenían gracia alguna y ni siquiera era capaz de mantenerse erguida mucho tiempo.

—Voy bien —respondió ella.

Él la miró sin creer sus palabras.

—Tú misma —le dio un sonoro beso a Lola.

Bajaron las escaleras. Prefirió que él cargara con la niña, no se fiaba de caerse con los tacones y Lola.

Pero qué coño le pasa a mis tobillos, no se sostienen derechos.

Se miró en el espejo de la entrada. Lamentaba que ya fuera verano, no podía esconderse bajo chaquetas.

Me van a decir de todo.

Iba concienciada completamente. Se giró para mirarse bien. El vestido era suelto, qué remedio, pero aún así la anchura era considerable comparada con su cuerpo de antes de Lola.

Suspiró.

Es lo que hay. Soy la nueva Martina.

Y llegó uno de sus momentos temidos del día.

Miró a Lola, Héctor la tenía en brazos. La niña ignoraba lo que venía ahora y aquello le aumentó aún más la pena.

Le cogió la cara y la besó. Lola reía.

No lo sabe.

Carol, que solía trabajar con niños, le dijo que se despidiera de ella, aunque Lola no entendiera nada. Que no desapareciera por las buenas. Le dijo que el primer día ella no

reaccionaría, que el segundo lloraría, y que el tercero daría gritos.

Resopló mirando a Héctor de reojo. Era ella la que tenía ganas de llorar.

Que me voy al trabajo, no la voy a abandonar. Son siete horas, solo siete. Llegaré a las dos y media y estaremos juntas todo el tiempo.

Era para nada pensar aquello, los ojos se le llenaron de lágrimas igual. Volvió a besarla y se despidió de ella. Luego lo hizo Héctor y se la dio a Adelina.

Está en buenas manos.

Héctor tuvo que tirar de ella para llevársela hasta el coche. Tendrían que llevar los dos, porque aunque ambos entraran a las ocho, regresarían a horas distintas.

Esperó que Héctor saliera delante y arrancó su Mini.

Ostras.

Era automático y le dio un tirón. Solía conducir a menudo, pero hacía meses que no lo hacía con unos tacones enormes y no controlaba la inclinación del pie.

La madre que me parió.

Tuvo que quitarse los zapatos y darle al pedal.

Cómo coño lo hacía antes.

Cogió lo aire y lo soltó de manera sonora.

Supongo que lo haría al igual que ahora soy capaz de dormir solo seis horas agrupadas de dos en dos, con media hora entre medio y aún así sonreírle a Lola.

Ya la echaba de menos y hacía tres minutos que la había dejado atrás. Tenía un doble espejo en el retrovisor. En el auxiliar se veía la silla vacía de Lola.

Era una sensación extraña. Acababa de dejar atrás a una extensión de su cuerpo y era muy diferente a olvidarse el móvil o cualquier otra cosa que poseyera.

Los atascos de la mañana también los tenía completamente olvidado. El coche de Héctor se había perdido entre otros muchos, pero sabía el camino de sobra.

Dejar atrás la cara de un ángel para ver las de tres demonios.

Hizo una mueca.

Bueno, cuatro.

Aparcó el coche en el primer hueco que encontró cerca de la puerta. A esa hora solo estaban los coches de los del almacén, que abría a las siete. A Héctor le solía gustar llegar temprano. Bostezó. Tardaría en acostumbrarse al horario.

Bajó del coche tratando de no mirar la silla vacía de Lola para que la pena no la inundara de nuevo.

Héctor la esperaba junto a su coche, él había encontrado un sitio aún mejor. Lo miró de reojo al pasar por su lado. Volvía a ser su jefe además de su marido y eso tenía su puntito morboso. Y hasta estuvo a punto de cambiar su perspectiva de que Héctor le gustara más con los chándal de andar por casa. Aunque si fuera del todo sincera consigo misma...

Me gusta más sin ropa.

Recordaba el sonido de los tacones en el suelo de madera, el olor. Lo que no recordaba es que le costara tanto subir las escaleras con tremendo taconazo. Llevaba una mochila con el sacaleches eléctrico. No le quedaba otra, le explotarían, supuso, si no se sacaba la leche de media mañana.

La oficina estaba prácticamente vacía, algunos empleados se acercaron a ella. Pero eran escasos y pronto estuvo en el despacho de Héctor. Alicia aún no había hecho la mudanza y había cosas suyas en la mesa.

Héctor le dio unos cuadernos.

—Ya tienes trabajo para hoy —le dijo⁹. Esto y el correo.

¿Y me lo tienes que decir tan serio?

Contuvo la sonrisa. Miró la hora, a aquella hora aún solía estar dormida. Volvía a acostarse cuando Héctor se marchaba a la oficina. Bostezó de nuevo.

Hasta que me acostumbre otra vez, madre mía.

Podía ver el marco digital de Héctor: Lola, Lola, Lola, Lola y Lola. Se quedó mirándola un instante y el instante se demoró no supo cuánto tiempo.

A través de la puerta se oían murmullos y el sonido de los ordenadores encenderse.

Recuerdos lejanos.

Recuerdos de cuando ella sabía andar bien con zapatos de tacón. Cuando su pecho no rebosaba leche, cuando ella era la mitad de masa corporal que era ahora, cuando Lola no estaba. Ladeó la cabeza. Ya no había antes de Lola, no existía, era lejano, muy lejano. Unos meses y ya no sabía cómo había vivido sin ella.

Era otra vida pero ya no la quiero.

Tenía sus ventajas, tenía que admitirlo. No tenía responsabilidad, nadie dependía de ella, dormía de seguido, no tenía estrías, su barriga era firme, y tenía a Héctor exclusivamente para ella.

Y aún así no cambiaría esta vida por la de antes.

Alguien entró al despacho, levantó la cabeza. Era Eli. Solía verla a menudo, pero encontrarla allí de nuevo era diferente. Tras ella entró Luna y Luisa. La abrazaron, le preguntaron por la peque, Martina les explicó lo que traía en aquella maleta cuadrada y rieron.

Héctor permanecía en silencio, no sabía si estaba o no pendiente de la conversación. Héctor solía concentrarse bien en el trabajo, aislarse a pesar de estar rodeado de gente.

Alicia entró también.

—Bienvenida —la besó⁹. Cómo llevas la...adaptación.

Miró a Alicia, sabía que ella la comprendía. Martina se mordió el labio inferior.

—Regular —confesó.

—Mucho peor que la niña —intervino Héctor sin apartar la mirada del ordenador.

Alicia le pasó el brazo por los hombros.

—Te acostumbras y con el tiempo...hasta lo agradeces —le dijo Alicia.

Sus compañeras salieron, Alicia quedó dentro.

—Bueno, cuándo comenzamos la reorganización —preguntó Alicia⁹ ¿Llamo a Carmen?

Al escuchar aquel nombre el estómago vacío de Martina pareció pegársele a la espalda.

¿Ya ha llegado?

Se acercó hacia la puerta del despacho. Allí estaban las cuatro. La miraron y Martina levantó la mano saludándolas sin dejarles de sonreír.

¿A que os jode que haya regresado?

No se acercó a ellas porque temió dar un traspiés con los tacones.

Se giró hacia el interior del despacho.

—Cuándo queráis —les dijo a Alicia y Héctor.

Héctor apoyó la espalda en el respaldo de su sillón.

—¿Y si esperamos a que acabe el verano? —preguntó.

Alicia se quedó pensativa mientras tras ella, Martina negaba con la cabeza.

—Cuanto antes mejor —dijo.

Héctor la miró.

—Pero entre las vacaciones de Alicia, las nuestras...

—Como todos los años, ¿no?

—Todos los años salvo el último yo no tenía vacaciones —protestó Héctor⁹. Dos semanas una vez.

Martina arqueó las cejas.

—Pero Alicia no estaba —le rebatió Martina.

Alicia se giró hacia ella, a su cuñada le divertía tanto verla rebatir con Héctor. Pero Martina no podía ocultar las ganas que tenía de quitar a Carmen la jefatura de administración. Quizás era su aliciente para incorporarse al trabajo o así se lo planteó.

Volvió a asomarse. Carmen habría adelgazado. La vio con unos jeans y una camiseta negra. Realmente la veía diferente.

Está igual, la que he engordado soy yo y ahora veo a todo el mundo más delgado.

A Cayetana era mejor no mirarla. Llevaba un vestido de punto en color celeste hasta la rodilla.

Y mira que el punto es traicionero.

Pero aquella chica no tenía nada que esconder. Si Héctor la mirara más de la cuenta tampoco tendría mucho que reprocharle.

La estoy mirando hasta yo.

—Me voy a mi despacho de momento —dijo Alicia y Martina supuso que se refería a la pequeña oficina contigua que en un principio prepararon para ella.

Los dejó solos.

—Y yo voy a acabar esto —Martina se dirigió hasta su mesa.

Carmen no tardó en entrar, se dirigió hacia la mesa de Héctor y le preguntó que qué hacía. Héctor le dijo que siguiera con su trabajo como todos los días. Carmen salió y no pudo ocultar la satisfacción en la cara.

Martina miró a Héctor de reojo y lo fulminó.

No hay forma de quitarla de en medio.

Héctor le había dado trabajo para las primeras dos horas, entre los presupuestos y los correos.

El teléfono de Héctor no paraba de sonar. Llegó el momento que el sonido era tan molesto que era incapaz de concentrarse. Tardaba demasiado en teclear, lo que antes hacía en media hora, ahora tardaba el doble.

Llamaron a la puerta de nuevo. Ahora era Cayetana, también se dirigió hacia la mesa de Héctor. Él hablaba por teléfono y le indicó que se lo diera a Martina.

Cayetana se acercó a ella y se lo puso en la mesa.

—Para que me deis el visto bueno —le dijo a media voz para no molestar la conversación que mantenía el jefe.

Martina asintió.

Pero cuando venga del desayuno.

Se puso en pie mirando la hora. Le hizo una señal a Héctor y él le dijo que esperara. Decidió esperarlo fuera. Buscó a Eli, Luisa y Luna, tenía que andar despacio para no perder el equilibrio.

—¿Cuándo me vais a decir qué va a pasar conmigo? —oyó la voz de Carmen tras ella.

Martina se giró.

—Cuando organicemos los departamentos —le respondió lo más amable que fue capaz⁹. Lleva tiempo.

Carmen arqueó las cejas.

—¿Organizar los departamentos? —repitió en voz algo más alta para que se enteraran los empleados que tenían alrededor⁹. Eso quiere decir que no solo voy a ser yo la que caiga⁹rió con ironía⁹. Cayetana, no sé por qué es algo que me esperaba.

Cayetana, que estaba trabajando en su mesa, levantó la cabeza.

¿Qué tiene que ver Cayetana? Qué hija de puta es.

—No me sorprende —añadió Carmen⁹. Ni a nadie de aquí. Ganarse el puesto por méritos propios no es suficiente contra ti. Todos sabíamos que las cosas iban a cambiar cuando regresaras.

Pues sí que empezamos rápido.

A Carmen le encantaba hablar por todos, usar el plural cuando realmente era ella la que lo pensaba. Pero supuso que así se sentiría más fuerte.

—Pues me alegra todos lo supieseis ⁹le dijo dándole una palmada en el hombro⁹. Pensaba esperar un tiempo. Pero si es así, a lo largo de la mañana los hacemos.

La expresión contrariada de Carmen no tenía desperdicio.

Por mucho tiempo que haya pasado fuera no lo he perdido. La cabra siempre tira al monte. Y tú no me pisas porque a mí no me da la gana.

—Muy bien —le respondió Carmen con soberbia⁹. Cayetana, más vale que recojas, que lo mismo te mandan a almacén.

Madre mía.

Vio a Carmen dirigirse al despacho de Héctor.

—En serio, paso —les dijo a sus compañeras⁹. Vámonos a desayunar.

Héctor

No habían pasado ni dos horas desde que Martina había regresado y ya estaba allí Carmen dándole las quejas completamente colorada como se ponía cada vez que se enfurecía con Martina.

—Y no solo a mí —le decía Carmen⁹. También quiere quitar a Cayetana.

Héctor estaba realmente sorprendido. Cayetana entraba en el despacho.

—Pero aún no hemos decidido nada ⁹la intentó tranquilizar él.

—Pues la jefa dice que esta misma mañana se harán los cambios —protestaba ella.

—Quizás no la has entendido bien. Ahora hablo con ella...

—Sí, la hemos entendido perfectamente —lo cortó Carmen⁹. Cayetana la ha oído.

Héctor levantó la mano para que dejara de hablar.

—Dejadme hablar con ella primero y después os decimos lo que sea —les dijo.

Carmen resopló y salió de allí con rapidez. Cayetana corrió tras ella. Alicia estaba en el umbral.

—¿Ya? —preguntó divertida.

—Que Martina les ha dicho que se van a hacer los cambios hoy —le contaba él⁹. Yo no sé ni qué les habrá dicho. Ahora hablaré con ella.

—Voy a ver si las pillo en el desayuno y me entero bien —reía ella cerrando la puerta.

Héctor resopló. No veía mucho arreglo a lo de Martina y Carmen. No había manera.

Envío un par de correos y se levantó para ir a la cafetería, pero alguien llamó a su puerta.

Cayetana pidió permiso para entrar.

Martina

Estaba deseando de hablarlo con Héctor pero se acababa el tiempo y él no aparecía por la cafetería.

Le había contado a Alicia su encontronazo con Carmen y ella le había transmitido que también veía mejor hacer una reorganización lo más pronto posible.

—Y ya puestos con Cayetana incluida —le decía Alicia.

Martina se extrañó, ella nunca había pensado en Cayetana. Pero Eli asintió a la propuesta de Alicia y Tomás también.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó.

Miró a su alrededor. El grupo de Carmen estaba a unos tres metros de ellos. Sin embargo Cayetana no estaba entre ellas.

Ni Héctor tampoco.

—Hubiese sido un buen fichaje, pero bajo mi punto de vista...⁹Alicia miró hacia la otra

mesa⁹. Carmen la ha estropeado.

Martina resopló. Era la hora de regresar. Se pusieron de pie y volvieron a la nave. Martina se fijó desde el pasillo que el despacho estaba cerrado. Lo abrió y vio a Cayetana sentada frente a Héctor, él estaba en su sillón. Él la miró y le hizo un gesto para que no entrase.

Martina, con cara de imbécil, volvió a cerrar la puerta. Le ardían las tetas. Era la hora y su pecho entendía de horarios.

Y tengo la ordeñadora dentro.

Sentía curiosidad al qué estarían hablando y el por qué no podía ella entrar. Para no quedarse allí como una imbécil, se dirigió hacia el despacho de Eli.

En cuanto entró, notó a alguien tras ella.

—¿Te crees que quitando fichas vas a adelantar algo? —resopló en cuanto oyó la voz de Carmen.

Se giró hacia ella.

—En serio, Carmen, yo no te entiendo —le dijo ya harta de ella, a pesar de ser el primer día. No era ni media mañana y ya estaba deseando de que fuesen las dos y salir corriendo a consolarse con Lola.

—Pues yo sí que te entiendo a ti ⁹le respondió Carmen.

—Pues explícamelo —la retó.

—A mí no me puedes ver y estás deseando de mandarme a otro puesto. Y a Cayetana también quieres quitarla, pero eso es más complicado —le decía Carmen⁸. ¿Qué pasa con ella? ¿Es también algo personal?

Pues no vas muy mal encaminada.

—Es que no entiendo por qué metes a Cayetana —le respondió ella⁹. De verdad que no lo entiendo.

Pasaba de lo que le hubiese dicho Héctor. Necesitaba entrar para coger su maletín o le reventaría el pecho.

—Martina —le llamó la atención él y ella le echó una mirada de reproche.

—Disculpa pero o cojo esto o exploto —le respondió firme.

Héctor se quedó contrariado. Cayetana guardó silencio. Salió de allí lo más deprisa que le dejaron los tacones.

¿Le está contando los planes del fin de semana? Ya me tienen hasta los cojones todos.

Alicia estaba en su despacho. Martina entró y echó la persianilla. Resopló.

—Yo me tendría que haber quedado en casa hasta que Lola tuviese...la mayoría de edad —protestó y Alicia rompió a carcajadas.

—Siéntate en el sillón —le ofreció Alicia⁹. Estarás más cómoda.

Martina abrió la maleta y comenzó a montar el aparato. Buscó un enchufe, se lo conectó y lo activó. La leche empezó a salir y a llenar el recipiente.

Exhaló aire tranquila.

—¿Y a Cayetana qué le pasa? —preguntó mientras que la bomba le succionaba el pecho.

Alicia abrió los brazos.

Dirige un pequeño departamento y también se ha montado su pequeño cortijito —respondió ella⁹. Estará rogándole a mi hermano que no se lo quite. Al igual que Carmen, ¿qué te crees?

—¿Y qué solución le ves tú? —preguntó Martina.

La puerta se abrió y apareció Rogelio. Martina se tapó a prisa y el hombre se disculpó cerrando enseguida la puerta. Alicia comenzó a reír. Martina se llevó una mano a la sien.

—Y Rogelio me acaba de ver una teta ⁹ dijo y las risas de Alicia aumentaron⁹. Vaya mañana. Yo no vengo más. Se me quitan las ganas.

—Tampoco sería mala idea —le respondió Alicia.

—A las tontas estas les encantaría ⁹ miró por dónde iba de lleno el recipiente.

—Pero te ahorrarás muchas discusiones con mi hermano —le dijo Alicia y Martina entornó los ojos⁹. Trabajar juntos ya es complicado. Pero con tanta gente en contra es prácticamente imposible. Yo ni por asomo trabajaría con Raúl, quiero que mi trabajo dure, y que matrimonio también dure —rió⁹. Pase lo que pase, créeme, no merece la pena una discusión. Ni por ellas, ni por ningún empleado, ni siquiera por mí.

Martina frunció el ceño. Aquella teta parecía estar ya vacía. Se la guardó y se sacó la otra. La puerta volvió a abrirse. Era Eli con Tomás. Eli dio un grito y Tomás se giró en seguida.

—A otro que le he enseñado una teta hoy —protestó Martina y a Alicia le brillaban los ojos de reír.

Eli volvió a abrir esta vez con cuidado.

—Perdón —se disculpó Eli⁹. Pero lo de Cayetana y Carmen en muy heavy.

Martina ya esperaba cualquier cosa.

—Tomás se ha enterado de todo —señaló hacia la puerta⁹. Pero no puede....

No, no puede entrar, lo sabemos.

—Carmen le dijo a Cayetana, después de que le dijeras lo de los cambios, que la quieres quitar del puesto porque estás celosa y la quieres alejar de tu marido.

Qué crack. Se le da bien la adivinación.

—Que ahora eres gorda y fea y no quieres a ninguna guapa cerca de Héctor —continuó.

Martina levantó la mano.

—Ya —tomó aire. Miró a Alicia⁹. Me quedo en casa mañana.

—Lo peor es que la gente la cree —añadió Eli pensativa⁹. Y ahora están hablando con Héctor.

La puerta volvió a abrirse, esta vez de par en par, se veía la oficina completa y parte de los empleados la veían a ella. Héctor estaba en el umbral y miró a Martina.

—¡Cierra! ⁹le dijo ella con genio y él reaccionó⁹. Ya creo que todo el mundo me ha visto alguna teta hoy —protestó.

Alicia no paraba de reír.

Martina miró a Héctor.

—Yo mañana no vengo —le dijo.

—Sí, mejor —le respondió él demasiado serio.

Eli vio el percal y huyó por la puerta.

—¿Qué les has dicho para que se forme esto? —le reprendió él.

—¿Yo? —se defendió ella⁹. Me vino de chula preguntando y diciéndome que todos sabían lo que pasaría cuando yo llegara.

—Y como tú siempre tienes que tener la última palabra, has metido la pata —él seguía con su tono autoritario⁹. Así nunca vamos a arreglar esto.

—Por supuesto que no, hasta que no tomes ya las medidas definitivas.

—Te dije que después del verano, pero no, no puedes esperar —seguía protestando él⁹. Y Carmen con un ataque de nervios, Cayetana llorando...

—¿Cayetana llorando? —se sorprendió Martina. Miró a Alicia que arqueaba las cejas no tan sorprendida

—Es una chica con muchos problemas, hay que andar con tacto con ella —le explicaba Héctor

—Y qué le he dicho yo a Cayetana ¿estaba completamente enrojecida.

—Lo que sea —Héctor alzó la voz y Martina se sobresaltó. No puedes venir el primer día y tratar de ponerlo todo patas arriba. Este no es el ambiente que quiero aquí.

Martina lo miró contrariada. No estaba acostumbrada a que él alzara la voz. Entonces echó de menos a Lola con más fuerza, si cabía. Le brillaron los ojos, mezcla de pena y furia. Desenchufó el sacaleches.

—No puedo dejarte que lo hagas —seguía él y Alicia le puso una mano en el pecho a su hermano para que no metiera más la pata.

—No seas imbécil le soltó Alicia. Y primero deja que ella te explique.

Martina se puso de pie.

—No pienso explicarle nada porque no va a entender nada: Ya tiene una versión, acompañada de teatro y lagrimitas, y piensa quedarse solo con esa ¿Guardaba los trastos en la maleta. Aquí te quedas con Carmen, con Cayetana, y con toda tu nación entera.

Salió y le cerró la puerta en las narices a Héctor.

Héctor

Se quedó petrificado con la reacción de Martina.

—Pero mira que eres capullo —le dijo Alicia⁹ ¿Te lo digo yo?

Héctor resopló.

—Te van con el cuento y las escuchas, muy bien, es tu trabajo —le reprendía Alicia⁹. Pero luego ven y escucha la versión de Martina que para eso es tu mujer, que seguro que no va a engañarte ni a tergiversar nada. Y no vengas a echarle la bronca, como machito dueño de la empresa, porque Martina no ha hecho nada.

Héctor apretó la mandíbula.

—Tu queridísima Carmen le ha dicho hoy a toda la oficina que Martina quiere quitar a Cayetana de en medio, porque ahora ella es fea y gorda, y no quiere mujeres guapas cerca de ti. Poco le dice tu mujer a esa tía. Si fuera por mí ya estaría en la calle, ella y todo su clan. Y esta mañana no le ha dicho nada. Nada. Para lo que Carmen ha formado. Eso es lo que ella quiere, “Martina, caos”. Dar el espectáculo y...⁸ miró a su hermano⁸. Al parecer que también des tú espectáculos con tu mujer. Le ha salido redondo el primer día.

Héctor arqueó las cejas.

—Así que compra bombones, flores y todo lo que se te ocurra camino a tu casa, y luego ponte de rodillas porque te mereces que...⁸ continuaba Alicia⁹. ¿Cómo vas a caer en los juegos rastreros de Carmen con Martina?

Héctor salió a toda prisa de la oficina pero encontró su despacho vacío, no le sorprendió. Martina estaría ya a medio camino de casa.

La llamó por teléfono.

—Martina.

—Martina qué —le respondió ella hecha una furia.

—¿Dónde estás? —preguntó aunque ya lo imaginaba. A aquella hora y sin tráfico, sabiendo que cuando Martina tenía prisa y no viajaba con Lola, todos los semáforos eran verdes.

—Donde tengo que estar, camino de mi casa.

—Ya Alicia me ha contado...

—Me alegra que esté Alicia...porque a mí para qué vas a escucharme.

—Lo siento...luego lo hablamos.

—No tengo nada que hablar —le dijo ella⁹. Decide lo que te parezca en tu empresa. Yo paso, de verdad. No merece la pena que yo pierda mi tiempo, ni mi salud por esa imbécil. Es hoy, será mañana, será siempre.

—Intentaré llegar tem...⁹ No pudo terminar, Martina le colgó.

Eli

Sabía que Martina se había ido a casa enfadada y no le extrañaba, lo último que esperaba era que Héctor se postulara a favor de Carmen y Cayetana. Desde su despacho se habían escuchado la voz de Héctor. Y si se escuchaba desde allí, supuso que desde las mesas más cercanas, también.

Estaba en el baño, fue a tirar de la cisterna, pero oyó unas voces.

—Que le den, que no vuelva por aquí —era la voz de Carmen.

—No he podido oír lo que decían, pero Héctor le estaba parando los pies —aquella voz era de Coral.

Eli torció el gesto. No quería hacer ni un ápice de ruido.

—Yo sabía que se iba a poner de tu parte, Cayetana —decía Carmen⁹. Te lo dije esta mañana. Que tu trabajo no peligraba. Héctor es contigo como con Martina al principio.

Eli frunció el ceño mientras que pegaba el oído a la puerta.

—Es verdad —la voz era ahora la de Diana⁹. A Martina, por mucho problemas que hubiese a su alrededor...nunca la despedía y nos parecía extraño. Aquí en cuanto se forma una, de ahí no pasas.

—Pero ya no va a ser un problema⁹añadió Carmen⁹. La jefa ha perdido el trono. Lo ha visto claro.

—Ella pensaba que iba a poder conservarlo —reía Coral⁹. Pero mírala, en cuanto ha perdido..."facultades", Héctor se ha fijado en otra.

—Llevo diciéndolo semanas —ahora era Carmen la que hablaba de nuevo⁹. Cuando comenzaste a ir a las tiendas con él. La misma historia, exactamente igual.

—Pero ve con cuidado —decía Carmen⁹. Ese matrimonio está roto pero ya sabes qué clase de hombres es.

Se oyó una respiración profunda. Eli supuso que era la de Cayetana. Se mordió el labio para no salir de allí a ponerlas como doscientos trapos.

—Pero es todo tan difícil aquí en el trabajo...⁹respondió Cayetana.

Y encima la tonta esta se lo cree. Son mentiras, mentiras para que esta, que es más fresca que un ventilador, se arrime al jefe. Qué mala leche tienen.

—Pues mira como a esa le salió bien —reía Carmen.

—A Héctor eso le da igual —la voz de Diana era de lo más desagradable.

Son vomitivas de verdad.

—He visto como no quería ni que Martina entrara en el despacho cuando estaba allí contigo —decía Coral riendo⁹. Normal que se haya ido hecha una furia.

Pero si Martina no se ha enfadado por eso.

Volvió a apretar los dientes.

—La cara que llevaba —reía Carmen⁹. Cayetana, eras lo que necesitábamos en esta empresa. No acabas de librar de ella.

Cayetana era lo que necesitabas tú para fastidiar a Martina. A la empresa esto no le beneficia. Te importa una mierda Héctor, ya lo estás demostrando.

—Vamos al trabajo, que como nos vean aquí a las cuatro...⁹decía Carmen.

—Vaya día divertido.

—Ha sido brutal

A costa de mi amiga.

Cogió el teléfono y buscó en la agenda el número de Martina. Esperó el tiempo suficiente para que se dispersaran aquellas energúmenas. Salió y camino de su despacho marcó la llamada de Martina. Se cruzó con Cayetana que se dirigía hacia el despacho de Héctor.

Pufff, mala cosa. La que van a liar las petardas estas.

Eli cortó la llamada. Era mejor que antes avisara a Héctor de lo que había escuchado en el baño. Alargó la mano hacia el picaporte pero Cayetana se la quitó.

—Llegué antes —le sonrió, una sonrisa forzada que no daba mucha confianza⁹. No tardaré mucho, no te preocupes.

Eli resopló. Marcó de nuevo el número de Martina y se dirigió hacia su oficina para hablar sin que nadie la escuchara.

Héctor

Héctor estaba de pie ordenando las carpetas de un mueble en un armario corredero en la pared derecha de la oficina. Miró de reojo a Cayetana, esta cerraba la puerta por completo.

—Hoy está siendo un día horrible para mí —le dijo ella.

—No te preocupes —le respondió él⁹. Carmen no entendió bien, Martina no se refería a ti.

—Claro que sí, yo la oí también —le rebatió ella y Héctor se sobresaltó⁹. Dijo organizar departamentos. ¿Peligra Rogelio? ¿Marketing? Estaba claro que éramos Carmen y yo.

—Pues no —volvió a insistir Héctor⁹. Así que puedes seguir trabajando tranquila. Luego hablaré con Carmen cuando se tranquilice.

Cayetana se había acercado. No la había visto, el seguía de espaldas.

—No quiero causarte problemas con Martina —le decía Cayetana⁹. Si ella quiere enviarme a otro departamento yo...no pienso protestar.

Héctor se giró hacia ella. Era bochornoso que todo el mundo se hubiese dado cuenta de su discusión con Martina. Como siempre, bastaba que se enteraran tres, para que todo el mundo lo supiese.

—Nadie va a mandarte a ningún sitio —ya le estaba agobiando aquella situación⁹. Sigue trabajando, no pasa nada.

Cayetana sonrió.

—Aún así, gracias por defenderme —le dijo ella.

Héctor arqueó las cejas. Él no había defendido a nadie, o quizás sí que le hiciera referencia a Martina sobre Cayetana y su malestar por un malentendido. Pero en ningún momento pensó que se pudiese sentir halagada por algo como aquello. No le estaba gustando la conversación y dio un paso hacia atrás para guardar distancias con ella.

—He estado hablando con Carmen y me ha aclarado las cosas —le decía Cayetana⁹. Creo que ahora lo entiendo mejor. Y...⁹miró hacia la puerta⁹. Bueno, da igual.

Vio a Cayetana dar un paso atrás y alejarse de él, lo que le permitió volver a donde estaba y a terminar de guardar los archivadores. Cerró la puerta del armario, vio a Cayetana dirigirse hacia

la puerta.

—Héctor —regresó⁹. Quiero decirte que...

Se giró hacia ella. Si no hubiese tenido buenos reflejos no le hubiese dado tiempo a quitarse y hubiese tenido un gran problema. Cayetana miró hacia un lado pero al parecer él estaba más abochornado que ella.

Ya lo que me hacía falta hoy.

Miró a Cayetana decidido.

—No sé lo que pasa hoy —le dijo firme⁹. Pero esto no puedo permitirlo en la empresa. Por favor, vuelve a tu mesa.

Cayetana bajó la cabeza, sin embargo la vio cómo contenía la sonrisa.

—Supongo que ahora sí que tomareis medidas conmigo —se giró dándole la espalda⁹. O te gustan los juegos o Carmen me ha estado tomado el pelo todo este tiempo, y he sido tan imbécil de creerla.

Cayetana dio un portazo después de salir.

Héctor se llevó una mano a la frente. Todavía no había arreglado el problema con su mujer de aquella mañana, y ya tenía otro problema encima.

—No me lo puedo creer —era la primera vez que le pasaba en el trabajo. Había recibido llamadas, mensajes con insinuaciones, dobles sentido y algún gesto con picaresca. Pero tener que esquivar un beso, dentro de su propio despacho, jamás.

Respiró profundo. Sintió ganas de llamar a Martina de nuevo, pero supuso que volvería a colgarle.

Alicia

Héctor tenía la nuca apoyada en el sillón del despacho. Miraba hacia el techo. Alicia estaba sentada frente a él, no sabía si ponerse seria o reír. La mañana de su hermano no podía ser peor, si no tenía bastante ya con los líos que conllevaba dirigir aquella empresa que se le había hecho demasiado grande, además había tenido problemas entre empleadas, una de ellas su mujer y por meterse había salido personalmente mal parado. Y para rematar la mañana, una de las trabajadoras se le había lanzado a la yugular.

Recogía los últimos envases de plástico del almuerzo a domicilio.

—¿Has podido hablar con Martina? —le preguntó.

—Sí —respondió él⁹. Y dice que me vaya al cestillo que hay al final del mástil del barco. Que es donde la abuela le decía que me mandara en cuanto yo no le diera su sitio.

Alicia lo meditó y no pudo contener la risa.

—No me hace ni puñetera gracia —le decía él⁹. Y verás cuando le cuente a Martina lo de Cayetana⁹ se llevó las manos a la cara⁹. Con el cabreo que tiene hoy.

—Lo de Martina es lo primero que tienes que arreglar —le dijo ella⁹. Pero no arreglarlo hoy y mañana vuelta a empezar. Arreglarlo de una vez por todas.

Héctor la miró sin mover la cabeza. Le dolía, sentía que le explotaría de un momento a otro.

—En primer lugar —Alicia se inclinó hacia delante⁹. Nunca deberías haber permitido que se llegara hasta este punto. Sé que no quieres mezclar tu vida personal con la laboral e intentas ser objetivo. Pero no lo has sido hoy, no lo eres nunca. Eres subjetivo y para no crear crispación entre los empleados siempre desfavoreces a Martina.

Héctor bajó la cabeza para mirarla de frente.

—Carmen probó con Martina —continuaba ella⁹. Cuando no te vio reaccionar fue a por ella. La dejaste vendida.

Alicia apoyó los codos en la mesa.

—Y Martina lo sabe pero intenta entenderlo. Por esa razón lo tolera, por eso las aguanta aquí sin pedirte que las despidas⁹ continuó⁹. Más aún en la situación en la que está. No le ha beneficiado precisamente estar fuera estos meses.

—Yo pensaba lo contrario, que el que pasara un tiempo fuera haría que se calmara esto —intervino él.

—Al contrario —respondió Alicia⁹. Ella estaba ausente y le comieron el terreno. Cuando ha regresado ya era un estorbo.

Frunció el ceño hacia su hermano.

—Eres un hombre y no eres consciente de la evolución que ha tenido que soportar Martina en estos meses —sus palabras hicieron reacción en Héctor.

—Claro que lo sé y he estado junto a ella todo el tiempo —se defendió él.

Alicia arqueó las cejas, mirándolo como si fuera imbécil.

—Junto a ella, pero no dentro de ella —negó con la cabeza⁹. Ponte por un momento en su lugar...

—Ahí no llevas razón —Héctor volvió a recostarse en el respaldo⁹. Martina está en una situación privilegiada. Me he encargado de ello desde el primer momento.

—No dejarás de ser un capullo prepotente en la vida —le lanzó la bolsa en la que había metido los recipientes vacíos, para que él los tirara a la basura que tenía a un lado⁹. Martina vive en una casa de diseño, tiene a dos empleadas que le permiten disfrutar de la vida, y tiene una tarjeta de crédito para comprar lo que le de la gana. Siiiiii, con eso tiene bastante. Muy bien.

Héctor tiró la bolsa y miró a su hermana ofendido.

—¿No has visto nada en estos meses? Qué vas a ver. No lo entenderías jamás.

—¿Me estás diciendo que no lo estoy haciendo bien con mi mujer? —lo vio alterarse, justo al estado al que ella quería llevarlo.

—No haces nada malo, pero tampoco haces nada lo suficientemente bueno —le respondió ella.

—¿Te ha dado ella alguna queja? —preguntó sorprendido.

—Ninguna, pero no hace falta que lo diga. Sé lo que es y sé cómo era ella antes, me es suficiente para intuir cómo se siente.

Héctor fruncía el ceño. Alicia entendía que realmente no sabía de lo que le hablaba. Alicia negó con la cabeza a la estupidez de su hermano.

—Martina era una mujer con una fortaleza que llamaba la atención, era todo seguridad, arrasaba. Pero todo eso ha desaparecido —chascó los dedos⁹. Ahora no se puede sentir independiente porque hay alguien que depende exclusivamente de ella. Antes solo tenía que ocuparse de ella misma, así es fácil. Ahora su “yo” está considerablemente ampliado.

Alicia lo miró de arriba abajo.

—Ahora me dirás que tú también tienes esa responsabilidad, que colaboras con los cuidados de Lola y todo ese rollo, muy bien —le hizo una peineta⁹. Eso es lo de menos créeme.

Héctor la miraba contrariado.

—Tú puedes venir a trabajar sin remordimientos, tu vida solo ha cambiado cuando suena el timbre y regresas a casa, momento en el que disfrutas de tu mujer y tu hija —continuaba Alicia⁹. Pero tu vida laboral no se ha visto afectada, sigues usando tu ropa de siempre, vas al gimnasio...Ella ha sacrificado su profesión, su talento, su cuerpo, y ahora siente un hiperapego que le impide hacer cosas que antes hacía con normalidad. Piensa, Héctor, educada en el bienestar personal relacionado con el bienestar laboral, y le toca decidir, seguir sus principios y sentirse culpable por dejar a Lola en un segundo plano. Y si no lo hace, se sentirá que sus principios fracasan. Hay mujeres que no tienen opciones, no se plantean ese conflicto, saben que se tienen que incorporar al trabajo y su mente se adapta a ese objetivo. Pero ella llevará meses, desde que nació Lola en ese dilema mental.

Alicia cogió el marco digital que pasaba fotos de la niña.

—Luego su cambio físico —continuó⁹. Ella siempre ha sido una mujer impresionante...

—Y lo sigue siendo —la cortó él⁹. Es temporal y qué mas da unos kilos más o menos.

—A ti te da igual. Pero ella no lo ve así —le rebatió su hermana⁹. No reconoce su cuerpo, se mira al espejo y no se ve a sí misma, al menos no a la Martina que ha visto durante veinticinco años. Y eso desestabiliza su seguridad.

Héctor bajó los ojos.

—Ahora que lo dices...sí que le noté algo de recelo con Cayetana hace poco y...⁹resopló⁹. Quizás por eso hoy creía lo que Carmen y ella me contaron.

Alicia sonrió.

—Bueno, su teoría al final era cierta —continuó Alicia⁹. Resultó ser una zorróna arengada por Carmen —arqueó las cejas⁹. A todo lo que te he contado, súmale lo que le hacen pasar las imbéciles estas. Martina sabe que iban a ir a por ella con todo el equipo que tuviesen. Y no han atacado de manera laboral porque ahí tenían un freno. Así que fueron a lo personal, aunque tú también te vieses perjudicado.

Alicia soltó el marco de fotos sobre la mesa.

—Tú pasaste por alto todo ese tsunami que ha recibido Martina por dentro, pero tus empleadas no lo hicieron, y lo usaron en su contra tanto como pudieron.

Héctor se presionaba las sienes.

—Y encima tú las crees a ellas —Alicia lo fulminó con la mirada⁹. Mientras tu mujer se sacaba leche para alimentar a tu hija, tú le reprendías cosas sin sentido. Normal que te haya mandado al cestillo del mástil.

—No me lo recuerdes más —Apoyó la cabeza en los antebrazos.

—El cestillo al final de mástil...se llama...

—Carajo.

Alicia rompió a carcajadas.

—No ha perdido todas sus facultades —decía ella divertida⁹. La inseguridad es leve, algo que me alegra. La recuperará en cuanto Lola sea un poco autónoma.

—Pero yo siempre he reconocido todo ese sacrificio del que me hablas...⁹se defendía él ya más apagado⁹. Siempre se lo he agradecido. Sería un egoísta si no lo hiciera.

—Los primeros meses de paternidad siempre son complicados —decía Alicia⁹. No eres adivino, ni siquiera eres intuitivo. Funcionas a cuadrículas —le dio una leve colleja⁹. Así que busca una solución ahora. Pero ahí ni puedo, ni pienso ayudarte.

Alicia se levantó de la silla. Héctor intentó agarrarla pero ella lo esquivó.

—No, no —reía ella⁹. Este marrón es todo tuyo.

—No me dejes tirado.

—¿Tirado? —Alicia negaba con la cabeza⁹. Señor exitoso, brillante y deseado por las féminas, arrégleselas solo.

Alicia rompió a carcajadas.

—Solo te voy a decir una cosa —ella levantó el dedo índice hacia él⁹. No medias soluciones o la acabarás perdiendo. Esto son solo pequeños empujones en el matrimonio, pero si no vas acortando distancias en cada uno de ellos, acabareis a kilómetros uno del otro. Y no habrá quién te baje del cestillo del mástil.

Héctor cogió el marco digital de la mesa y lo miró.

—Quizás me haya centrado en Lola...sin darme cuenta de que Martina necesitaba algo más. No es que la haya ignorado, en absoluto. Pero...⁹negó con la cabeza. Alicia vio cómo le brillaban los ojos⁹. He aprendido a cambiar pañales, a abrochar botones diminutos, a aspirar mocos, a hacer masajes para los gases, a diferenciar entre pasta al agua o crema protectora...y no he sabido atender a mi mujer como ella necesitaba.

—Si te decides por el autoflagelo ⁹le dijo su hermana con ironía⁹. No hace falta que lo hagas solo, yo podría ayudarte.

Héctor no pudo contener la risa. Alicia levantó la mano para despedirse.

—Sé que la adoras —le dijo a su hermano antes de marcharse⁹. Y ella a ti, no lo tendrás difícil. Me encantaría que te lo pusiera difícil —hizo una mueca⁹. Pero no lo va a hacer.
Héctor sonrió. Alicia lo dejó solo y atravesó el pasillo de la oficina completamente vacío.

Martina

Carol no había podido ayudarla a calmarse. Ni siquiera Lola era capaz de disminuir sus latidos, después de hablar con Eli su enfado había pasado a cabreo de grandes dimensiones. Que tres imbéciles alentarán a una joven ligera de cascos, que entre las cuatro urdieran contra ellos y que encima Héctor se postulara de su parte en contra de ella misma, no lo soportaba.

Resopló. Sabía que las cuatro estarían bien satisfechas de verla salir a toda leche de la oficina como si la persiguiera el demonio.

Héctor la había llamado después de Eli y había sido realmente bruta con él,, pero en ese momento para ella no se merecía otra cosa.

Con lo que tengo que aguantarle a Carmen, que encima Héctor me haga esto en el trabajo.

Tampoco es que le hubiese hablado a gritos, pero lo suficientemente alto como para que el fino panel que formaba aquel despacho dejara pasar el sonido. Eli se lo confirmó, todos sabían que había habido palabras altas.

Lola dormía tumbada en el sofá, a su lado. Héctor no había ido a comer, después de lo que ella le dijo tampoco lo esperaba.

Observaba a la niña dormida, respiraba tranquila, con un body por el que le sobresalía el pañal, con la boca entreabierta, el chupe ya se le había caído de los labios.

Ajena a cómo me siento yo y a cómo se sentirá su padre.

Adelina se acercó a ella y Martina se sobresaltó. Perdida en sus pensamientos no la había visto acercarse.

—Disculpe —no le gustaba que le hablara de usted, llevaban ya en casa con ella desde el principio y tenían confianza de sobra. Sin embargo ellas nunca se permitían libertades. Martina le sonrió recogiendo el sobre.

Aquello le sonaba de las otras veces.

La madre que lo parió. Este se cree que estamos jugando a los novios todavía.

Abrió el sobre, dentro había una tarjeta celeste con la imagen de la torre Eiffel de fondo. La abrió para leer su interior.

“¿Puedo invitarte a soñar de nuevo?”

Sonrió a pesar de que las pulsaciones no se le habían calmado todavía, sin embargo cierta tranquilidad la inundó. Nada era peor que la sensación de estar alejada de Héctor y no se refería a una lejanía física, si no a la otra más interior y a la que era más difícil ponerle parches.

Había algo más abajo, el letra muy pequeña.

“Haz las maletas para los tres. Estoy intentando arreglar el vuelo. En pleno verano no es fácil”.

Sonrió pero la sonrisa se convirtió en carcajadas. Nada era ya igual, no volvería a serlo nunca. Miró a su lado, Lola estaba ajena a que en unas horas saldría del país por primera vez en su vida. Le acarició las piernas. Lola iría a donde la llevarán y miraría las luces y sería feliz donde quiera que estuviese con ellos. No necesitaba nada más que a sus padres para ser feliz.

Llamó a Adelina para que estuviese pendiente de Lola mientras ella preparaba las cosas.

Héctor, Martina y Lola

Martina cerraba la cremallera del saco del carro de Lola. A pesar de ser verano, no se fiaba del tiempo de la noche parisina y había hecho bien en llevarle un fino saco que la cubriera. Después de la cena, con el paseo se quedaría dormida. Ya había puesto aquella expresión dulce que muestran los bebés cuando se preparan para dormir.

Héctor empujaba el carro. Llegaron a la explanada por donde habían paseado la primera noche, y donde Héctor le había pedido matrimonio. Nada había cambiado de aquel lugar, misma luz, mismas vistas, todo seguía igual salvo ellos.

—Seguramente preferirás quedarte con Lola más tiempo —le decía él⁹. Pero necesito que esta semana al menos un día pases por la oficina.

Martina, que observaba a Lola mientras paseaban, levantó la cabeza hacia Héctor sin entender.

—¿Aún recuerdas cómo se hacen los finiquitos? —añadió él y ella arqueó las cejas.

—¿Vas a despedirme? —lo soltó casi con ironía.

—No —respondió Héctor deteniéndose⁹. Pero necesito que prepares cuatro despidos.

Martina se sobresaltó. Héctor le cogió la cara.

— Te prometí que no te arrepentirías de aceptar casarte conmigo —sonrió al recordarlo⁹. Y voy a mantener esa promesa durante toda mi vida.

Martina dejó caer su mejilla en la mano de él. Héctor la rodeó con el otro brazo.

—No poseo nada que me importe salvo vosotras —la miraba a los ojos⁹. Salvo tú. Puedo perder el negocio, la casa —negó con la cabeza⁹. Pero jamás permitiría el mínimo riesgo de perderte a ti. No voy a permitir que nadie te aleje de mí, y haré todo lo que tenga que hacer.

Héctor le había contado durante el trayecto lo ocurrido en el despacho, que encajaba con el relato previo de Eli. No sabía si era lo correcto, pero sí era lo más beneficioso para todos.

—Te quise para mí desde el primer día que te vi —continuaba él, apoyó su frente en la de ella⁹. Nunca habrá una mujer más maravillosa que tú para mis ojos.

Le acarició la cara.

—Te quiero —lo oyó decir⁹. Y quiero pasar junto a ti cada día del resto de mis días.

Héctor levantó la cabeza para mirar a Lola. Ya dormía plácidamente dando visibles chupetones al chupete. Sonrió al mirarla.

—Ella es el regalo más maravilloso que haya recibido nunca —le dijo⁹. Gracias.

Le observaba cada parte de la cara, se la acariciaba. Martina guardaba silencio, no sabía qué decir.

—La peor parte te la has llevado tú —le dijo Héctor haciendo una mueca⁹. Gracias.

Martina sonrió, Héctor le pasaba el dedo por los labios.

—Y avísame cada vez no vea —le pidió⁹, cada vez que pase algo por alto...cada vez que necesites algo más de mí, solo dímelo. Yo te lo daré todo, solo tienes que pedirlo ⁹hizo una mueca y ella sonrió⁹ Pero no me dejes que meta más la pata. Impídemelo.

Ella bajó la cabeza para reír. Héctor la empujó hacia él y la abrazó por completo.

—Ya no podría vivir sin vosotras —le dijo al oído⁹. Ya no podría vivir sin hacer planes contigo.

—Y nosotras tampoco podríamos vivir sin ti —le respondió ella. Héctor apretó su abrazo.

—Te quiero —le dijo él antes de besarla.

Martina

Ella había redactado los despidos, los había impreso y los había dejado en la mesa de Rogelio. A ellas ya les habían avisado quince días antes como marcaba la ley, justo el día que regresaron de París, pero quería estar delante cuando ellas firmaran y desaparecieran de allí para no regresar. Salvo el de Cayetana, que era menos sustancioso por el tiempo que llevaba allí, el de Coral, Diana y el de Carmen eran más que generosos, aún más que el que les marcaba la normativa. A parte les había dejado a cada una un regalo en agradecimiento por los servicios prestados a la empresa.

Era violento estar presente mientras ellas los firmaban. Prefirió verlas hacer el paseíllo desde la puerta del despacho de Eli, junto a Luisa, Alicia y Luna. Tomás no tardó en unírseles y colocarse junto a Eli. A Martina les encantaba observarlos de manera disimulada. No sabía por cuál de los dos se alegraba más que aquello marchara mejor que bien y que ya comenzaran a pasar los fines de semana juntos. Héctor les dijo que podían quedarse en el ático el tiempo que necesitaran.

Martina esperaba que no se demoraran mucho, solo había ido para hacer efectivos los despidos, firmarlos como dueña de la empresa, con firma y sello personalizado, y regresar con Lola.

Miró a Alicia, esta también se alegraba de quitarse aquella lacra de encima. Quizás no habían sido justos con Diana y Coral, quizás no era necesario despedirlas a ellas dos, pero Héctor no quiso dejar tentáculo alguno de Carmen allí dentro. Al resto de empleados se les pasaría con el tiempo, en cuanto pasaran los días sin que ella los fuera envenenando uno por uno.

Héctor salió del despacho de Rogelio y tras él ellas cuatro. Cayetana no fue capaz ni de levantar la cabeza. Ninguna de ellas había aceptado la cesta con los regalos, algo con lo que ya contaba. Demasiado soberbias. No quería ni imaginar la cara que pondrían cuando hubiesen firmado junto a su nombre.

Héctor quedó en la puerta de personal junto a Rogelio. Ellas se dirigieron hacia el pasillo central, donde estaban ellos. Martina las observaba, pensaba despedirlas, pero mucho se temía que ninguna se dignaría ni siquiera a mirarla.

Buscó los ojos de Cayetana, a ella la habían despedido por la falta con el director, algo que Héctor no quería, ni podía permitir en la empresa. Cayetana no levantó un ápice la cabeza cuando pasó cerca de Martina.

Carmen iba la última, tenía los ojos enrojecidos. La soberbia se le había transformado en pena o bien en un berrinche de rabia. Pero ella sí se detuvo a la altura de Martina.

—Al final lo conseguiste —le reprochó con los ojos rebosando de lágrimas.

—Yo solo conseguí ser feliz —le respondió Martina⁸. Pero tú no estabas conforme.

Le mantuvo la mirada hasta que Carmen se apartó de ella y aligeró el paso para alcanzar al resto. Entornó los ojos hacia ellas hasta que las vio bajar las escaleras. Exhaló el aire más relajante que experimentó desde el parto.

Eli y Luisa se abrazaron. Aquello realmente parecía el final de una guerra. No era ni más ni menos lo que había sido. Eli, Luisa y Luna también habían soportado el castigo por ser las amigas de Martina.

Martina miró a Luisa y le cogió el brazo.

—Rogelio también tiene algo para ti —le dijo y a Luisa se le iluminó la cara.

Luisa ocuparía el lugar de Carmen el tiempo que Martina estuviese fuera de juego.

Héctor se acercó hasta ellos. Luisa pasó junto a Héctor y le dedicó una amplia sonrisa.

—Os prometo estar a la altura —les dijo y ellos también le sonrieron.

Héctor se situó junto a Martina y Alicia.

—Bueno —él cogió aire⁹. Pues ya está.

—Tranquilidad —Alicia abrió los brazos.

Héctor miró a Martina.

—¿Te vas ya? —le preguntó.

Martina arqueó las cejas mirando a Héctor, entre asustada y contrariada. Él no entendía qué le pasaba y levantó la mano para cogerle del brazo. Pero no le dio tiempo de agarrarla, ella salió corriendo hacia el baño.

—Nooooo ¿reía Alicia mirando a su hermano. Héctor estaba desconcertado, lo que hizo que la risa de Alicia se hiciera más intensa⁹ ¿Otro? ¿En serio?

Eli y Tomás también rompieron a carcajadas.

Martina, Héctor, Lola, Héctor Jr y Aitor.

Las mañanas de los días laborables eran de locos. Martina corría descalza colgándole la mochila a Lola y al pequeño Héctor, que ya iban a la escuela infantil. Héctor iba tras ella con Aitor en brazos, también traía una mochila colgada aunque mucho más pequeña. Tenían que salir bien temprano para hacer el tour completo y parar en el aula matinal y guardería antes de llegar a la oficina. Aunque la guardería de Aitor estaba cerca de la nave de la central y les facilitaba las cosas.

Martina tenía los zapatos junto a la puerta, unos zapatos de salón con un gran tacón y plataforma delante. Se subió a ellos justo antes de salir por la puerta hasta el coche.

Los mayores se sentaron en sus sillas y ellas los fue abrochando. Oía a Héctor dejar indicaciones a Adelina y Andrea de algo de unos trajes que tenían que recoger de la tintorería.

Martina limpiaba con una toallita el cuello del polo del uniforme de Héctor, se lo había manchado de leche con cacao y por mucho que la frotara, aquello no tenía arreglo.

—No hay una mañana que vayas sin manchas al colegio —le decía.

Héctor colocaba a Aitor en la silla que quedaba libre.

—Cuando vuelva del colegio, una mancha más o menos no se va a notar mucho —reía Héctor mientras abrochaba al niño.

Y Martina sabía que tenía razón. Aitor regresaba del colegio como si volviera de un estercolero. Entre el arenero del patio y el comedor, casi no se sabía si el uniforme era blanco, azul, o en escala de grises.

Le estiró el polo con la mano a la altura del pecho. Ella llevó aquel mismo uniforme durante años. Había cambiado el modelo, pero el escudo y las letras bordadas eran exactas y también los colores.

—Pero a mí y a tu abuelo no sales —le dijo a Héctor Jr antes de cerrar la puerta.

—Sale a mí y a Alicia —Héctor ya arrancaba el coche y Martina se montó a toda prisa.

Héctor miró el reloj.

—Hoy record —dijo él abrochándose⁹. A ver si lo mantenemos.

Martina rió, sabía que era complicado. Para salir a aquella hora tenían que cuadrar varias casualidades. Que Héctor no se volcara la leche encima al desayunar, que Lola no se levantara con demasiados enredos en el abundante pelo, que Aitor no se quitara el pañal en la cama porque sus hermanos no usaban pañales, y hubiese que bañarlo.

Héctor la besó mientras la puerta automática se abría.

En la radio del coche sonaban canciones infantiles que Lola solía corear todo el camino.

—Mamá, a Aitor le llegan los mocos a la boca, ¡qué asco! —le decía Lola y ella se giró en seguida para limpiarlo.

—Mira papá, ¿eso es un cuervo? —era la voz del pequeño Héctor.

—Nuestro silencio —le decía Héctor riendo.

Ella metió la toallita en el cenicero del coche. Tuvo que empujarla, se había olvidado sacar y tirar la del día anterior.

—No pongas los pies ahí, bájalos —les reñía ella.

—No chupes el cristal —Héctor los vigilaba por los retrovisores auxiliares.

Se miraron y resoplaron.

—La semana que viene podríamos ir a cenar a París —le propuso él.

—Sí, por favor.

—Sí, ¡nos quedamos con los abuelos! —decía Lola feliz.

—El abuelo también hace bolitas con los mocos —decía el niño.

Martina se tapó la cara con la mano. Aquella venía a ser la historia de los atascos cada mañana.